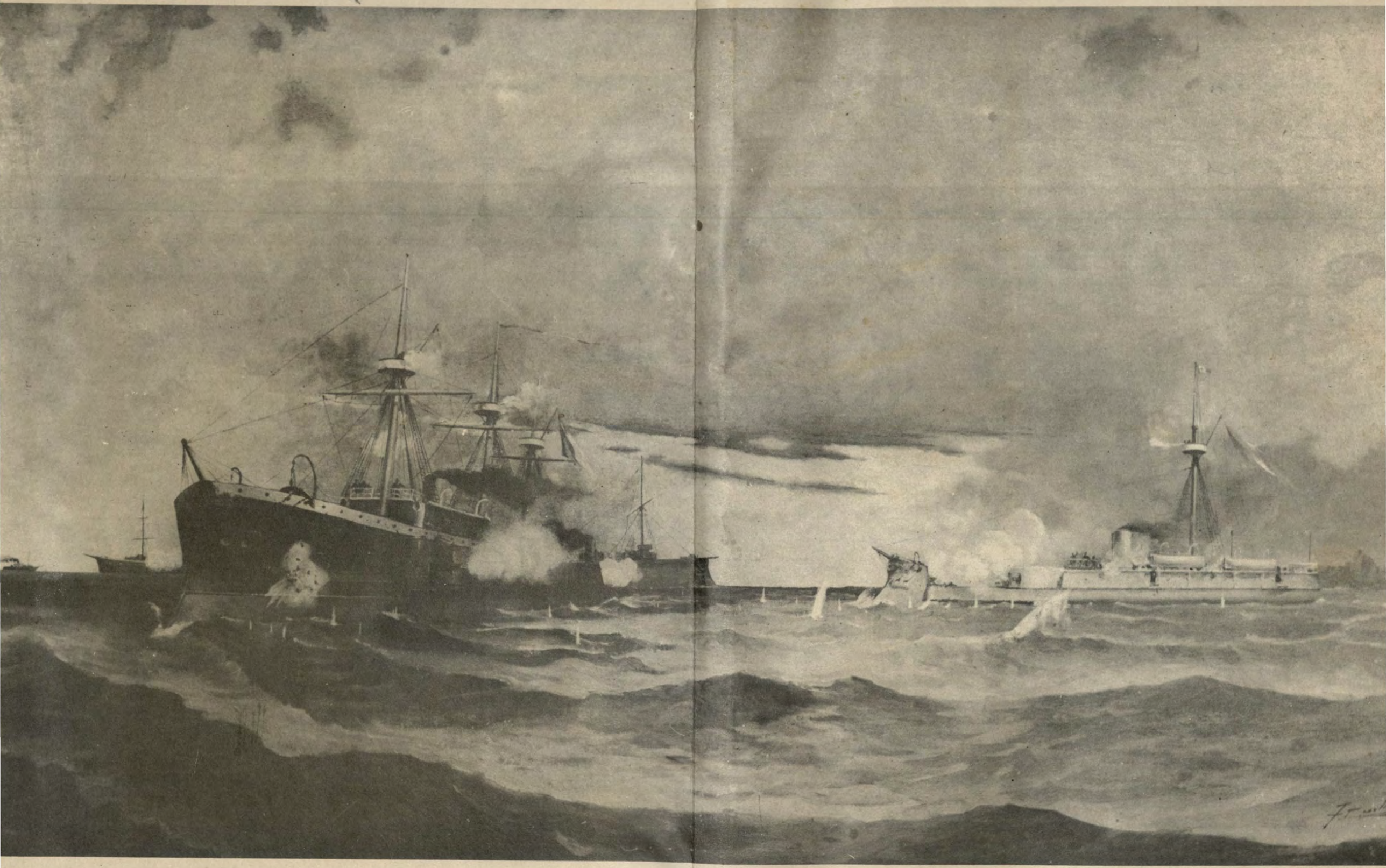
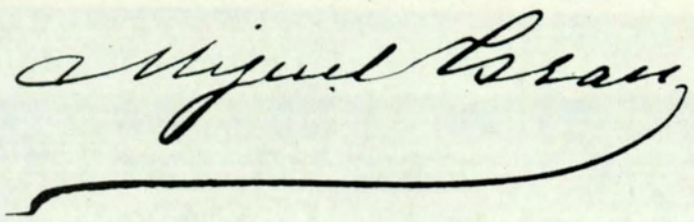


L. P. G.







CENTRO NAVAL DEL PERU

AGRADECIMIENTO

Durante muchos años, innumerables personas, en esforzada labor vocacional, han dado lo mejor de sí, en honor y gloria del Almirante Miguel Grau. Hoy, otras personas hemos realizado gracias a la labor de aquellas, el homenaje sencillo y querido que aquí presentamos. El Centro Naval del Perú señala su agradecimiento a todos quienes han hecho posible esta obra, ocasión de amistad generosamente brindada mediante la espontánea colaboración con nuestra institución.

La Comisión Cultural

AREA HISTORICA

Percy Cayo Córdova
Carlos Cossío Zamalloa
Félix Denegri Luna
Armando Nieto Vélez
José Valdizán Gamio

TRADUCCIONES Y CORRECCION

Carla Llontop de Bravo
Hilda Sánchez de Casaretto

AREA DE FINANCIACION

Dirección General de Economía de la Marina
Socios del Centro Naval del Perú

AREA DE APOYO

Secretaría General de Marina
Escuela Naval del Perú
Servicio Industrial de la Marina
Aviación Naval
Museo Naval del Perú
Primera Zona Naval - Piura
B. A. P. "Almirante Grau"
Cuartel General del Ministerio de Marina
Comisaría de Matucana
Electrolima
Diario "El Tiempo" - Piura
Museo Grau - Piura

FUENTES DOCUMENTALES

Oscar Barco Sisley
Jorge Basadre
Mario Cárdenas Ayaipoma
Oscar Grau Astete
Miguel Grau Wiesse
Luis López de Castilla Hidalgo
Alberto Rosas Siles
Graciela Sánchez Cerro Mendoza
Héctor Segura Zorrilla
Alberto Tamayo Barrios

SECRETARIA Y DISTRIBUCION

José Burgos Tapia
Luis Pachas Ochoa
Carla Rosas de Luyo
Agustín Torres Pereyra

EDITOR

Augusto Elmore H.

FOTOGRAFIA

Alicia Benavides
Víctor Manrique

PRESENTACION

El 8 de Octubre de 1879,
el Almirante Miguel Grau legó a la Marina de Guerra
la heredad de su memoria, a través de la eterna
vida de su muerte en defensa de la Patria.
Hoy, transcurridos casi cien años de la Epopeya de
Angamos, el Centro Naval del Perú, acoge con el testimonio
de estas páginas, el afecto pleno de quienes somos
continuadores de una tradición naval inmarcesible,
convencidos de que nuestras vidas están
siendo plenamente realizadas en virtud de los mismos
ideales que alentaron la existencia del Comandante
del Glorioso Monitor "Huáscar".

Callao, 8 de Octubre de 1978.

Gorra usada por el Contralmirante Miguel Grau. Se encuentra en el Museo Naval del Perú.



GRAU, EL MARINO EPONIMO DEL PERU

por Fernando Romero

SAN MIGUEL DE PIURA

Caricia de vegetación en medio del arenal reverberante, se encuentra la ciudad de Piura muy al norte de nuestro territorio. Se asienta en un valle pequeño y fértil que circundan algarrobos y yerbasanta. La Pampa de Chira, el Tablazo de Paita y el Despoblado de Piura pretenden ahogarla entre sus médanos calurosos, movedizos y cambiantes. Pero lo impide un riachuelo formado por las aguas de lluvia, que la mayor parte del año muere sorbido por las arenas de las tierras bajas. El Piura no tiene lecho fijo. Pero logra formar un valle que sale hacia el mar. En él crecen, blanco y suave el algodón, y dulces y pulposos los mangos y las chirimoyas. Cabras, vacas, caballos, asnos y mulos famosos por su resistencia, discurren entre los algarrobos, chilcos y faiques. En el suelo hay sal, azufre y petróleo.

"Si Piura tuviera riego
otro gallo le cantara..."

dice la marinera. En efecto, Piura es hoy una de las tantas ciudades de la costa cuyo valle agoniza en espera de los canales de regadío. Pero no fue así otrora. Don Francisco Pizarro, al conjuro de su palabra ruda de porquero atrevido, la hizo nacer primero que todas, en los lejanos días de la Conquista. San Miguel llamábase entonces. Formó el primer peldaño de la dura escala de triunfos que, por Cajamarca y Jauja, llevó a los conquistadores al Cuzco, la deslumbradora capital del Oro de los Incas. De aquella ciudad partieron el marqués y los suyos a ajusticiar al decadente Atahualpa. Belalcázar a la conquista de Quito. El tuerto Almagro y Núñez de Vela a su muerte. La Gasca al triunfo. Gonzalo Pizarro, el último halcón, a la desgracia.

No todos aquellos hombres de corazón rugoso y yelmos brillantes se limitaron a pasar por San Miguel. Algunos quedáronse. Y fue creciendo la ciudad caliente y voluptuosa, centro importante de comercio, primera plaza para los traficantes que llegaban de Panamá con productos de España y última de quienes partían a ella portando el oro indígena. Así fueron brotando de la arena casas pesadas y somnolientas, de poyos, cancelas y patios andaluces tras de portones claveteados. Casas en cuyas ventanas, defendidas por rejas de fierro de tejido churrigueresco, llameaban los claveles rojos, como en Andalucía. Mansiones olientes a sahumerio, en cuyo interior los azulejos, los damascos, las alfombras y los tapices españoles quedaban a la media luz de los faroles colocados en las hornacinas. En las huertas y jardines perfumaban el jazmín del cabo, los alhelíes, los ñorbos y las azucenas. Y los muros eran albergue de eléctricas iguanas verdes y lagartijas terrosas.

Más lejos quedaban las haciendas. En ellas los negros esclavos cultivaban el suelo, curtían pieles y preparaban jabón bajo el chasquido del látigo. Se multiplicaban los ganados y las palomas. Y las carrozas iban y venían entre San Francisco y los fundos, uniéndolos como doradas golondrinas.

Bajo tales auspicios no podía crecer sino una ciudad alegre. Y así fue San Miguel de Piura, tierra de bailes mulatos al son de vihuela, arpa y cajón. Tierra de buena chicha y aguardiente importado. Tierra tropical en eterna siesta, bañada por un sol jocundo y fuerte que todo lo penetra. Sol que "en la mañana canta y se eleva como un himno triunfal; al medio día cae a plomo sobre los seres y se prende de ellos en un abrazo lujuriante y enervador, y en las tardes se retira con la pompa y la majestad de un rey, bajo un palio de celajes esplendentes, dejando tras de sí, mucho después de haberse ocultado, un halón de polvo de oro" ...

¡Piura! El Pacífico modeló su litoral dándole los rasgos de un viril rostro indígena. En él se destaca el Desierto de Pariñas como una nariz que husmea glorias marinas. Bajo el labio superior, formado por el Tablazo y la Silla de Paita, la Bahía de Sechura semeja hambrienta boca que mordiera el océano. Más abajo avanza, prógnata, el mentón de Agujas. Al oriente, en tanto, la cordillera se agacha en Huarmaca y Huamaní para luego trenzar la indómita cabellera de Loja.

Así, todo el departamento es una gran cabeza, hecha de roca bravía y arena cálida, que mete la cara en el mar y reclina la nuca en los Andes fuertes y duros. Rostro azul besado por las aguas. Crenchas divididas por las montañas. El cerebro, en cambio, está en las praderas espléndidas del Chira y el Piura. Cerebro, poderoso en sus proteicas manifestaciones. Con La Cotera se llamó valerosa audacia. En Escudero fue verbo llameante. Poesía ardorosa y romántica en Salaverry. Belleza de color en Merino. Patriótica inquietud en Lizardo Montero. Sabiduría en Heredia. Humanitario amor en Eguiguren.

EL HOGAR

En los primeros años republicanos de esa San Miguel de Piura que acabáis de conocer, encontráronse cierto día un libertador y una criolla. El era un militar colombiano venido en 1824 de Cartagena con Bolívar, el mulato iluminado que llegó, desde los llanos venezolanos al Perú, libertando naciones a golpes de espada. El Teniente Coronel Juan Manuel Grau Berrío era de ascendencia catalana. Corría por sus venas la sangre salada de los grandes navegantes aragoneses y de Barcelona. Venía el apellido de Jofre de Grau, uno de los heroicos marinos que hicieron del Mediterráneo lago español. Un hijo de las costas orientales de la Península, región gallarda y trabajadora.

Ella era una criolla dulce y buena en cuyos ojos de ñorbo había prendido un pedazo de sol piurano. Era hermosa, apasionada, querendosa. En Luisa Seminario del Castillo se había unido la sangre de dos familias muy antiguas en el valle del Piura. Ella tenía que representar cuanto nuestras mujeres valen. Por ser peruano, en ese vientre bien podía nutrirse un héroe que tuviera la hipereroicidad y energía racial españolas, la bondad y la ternura mulatas y el brillo cegador del sol norteño. Las madres no tienen historia. Cuando, como en el caso que tratamos los hijos hacen de su vida una magnífica epopeya, noble y humano es juzgarlas por éstos.

La Emancipación no había significado un cambio en las costumbres criollas. Por eso al nacer Miguel Grau Seminario, uno de los hijos de la amorosa unión que hemos tratado (al que se bautizó con el nombre del Santo Patrón de la ciudad), la vida era sencilla, casi primitiva, a base de indumentarias, mueblería y gustos virreynales. Vino al mundo el pequeño, el primer día de las fiestas conmemorativas de la libertad patria del año 1834. Así el Destino pareció haberle marcado con signo de predestinación desde que exhaló su primer vagido.

Cuidados por las mamas morenas, por entonces los niños estaban en pie a las seis de la mañana y retozaban entre los jardines hasta las nueve o diez, hora en que se almorzaba. Volvían al holgorio hasta el momento de comer (las tres de la tarde), y después de rezar el rosario, que reunía en el oratorio a esclavos y amos, íbanse a descansar hasta el día siguiente, soñando en las raras historias de penas que las mulatas referían meciendo las cunas. "Cuando de la torre de la Catedral descendía, al caer la tarde, el toque de oración, como en los viejos tiempos del virrey toda la ciudad quedábase inmóvil y silenciosa. Quitábanse los clérigos sus puntiagudos sombreros de teja, los caballeros sus altísimos tarros, las vendedoras sus jipijapas, los esclavos sus gorras. Como en la Colonia, las procesiones conmovían la ciudad entera, acompañadas algunas por las mascaradas de gigantes y cabezudos, o coincidiendo con las exhibiciones de moros y cristianos que revivían en castellano viejo, autos sacramentales antiquísimos".

La influencia de esa ciudad y este ambiente, harían más tarde que el héroe fuera, al por que reflexivo y duro en los actos disciplinarios, religioso hasta la continua invocación a Dios, suave y sensitivo hasta el amor a los niños. Diáfana como el cielo norteño fue su alma. La tierra pudo hacerla laxa. Pero cuando abrió los ojos a la realidad, de su nacimiento, la retempló en el dolor. Por eso este hijo de suelo cálido y ciudad fiestera, tuvo acerada energía y sangre fría de septentrional.

INFANCIA

Si preces religiosas oyó el pequeño Miguel en su cuna, ruido de clarines guerreros animaron su infancia. También cambió el escenario. Nom-



El puerto de Paita en la época del nacimiento de Grau, según dibujo de A. N. Vaillant, comandante de la corbeta "La Bonite". Biblioteca Nacional.

brado el padre Vista de la Aduana de Paita, fue al puerto con los suyos. Se quedó atrás la inmensidad del arenal y apareció ante sus ojos la grandeza del océano, su profundidad inconmensurable, su cantar de siglos, persistente y monótono. Por primera vez mostróse a su mirada la inquietud viajera de las naves, el trabajo duro del transporte marítimo, las rudas faenas de a bordo. Paita era entonces más importante que ahora. Los buques de vela entraban a menudo. Y salían del puerto después de dormitar un poco en sus aguas tranquilas. Las panzas de los veleros, siempre ansiosos, se llenaban y vaciaban en tierra. El pequeño Miguel, absorto ante este nuevo mundo que se iba descubriendo a su cerebro infantil, comenzaba a mirar el mar.

No eran los azulosos confines, donde las velas fingían blancas plumas al viento, los que llamaban sus ojos; tampoco las olas espumosas y juguetonas. Ni las toninas saltarinas. Ni tan siquiera los tiburones aleves. Los ojos tristes de este infante demasiado serio — tristeza y seriedad de predestinación — estaban siempre fijos en las manchas sangrientas con que el sol se despedía diariamente. También sus pensamientos miraban ocasos: los sangrientos crepúsculos con que los caudillos peruanos se ponían, muchas veces para siempre, en el cielo de la Patria...

Eran los días trágicos de las dictaduras y los pronunciamientos. Como faros que a ratos se perdían en la niebla, los nombres de Gamarra, Salaverry, Santa Cruz, Orbegozo, Nieto y otros, destellaban de luz y se ocultaban, en esa noche lóbrega de diez años que al fin iluminó Castilla. Los buques de guerra llegaban al puerto en huída o acecho y volvían a salir presurosos y cargados de muerte. Primero sonaba el nombre de un general audaz y garrido de 29 años: Felipe Santiago Salaverry. Defendiéndolo anclaban y partían la *Libertad,* la *Peruviana* o la *Limeña* al mando de García del Postigo, Iladoy o Mariátegui. Queriendo apresar a las anteriores, fondeaba y henchían sus velas frente al puerto la *Yanacocha,* que mandaba Freeman, y otros buques de guerra. La costa quedaba bloqueada. Iladoy tomaba Islay. Se combatía en Pabellón de Pica y Callao. Hasta que un día aquel genio impetuoso y delirante cayó fusilado en el patíbulo de Arequipa, invocando el amparo de una Ley que no existía...

Desaparece Salaverry y llega Santa Cruz al meridiano. Paita ha dejado de ser exclusivamente nacional para integrar la Confederación, como componente del Estado Nor-Peruano. Bajo la mano fuerte del taimado Napoleón aymará, comienza a haber paz, orden y progreso. Pero el enemigo acecha. Desde Valparaíso parten las naves de Blanco Encalada. Y comienzan las luchas entre Chile y la Confederación. Nuevamente conviértese Paita en lugar de tránsito de naves guerreras. Morán llega con el *Congreso* y la *Limeña.* La *Flor del Mal* y *Catalina* pasan a Guayaquil. Los chilenos *Monteagudo* y *Orbegozo* arriban al puerto tratando de impedir la

unión de nuestra escuadra. Se combate en el Callao y Quilca. Hay un compás de espera con el tratado de Paucarpata. Pero luego se suceden la batalla de Islay, el bloqueo de nuestras costas, las expediciones de los valientes corsarios peruanos y el hermoso duelo de Casma.

Deshecha la Confederación, no cesan las luchas. Nuestra escuadra bloquea el litoral boliviano. Muere Gamarra en Ingavi y el Perú es campo de justas entre la Fuente, Vidal, Torrico, Vivanco y San Román. La *Limeña* y la *Yungay* se baten en Paita. Hasta que Castilla se impone en Agua Santa y entrega el mando al Vice-Presidente Menéndez, para ser luego elegido Presidente Constitucional.

En medio de estas luchas crecía el pequeño Miguel. Su cerebro de niño no alcanzaría a comprender toda la importancia de aquellas contiendas. Pero su memoria habría de guardar, seguramente, el recuerdo de las hazañas de los caudillos y de sus más relevantes cualidades. Por eso más tarde tuvo el arrojo ciego de Salaverry, el prestigio ante sus subalternos de Santa Cruz, el talento táctico de Gamarra y la honradez acrisolada de Nieto. Sobre los anteriores, el peso moral del último debió ser el que más influyó en la conformación de su carácter. Amigo íntimo de don Juan Manuel Grau, el lancero del caballo negro mantenía correspondencia con él. Por ésta y las conversaciones de los padres, Miguel alcanzaría a comprender toda la grandeza espiritual de ese hombre a quien por sorna llamaron el "Mariscal Greco Romano", haciendo así su mayor elogio. De él aprendería Miguel a amar a la Patria como "algo de valor absoluto, indiscutible y esencial".

Tronar de cañones. Viento rugiendo en las jarcias. Rumor de espadas y clarines. Crepúsculos sangrientos. De la rojiza lejanía y hablando esas voces que ya le eran familiares, vino por el océano la llamada de los manes marinos. Miguel la escuchó...

NIÑEZ

Cuenta apenas diez años cuando hace su primer viaje. Don Ramón Herrera, amigazo del padre, tiene a su cargo una goleta que hace viajes entre Paita y Panamá. En ella se embarca Miguel pero con poca fortuna. Naufraga la embarcación y, al parecer, con ella sus esperanzas de ser marino. Porque cuando regresa al hogar la madre no consiente que el niño vuelva a salir a la mar. Es muy pequeño. Si esta vez se ha salvado por sus continuos ruegos a la Virgen, la próxima puede perecer. Además, no hay ya una persona de tanta confianza como Herrera para entregarlo a su cuidado. Vence el amoroso egoísmo de doña Luisa y Miguel ingresa al colegio de Nieto.

Años tediosos de aprendizaje escolar. El niño está a disgusto. Ya ha entrevisto la libre vida naval, con toda su belleza y sus incitaciones a la

aventura. En vez de la hamaca que se mece con el balance, la camita inmóvil. Latinazgos y conjugaciones en lugar de voces de mando. Sol abrasador y no fresca brisa...

Miguel se torna taciturno. En el colegio está siempre distraído, callado, casi hosco. Apenas terminan las clases y en los días de vacaciones, merodea por la playa, buscando la compañía de los marinos olientes a brea y siempre humeando por las chimeneas de sus pipas. Los encuentra por docenas, pues la paz que Castilla ha impuesto al Perú, se traduce en un aumento considerable de tráfico marítimo. Además, comienza a negociarse el guano de Atacama y Tarapacá, y el Presidente, siempre preocupado por la marina, ha establecido un arsenal en Paita.

¿Qué hacer con este niño agrandado que no quiere estudiar, ni juega con los de su edad? El padre propone dejarle cumplir su voluntad que se llama el mar. Duda doña Luisa. Ruega Miguel. Y por primera vez el mocosuelo empecinado ríe y salta de gozo, cuando los suyos consienten en que vuelva a embarcarse. Cuenta ahora once años de edad.

ADOLESCENCIA

No había pasado aún la época en que las velas se preñaban de viento para alumbrar cercanías. La edad en que los baupreses señalaban el rumbo como dedos gigantescos de los mascarones proeles. Todavía se silbaba llamando al viento y se arrojaba ofrendas a Neptuno. Rítmicas canciones acompañaban la vuelta pujante de los mozos marinos en torno al molinete. Y en las noches oscuras los viejos capitanes se santiguaban ante el recuerdo de las barcas fantasmas y las islas de leyenda, que solían surgir inesperadamente ante una proa para desaparecer luego.

Todavía las hélices no habían domado por completo el mar. Ni los arquitectos navales lograban dar a los océanos estas moles enormes de los tiempos modernos a las que apenas si sacude el ciclón. Pequeñas las naves, corrían tumbadas sobre los costados, lamidas sus cubiertas por las olas, colgando del viento por las velas. Olas y ciclones: viejos amigos para el marino de vela. Pero capaces de cualquier deslealtad. Una noche cualquiera podían "acostarlo con la muerte en el lecho del mar...".

En siete años de viajar de esta manera en naves mercantes, Miguel aprendió todas las faenas de a bordo, comenzando su carrera desde grumete. Trepando a los sobre-juanetes en temporal su cabeza se hizo firme, sus músculos fuertes y elásticos. Espiando tormentas en el barómetro y aguantándolas, toreando iceberas, creció valeroso. La lenta navegación por las zonas de calma le enseñó a ser paciente, reposado. Luchando contra los elementos se hizo sereno, reflexivo, tenaz. Las guardias nocturnas, borracheras de estrellas, lo conformaron callado. Por eso más tarde su

mejor biógrafo iba a decir de él que "su cerebro discernía con lentitud y sus palabras fluían con grandes intervalos de silencio". Sus manos encallecieron manejando cabullería y remos. Se dilató su pecho aspirando brea y ozono para poder albergar su corazón, que también había crecido. El sol y el aire salobre quemaron su rostro.

En siete años escaló los diversos grados navales hasta llegar a piloto, viviendo con violencia extraña. Recorrió todos los mares. Aprendió lenguas extrañas. Supo de las galletas rancias, el agua podrida, las carnes saladas y el escorbuto. Escapó de más de un incendio y un naufragio. Recaló en puertos exóticos donde tuvo amoríos, peleas y juergas. Así, sin haber casi tenido infancia, se hizo un marino que atesoró la ciencia práctica del conocimiento de los hombres y el mar. Sir Clement Markham, quien lo frecuentó mucho en sociedad, dice que este adolescente que debió ser rudo, resultó, por el contrario, afable, ingenioso y hábil en los salones.

Al volver al Perú se radicó en Lima. Aquí fue alumno del poeta español Velarde, quien más tarde había de cantar su muerte en sentidas estrofas.

MOCEDAD

Mientras Miguel estuvo ausente la Marina de Guerra del Perú creció en fuerza e importancia. Fresca quedó en la memoria de Castilla, Presidente del 45 al 51, la afrenta que nos impuso el impulsivo Contralmirante Thompson, de la Flota de su Majestad Británica, en 1844. Fresco también el recuerdo de su penosa marcha a pie de Arequipa a Lima, por carencia de escuadra poderosa que se impusiera al inglés. Por eso el vencedor de Carmen Alto formó armadas, adquiriendo primero fragatas, bergantines y goletas, más tarde el *Rímac* y la *Amazonas*, ya de hélices. Echenique, hechura del ilustre tarapaqueño, siguió comprando naves. Así llegaron de Inglaterra la *Apurímac*, el *Loa* y el *Tumbes*.

Con material y atención gubernativa se fortaleció el espíritu de la Marina de Guerra. Por eso repelióse con gallardía la intervención del Cónsul Británico Barton cuando el asunto del *Tres Amigos*. Por eso la *Gamarra* fue a San Francisco de California a imponer respeto a los súbditos peruanos. Por eso la *Amazonas* dio la vuelta al mundo. Por eso, también, los marinos comenzaron a explorar la Montaña. Y supieron sacrificarse estoicamente, como Noel con la *Mercedes*.

Una Marina de tales hechos y esos hombres honraba a quien pertenecía a ella. Miguel Grau lo sintió cuando, el 14 de Marzo de 1854, vistió el uniforme de Guardiamarina. Con el traje vino para el mozo vida nueva. Cornetas y formaciones. Dianas alegres y silencios tristes. Desfiles y listas. Ejercicios de boga y cañón. Saludos militares.

El Guardiamarina Grau se hizo pronto a la rutina a bordo del *Rímac*, *Vigilante* y *Ucayali*. Fue buen militar, el que ya era espléndido navegante. Antes de los dos años de estar en el servicio ganó los galones de la clase superior. Dulce canción de la palabra que libraba de situaciones militares ambiguas ... "Mi Alférez".

Trasladado a la fragata mixta *Apurímac*, el nuevo oficial comenzó a servir con otro marino piurano, quien ejercía desde entonces sobre su ánimo fuerte influjo, por su alma inquieta, borrascosa y romántica, tan diferente de la fría calma, la estoica serenidad y el espíritu práctico de Grau. Hablo de Lizardo Montero, el único jefe de marina que llegó a Presidente de la República Peruana, substituyendo en 1882 a García Calderón, hecho prisionero y deportado a Chile por las tropas conquistadoras.

Sirviendo con Montero, Grau se apasiona por un hombre. Este hombre se llama Vivanco, sublevado contra Castilla, por entonces Presidente del Perú en su segundo período. Aprovechando una ausencia del Comandante Salcedo, sublevan la *Apurímac*, a la cual pronto se unen *Loa* y *Tumbes*. Embarcan a Vivanco y proceden al Callao, donde se baten con el *Ucayali* y los fuertes. Siguen a la costa de La Libertad y toman Trujillo. Castilla, embarcándose en un vapor de carga, a riesgo de ser apresado, sale de Lima, recupera Trujillo y obliga a huir a sus naves por Paita. En Abril de 1857 regresa el rebelde al puerto chalaco, desembarca sus tropas y es rechazado tras sangriento combate en el que nuestro héroe libra la vida por milagro. Frustrada así la revolución, Vivanco escapa a Chile y los marinos revoltosos entregan sus buques en el Callao. Grau es expulsado del servicio junto con Montero, Jurado de los Reyes, Pimentel y Astete. El bautismo de sangre le ha costado caro.

Vuelve el mozo al mar, del que ya le cuesta trabajo vivir alejado. Durante tres años, hace la carrera a la China y la India en buques mercantes. Pierde el empleo en 1860 y vuelve a Lima. Se le aconseja reingresar a la Armada. No acepta acogerse a la reconocida magnanimidad de don Ramón Castilla. Y mientras este es Presidente, el sublevado del *Apurímac* se mantiene fuera de filas.

Tratando Vegas de disculpar esta aventura moza de Grau dice que el flamante Alférez de Fragata refirió más tarde haber tomado parte de ella por curiosidad. No aceptamos esta afirmación que opacaría la gloria de Grau. No pudo el futuro héroe emplear las naves del Estado y sus tripulantes en combates a cañón, con el mismo espíritu de quien derriba flotas en el tablero de maniobras. Era demasiado serio, demasiado reflexivo y demasiado honrado para ello. Además, no debemos negarle su capacidad de rebelión, sin la cual no sería meritoria su disciplina del 79. La virtud sin esfuerzo no tiene mérito.

Hay razonamientos más lógicos que explicarían mejor su actitud co-



Miguel Grau de civil. Foto perteneciente al archivo del Vicealmirante Luis López de Castilla Hidalgo.

mo Alférez. La política era arrollador ciclón. No había por entonces en nuestra Marina un claro concepto de la distinción entre los deberes del hombre como militar y como ciudadano. Debe también tenerse en cuenta que Miguel Grau sólo contaba 22 años de edad. Cabe pensar que el mozo, por circunstancias de cuna e influencia hogareña, debió ser conservador a ultranza y, por tanto, vería con buenos ojos el pronunciamiento de Arequipa que tenía este carácter. Precisa, por último, tener en cuenta que Castilla no pudo ser amado por todos y cada uno de los habitantes del Perú. Sobre todo si se recuerda que tuvo, como todo gran hombre, sus cojeras morales. No es un misterio, por ejemplo, que el Libertador de los Negros fue arbitrario e injusto hasta la disolución de un Cuerpo Legislativo por la fuerza armada. Toribio Pacheco ha dicho de él lo siguiente: "Examínese la conducta pública del General Castilla desde 1844 y dígasenos si su gobierno no ha sido una serie de golpes de Estado. ¿Qué han sido para él las Constituciones — (y tuvo tres y un Estatuto) — las leyes, los congresos y cuantas instituciones han existido en el Perú? Instrumentos que ha sabido manejar a su antojo según las circunstancias y según le convenía".

Quien no sabe protestar ante métodos equívocos, el abuso hecho ley o la ruindad sistematizada, no tiene carácter. Grau no es menos héroe porque se subleva contra Castilla en 1856, contra Pezet en 1865 y contra Tucker en 1866. Al contrario. Sin tales hechos y sin sus gestos humanitarios del 79, la historia de su vida sería una frígida enumeración de fechas y circunstancias tácitas; oscuras por la falta de esas actitudes claras, aunque a veces sean equivocadas, que definen los caracteres y hacen comprender que un alma y un corazón animan la estructura perecedera de materia ruin, imponiéndose a menudo sobre el cerebro que reflexiona.

HOMBRADIA

En los seis años que Miguel Grau falta de la Armada, el Perú prospera y con él la Marina de Guerra. El guano comenzaba por entonces a dar su riqueza, que tanto daño nos hiciera mal administrada. Todo era prosperidad, crédito y consignaciones. A la sombra de ellas la Armada crecía, no sólo en el Pacífico sino también en el Oriente, donde llegó a crearse una importante base fluvial. El conflicto con el Ecuador (primer triunfo nacional, un poco hipotético, sin embargo, por la actitud del Congreso del 62) terminó por deslumbrar a la Nación y asentar el prestigio naval. Las naves de guerra y los transportes (en número de veinte) llevaron al norte las tropas que Castilla comandaba en persona y bloquearon las costas guayaquileñas por un año, al mando del Contralmirante Ignacio Mariátegui.

Al morir el año 1862 se opaca en el horizonte político peruano la

recia figura de Castilla, quien entrega el mando a San Román.

El 11 de Setiembre de 1863 obtiene despachos de Teniente 2º. Quince meses después ha llegado a Capitán de Corbeta y asume la Segunda Comandancia del *General Lerzundi* que manda Aurelio García y García. En 1867 vuelve a brillar el vencedor del Ecuador, Castilla, y el mes de Mayo de ese año su estrella se extingue, cuando el genial caudillo se queda dormido para siempre, apoyada su cabeza cana sobre la montura de su caballo de batalla, en las pampas de Tarapacá. Por entonces se había casado Miguel Grau con doña Dolores Cavero, de la sociedad limeña. Miguel Grau, enemigo del tarapaqueño desde su expulsión de la Armada, retorna al servicio cuando San Román asume el poder.

Grau tiene ya la apariencia de un viejo lobo de mar. Es macizo y de estatura mediana. Sus facciones son varoniles y toscas. El cabello y la barba a la española forman un marco negro que acentúa la dulce tristeza de los ojos. De ese marco sólo escapa el mentón fuerte y las orejas grandes y enhiestas, como en acecho. La frente es despejada. Espesas y unidas las cejas proclamando la inquebrantable decisión de sus resoluciones. En suma, rostro masculino, leal, abierto.

Por su particular apariencia de pescador norteño, Grau se diferencia muy bien de sus compañeros. Además, por su voz delgada, en contraste con su corpachón robusto. Pero, sobre todo, porque aventaja a los demás en sentido de honradez ("en el salón de la casa y el camarote de buque", ha dicho González Prada) y en inflexibilidad disciplinaria. Conocida es la anécdota del baúl del Guardiamarina Palacios (héroe más tarde con Grau en el *Huáscar)* que dio ocasión a la graciosa cuarteta del Caballero que, a más de saber matar y saber morir con gallardía, supo de hacer versos:

"El piurano patilludo
que mis baúles botó,
no será, pregunto yo,
un reverendo .....?"

Malos vientos llegan del mar por entonces. Los tiempos no son buenos para las jóvenes repúblicas hispano-americanas, ya cincuenta años libres. Desde 1854 hay ciclones conquistadores que pretenden arrasar el Septentrión. Dolorosamente constatan los indolatinos que ellos parten de la misma América. Williams Walker, audaz aventurero estadounidense, organiza y lleva expediciones imperialistas a Honduras y Nicaragua, ayudado por los esclavistas de la República del Norte. España cae sobre Santo Domingo en 1861 y se enciende la lucha en la isla. Los gabinetes de Londres, París y Madrid acuerdan ejercer medidas de fuerza sobre México para conseguir el pago de deudas.



Miguel Grau, circa 1860. Colección Oscar Grau Astete.

En estas circunstancias el Perú convoca a un Congreso Americano y, ante tal hecho se precipitan las cosas. Ocurre la ocupación de las Islas Chincha por la Escuadrilla Pinzón (14 Abril 1864) y, como resultado posterior, el Tratado Vivanco-Pareja.

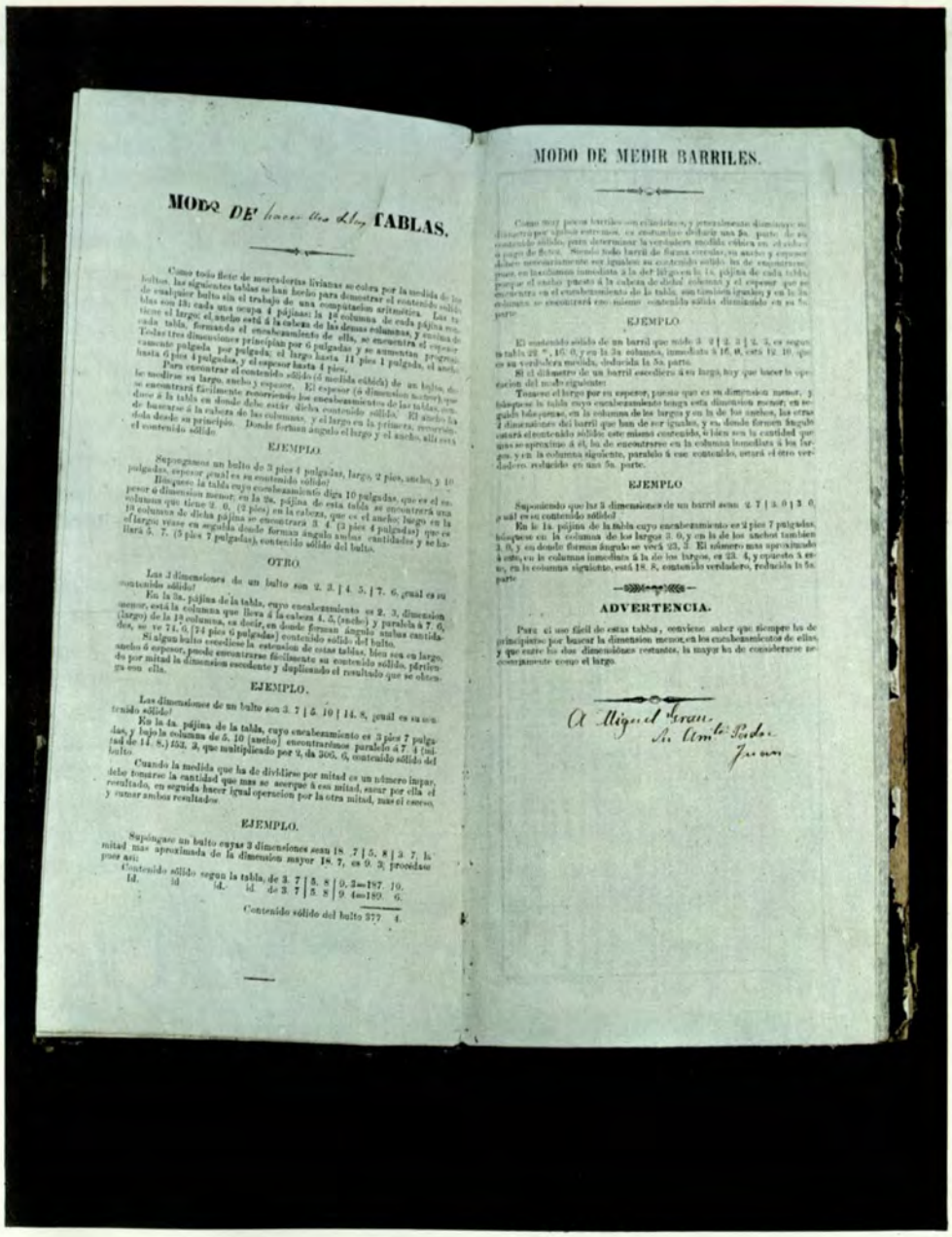
Ante la vergüenza que significa este documento, Prado se levanta en el sur "reivindicando el honor nacional" y protestando del acuerdo que el Presidente Pezet ordena sea ratificado sin sometimiento a Congreso. Montero ofrece su buque al rebelde, subleva el *Tumbes* y desembarca tropas y cañones en Islay, con destino a Arequipa.

El Capitán de Corbeta don Miguel Grau no está por entonces en el Perú. Pezet, quien al mismo tiempo que realizaba arreglos diplomáticos con los invasores procuraba armar al país, había contratado en Inglaterra la *Independencia* y el *Huáscar* y compró en Francia la *América* y *Unión*. Para traer la última envió el gobierno al futuro héroe de Angamos quien, salvándola de feroz pampero frente a las costas argentinas, viento que la desarboló por completo la fondeó en Valparaíso en Mayo del 65.

Mientras tanto la revolución continuaba en el Perú. Prado había instalado su cuartel general en Ayacucho para marchar sobre Lima. Pezet se resistía con el apoyo de algunas unidades navales. Pero se daba cuenta de que si los buques próximos a llegar se plegaban al movimiento perdería el control del mar, control que en el Perú ha proporcionado siempre el triunfo a los ejércitos en combate. Por eso envió a Valparaíso a don Juan Manuel Grau, para que esperara al hijo (a quien acababan de ascender a Capitán de Fragata) y le rogara permanecer fiel al gobierno constitucional. Resultó inútil. El "amaba tiernamente a su padre y lo probó más tarde. Pero entre su Patria humillada y vendida y las canas del respeto íntimo, no vaciló". Por segunda vez Miguel Grau fue rebelde. Con su buque contribuyó a que Prado llegara al poder tras el feroz combate de Noviembre del 65. Mientras tanto el padre del futuro héroe moría pobre y abandonado en Valparaíso.

Triunfante Prado, celebró un tratado de cuádruple alianza con Ecuador, Chile y Bolivia, cerrando así los puertos del Pacífico Sub-Oriental a las naves españolas. Como las nuevas unidades del Perú estaban por llegar, la División Naval salió a esperarlas a los canales del Chiloé. Bajo las órdenes del Comandante Divisionario, Don Manuel Villar, iba el Capitán de Fragata Miguel Grau, siempre al mando de la *Unión*. Al mando de ella, también, expuso por primera vez su vida en defensa de la Patria durante el combate de Abtao (7 Febrero 1866), en que su nave fue duramente castigada y alcanzó el mayor porcentaje de muertos. Comenzaba a sonreirle la Gloria y la Muerte.

Los triunfos de Abtao y el Callao (2 de Mayo del mismo año) tuvieron decisiva influencia en el espíritu del personal naval. Los jefes y ofi-



MODO DE hacer las dhas TABLAS.

Como todo flete de mercaderías livianas se cobra por la medida de los bultos, las siguientes tablas se han hecho para demostrar el contenido sólido de cualquier bulto sin el trabajo de una computacion aritmética. Las tablas son 13; cada una ocupa 4 pájinas; la 1ª columna de cada pájina manifiesta el largo; el ancho está á la cabeza de las demas columnas, y encima de cada tabla, formando el encabezamiento de ella, se encuentra el espesor. Todas tres dimensiones principian por 6 pulgadas y se aumentan progresivamente pulgada por pulgada; el largo hasta 11 pies 1 pulgada, el ancho hasta 6 pies 4 pulgadas, y el espesor hasta 4 pies.

Para encontrar el contenido sólido (ó medida cúbica) de un bulto, se medirán su largo, ancho y espesor. El espesor (ó dimension menor) que se encontrará fácilmente concurriendo los encabezamientos de las tablas, que dimos á la tabla en donde debe estár dicha contenido sólido. El ancho ha de buscarse á la cabeza de las columnas, y el largo en la primera, recorriendola desde su principio. Donde forman ángulo el largo y el ancho, allí está el contenido sólido.

EJEMPLO.

Supongamos un bulto de 3 pies 4 pulgadas, largo, 2 pies, ancho, y 10 pulgadas, espesor ¿cual es su contenido sólido?

Búsquese la tabla cuyo encabezamiento diga 10 pulgadas, que es el espesor ó dimension menor; en la 2ª. pájina de esta tabla se encontrará una columna que tiene 2. 0. (2 pies) en la cabeza, que es el ancho; luego en la 1ª columna de dicha pájina se encontrará 3. 4. (3 pies 4 pulgadas) que es el largo; vease en seguida donde forman ángulo ambas cantidades y se hallará 5. 7. (5 pies 7 pulgadas), contenido sólido del bulto.

OTRO

Las 3 dimensiones de un bulto son 2. 3. | 4. 5. | 7. 6, ¿cual es su contenido sólido?

En la 3ª. pájina de la tabla, cuyo encabezamiento es 2. 3. dimension menor, está la columna que lleva á la cabeza 4. 5. (ancho) y paralela á 7. 6. (largo) de la 1ª columna, es decir, en donde forman ángulo ambas cantidades, se ve 71. 6. (71 pies 6 pulgadas) contenido sólido del bulto.

Si algun bulto escediese la estension de estas tablas, bien sea en largo, ancho ó espesor, puede encontrarse fácilmente su contenido sólido, partiendo por mitad la dimension escedente y duplicando el resultado que se obtenga con ella.

EJEMPLO.

Las dimensiones de un bulto son 3. 7 | 5. 10 | 14. 8, ¿cual es su contenido sólido?

En la 4ª. pájina de la tabla, cuyo encabezamiento es 3 pies 7 pulgadas, y bajo la columna de 5. 10 (ancho) encontrarémos paralelo á 7. 4 (mitad de 14. 8.) 153. 3, que multiplicando por 2, da 306. 6, contenido sólido del bulto.

Cuando la medida que ha de dividirse por mitad es un número impar, debe tomarse la cantidad que mas se acerque á esa mitad, sacar por ella el resultado, en seguida hacer igual operacion por la otra mitad, mas el escesso, y sumar ambos resultados.

EJEMPLO.

Supóngase un bulto cuyas 3 dimensiones sean 18. 7 | 5. 8 | 3. 7, la mitad mas aproximada de la dimension mayor 18. 7, es 9. 3, procédase asi:

Contenido sólido segun la tabla, de	3. 7	5. 8	9. 3	=	187. 10.
Id.	Id.	Id	de 3. 7	5. 8	9	=	189. 6.
Contenido sólido del bulto							377. 4.

MODO DE MEDIR BARRILES.

Como muy pocos barriles son cilíndricos, y generalmente disminuyen su diámetro por ambos estremos, es costumbre deducir una 5a. parte de su contenido sólido, para determinar la verdadera medida cúbica en el cálculo á pago de flete. Siendo todo barril de forma circular, su ancho y espesor deben necesariamente ser iguales; su contenido sólido ha de encontrarse pues, en las columnas inmediatas á la del 10 que en la 1ª. pájina de cada tabla, porque el ancho puesto á la cabeza de dichas columnas y el espesor que se encuentra en el encabezamiento de la tabla, son tambien iguales; y en la misma se encontrará con mismo contenido sólido disminuido en su 5a. parte.

EJEMPLO

El contenido sólido de un barril que mide 3. 2 | 2. 3 | 2. 3, es segun la tabla 22. 8., 16. 0, ó en la 3a columna, inmediata á 16. 0, está 12. 10. que es su verdadera medida, deducida la 5a. parte.

Si el diámetro de un barril escediera á su largo, hay que hacer la operacion del modo siguiente:

Tómese el largo por su espesor, porque que es su dimension menor, y búsquese la tabla cuyo encabezamiento tenga esta dimension menor; en seguida bájese esta, en la columna de los largos y en la de los anchos, las otras 2 dimensiones del barril que han de ser iguales, y en donde formen ángulo estará el contenido sólido: este mismo contenido, ó bien sea la cantidad que mas se aproxime á él, ha de encontrarse en la columna inmediata á los largos, y en la columna siguiente, paralela á ese contenido, estará el otro verdadero, reducido en una 5a. parte.

EJEMPLO

Suponiendo que las 3 dimensiones de un barril sean 2. 7 | 3. 0 | 3. 0, ¿cuál es su contenido sólido?

En la 1a. pájina de la tabla cuyo encabezamiento es 2 pies 7 pulgadas, búsquese en la columna de los largos 3. 0, y en la de los anchos tambien 3. 0, y en donde forman ángulo se verá 25. 2. El número mas aproximado á este, en la columna inmediata á la de los largos, es 23. 4, y opuesto á este, en la columna siguiente, está 18. 8, contenido verdadero, reducido á 5a. parte.

ADVERTENCIA.

Para el uso fácil de estas tablas, conviene saber que siempre ha de principiarse por buscar la dimension menor, en los encabezamientos de ellas, y que entre las dos dimensiones restantes, la mayor ha de considerarse acompañante como el largo.

A Miguel Grau.
Su Amante Padre.
Juan

Libro "El Calculador Práctico", obsequio "A Miguel Grau su amante padre, Juan", tal como reza la dedicatoria. Museo Naval.

ciales peruanos se habían batido contra marinos escogidos de un país europeo, quienes comandaban unidades muy superiores a las nacionales. Demostraron arrojo, idoneidad y entusiasmo. Justo era, pues, que se autoestimaran. Y justo era también que el país, borracho de triunfos desde Castilla, se creyera conquistador, fuerte e invencible. Tanto optimismo, reforzado por la admiración que despertó la lucha brillante del *Huáscar* en Pacocha (en 1877), contribuyó en mucho a nuestra derrota del 79. De primera intención produjo el incidente de Valparaíso.

Pensando Prado llevar la guerra contra España a las colonias de ésta, contrató al Contralmirante John Tucker, de la Marina de los Estados Unidos, para que se encargase de dirigir una expedición a Filipinas. El yanqui, por de pronto, fue nombrado Comandante de la División del Sur, en reemplazo del tumultuoso Montero, "por considerarse al último demasiado impetuoso", dice Vegas. Herido el piurano en lo más íntimo, protestó de la designación de un extranjero para el comando de la Escuadra, hecho que excluía para tan importante comisión, desconociendo sus méritos, a jefes antiguos capaces y de prestigio. El Comandante Miguel Grau reincidió en acompañar al paisano. Protestó con él, renunció el cargo y, como resultado de esta actitud, que apareció como rebeldía contra el Gobierno resultó enjuiciado y, embarcado en el *Chalaco*, llegó preso a la Isla San Lorenzo. Después de un proceso que duró seis meses fue absuelto y se retiró por segunda vez de la Armada, obteniendo el mando del vapor mercante *Puno*, de la Compañía Inglesa, "honra excepcional a sus conocimientos náuticos, porque ha sido el único caso que se ha registrado en esa compañía", dice Vegas. Vicuña Mackena atribuye a este período de la carrera de Grau gran importancia. Dice que merced a él los capitanes mercantes ingleses, como buenos camaradas, suministraron al héroe durante la guerra datos muy convenientes para la ejecución de sus comisiones en la mar.

MADUREZ

A fines de 1867 el Capitán de Fragata Don Miguel Grau regresa al servicio como Comandante del *Huáscar*. Asume el poder el Coronel Balta y en este período se constatan realidades desoladoras. Hay grandes deudas, grandes déficits presupuestales producidos por el nefasto sistema de las consignaciones del guano. Para saldar el exceso de gastos se celebra el Contrato Dreyfus, al cual está asociado el nombre de un político nuevo que más tarde va a jugar papel importante en la vida pública del Perú: don Nicolás de Piérola. No obstante la situación, se sigue pidiendo prestado para construir ferrocarriles y obras públicas. El servicio de la enorme suma tomada en empréstito alcanza cifras considerables, que todavía



La felicidad del primer hijo, Enrique, hace sonreír al proverbialmente serio Miguel Grau. Colección Oscar Grau Astete.

pueden ser pagadas. La entrada de grandes cantidades de dinero al país produce una aparente riqueza y se vive en el mejor de los mundos.

Ascendido a Capitán de Navío Graduado el 25 de Julio de 1868, desempeñaba don Miguel Grau todavía la comandancia del monitor cuando los hermanos Gutiérrez encabezados por el Coronel don Tomás, se levantaron en armas (21 Julio 1872) para impedir que asumiese el mando el candidato, ya elegido por el pueblo, presentado por el Partido Civil a las elecciones presidenciales: Don Manuel Pardo. Ya hombre maduro Grau, mirando de cerca y desde el alto grado militar que inviste, el levantamiento, comprende claro el juego oculto de las revoluciones nacionales, que desconocía no obstante su participación en la de Vivanco. Entonces se hace líder de la oposición, defendiendo con ardentía el principio de la legalidad constitucional.

El golpe de Estado de los Gutiérrez, inexplicable e indisculpable en esos tiempos de reacción antimilitarista, odioso por el apresamiento y posterior asesinato de Balta, indignó la opinión nacional. No escaparon los marinos de ese sentimiento. Pensando ya en rechazarlo, apenas los comandantes de buque se enteraron de las ocurrencias, fuéronse a bordo y alistaron sus naves. El Capitán de Navío Grau ordenó en el suyo que se levantara presión para salir a viaje.

Llamados a consejo en la Comandancia General de Marina, situada en tierra, el jefe inmediato les comunicó de manera oficial lo ocurrido y mostróles una extraña comunicación del Dictador Gutiérrez ordenando a la Marina seguir el movimiento revolucionario. Como las fuerzas del Arsenal estaban comprometidas, no se tomó allí ninguna determinación definitiva. Pero al embarcarse nuevamente, reunidos por el Comandante Grau a bordo del *Marañón*, resolvieron "conservar los buques y ponerlos en aptitud de poder libertar al país de la insultante dictadura que se le quería imponer".

Nuevamente citados a consejo, al enterarse de los términos brutales del último telegrama del Dictador ("Imponga Ud. la obligación de obedecer porque esta es mi voluntad, y haga que secunden al Ejército"), comunicaron al Comandante Diego de la Haza la resolución tomada. Con éste y otros jefes se retiraron al *Huáscar* e hicieron saber a los Gutiérrez que la Escuadra sólo obedecería a un gobierno legal. El Comandante Grau sacó del puerto con su buque a los demás y todos fueron fondeados en San Lorenzo. "De allí dirigieron un manifiesto a la Nación declarando la satisfacción de ser los primeros en ofrecerse para combatir la anarquía y devolver al país el ejercicio de sus libres instituciones".

La aventura de los Gutiérrez, a más de breve fue trágica. Embarcado Pardo en la *Independencia*, el pueblo limeño, en una de esas reacciones violentas que presenta a veces su sicología blanda y apática, victimó a los

tres hermanos. El 2 de Agosto de 1872 asumió el poder el jefe del partido civil, del que el Comandante Grau sería desde entonces adicto partidario, como nos cuenta Markham. Ello se explica. El partido antedicho había arbolado bandera de orden frente al desbarajuste militarista.

Ascendido a Capitán de Navío Efectivo el 19 de Abril de 1873, don Miguel Grau fue siete meses Comandante General de la Escuadra de Evoluciones, a bordo de la *Independencia* y el *Huáscar*. Luego pasó a ser Comandante General de Marina. Controlando desde su importante puesto las actividades de la Institución, se dio cuenta de sus deficiencias y debilidades. Con claridad y criterio comprendió el peligro que venía del sur.

La Marina Peruana pasaba entonces un período de decadencia, que se iba a acentuar en los años siguientes. Cuando no se la hostilizó, fue tratada con indiferencia. Por eso los jefes y oficiales se retiraron del servicio, fueron apontonadas muchas naves, se echaron a perder calderas de buques relativamente nuevos, se clausuró el Apostadero de Iquitos, no se hizo ejercicios, las piezas vitales de las máquinas y cañones se oxidaron y fueron perdidas en los depósitos, el personal subalterno no fue entrenado.

El Comandante Grau, conocedor del empeño con que era aumentada la Marina de Guerra de Chile, aconsejó y suplicó en informes oficiales, juntas técnicas y conversaciones políticas, que se reorganizara y modernizara la Armada. No fue atendido. Desalentado y no encontrando en ella campo para sus actividades, ingresó a la política representando a Paita en las Legislaturas de 1876, 77 y 78, durante este período fue Vocal de la Junta Revisora de Ordenanzas Navales. Había servido activamente durante 25 años. Ya tenía 9 hijos de doña Dolores Cavero de Grau. Llevando consigo al primogénito, fue a Chile en el verano de 1877 y 78 a recoger los restos de su padre. A su retorno informó de los preparativos bélicos de esa nación y la manifiesta superioridad en que se hallaba su escuadra.

HEROICIDAD

Incontenible, trágica, se presentó en 1879 la guerra con la vecina República de Chile. Para entender sus resultados precisa recordar el estado financiero en que se encontraba el Perú. De éste ya hemos dicho algo. Réstanos añadir que habíamos entrado al papel moneda. Y como consecuencia de ello bajó el tipo de cambio. Que resultó un fracaso el proyectado estanco del salitre en el que se fundaban esperanzas de mejoría nacional. Que las emisiones de billetes fiscales se sucedían unas a otras. Que Dreyfus había presentado un reclamo desprestigiando hasta último grado nuestro crédito. En resumen, que nos azotaban la bancarrota, los déficit presupuestales, el papel moneda y las crecidas deudas interna y externa. Sin embargo, había optimismo respecto al resultado de la guerra, optimismo que se basaba, sobre todo, en la pretendida potencia de

nuestra Marina de Guerra. Esto era una equivocación de las muchas con que entramos a la contienda.

En efecto, la Escuadra Chilena aventajaba a la Peruana en tonelaje total, en número de naves y cañones a flote, en calidad y cantidad de transportes, en desplazamiento máximo de unidades, en espesor de blindaje, en flota mercante, en edad de las naves, en modernidad de elementos. Sólo teníamos a nuestro favor la mayor velocidad de tres buques peruanos y la mejor preparación profesional de nuestros jefes y oficiales. La última ventaja se anulaba con la pésima calidad de los tripulantes nacionales, reclutas enganchados para la campaña, inexpertos, sin haber sido nunca entrenados. Todavía resultábamos en peor situación si consideramos que las naves habían sido construídas para una guerra con el Perú, y eran homogéneas en mayor grado que las nuestras. Que la Marina Chilena, no obstante lo exiguo del presupuesto de su Nación, fue atendida con regularidad por su gobierno y, por último, que mientras la escuadra enemiga estuvo lista para actuar desde antes de la declaratoria de guerra, la *Independencia* tenía sus calderas en tierra; el *Huáscar* estaba desarmado, las calderas de la *Unión*, *Atahualpa* y *Manco* se encontraban en mal estado y el *Chalaco*, la *Oroya* y la *Limeña* necesitaban preparación. Un hecho concreto demuestra bien la situación de la Escuadra Peruana al iniciarse las hostilidades: en el primer encuentro de la campaña naval, los estopines de la *Unión* fallaron y hubo que utilizar fósforos. Los tubos de las calderas reventaron por docenas. Entró agua a las hornillas. De las 25 libras de presión que normalmente debía levantar el vapor, sólo podía alcanzarse 16. Pero el pueblo había pedido que los buques salieran a campaña. Y salieron.

En las juntas de los primeros días de Mayo (las que al principio fueron muy extrañas, pues asistían a ellas civiles sin cargo oficial y periodistas) hubo quien expresó la opinión de que el *Huáscar* solo podía batirse con cualquier nave enemiga. El Capitán de Navío Miguel Grau, Néstor en el concejo y Aquiles en la lid, dijo la verdad, según refiere Paz Soldán: "El Comandante Grau manifestó la necesidad de demorar la expedición al sur para que se hiciera, cuando menos, ligeros ejercicios de cañón y maniobra. Dijo que la fragata *Independencia*, con motivo de los trabajos que se hacían en ella, no había hecho ningún ejercicio de cañón y que la marinería apenas conocía sus principales obligaciones, por ser de reciente formación, que el *Huáscar*, aunque era el buque más expedito de la Escuadra, estaba muy lejos de poseer la disciplina y práctica indispensable para el caso de un combate, que era peligroso ensayarse con el enemigo en tales circunstancias. Como uno de los concurrentes hablara del gran poder del *Huáscar*, el Comandante Grau replicó: *"Señores, es preciso que no nos formemos ilusiones. El Huáscar es sin duda un buque*

muy fuerte pero nunca podrá contrarrestar a uno solo de los blindados chilenos, pues mientras aquel tiene una coraza de cuatro pulgadas y media y dos cañones de 300 libras, estos tienen una coraza uniforme de nueve pulgadas y seis cañones de 250 libras, a lo cual hay que agregar que por el momento no tiene el monitor balas aceradas (únicas capaces de perforar un blindaje), ni marinería siquiera medianamente expedita, en cambio de lo bien provistos que se hallan los buques enemigos, así de pertrechos como de la gente apropiada para el caso; no siendo de poca importancia la ventaja en éstos de tener doble hélice, lo que les permite ejecutar sus movimientos sin perder su posición y con suma rapidez". "A pesar de todo" —agregó— "el Huáscar, si llegase el caso, cumpliría con su deber, aún cuando tuviera la seguridad de su sacrificio".

Después de esta junta hubo otras. Planteado el peligro de perder la Plaza de Arica y con ella el Ejército de Operaciones que dependía del mar, el Comandante Grau varió su opinión en el consejo del 13 de Mayo. Esa noche habló de la necesidad de salir a aquel puerto con la mayor premura, sin esperar que se montaran en los fuertes los cañones de a 300 que el Comandante Aurelio García García opinaba que se colocaran antes de llevar la Escuadra. Pensaba el futuro héroe de Angamos que los ejercicios de entrenamiento del personal podrían realizarse después de efectuar el viaje a Arica.

Aprobado el plan, la Escuadra fue preparada. El Capitán de Navío don Miguel Grau había sido nombrado Comandante de la Primera División, formada por los acorazados. Es decir, se encargaba a su pericia y experiencia lo más valioso de la Armada. Se le sabía resuelto, de un valor ciego, profundamente conocedor de los buques, puertos y marinos, enemigos y propios. Era un hecho indiscutible que, además, tenía habilidad, era enérgico y nunca perdía la calma.

Aunque la *Independencia* resultaba de más valor material que el *Huáscar*, el Comandante de la División izó su insignia en el último. Amaba esa nave, cuyo comando había ejercido ocho años. Además, el *Huáscar* era ya un símbolo por la gallardía con que se batió en Pacocha (29 Mayo 1877) contra la fragata *Shah* y la corbeta *Amethyst*, de la Armada de S. M. Británica, muy superiores en calidad. Desde que él izó su insignia de Comandante Divisionario, "el *Huáscar* no fue sino Grau envuelto en su coraza de hierro". Por eso pudo realizar tales proezas que no parece hiperbólico el poema de Mérou:

> .....y el océano altanero
> en cada ola refirió a la arena
> que era más poderoso que el pampero
> cuando su ira en el llano desenfrena!"

El 16 de Mayo de 1879, colocadas en su sitio las calderas de la *Independencia*, salieron del Callao esa nave, el *Huáscar*, *Manco Capac*, *Atahualpa* y los transportes *Limeña*, *Oroya* y *Chalaco*, conduciendo a Arica al Presidente de la República y tropa. El convoy sólo llegó intacto hasta la Isla San Lorenzo. Los monitores pequeños se regresaron de allí al fondeadero por su mal estado y lento andar. Los restantes alcanzaron sus respectivos destinos el día 20.

Entonces comenzó la campaña loca del monitor, condenado de antemano a pronta pérdida por las empresas arriesgadísimas a que se le enviaba, sin tener en cuenta la superioridad naval enemiga, sin atender las solicitaciones de su comandante (quien pedía se le dejara entrenar su dotación), confiando sólo en la Suerte y la idoneidad del Capitán de Navío Grau. Así comenzó a parecer "más que una nave, un ser viviente con vuelo de águila, vista de lince y astucia de zorro. Merced al Huáscar, el mundo, que sigue la causa de los vencedores, olvidaba nuestros desastres y nos quemaba incienso".

El 21 de Mayo trabó el buque su primer combate de esta guerra. Ese día entró el *Huáscar* a Iquique y cañoneóse dos horas con la *Esmeralda*, infructuosamente porque sus proyectiles no alcanzaban el blanco, debido a la pésima calidad de los artilleros. Entonces, con esa sangre fría y aplomo tan suyos, con esa maestría para ejecutar operaciones de guerra que siempre demostró el Comandante Grau, se fue sobre la corbeta con el espolón embistiéndola tres veces. "Los tres asaltos" —dice el Coronel Ekdhal— "fueron ejecutados con harta destreza y después de cada choque hizo retroceder a su buque con admirable prontitud". La *Esmeralda*, luego de batirse valientemente, se hundió partida en dos, mientras en la cubierta del monitor quedaba tendido el cuerpo del Comandante Arturo Prat, compañero del vencedor en el combate de Abtao. "Señor Carbajal —ordenó el Comandante— tenga cuidado con el cuerpo de ese jefe". Luego, como en la sicología de Don Miguel Grau predominó siempre el afecto sobre la idea, sin acordarse del principio básico que enseña "actuar en la guerra como en la guerra", dejó que mandara su sentido humanitario y arrió los botes para salvar a los náufragos de la corbeta.

Hay quien, con espíritu práctico, ha criticado la magnimidad que tuvieron con sus enemigos el Comandante Grau y los demás marinos peruanos, durante la Guerra del Pacífico. Se ha dicho que tal sentimiento privó al Perú de legítimos triunfos. Es cierto. Sin embargo, pensemos que si el Comandante Grau hubiera "explotado con dureza las magníficas oportunidades que se le presentaron", sería más grande como militar pero más pequeño como hombre. Y es el calibre de éste el que hay que buscar siempre en los humanos cubiertos por cualquier ropaje. Siendo crueles, fusilando náufragos como la *Covadonga* en Punta Gruesa, pudimos arrastrar

a la muerte en nuestra caída a miles de enemigos. Pero no hubiéramos ganado la guerra que de antemano estaba perdida. Habiendo sido, en cambio, como fuimos, magnánimos, hemos resultado más nobles en nuestra derrota que el enemigo en su victoria. Y bien puede cambiarse por las vidas, que dejamos de sacrificar, el grito de Uribe, salvado de las aguas por los peruanos, al pisar la cubierta del *Huáscar:* "¡Viva el Perú generoso!". O los términos de la carta de la viuda de Prat al héroe, al agradecerle a éste, el pésame y el envío de las prendas personales de aquél que, con nobleza altísima, recogió el Comandante Grau de la cubierta de su buque.

Perdimos la guerra por nuestra inmoralidad administrativa, por nuestra petulante falta de previsión. Pero, ya se ha dicho, de ello nos redime los gestos heroicos de nuestros hombres de mar y soldados. También hay honor en merecer los elogios del enemigo. El gran marino peruano los recogió en la Gloria. El día de la catástrofe de Angamos, Benjamín Vicuña Mackena escribió lo siguiente: "Hubiéramos querido ciertamente tener al *Huáscar*, y no ha sido otra la ambición patriótica de nuestras almas durante seis meses. Pero habríamos querido tenerlo con su bizarro jefe. Así como ha sido, nuestra victoria parécenos incompleta o más bien mutilada. Y el ufano monitor vencido, entrando a las aguas de Mejillones sin el alma y sin el brazo que lo condujera al asalto, remolcado precisamente por el buque a cuya tripulación diera plazo magnánimo para salvarse hace tres meses, parécenos una sepultura encerrada dentro de glorioso trofeo". Bulnes, por su parte, se expresó así: "Todo elogio que se haga del caballeroso marino está justificado. Sirvió a su patria con valor, con destreza y con humanidad. Imprimió a sus acciones una nota caballeresca. Cumplía su deber sin arrogancia. Jamás se encuentra bajo su pluma una injuria ni su buque ahondó inútilmente los males de la guerra. Pudo destruir poblaciones inermes y no lo hizo. Dio pruebas de una actitud inteligente en la campaña y mucha serenidad en el peligro. Alma elevada, templada en la fragua del deber, Grau enalteció el nombre de su país y envolvió en un marco de grandeza el fin del poder naval del Perú".

Terminado el combate de Iquique el *Huáscar* siguió al sur. Iba solo porque habíamos perdido la *Independencia*, la mejor nave de la Armada, el mismo día que hundimos la *Esmeralda*. Como lo prometió pocos días después el Comandante More, que lo fue de la malograda fragata, pagó con su vida en Arica el desastre de su nave.

En su correría el Comandante Grau apresó tres transportes salvando la vida a sus tripulantes. Entró a Pabellón de Pica, Mejillones (de Bolivia), Cobija, Tocopilla y Patillos. Destruyó elementos de movilidad, tomó presas y rompió el cable de Antofagasta, con los fuertes de la cual plaza y la *Covadonga* combatió, suspendiendo el ataque "por considera-

ción a no lastimar intereses neutrales y gente indefensa". En su regreso al norte burló con hábil maniobra la persecución del *Cochrane*, *Blanco* y *Magallanes*. Y al principio de junio llegó al Callao, donde fue enviado a hacer ligeras reparaciones a su nave.

Teniendo en cuenta la facilidad con que los limeños nos entusiasmamos, y lo dados que somos a festejar y ensalzar a las personas de valía, puede imaginarse las manifestaciones de afecto de que el Comandante Grau sería objeto en Callao y Lima al regresar de su primera correría, y el incienso que le quemaron durante el mes que el *Huáscar* permaneció en el puerto. Pero su firme cabeza no era propensa a ningún mareo, ni aún el de gloria. Consagrado a su hogar, su esposa y sus hijos, a quienes ahora quería más, con el presentimiento de un epílogo que no podía tardar, siguió sencillo, sereno y humilde. Contestando los brindis que se hicieron en uno de los muchos banquetes dados en su honor, dijo una vez: "Todo lo que puedo ofrecer en retribución de estas manifestaciones abrumadoras es que si el *Huáscar* no regresa triunfante al Callao tampoco yo regresaré".

Cuenta González Prada que un día, fastidiado ya por las alabanzas que le prodigaba un moscardón adulador, exclamó: "Vamos, yo no soy sino un pobre marinero que trata de servir a su patria".

Reparado a medias, salió el *Huáscar* y del 18 al 25 de Julio hizo su segunda excursión. Entró a Antofagasta, Chañaral, Caldera, Huasco, Carrizal Bajo, Pan de Azúcar e Iquique, batiéndose en ese puerto con el *Cochrane*, *Abtao* y *Magallanes*. Como en la ocasión anterior, destruyó lanchas y medios de movilidad y apresó transportes. Entre ellos el *Rímac*, tomado en compañía de la *Unión*, espléndido vapor que llevaba a bordo víveres, carbón, armas, pertrechos, animales y 258 hombres de tropa del "Carabineros de Yungay". Por el valor material y moral de la presa, esta captura tuvo enorme resonancia. Ella ponía en ridículo al alto comando y la marina enemiga, la última tan superior en fuerza a la nuestra pero incapaz de contener las audacias de los marinos peruanos. En Chile el gabinete fue interpelado y cayó. El Capitán de Navío Riveros reemplazó al Almirante Revolledo en el mando de la escuadra enemiga.

El mes de agosto el Comandante Grau reinició sus excursiones a las costas chilenas. El día 1º salió con el *Rímac*, capeó dos temporales haciendo carbón en la mar durante uno de ellos y continuó viaje solo. Visitó Caldera, Taltal, Cobija, Tocopilla, Blanco Encalada y Cobre. Dos veces combatió en Antofagasta. La primera cuando los torpedos Lay que lanzó contra los buques chilenos casi hunden su propia nave. La segunda, cuando se batió contra el *Magallanes*, *Abtao*, *Limari* y los fuertes de tierra, disparando, según dice un chileno "con segura intención de dañar sólo los buques que le hacían fuego". Destruyó lanchas, atemorizó al enemigo y huyó con habilidad de fuerzas superiores.



Una de las fotos más conocidas y características del entonces Capitán de Navío Miguel Grau.

Desde el comienzo de la guerra Arica fue el centro avanzado de operaciones del Perú. Puerto magnífico, cómodo y abrigado, ofrecía los recursos naturales de los valles de Lluta y Azapa, a más de los de Tacna, a cualquier ejército situado en las cercanías. Además, siendo la rada más cercana a la capital de Bolivia, sirvió automáticamente de lazo estratégico de unión entre los aliados, llegando a ser la arteria aorta del organismo peruano-boliviano.

Cuando comprendióse tardíamente en Lima que la guerra era inevitable, el gobierno mandó a Arica ciertos elementos de combate que permitieron organizarla como base naval del sur. El Prefecto Zapata fue encargado de los trabajos militares en el mes de Febrero. Pero a mediados de Abril llegó al puerto el Contralmirante Lizardo Montero, nombrado jefe de la plaza, que debía hacerse cargo de las faenas por realizar. Como conforme transcurría el tiempo afluían soldados y elementos a Arica, el antiguo y rico puerto comercial, habíase transformado rápidamente en plaza guerrera. Así lo advertía el Capitán de Navío Grau, quien llegaba al puerto el 31 de Agosto de 1879, a las 17.00 hs., conduciendo el bravío *Huáscar*, siempre dócil a su voz.

¡Arica!... Quizás la clara inteligencia del héroe intuiría desde entonces en lo que iba a terminar el hermoso puerto. Las baterías del norte y el este enseñaban las bocas de sus cañones viejos y espectantes. En el Morro ondeaba el pabellón peruano. Veíasele chato y macizo todavía porque sólo más tarde habría de elevarse a alturas inmateriales para que en él subieran a la Gloria el anciano Bolognesi y los heroicos defensores de "el último cartucho".

El *Manco Capac*, llegado el día 7 de ese mes al mando del Capitán de Navío Camilo Carrillo, estaba fondeado al norte del puerto, preparándose para abrir sus válvulas de inundación nueve meses más tarde, después de batirse como fiera acorralada. Entre los fuertes y la población discurrían los soldados. Cholos heroicos vestidos con uniformes de loneta blanca que no podían cambiar porque sólo poseían el que, sucio y rotoso, cubría sus cuerpos. Zambos que guardaban su munición en los bolsillos y entre la manta pues no tenían cartucheras. Indios foráneos calzados con *ojotas*, con *potos* prendidos al cinturón, porque tampoco había zapatos y cantimploras.

Pero ese día, no obstante tanta miseria, la ciudad estaba en fiesta patriótica. Esperaba al marino epónimo para abrazarlo y bendecirlo. Así era siempre que él llegaba al puerto; la población deliraba de gozo para resarcirse de las horas angustiosas que pasaba en su ausencia, pensando, con trágica intuición, que un día cualquiera se le llegaría a aguardar en vano. Además, el 31 de Agosto que estamos tratando, hubo una razón más para felicitar al ídolo: el Congreso de la Nación haciéndole justicia, lo

había ascendido a Contralmirante. Gracias a una crónica del corresponsal de "El Comercio" de Lima, es posible dar una idea de lo que fue este día en Arica.

Desde que el *Huáscar* fue avistado la banda de músicos del Batallón Victoria comenzó a ejecutar aires guerreros. A sus sones se arremolinó la gente en el muelle, vitoreando al Contralmirante. Allí estaban todos los habitantes de Arica. El pueblo, los soldados, las damas de la sociedad, los representantes del presidente Daza (acantonado en Tacna con sus tropas), venidos expresamente esa mañana desde la ciudad de las huertas y los callejones olorosos. Allí estaban todos los que veían en el héroe la personificación del marino peruano y la esperanza suprema de la Patria.

Una falúa se ha destacado de la escala del monitor. Los pujantes grumetes del buque, pescadores macizos y valientes pero por desgracia ignorantes casi del arte naval, reclutas novísimos, curvan los remos impulsando el bote en una vistosa "boga de comandante". En la popa, modesto, leal, franco y recio, viene el héroe. Atraca a la escala y un vítor ensordecedor atruena los aires salinos. Las mujeres vierten pétalos de rosa y mixturas bajo sus plantas y sobre su cabeza. El reserva una corona elegante que está atada con cinta sedeña donde lucen los colores de la Patria. Y, emocionado, avanza, como otro héroe americano cantado en estrofas hermosas:

..... "bajo lluvia de flores
y al estruendo de músicas marciales".

Según es de ordenanza, el marino debe presentarse de inmediato al Jefe Supremo de las Fuerzas para dar cuenta de su comisión. Al tomar la primera calle cede la vereda a su superior, el Contralmirante Montero. Este, entonces, rechazándola con gesto noble, lleno de admiración al compañero de siempre, al paisano epónimo, le dice "con su natural jovialidad":

—No, Almirante: hoy es tu día...

Y en esta forma llegan a la casa donde se aloja el Presidente Prado. Este espera a la puerta y recibe en sus brazos al vencedor de Iquique, estrechándolo fuertemente, a nombre de la Patria toda.

Durante los días que siguen al del desembarco, el flamante Contralmirante se niega a colocar las presillas de su grado porque considera que todavía no las merece. Pero continúa recibiendo felicitaciones, valiosísimas espadas, joyas, medallas y demás ofrendas que le envían los pueblos del Perú y Bolivia. Nada de ello lo perturba. Su infinita modestia puede aquilatarse leyendo la misiva que dirigió a su esposa el 1º de Setiembre, en medio del bullicio y las fiestas en su honor. En ella se concreta a manifestarle su tierno amor, a hacerle recomendaciones y encargos fami-



Mandado erigir por Nicolás de Piérola, el monumento que se encuentra en Matucana es el primero dedicado por la patria a Miguel Grau.

liares y a recordar a los niños. Apenas si dice que tiene muchas cartas de felicitación que contestar.

Y así era en efecto. Le llegan epístolas de admiradores de tierras extrañas, lo alaban los diarios europeos en las reseñas de la campaña, los marinos argentinos le dirigen sincero mensaje (..... "los héroes del mar son tan escasos como las guerras marítimas. Parecía que con los Nelson, Gravina, los Brown se había cerrado el glorioso catálogo".....). Pero él sigue humilde. Ni siquiera, lo turba la torpe e insidiosa alabanza de quienes le susurran que será el próximo presidente del Perú. Jamás pensó en la banda como último entorchado. Sabíase reservado para más alto destino.

Sobre los honores, le interesaba el éxito de su misión. Por eso pidió le permitieran limpiar los fondos del *Huáscar*. Por eso, también, Montero pudo referir más tarde que al quedarse solos el Contralmirante Grau y él, uno de esos apoteósicos días de Arica, después de recibir un valioso presente, aquél exclamó: "Si, todo esto está muy bien. Pero, ¿cuándo llegan las granadas Palliser para mi buque...?". No habrían de llegar. Tampoco los cuatro meses de sueldo y las prendas de vestuario que se adeudaban a la guarnición del monitor...

GLORIA

El héroe comprendía que escalando la Gloria marchaba a la Muerte. Que la situación no podía seguir indefinidamente igual. Conocía las medidas adoptadas en Chile para terminar con el monitor. Sin embargo, no flaqueó un momento. Desatendido en su solicitud de meter el buque a dique, se preparó para salir de Arica por última vez con estoica resignación. "Sé que llevo al *Huáscar* al sacrificio", dijo. Pero se hizo a la mar. Antes escribió a los suyos, envióles los objetos de valor que tenía a bordo y recibió los sacramentos. Bien comprendía que se iba a entregar en holocausto. Pero, como los semidioses griegos, afrontaba valerosamente su inexorable destino.

Partió el 1º de Octubre con la *Unión*. Entró a Sarco. Llegó cerca de Valparaíso y regresó a Coquimbo. El 6 tuvo el *Huáscar* una descompostura en la máquina. Otra el 7. A las 00:00 hs. del 8 llegó a Antofagasta. Calma chicha peligrosa del mar; nadie sabía dónde se encontraban las fuerzas enemigas. Era que se estaba cerrando un anillo de hierro en torno al monitor.

Al amanecer del día antedicho el Contralmirante se encontró ante el semicírculo de muerte del sur: *Blanco Encalada, Covadonga* y *Matías Cousiño.*

Navegaban tratando de interponerse entre tierra y la división para echar a los nuestros al Oeste. Lo lograron. Siguieron tras ellos perezosamente, saboreando ya el triunfo. A las 7:15 hs. apareció el semicírculo oriental a los ojos peruanos: *Cochrane, O'Higgins* y *Loa*. Comprendió todo lo que iba a pasar. Entonces exclamó: "Estas son las órdenes que dan...". Fue el único reproche que pronunciaron sus labios en el transcurso de esos seis meses de ciega obediencia al más absurdo de los planes de guerra naval. Ordenó a la *Unión* que se retirara, salvando así esa nave para que pudiera realizar más tarde su espléndida ruptura del bloqueo de Arica. Luego se preparó a morir tan virilmente como había vivido.

Transcurrieron dos horas desde que se cerró el círculo de muerte en torno de él y la iniciación de los fuegos. Hay que suponer lo que el héroe y los suyos debieron pensar durante tan larga espera, tan larga que hubiera hecho flaquear un ánimo menos firme que el del Contralmirante de Angamos.

En esos momentos debió mirar con ansia de condenado a muerte ese cielo y ese mar que fueron testigos de su vida intensa, incansable y hazañosa. Como lo vio Aristóbulo del Valle, en visión perturbadora pasarían por su mente los recuerdos de su existencia, sobre todo los de niñez en su bella tierra piurana que no volvería a gozar. Brotaría de su corazón, tierna caricia, la imagen de su esposa y sus hijos. Pensaría con dolor en lo feliz que podría resultar su vejez en medio de un pueblo que lo bendecía y admiraba. Comprendería nítidamente la tragedia de su ocaso, trapacerías políticas y abandonos criminales de los que no era responsable (bien claro advirtió a sus conciudadanos el peligro de la guerra), lo entregaban al enemigo, débil, maniatado, impotente. Debió decirse que los políticos peruanos lo daban a los chilenos, accediendo a la solicitud de un pueblo ignorante, como los Césares entregaban al Circo sus esclavos. Comprendería en ese momento que él era una víctima de la imprevisión y el desgobierno.

¡Qué amargas debieron ser sus reflexiones!..... Pero también, ¡qué hermosa y viril su resolución! Por compromiso de honor consigo mismo y su gloriosa campaña no podía rendir el *Huáscar*. Por amor a la Patria tenía que dejar inmaculadamente limpio su nombre a las generaciones postreras. El ejemplo de los héroes peruanos que él conoció en su niñez debió presentarse ante sus ojos. Por eso, junto con la plegaria que elevó a Dios su corazón creyente, brotó, viril y entusiasta, el grito corajudo: Dios te salve, María..... ¡Viva el Perú!

Los oficiales y marineros silenciosos, estaban en sus puestos de combate. En el pico, el pabellón se agitaba trasladando su sombra sobre las cabezas de los marinos. Calmo, besaba el mar los costados del *Huáscar*. La hélice agitaba las aguas, mientras el humo negro huía, presuroso, de la chimenea, perdiéndose en el cielo, de un celeste suave y promisor...



Detalle del monumento de Matucana. Hecho íntegramente en mármol, fue inaugurado el 8 de setiembre de 1895.

A las nueve y veinte una orden bajó, rotunda, desde la torre de mando. Potro bravío el monitor agitó las crines de su clarín de guerra, relinchó por sus cañones e inició la lucha. De sus dos primeros disparos uno dio en el *Cochrane*, pero la coraza de éste lo detuvo. Volvió a disparar. Contestó el *Cochrane* cuando estaba a 300 metros de distancia y el *Huáscar* hizo nuevamente tronar sus cañones. Los primeros proyectiles chilenos que alcanzaron al monitor causaron grandes daños: un cañón quedó inutilizado y fuera de servicio el timón de combate. Otra granada de la segunda descarga enemiga cayó en la torre y estalló dentro. El Contralmirante Don Miguel Grau y su Oficial de Ordenes volaron en pedazos. Los dientes del primero quedaron incrustados en la cubierta como en postrer ósculo a ese pedazo de Patria moribunda que era el *Huáscar*.

Muerto el Comandante, siguió la lucha. Su espíritu continuaba animando al barco. Por eso los combatientes del monitor "prestaron a la belleza y a la gloria de la humanidad el ínclito servicio de mantener en la escena suprema y fatal del desenlace, la esencial unidad del gran drama del *Huáscar*. El arca de sangre y de muerte que era el *Huáscar* vencido, convirtióse por el heroísmo de sus combatientes en un arca de gloria e inmortalidad. En el más eminente sentido de las cosas, no es verdad que el *Huáscar* fue vencido. Lo que esta batalla demostró en verdad, es que el *Huáscar* era invencible. Si los laureles y no los trofeos hacen la victoria, una batalla donde el vencido cosecha todos los laureles y el vencedor recoge todos los trofeos no es una victoria para el vencedor ni una derrota para el vencido. El uno cuenta su victoria en valores terrenales y materiales, el otro cuenta su derrota en valores morales e ideales. Esos valores hacen definitiva la victoria. Ellos transforman al vencido en vencedor y lo consagran a la eternidad en el amor, la admiración y la veneración de las generaciones".

Cuando, después de una hora treinta y cinco minutos de heroico combate de los sobrevivientes a Grau, muertos y heridos ya todos los oficiales, los chilenos abordaron el despojo flotante que era el monitor; uno de ellos vio que un tripulante peruano lloraba delante de los restos de un cadáver mutilado que piadosamente había recogido. Era el tripulante un sirviente del Comandante y los restos todo cuanto quedaba de quien en vida fuera el Contralmirante de la Armada Peruana don Miguel Grau Seminario y en la Gloria el Héroe de Angamos. En su camarote, la imagen de Santa Rosa de Lima, a la que Grau solía rezar, también estaba cubierta de sangre. Podía verse sobre ella cinco perforaciones de bala...



La imagen de Santa Rosa de Lima, encontrada en el camarote del Contralmirante Miguel Grau en el glorioso "Huáscar". Museo Naval.



Casa en la que nació don Miguel Grau, en Piura. Actualmente funciona allí el Museo dedicado a su memoria.

Homenajes

DE MI CASONA

por Enrique López Albújar

... "Posiblemente no es la casa más gloriosa de Piura, a cincuenta metros de ella se levanta, medio arruinada por el terremoto del año 12, la casa en que nació Miguel Grau, aquella en cuyo patio su padre, el colombiano don Juan Manuel, en sus horas de buen humor y con el pensamiento puesto seguramente en las glorias guerreras, hacía formar en círculo a sus hijos, tiernos aún, sin excepción de las mujeres, y que uno de ellos pegase fuego al montón de pólvora que había en el centro, mientras él, un tanto grave, vigilaba para sorprender quién era el medroso que había pestañado al ruido de la deflagración. Y como todos, hasta el futuro Contralmirante, no podían dejar de estremecerse y pestañar, don Juan Manuel, fingiéndose indignado, acababa siempre diciendo: "¡No sirve! Hay que acostumbrarse a no temblar. Hoy no hay dulces para nadie".

Lima - 1924

A GRAU

por Fernando Velarde

Es tragedia sublime nuestra vida,
Precursor muy audaz nuestra esperanza;
Al festín de la gloria nos convida
Y al gran ciclón universal nos lanza.

¿Cómo el destino en sus misterios pudo
Hacer tan grande y tan fugaz tu historia?
¡Héroe! recibe mi postrer saludo,
Es un sollozo de dolor y gloria.

Siendo yo joven desgraciado, errante
Mensajero fugaz de clima en clima;
Fuiste mi alumno férvido y constante
Allá en la noble y opulenta Lima!

A pesar de los años que se lanzan
Cual aves negras al profundo olvido,
Mis recuerdos más íntimos te alcanzan
En la revuelta oscuridad perdido.

Te recuerdo muy bien, meditabundo
Cual las pasiones tempestuosas, tiernas...
Como un viajero que en el fin del mundo
Vé surgir a las vírgenes eternas.

En transportes de júbilo temblabas
Cuando los hechos de Numancia oías;
Con Bolívar el grande te exaltabas,
Con Sucre el inmortal te enternecías.

Siempre fue dulce para mi tu nombre,
Siempre fue fausta para mi tu estrella!
Es un arcano incomprensible el hombre,
Dios en la muda eternidad le sella.

Nunca fuiste risueño ni elocuente,
Y tu faz pocas veces sonreía,
Pero inspirabas entusiasmo ardiente,
Cariñosa y profunda simpatía.

Los días melancólicos y bellos
Pasaron, cual relámpagos veloces,
Mi sentimiento meditando en ellos
Exhala dulces, somnolientas voces.

Marcha! me dijo mi contraria suerte
Y cantando me fui de clima en clima;
Mas nunca pudo devorar la muerte
Mis memorias poéticas de Lima.

Después del tiempo en los confusos giros,
En Londres otra vez nos encontramos,
Y cual dos melancólicos suspiros
Que lleva el huracán... nos separamos.

Cual muy lejano cántico elocuente
Triunfaste del olvido en mi memoria,
Y flotabas en mí confusamente
Como un fantasma de una muerta gloria.

Esperé que otra vez te encontraría
De este mundo en la gran encrucijada;
Mas fue un sarcasmo la esperanza mía,
Mi sueño hermoso convirtióse en nada.

Nuestras tristes y lánguidas estrellas
Coronadas de fúnebres misterios,
Brillaban melancólicas y bellas
En distantes y opuestos hemisferios.

Cuando implacable comenzó la guerra
Hirió mi corazón la profecía,
Te ví cual Nelson coronar la tierra,
con tu noble y suprema valentía.

Te ví del "Huáscar" en la humilde popa
Midiendo el Polo y observando a Antares
Con grandes hechos sorprender la Europa,
Barrer las costas y asombrar los mares.

Pero ví que la espada de la suerte
Implacable hacia tí se dirigía,
Y ante tan noble y tan gloriosa muerte
Lloraba de dolor y sonreía.

Llegó por fin el último momento
Del afán... del fragor... de la batalla...
Y taladró tu voz el firmamento...
Los vientos gimen... lo infinito calla!

Fue formidable para tí la gloria,
No quiso darte ni siquiera un día,
Como a Ricaurte te entregó a la historia
Y a la austera y sublime profecía.

Cuando vencido... vencedor caíste,
Del mar gimieron las soberbias ondas
Y te contaron un poema triste
Leónidas y Catón y Epaminondas.

Tembló Albuquerque en la distante Goa
Y lloraron los héroes del Callao;
Desde el cadalso te aplaudió Balboa
y en grandes himnos prorrumpió Bilbao.

Cual siderales pléyades lucientes,
Todos los manes te cercaron juntos
Y aplaudieron los sínodos vivientes
Y cantaron los éxodos difuntos.

Cual inmortal constelación, tu nombre
Arrojaste a las bóvedas esféricas;
Lleno de asombro te contempla el hombre
Y llenas de entusiasmo las Américas.

Tú resplandeces refulgente y solo,
Ceñido de tormentas huracánicas
En la corona antártica del polo,
Más allá de las nubes Magallánicas.

Humilla oh Chile! tu soberbia gloria
Ante la sombra del audaz marino,
Mil veces superior a tu victoria,
Mas grande que la muerte y el destino.

Londres, 1880.

EL TENIENTE GRAU
por Enrique González Dittoni

Con cierta perspectiva se puede contemplar al Grau de este lapso, en que sale del Perú a los treinta años, recién ascendido a Teniente 1º de la Armada, para una comisión en la cual es necesario no solamente el conocimiento y la preparación técnica, sino la confianza de sus superiores en su propia seriedad y en su conducta. Trabaja al lado de García y García y ve perfilarse en las gradas, lentamente, la figura airosa de la Independencia. Contemporáneamente, estando en Londres, comienza a construirse el buque más famoso del Pacífico, el Huáscar, que se une a él de tal manera que al evocar a uno necesariamente hay que recordar al otro. Grau le da su alma y su temple al conjunto de piezas de acero que es un barco y esta identificación es tal, que el navío parece dotado de poderes sobrenaturales, sobre todo para la escuadra enemiga. Ambos, unidos en la comunión indestructible de la muerte, pasan juntos a la gloria y a la inmortalidad.

Grau debió conocer en Londres al Coronel Francisco Bolognesi encargado también de una misión especial, que era la de comprar fusiles, municiones, sables, pistolas y sobre todo cañones, esos cañones Blakely que sirvieron en la Batería Santa Rosa, en la Batería Maipú, en el Reducto del Sol y también aquel apodado popularmente "Cañón del Pueblo" que defendieron al Callao y al honor del Perú el 2 de mayo de 1866. En la capital inglesa estaba también Manuel Pardo, que conoció allí a su futura esposa, pues el padre de ella era don Federico L. Barreda. Ricardo Palma nombrado Cónsul en el Pará, llega a Londres en la misma época para tratar de seguir luego viaje hacia su destino y es lógico que en las reuniones en la Legación y el Consulado, se encontrasen los peruanos que por diversos motivos se hallaban en la misma ciudad.

La diplomacia peruana, a veces tan injustamente comprendida y tan mal conocida, contribuyó decisivamente con el esfuerzo personal de los Ministros en París, Londres y Washington a la compra de buques de guerra en momentos angustiosos para el Perú. Entre ellos merece reconocimiento especial don Federico L. Barreda y Aguilar, que con su tenacidad pugnaz, su previsión patriótica, su constante diligencia y su encendido entusiasmo hizo posible que el Perú se armara en el mar, hasta donde lo permitían las circunstancias y las propias responsabilidades, para afrontar peligros ya existentes. La Cancillería del Perú estuvo en todo momento orientando, coordinando e instruyendo a sus representantes y se puede decir que merced a ella y al esfuerzo de los marinos comisionados en Inglaterra, el Perú pudo contar con los buques de Abtao y con los que más tarde se cubrieron de gloria por sus hazañas en la Guerra del Pacífico.

Todos los caracteres de la personalidad de Grau están definitivamente perfilados en esta época. Desde su figura con las pobladas patillas unidas al bigote hasta los rasgos morales y sus virtudes profesionales. El marino forjado en todos los mares de la tierra y el oficial naval que asombrará

al mundo quince años más tarde, están definitivamente cuajados, con una gran riqueza interior y con una solidez espiritual verdaderamente paradigmática, en este hombre de treinta años, católico, modesto, honrado, caballeroso y humano.

El informe de Grau decide en buena parte la compra de la Unión, cuyo primer comandante es él, que la trae al Perú. El buque sufre accidentes y averías en esas vicisitudes originales de la primera hora; el domador es Grau y él es también quien lo conduce al primer triunfo en el bautismo de fuego de Abtao. Largos periplos entre cielo y mar y un destino final semejante los juntan pues ambos estuvieron también frente al enemigo común en 1866 y 1879.

Todos los buques más importantes de la escuadra del Perú que combatieron en la Guerra del Pacífico habían estado en cierta manera vinculados a Grau. Fueron construídos o comprados para hacer frente a la Escuadra de España y él, directa o indirectamente, vigiló, informó y aconsejó. Los vio además construirse en los astilleros o los inspeccionó en los diques.

Jamás pensó que debían enfrentarse, tres lustros más tarde, a blindados perfeccionados que duplicaban y triplicaban cada unidad peruana en tonelaje, máquinas y artillería y que de ese duelo dependería el destino de generaciones que aún no habían nacido.

Tarde comprendimos que el porvenir del Perú está en el mar. Las lecciones de la historia, sin embargo, sirven a la postre para que en el futuro los que nos han de suceder tengan el mismo orgullo que ahora poseemos nosotros de ver flamear el pabellón blanco y rojo en los mástiles de navíos poderosos, que a la vez que escudo y salvaguarda de la Nación, por serlo de la Armada, representan la más afirmativa expresión de nuestra patria y de su señorío en el mar. Gallardos símbolos de acero del Perú de ayer y de hoy, del Perú de Grau, del Perú eterno.

UN PENSAMIENTO DE GRAU
por Mercedes Cabello de Carbonera

Era el año de 1877. Don Francisco Lagomaggiore, coleccionaba para su libro "América Literaria", las producciones, ya fueran en prosa o verso, de los hombres más eminentes de estas repúblicas Sudamericanas.

Miguel Grau, como el más conspícuo de los marinos peruanos, fue uno de los solicitados para escribir una página en aquel libro; y en breve y conciso artículo, sencillo y natural en la forma, conceptuoso y profundo en el fondo, definió con la mirada experta del hombre práctico, y del marino ilustrado, la influencia que la marina ha ejercido, en la civilización del mundo, desde cuando nacida que "más tarde —dice— el siglo catorce "nos dio la brújula, invento prodigioso y guía seguro por cuyo medio los "navegantes pudieron dirigirse con acierto a todos los puntos del hori-"zonte; y así un siglo después, las naves de Colón trajeron al Nuevo Mundo "las luces del Oriente".

Después concretando su mirada, a esta parte del hemisferio y refiriéndose a la marina dice: "El adelanto y progreso de las repúblicas Sudame-"ricanas, desde el año de 1840 en que por primera vez surcaron sus aguas "los buques de vapor, es el mejor testimonio de su influencia.

"Una misión importante y trascendental está reservada a la marina "de nuestras repúblicas, el sostenimiento de su autonomía y de sus insti-"tuciones; cuando por principios formando una sola nación; cuando una "marina respetable enarbolando el pabellón de la alianza, haga prevale-"cer sus derechos, nada tendremos entonces que temer, nuestros actos se-"rán juzgados con la justicia que debe reinar en el mundo de la civiliza-"ción, y habremos afianzado nuestro porvenir.

"A la presente generación toca, pues, preparar el camino de la pre-"ponderancia americana".

Bello y grandioso pensamiento el de Miguel Grau. El sintetiza las aspiraciones de todos los espíritus elevados, y revela el corazón esencialmente americano que en el pecho de aquel futuro guerrero latía.

Más que como gran marino, se nos presenta aquí como gran político que tiene la mirada más allá de los horizontes que el vulgo mira. Y como si presintiera que sus palabras habían de brillar un día, con la luz de su inmortalidad, dirígese a la presente generación para decirles: a tí te toca preparar el camino de la preponderancia americana.

El estandarte de la alianza tremolando en estos mares, como símbolo de una gran nación, como baluarte invencible de América, dominando por un lado el Pacífico, y por el otro las costas del Atlántico, sería cual un gigante tendido cuya cabeza se recostaría en el estrecho de Panamá y sus pies apoyaríanse en los últimos confines del Cabo de Hornos.

Esta fue la aspiración del gran patriota, este el mandato que encomendó cumplir a la generación presente.

Cuando un hombre muere como murió Grau, con la espada del guerrero en la mano y la corona del mártir en la frente, dejando la estela luminosa que en lo porvenir ha de ser el sendero trazado a las nuevas generaciones; entonces sus aspiraciones, sus ideales, y todo lo que fue el fondo de su credo social y político, debe ser mandato sagrado, norte infalible, sobre el que la ingrata mano del olvido jamás debe pasar.

Yo creo, con la fe que me inspira todo lo que tiende al perfeccionamiento humano; creo que el pensamiento de Grau se realizará, sino hoy, mañana.

Las ideas aseméjanse a las semillas derramadas en el surco abierto en la era donde deben germinar; como ellas no solamente necesitan la capa de tierra que debe cubrirlas, sino también la gota de sudor que cae de la frente del agricultor.

La sangre de Grau y de las mil víctimas sacrificadas en la guerra del Pacífico, ha sido la gota de sudor caída sobre el pensamiento de las alianzas americanas, ella robustecerá y hará germinar la idea del héroe de Angamos.

Y si alguna nación por miras egoístas o intereses particulares, se levantara para oponer su veto a la fraternidad americana, ella quedaría encerrada en el círculo de hierro que por mar y por tierra le formarían los pueblos que a ella se le avecinan. A esa nación sería necesario contestarle con las palabras del inmortal Goethe: La naturaleza progresa sin descanso ni detención alguna, y fulmina su anatema contra todo aquel que retarde o suspenda su movimiento.

Esta es la ley de la naturaleza y es la de las naciones.

También Bolívar dijo un día: "La América del Sur está llamada a formar una sola y poderosa nación". Bolívar y Grau, el uno en los albores y el otro al finalizar el siglo, señalaron el camino que debíamos seguir.

Una monarquía alzábase ayer en América, como escollo insalvable, a todas las alianzas, como fuerte muro interpuesto entre naciones que desde lejos se buscaban y se amaban; hoy esa monarquía se ha derrumbado. Los vientos llevados de estas repúblicas, soplando con la furia de un huracán, azotaban de contínuo los altos y carcomidos torreones del Emperador del Brasil; un día inesperado para todos, menos para los que seguían la política de aquel gran país, el trono de Don Pedro de Alcántara se hundió, sin estrépito, sin vacilaciones, sin aplastar con sus escombros ni aún a los que moraban bajo su techo, como si aquel suntuoso edificio, se hubiera convertido en montón de carcomidos y deleznables escombros. Y Don Pedro de Alcántara, sin intentar la resistencia, sin recurrir a la lucha y mirando aquel suceso con los ojos del gran político y del hombre talentoso, comprendió que los cimientos de su trono habían sido tenaz y profundamente socavados por el espíritu republicano de América.

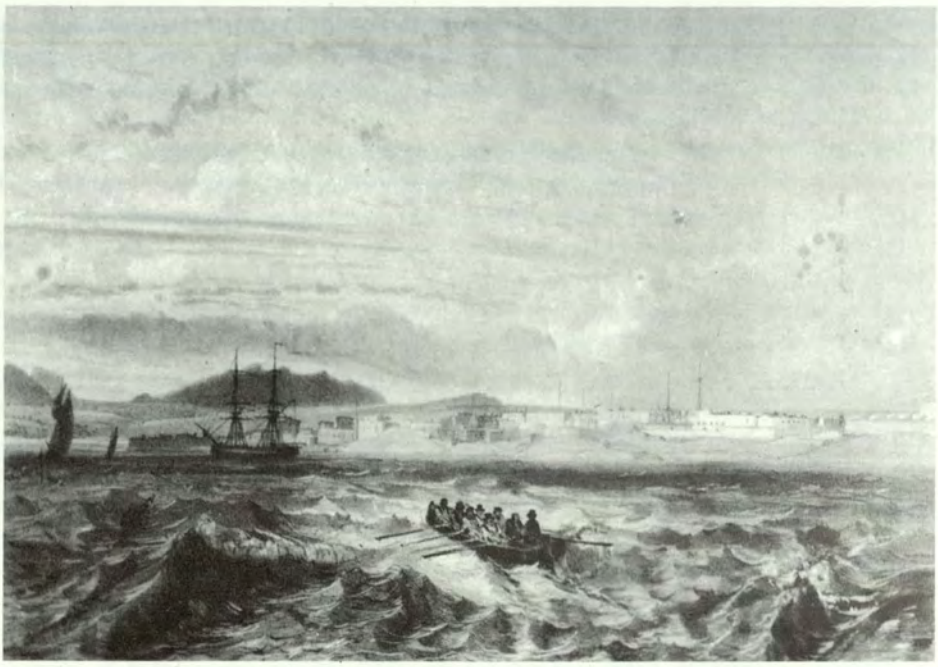
Y la República alzóse arrogante y vigorosa, y su primera palabra, su más vehemente aspiración, fue expresión de confraternidad americana y de paz perpetua para todo este continente del que ella forma parte integrante.

La alianza de dos, tres o cuatro repúblicas que se avecinan y se dan la mano, es más que aspiración o proyecto, necesidad imperiosísima no para imponerle respeto a una nación determinada; que en ese caso haríamos el papel de un gigante que quisiera darle susto a un enano; sino simplemente como el primer paso dado hacia la unión de toda la América del Sur; hacia la realización del gran pensamiento de Miguel Grau.

Y vosotros que formais la mejor falange de esta generación a la cual se dirigió, como la llamada a actuar en la grandeza americana, sed los guardadores y los continuadores del pensamiento del Grau Héroe. Que sus cenizas, que desde hoy reposarán entre nosotros, presencien de hora en hora y de día en día, los propósitos que haceis de realizar sus aspiraciones, que son la grandeza del Perú y de la América toda.

Los manes de Grau nos están diciendo: llenad mi aspiración, cumplid mi voluntad. No gastéis vuestras fuerzas en luchas fratricidas, ni en partidarismos de banderías, encabezados por pobres raquíticas personalidades; no las gastéis tampoco en odios a naciones o pueblos de América: el odio si no tiene fierro y plomo para dejarse sentir, es odio infantil e inofensivo que sólo inspira compasión o desprecio; y hoy sería una nota destemplada que iría a reforzar la de nuestros enemigos. Guardad vuestras quejas y rencores para la hora del castigo; para la grande hora que se aproxima, sin que valgan protestas ni argucias de los interesados en retardarla; entonces América unida y fuerte, instituirá su gran Tribunal Supremo, ante el cual se llamará a juicio a las naciones culpables, como hoy llamamos a los asesinos y malhechores, no para vengarnos de ellos, sino para castigarlos y corregirlos. La ley antigua que pedía diente por diente y ojo por ojo, ha sido abolida por la ley humana que nos dice: la unión hace la fuerza.

Estas son las palabras que se desprenden del gran pensamiento de Miguel Grau.



La rada del Callao en el siglo pasado. Grabado que se encuentra en la Biblioteca Nacional.

DEFENSA VERBAL
DEL COMANDANTE DE LA "UNION"
DON MIGUEL GRAU
por Luciano Benjamín Cisneros

I

Confieso, señores, que no creí sentirme tan profundamente conmovido en este momento, que días hace he visto llegar pausada y tranquilamente. ¿De qué proviene esta extraña agitación en un espíritu habitualmente sereno, acostumbrado, por otra parte, a las prácticas lides de la razón? No proviene sin duda de un amor propio que tendría las apariencias del más injustificable orgullo; tampoco de la naturaleza del asunto porque ninguno puede darse que lo aventaje en el fecundo campo de la justicia y del derecho. Esta alarmante conmoción de mi alma nace sin duda de que pudiendo y debiendo ser tratada la cuestión, no solo en el terreno legal, como lo han hecho mis estimables compañeros los señores Mesones y Zevallos, sino también bajo el punto de vista político, teme el abogado que no se le haga la justicia debida y se le vea como hombre de partido, más bien que como leal y respetuoso sacerdote de la ley. Teme el que habla que su defensa se tome por cargo, sus palabras por acusación, sus fríos razonamientos por otros tantos sofismas políticos; y cree que, discurriendo bajo tan equivocado concepto, van quizá a atribuírsele intenciones e ideas que ni por un momento abriga quien acata profundamente a las autoridades constituídas y estima como el primer deber de todo ciudadano apoyar al poder, cualquiera que sea su origen, siempre que aspire leal y honradamente a la felicidad pública.

Presérveme la santa imagen de la justicia, a quien tanto ama mi corazón, de que mis labios la profanen, trayendo a la discusión el odioso contingente de bastardas pasiones: presérveme ella, porque nada es más digno del culto de esa purísima deidad, que la flaqueza de las pasiones humanas. Pero esto no impide que al examinar la acusación formulada por el gobierno, emplee yo toda la noble independencia de mi profesión para condenarla severamente, aunque sin faltar a los respetos que la autoridad merece; porque si censurable sería que me excediese de mi ministerio, debatiendo cuestiones exclusivamente políticas, el solemne juramento del abogado, los sagrados fueros de la verdad, el interés de la justicia que es superior a todo interés, y el honor mismo exigen que nada calle y que hable en este solemne momento con cuanta energía es propia del mártir del deber. Ni la lisonja ni el temor deben ahogar jamás la voz del abogado. Está en la máxima que caracteriza la moral de nuestra profesión: y si esta máxima es verdadera nunca es mas estrictamente aplicable que en el presente caso, en que se trata de defender en la humilde persona de los marinos a la nación contra el gobierno, a los pueblos contra el poder, las purísimas glorias nacionales contra los deslices de una política ligera y poco meditada.

Y digo que de esto se trata, y que todo esto se contiene complejamente en la presente cuestión, porque el Supremo Gobierno interpretando, desvir-

tuando y exagerando la conducta de los marinos con motivo del nombramiento del comodoro Tucker, ha dicho en un documento solemne, y robustecido con su autorizada palabra, y repetido mil veces para que nadie lo olvide, que esos marinos han estampado una mancha indeleble sobre el pabellón nacional, haciéndose reos del abominable delito de traición a la patria; lo que importa revelar a la América y al mundo entero que en el Perú estamos en la más completa degradación, que no hay virtudes sociales, que el patriotismo es una vana palabra y que vivimos en un carnaval perpetuo, donde los que un momento antes aparecían como personificación del heroísmo, arrojan después la máscara, para presentarse como traidores de esa misma patria, en cuyo nombre osadamente decían sacrificarse.

Y no temo exagerar, señores, al imputar estos conceptos a la nota de acusación, porque llamar criminal al patriota, reo al vencedor, traidor al héroe, es, no solo trastornar el sentido natural de las cosas, sino dar la más triste idea del país donde tales aberraciones se realizan exhibiéndolo como tipo de funesta celebridad. ¡Traidores a la patria los valientes marinos a quienes defendemos! ¡Ellos, cuyos pechos han servido de baluarte contra el impetuoso torrente de la intervención extranjera; ellos, que con su preciosa sangre han escrito la gloria de todo el continente; ellos, que con sus heroicos sacrificios han dado a la patria nueva vida, nueva honra, las brillantes páginas del 2 de Mayo; ellos, que han contestado con el acento de la victoria al estruendo de los cañones españoles; ellos, en fin, que comparecen ante el Excelentísimo Consejo, precisamente por haber invocado el augusto nombre y la Santa dignidad de la patria! ¡Traidores ellos!

¿Dónde estaban señores, la verdad, la conciencia, el corazón de los que tales palabras escribían cuando las deslizaban en el documento que sirve de cabeza de proceso? ¿Dónde estaban sus almas que no sentían la luz de la verdad, dónde sus espíritus que no caían desfallecientes bajo el peso del agradecimiento, dónde sus ojos que no veían en el esmaltado cielo de la patria los reflejos de la gloria?

Pero no se desalienten esos ilustres mártires del pundonor, como oportunamente se les ha llamado, porque si de las altas regiones del poder han descendido las sombras con que se intenta opacar el esplendor de sus laureles, esas mismas sombras harán resaltar más su brillo, como la oscuridad del cielo hace resaltar el diamantino fulgor de las estrellas. No se desalienten, repito, porque si ha habido quienes olvidando sus servicios los presenten desertores y desleales a la causa americana, no faltan abogados, que aunque humildes y pobres bajo todos aspectos, alcen muy alto la voz para vindicarlos y defenderlos.

Cediendo a los nobles estímulos de la gratitud, viendo en esos valientes a los soldados que tan alto han puesto el estandarte de la patria, todos hemos acudido en su apoyo en este lance doloroso. En cuanto a mí, decla-

ro sinceramente, que no tanto la amistad cuanto aquel noble sentimiento me ha decidido a aceptar la defensa, porque comprendo que todo corazón americano, así como debe profunda veneración y eterna gratitud a los fundadores de la independencia, debe igualmente no menos sincero respeto y no menos gratitud, a los que sostienen esa independencia en la actual gloriosa lucha contra España. Que no se diga que los nuevos héroes se han visto abandonados como los antiguos: que no se llame ingrata a la generación actual, y que el mundo entero sepa, valientes marinos, que si defendisteis el honor nacional contra el enemigo extranjero, hay quienes os defiendan aquí contra el enemigo del vuestro. Defensa por defensa; gratitud para el heroísmo. Gracias pues por haberme dado ocasión, como aboga do, de ensayar mis fuerzas en la más justa y santa de las causas; como peruano de rendiros un público testimonio de mi admiración; como patriota de vindicar el honor de mi país, demostrando muy alto que aquí, en el Perú, en el suelo clásico de la libertad no hay traidores. Así contribuiré aunque pobremente a restaurar el brillo de vuestra fama; y si la ceñuda mano del poder os ha colocado en el banco de los reos, el poder de la justicia que es superior a todo poder humano, porque es la mensajera del Cielo, os levantará de allí con la purificación que ella imprime a los mártires de una noble causa.

I I

Ni qué esfuerzos tengo yo que hacer para defender una causa que está ya fallada por el severo juez de la opinión pública, por el gobierno mismo, por los respetables magistrados que componen el Excelentísimo Consejo, y hasta por los propios reos, por incomprensible que esto parezca? Trabaja el abogado que necesita separar la pasión de la verdad, para hacer brillar la justicia: pero el abogado que anteladamente encuentra absueltos a sus defendidos, no trabaja sino porque también la inocencia necesita de fórmulas para ser asequible a la inteligencia humana.

Digo que esta causa está ya certeramente juzgada por la opinión, porque desde que se inició el proceso, todos hemos visto agitada la prensa, absorbidos los ánimos, preocupado el interés general. La opinión pública no se adhiere a lo que le es indiferente, ni aplaude sino aquello que tiene el sello de la justicia. ¿Por qué dudar èntonces de que sus votos sean favorables a los marinos, cuando general es el interés por la suerte de éstos, general el clamor contra la medida del gobierno, general la ansiedad con que se persiguen todos y cada uno de los detalles del proceso?

La opinión pública, como órgano de la razón general es un oráculo, porque es a ella a quien Dios ha concedido la percepción de la verdad, tal como la razón humana puede alcanzarla: por consiguiente habiendo la opi-

nión preconizado la inocencia de esos valientes soldados, nada hay que discutir, nada que convencer, nada que averiguar.

He dicho también que el Supremo Gobierno está igualmente convencido de la inculpabilidad de los encausados, porque yo lo he visto, con estudioso esmero, procurar sustraer este proceso del dominio de la conciencia pública. Los gobiernos que tienen el convencimiento de la legalidad y justicia de sus actos, no los cubren con el velo del misterio, no rehusan la luz, no niegan la discusión, cualquiera que ella sea. Por el contrario buscan en la opinión el apoyo de su política, y se interesan y se esfuerzan por alcanzar esa publicidad consoladora. Solo una conciencia culpable teme la severa condenación de los hombres.

Si no es así, ¿por qué se ha manifestado el Supremo Gobierno tan vario e indeciso en sus resoluciones? ¿Por qué no ha querido siquiera que este célebre juicio haya alcanzado los honores de una pública discusión, en la capital? Con ofensa de los altos respetos que merece el Excmo. Consejo, le hemos visto señalar primero para sus trabajos el local recientemente cedido a los beneméritos fundadores de la independencia; después, apercibido de la actitud que tomaba la sociedad para presenciar el debate, varió de resolución, ordenando que V.E. se trasladase a bordo de la fragata "Apurímac"; y cuando no pudo contrariar las razonables observaciones del Consejo sobre tan impremeditada medida, ordenó con general escándalo, que V.E. se constituyese en la Isla de San Lorenzo donde estaban los reos; lastimando así la elevada circunspección de V.E., y estableciendo con agravio de los principios de sana jurisprudencia la extraña teoría de que el juez esté sujeto al reo, cuando todo el que conoce el augusto sacerdocio de la magistratura sabe que el reo está sujeto al juez como el delito a la justicia.

Estos son hechos indudables, que además de la notoriedad, invoco resueltamente por constar del proceso. ¿Y que otra cosa prueban ellos que el pánico del gobierno y al través de ese pánico, la inculpabilidad de mis defendidos? Las vacilaciones en el acusador deponen contra la acusación: el temor a la sanción pública es la debilidad que anuncia la derrota. Perdida tiene pues su causa, quien con tanta arrogancia ha lastimado el honor de estos valientes marinos; aunque algo de consolador tiene ese mismo pundonoroso miedo del gobierno desde que con él acredita que no le es indiferente la condena de la opinión general y que sigue su camino porque no puede retroceder sin cubrirse de vergüenza condenando sus propias determinaciones.

Ganada está pues, repito, esta causa, ante el más solemne y justificado tribunal que conocemos en los países representativos; y si fuera necesario agregar un nuevo dato, lo hallaríamos en la actitud noble y severa de los marinos, que vienen ante V.E., no como el criminal, que tímido y

avergonzado rehusa la mirada de sus jueces, sino como el hombre libre, que con la conciencia de sus actos, alza la frente para recibir los laureles de la inocencia, como en mejores días fue cubierta con los laureles de la gloria. Nunca el crimen tomó esa actitud serena y tranquila: nunca se presentó así ante la justicia, porque su ley es precisamente huir y retroceder ante ella. ¿Y no tendré razón para decir que aún los mismos encausados demuestran con sus hechos estar absueltos por la opinión y por sus jueces? Desengañémonos señores: ese noble orgullo solo viene de la purificación de la conciencia.

¿Y por qué he dicho que también el Excelentísimo Consejo tiene dado en favor de mis defendidos el voto de aprobación? Porque conozco cada una de las páginas de ese célebre expediente y conozco asimismo la rectitud de cada uno de vosotros: Porque he estudiado el proceso, y estudiado también en la historia de mi país los ilustres antecedentes de cada juez; porque atentamente he analizado la acusación y recordado quienes son los jueces; y cuando he entrado en estas comparaciones entre la materia justiciable y los hombres, entre la acusación y la ley, he sentido fortalecerse mi alma con la seguridad de la absolución, la cual tiene que seguir a la lectura de los autos, como la luz a las tinieblas.

¿Ni cómo es posible que V.E. pronuncie una sentencia adversa a los marinos, cuando de autos consta su inocencia, cuando no hay delito ni delincuentes, cuando no hay pruebas condenatorias, cuando no hay ni indicios de culpabilidad, cuando ese proceso en fin, después de repelido por todo noble corazón, no es a los ojos de la ley sino el triste sudario de la honra de sus autores y la prueba de lo que pueden las pasiones, cuando no las moderan la prudencia? No hay delito, repito; no hay delincuentes; solo hay aquí mártires de la convicción y del deber que vienen a reclamar con perfecto derecho, el derecho de ser solemnemente absueltos. Para llegar a estas conclusiones, examinaré separadamente cada uno de los puntos de la acusación, comentando brevemente, aunque con el más profundo respeto, la nota cabeza de proceso, puesto que en ella están los cargos, no siendo la acusación fiscal sino la servil reproducción de cuanto ha dicho, sostenido y propalado el Supremo Gobierno.

Tres son los delitos de que se acusa a mi defendido; a saber, insubordinación, deserción y traición a la patria. Me ocuparé del primero.

III

No fatigaré, señores, la ilustrada atención del Consejo repitiendo aquí la historia de los hechos que han dado origen a tan ruidosa causa. Ya mis ilustrados compañeros los doctores Mesones y Zevallos los han expuesto con tanta sencillez como verdad: los conoceis, y es inútil que yo los recuer-

de, duplicando un trabajo que tan concienzudamente han desempeñado aquellos ilustres defensores. Sabeis que en Julio del año próximo pasado el Jefe Supremo escribió privada y confidencialmente al Jefe de la Escuadra Sr. Montero y al Comandante de la "Independencia" señor García y García, participándoles que el Gobierno había contratado al comodoro Tucker para que se pusiera al frente de la escuadra aliada, y que en virtud de tal determinación, muy pronto el nuevo jefe iría a Valparaíso a desempeñar las funciones de su empleo. Sabeis que esas cartas fueron inmediatamente contestadas por los referidos jefes, comunicándole al Excmo. Dictador de la República, con sinceridad y respeto, la dolorosa impresión causada en la marina nacional y en la de Chile por tan impremeditada medida, no ciertamente por razones de un mal entendido amor propio, sino porque creían ver atropellada con ella, la honra nacional, despreciados sus servicios, y puesta en duda la noble lealtad con que siempre se condujeron tan denodados marinos.

Sabeis, así mismo, que alarmado el Supremo Gobierno, con aquellas contestaciones y con otras cartas que en igual sentido escribieron mi defendido y los demás comandantes de buques, creyó ver en la actitud de los marinos un siniestro plan de rebelión, y que entonces para conjurar la tempestad, que suponía tanto más recia cuanto que ya el comodoro se encontraba en Valparaíso, mandó al señor Secretario de Hacienda con plenos poderes para que arreglase tan odioso asunto, llevando consigo a los nuevos jefes que debían reemplazar a los insurgentes. El señor Secretario de Hacienda llegó al lugar de la tormenta y es sabido que, en vez de una lucha con los elementos que suponía conjurados contra el gobierno, halló la más completa calma, la más laudable docilidad en los marinos, quienes sin réplica aceptaron a los nuevos Comandantes destinados a reemplazarlos. El comandante Montero nos ha referido aquí que por orden del señor Secretario de Hacienda quedó separado de la Escuadra: y ahora agrego yo, que por orden del señor Montero como jefe de la división naval peruana, mi defendido entregó la corbeta "Unión" al jefe destinado al efecto, llenando escrupulosamente las prescripciones de la ordenanza. Todo esto pasaba sin que hasta entonces hubiese sido dado a reconocer como contra almirante el comodoro Tucker, sin que oficialmente se supiese su nombramiento, sin que acto alguno revelase, en fin, que el Supremo Gobierno mandaba y exigía que fuese aceptado como jefe de la escuadra peruana.

No necesito recordar aquí, como ya lo hizo oportunamente el señor Dr. Zevallos, que la contrata del comodoro Tucker debió haber sido ajustada por los gobiernos del Perú y Chile, conforme al tratado de alianza, ni recordaré tampoco, como él, que para llenar las estipulaciones de ese mismo tratado debió haberse dado a reconocer al nuevo comodoro por orden del señor almirante Blanco como jefe de ambas escuadras.



Los famosos cuatro ases de la Marina de Guerra del Perú en la época de su rebeldía contra el nombramiento del Almirante norteamericano William Tucker. Miguel Grau, Manuel Ferreyros, Aurelio García y García y (sentado) Lizardo Montero. Museo Naval del Perú.

No recordaré estas informalidades que abonan el circunspecto proceder de mis defendidos, porque lo creo innecesario: pero si observaré que de los hechos, tales cuales han pasado, no se desprende el delito de insubordinación. Para que existiese en mis defendidos esa mancha que tanto afea el lustre de la carrera militar, era preciso que dado a reconocer el comodoro Tucker como jefe de la escuadra, se hubiesen negado a aceptarlo por tal: era indispensable el previo mandato oficial, porque sin mandato no hay desobediencia.

La idea de rebelión es correlativa de la idea de precepto, como la idea de obligación lo es de la ley: y así como cuando no hay ley no hay deber, así también cuando no hay mandato no hay desobediencia.

Ahora bien ¿dónde está la orden que obligase a los marinos a obedecer al comodoro Tucker para afirmar que, puesto que dicha orden fue violada, ha sido ultrajada la alta respetabilidad del gobierno con el delito de insubordinación? Esa orden que debe constituir el cuerpo del delito, no existe señores: esa orden fue comunicada, no a los marinos a quienes está juzgando el Excelentísimo Gobierno, sino a los nuevos que los reemplazaron: esa orden fue posterior, y no puede ella, produciendo efecto retroactivo, constituir reos de desobediencia a quienes no fue transmitida. El cuerpo del delito es el conjunto de hechos que constituyen un acto castigado por la ley; luego no hay ni puede haber cuerpo de delito, tratándose de insubordinación, donde no existen hechos que revelen haber sido desobediencia a una orden suprema.

Todo lo que a este respecto encontramos en el proceso es la referencia que en sus declaraciones hacen los encausados a las cartas que dirigieron al jefe del Estado; cartas que, además de no haber sido presentadas, tampoco pueden servir de base para la acusación.

Que las cartas del dictador no contienen un mandato, no necesito demostrarlo, porque por grande o ilimitado que se suponga el poder de la dictadura, nunca es tal que pueda cambiar la esencia de las cosas, convirtiendo en preceptos oficiales las ideas emitidas en una correspondencia epistolar. Cuando el jefe del Estado se dirigió a los marinos no lo hizo con la soberana investidura del dictador, sino con la sencilla y modesta confianza del amigo: no habló como poder sino como ciudadano; no mandó sino que previno. ¿Cómo se puede, pues, desentrañar de esas cartas, que no son documentos oficiales, un precepto o mandato que no contiene ninguna de sus líneas? Ellas son del todo improcedentes para fundar la supuesta insubordinación, y yo las dejo a un lado, para no estimarlas sino como el medio con que previsoramente procuró el dictador estudiar en la opinión de los amigos, la actitud de los subordinados.

Pero si las enunciadas cartas no contienen una orden que haya sido violada por mis defendidos, las respuestas dadas por estos menos expre-

san la consumación del delito que no le imputa. ¿Qué dicen allí los marinos que pueda interpretarse adversamente? En primer lugar ellos no pudieron dejar de contestar la comunicación amistosa del dictador, desde que la cultura reprueba el silencio en tales casos.

Por deferencia siquiera, por cortesía debieron dar una respuesta en el mismo sentido y con el mismo espíritu con que se les había escrito. Y no debiendo limitarse a un simple acuse de recibo, ¿qué han podido hacer, sino abordar con franqueza la cuestión, decir la verdad, exponer fielmente cuanto pasaba en el Cuerpo de Marina para que con tales datos trazara el gobierno su política, adaptándola a las circunstancias? La franqueza, la noble sinceridad fue siempre distintivo del militar valiente; el doblez en la amistad solo es propio de las almas degradadas. ¿Qué lenguaje han debido usar, pues, quienes al contestar al dictador lo hacían a la vez como soldados y como amigos? Han debido usar el lenguaje que emplearon: el de la franqueza amistosa, el de la verdad que no ofende, el de la expansión militar que tanto realza las cualidades del individuo. ¿Y es ésta sinceridad lo que se intenta castigar en mis defendidos? ¿Desde cuándo lo que es una virtud en el orden moral y lo que tanto recomienda al hombre en la vida privada se considera como delito? La sinceridad en nadie es crimen y menos en quien está obligado a ser sincero. Considerarla así sería la más funesta perversión de las ideas, porque sería al mismo tiempo el más completo olvido de las leyes que rigen la naturaleza moral. No hay pues delito en las respuestas de los marinos: Y si de ellas no se desprende la insubordinación, debemos concluir que ésta solo existe en la alegre fantasía de quienes han aventurado tan infundado cargo.

Pero yo voy más lejos, y sostengo no sólo que no hay la más leve sombra de culpabilidad en aquellas afamadas cartas, sino que sus autores han estado en su derecho para escribirlas en el sentido que lo hicieron, proponiendo razonables y prudentes observaciones y pidiendo en el tono de la súplica el retiro del nombramiento de Mr. Tucker que, llevado adelante, debía producir en los peticionarios la separación del servicio con arreglo a ordenanza. No entraré desde luego en la cuestión constitucional de si el soldado tiene o no el derecho de deliberar, depurando tanto las elevadas medidas políticas como las órdenes militares, en el crisol de su propio discernimiento; no entraré, repito, en esta cuestión a pesar de que a ella debe su existencia el actual orden de cosas por que lo juzgo innecesario: pero creo que nadie ni aún los más exaltados sostenedores de la obediencia ciega, es decir, del sistema que arrebata al hombre su razón para convertirlo en cosa, negarán al militar el derecho de consignar en un documento privado cuantas observaciones le sugieren su patriotismo, su inteligencia, sus convicciones. No hay situación de la vida en que el hombre esté privado de este derecho. La facultad de razonar sólo nos abandona cuando nos

abandona la razón, así como la vitalidad del espíritu solo cesa cuando perdemos la libertad. Los marinos usando de esa libertad y ejercitando su razón hicieron al dictador las convenientes observaciones: no cometieron por consiguiente delito, porque ni es criminal quien razona, ni delincuente quien procede libremente obedeciendo las inspiraciones del patriotismo.

Y que los marinos no anduvieron descaminados al proponer respetuosamente aquellas observaciones en documentos de carácter privado, se comprende bien, no solo porque así lo han justificado los hechos puesto que a la medida del gobierno se debe la gravísima cuestión diplomática de que nos habló aquí el señor Dr. Zevallos, sino también porque, aparte de los hechos, fácil es demostrar, que ni la política, ni los intereses de la alianza americana, ni el honor nacional, ni principio alguno apoyan el aciago contrato que en mala hora celebró el gobierno con el Comodoro Tucker.

No me tengo yo por hombre de Estado ni aspiro a serlo, porque a Dios gracias, mi corazón me aleja cada día más de la vida pública: pero en la situación excepcional en que se colocó el gobierno después de la patriótica y noble actitud de la marina; en presencia de la explícita improbación del gabinete de Santiago; ante la tempestad levantada en todos los espíritus por un suceso que, dígase lo que se quiera, es la expresión del patriotismo herido; yo habría roto ese funesto contrato mercantil, para anteponer a la ley del pacto, la ley de la voluntad nacional. Al fin la opinión de los marinos era por entonces la opinión facultativa y autorizada de los hombres competentes, y nada tenía de violento, ilegal y absurdo acoger y seguir esa opinión, cuando no hacía mucho que el mismo gobierno retrocedía violentamente ante la soberbia actitud del clero y las exigencias de la sociedad femenina de la capital, con motivo de la cuestión eclesiástica. Si el clero alcanzó a ser oído en los consejos del gobierno para obtener un triunfo que tanto ha robustecido su poder, con no menos derecho han debido esperar los marinos que se les oyese también, para no lastimar el principio de igualdad, que tratándose de las clases sociales, es de rigurosa y estricta aplicación. Si en la cuestión del clero se mostró el gobierno flexible y tolerante, igual flexibilidad debió usar en este caso, porque un gobierno no puede falsear impunemente la igualdad social. Nada es tan peligroso para el poder como la debilidad que toma falsamente las formas de la energía. El gobierno que no oculta su debilidad tiene por lo menos el mérito de la franqueza: el que la cubre con las apariencias de una mentida autoridad, añade a su falta la doblez, produciendo cuantos males vienen siempre de la exageración. No debió pues el Supremo Gobierno haber hecho alarde de poder y de energía para con los marinos, cuando esas raras prendas lo habían abandonado más de una vez en el curso de su vacilante política. La prudencia aconsejaba retroceder en presencia de las circunstancias, puesto que el Comodoro Tucker aun no había tomado posesión de su cargo; pero

un extraño vértigo cegó a los hombres del poder, y de allí esta odiosa cuestión en que aparecen acusados y perseguidos, por simples opiniones, quienes al emitirlas solo hablaron con noble sinceridad, para formular observaciones tan fundadas como convenientes.

Lamentamos pues la triste debilidad del Gabinete y no recordemos ese punto sino para sacar como dolorosa enseñanza, que en política como en todos los actos de la vida, nada es tan funesto como la impremeditación: un error trae otro, y cuando se intenta reparar el mal, ya es tarde. La lógica del mal es tan inflexible como las leyes que la rigen.

En conclusión, y para no cansar por más tiempo la atención del Excelentísimo Consejo sobre este punto; la insubordinación no está probada. No existe la orden que diese a reconocer al comodoro Tucker: las cartas del Dictador no contienen esa orden; las respetuosas contestaciones de los marinos no implican un acto de rebelión: en ellas solo hay juicios prudentes, observaciones que el gobierno debió apreciar debidamente y para decirlo de una vez, no hay delito, no hay otra cosa que las patrióticas ideas de los marinos expuestas con sinceridad y nobleza, dictadas por el más puro nacionalismo, y encaminadas a un santo objeto. Si estas ideas por haber sido mal interpretadas por el gobierno constituyen el delito de insubordinación, convendré en que mis defendidos son reos de él, pero demostrándoseme antes que el patriotismo es un crimen y que los hombres tienen tanta autoridad como Dios para castigar el pensamiento. Mientras así no se haga, yo concluyo con cuanto rigor lógico se desprende de lo que llevo expuesto, que los hechos y el derecho condenan esta parte de la acusación fiscal, no siendo el delito de insubordinación sino un fantasma con que se ha querido acusar a los que no conocen ni el miedo del combate, ni el terrible miedo de la calumnia.

Pasaré a ocuparme del delito de deserción.

I V

Poco tendré que decir, señores, en cuanto al supuesto delito de deserción, porque no olvido que estoy hablando ante los más ilustres generales de la República, cuya vida entera ha sido gastada en el estudio de su profesión y en los campos de batalla.

El Excelentísimo Consejo, sabe mejor que yo, que la deserción es el delito que se comete con abandonar el puesto militar sin licencia del superior. Deserta quien de hecho se separa de su plaza; y ciertamente que quien así procede, comete un grave crimen, faltando no solo al compromiso con que se liga sino a la lealtad que tanto ennoblece al hombre.

Las leyes militares siempre han considerado la deserción como imperdonable crimen, reagravado por supuesto, según las circunstancias. La

deserción atribuida a los marinos es la más punible que puede darse, toda vez que ella se dice perpetrada en el extranjero y al frente del enemigo, tratándose nada menos que de la defensa de los grandes principios e intereses americanos.

¿Pero es cierto que mis defendidos hayan cometido ese delito? Busco en el proceso las pruebas, y no las hallo: investigo el sentido, la causa porque ha podido imputárseles la perpetración de ese crimen que los haría execrables ante el honor, y no veo sino el nombre del delito, pero no los hechos que lo demuestren. Lejos de eso leyendo la nota de acusación se ve que el Supremo Gobierno mandó desde aquí, con el señor Secretario de Hacienda, a los jefes que debían reemplazar a los supuestos insurgentes. La idea de subrogarlos y el hecho de mandar quienes los subrogasen desde luego acreditan que el Gobierno tuvo la firme determinación de separar de sus puestos a esos jefes; y como el jefe a quien el superior separa de su plaza no deserta, debemos concluir que el tal delito es tan imaginario como el de insubordinación, y que solo ha sido invocado para regravar la situación de los marinos, buscando a todo trance una criminalidad que se escapa a la luz de la razón y de los sanos principios.

Dijo muy bien mi estimable amigo el Dr. Mesones, al ocuparse de este punto, que mal podían ser reputados traidores quienes se embarcaron con el señor Secretario de Hacienda con dirección al Callao, y quienes después de pasar revista, han recibido la dotación correspondiente a la época del viaje. Yo agrego ahora que con su venida al Callao acreditaron los marinos su sometimiento a las órdenes del Supremo Gobierno, puesto que ellos no regresaron espontáneamente, por efecto de una arbitraria y personal determinación, sino por que así se les mandó, habiendo sido separados de sus buques por la nota solemne que les trasmitió el comandante Montero. Risible en extremo es pues, la acusación de deserción y yo siento que haya sido lanzada por el respetable señor Fiscal, porque ella revelará a cuantos tengan noticia de este ruidoso juicio, que después de 40 años de guerra civil, en que hemos gastado nuestra vitalidad, nuestras fuerzas, nuestros tesoros, nuestro honor, nuestros hombres; después de la permanente tempestad en que hemos vivido, sin hacer otra cosa que vivaquear en los campos de batalla, aun no sepamos calificar profesionalmente el delito de deserción. Por honor de nuestras armas, por el lustre de la carrera militar debemos retirar esa acusación que trastornando la naturaleza de las cosas, presenta como huídos de sus banderas a quienes hasta el último las han servido con lealtad; como desertores a quienes no pensaron jamás en desertar; como criminales a quienes no han cometido otro delito que el de venir escoltando hasta este puerto al ilustre Secretario de Hacienda.

Deserta de sus banderas el soldado que quiere deshonrarlas, no quien aspira al lustre de ellas, como los denodados vencedores de Abtao: deserta

el cobarde que huye del peligro, no el que en frágiles tablas combatió en las pacíficas aguas de este puerto contra la poderosa escuadra española: el que no tiene la conciencia de su deber, no quien está sufriendo la expiación de este juicio, por tener muy alta idea del honor nacional y por haber cumplido los austeros deberes del patriotismo; atrás pues la acusación de deserción contra los marinos; atrás esa palabra insolente con que se quiere borrar en un momento los esclarecidos hechos de lealtad y de valor, que han dado a cada marino las deslumbrantes formas del heroísmo!

Vamos al delito de traición a la patria.

V

En cuanto a este gravísimo delito, el más serio de los que se imputan a los marinos, nada tengo que decir, señores. La acusación es tan odiosa, tan depresiva del honor privado y del honor nacional, que ella sella mis labios y tiene absorto mi espíritu.

Yo no los abriré sino para suplicar al señor Fiscal que me señale las pruebas de la traición; y se las pido tan franca y desembozadamente, porque la mejor y única defensa contra esta parte del juicio está en pedir aquellas pruebas.

No es a mí a quien toca exhibir los comprobantes de la patriótica y noble lealtad de los marinos: es al Fiscal a quien corresponde dar las pruebas en contrario, por que todos saben que la prueba toca al que acusa. Es principio de sana razón, de jurisprudencia criminal y aun de derecho público que todos tienen derecho a conservar su buena reputación, mientras no se declare lo contrario. La ley, poniéndose al lado del hombre contra las agresiones que en la sociedad puede recibir el honor por efecto de las malas pasiones, consagra ese precepto venerando; la ley nos escuda contra la maledicencia, nos defiende contra la osada palabra de la calumnia.

Todos tienen derecho de conservar su buena reputación, porque la ley supone bueno al hombre, no lo supone degenerado por la acción de los vicios; y quiere que conserve la posesión de ese honor mientras no se declare lo contrario, porque la sociedad sería un caos, la moralidad una burla, la probidad una ilusión, si bastase la insolente voz de un enemigo o de cualquiera, para que por ella perdiésemos nuestra honra.

Sobre más firmes bases descansan la moral privada y la moral social; por eso la ley haciéndose intérprete de una y otra y dando al hombre lo que es del hombre, es decir, garantizando el honor, quiere que mientras no se presenten contra éste incontestables y fehacientes pruebas, conserve su brillo y resplandezca con la pureza que le es propia. Cuando la calumnia empaña la honra, viene la ley en nuestro apoyo y disipa las manchas tenebrosas: por eso los que aspiramos al culto del honor vivimos tranqui-

los a la sombra de ese principio, sin el que no tendríamos los pacíficos e inocentes goces de la vida inmaculada. Nada tengo que decir pues a este respecto; a no ser para orgullo y prez de los marinos y para confusión de sus acusadores interrogue a las agitadas aguas de Chiloé y a las mansas de este puerto cual fue, sino el santo amor de la patria, el gran secreto que arrancó a los españoles las espléndidas victorias de Abtao y 2 de Mayo. Visite esas seculares rocas y recorra las gloriosas baterías de Galvez el señor Fiscal y diga con la mano sobre el corazón si son traidores a la patria quienes allí escribieron para siempre sus nombres memorables. Esto es bastante contra esa parte de la acusación; pero a fin de pulverizarla hasta donde es justo, sin que de ella quede ni el recuerdo, voy a analizar los fundamentos aducidos en la nota del Supremo Gobierno para demostrar la traición, rogando encarecidamente al Excelentísimo Consejo me conceda la palabra un momento más, porque ha llegado el día de la vindicación; y en día tan solemne, es preciso que la defensa recorra y deshaga, sin dejar uno solo, todos los sofismas de la calumnia.

V I

Cuan profunda sorpresa recibí señores, al leer con la debida atención esta parte de la nota del Supremo Gobierno, al señor Fiscal que ha iniciado este juicio. La veía y no podía explicarme la extraña desgracia que pesa sobre nosotros para desvirtuarlo y exagerarlo todo. ¿Por qué, me decía, no tenemos el criterio de otros países para presentar la verdad tal cual es, despejándola del atavío de funestas pasiones? ¿Por qué erramos cuando más necesitamos el acierto? Intentaré explicarlo, analizando este célebre cuanto desgraciado documento.

Hablando de los motivos para contratar al Comodoro Tucker, dice el Supremo Gobierno lo siguiente: (Leyó el defensor la parte de la nota que dice así:)

"Guiado el gobierno por el deseo de hacer a la España la única guerra posible en las actuales circunstancias, esto es, la guerra marítima y a larga distancia, convencido de que, por muy acreditado que fuese el valor de nuestros marinos, no era suficiente para revestirlos de las cualidades que son indispensables para dirigir una poderosa escuadra y menos para conducirla a expediciones lejanas y peligrosas; teniendo en cuenta que esa escuadra era la que estaba llamada a sostener la honra, la dignidad y los derechos, no solamente del Perú sino de la América entera; que en ella estaba cifrado el porvenir de su continente, resultando de allí el imperioso deber en que se hallaba el gobierno de sacrificar cualquier susceptibilidad de nacionalismo, con el objeto de conseguir el gran fin que tenía en mira, para lo cual era necesario confiar la escuadra a un jefe

de acreditada experiencia; y recordando lo que había sucedido en la gloriosa guerra de la independencia, durante la cual si bien las repúblicas americanas contaban con oficiales distinguidos de marina, llamaron a otros al servicio, que estuviesen amaestrados por la práctica, el gobierno, repito, no vaciló en procurarse los servicios de un Comodoro americano dotado de las cualidades que requería el alto puesto que se le iba a confiar y que al efecto fue buscado y solicitado con cuidadoso esmero. Este fue el comodoro D. Juan R. Tucker a quien el gobierno confirió la clase análoga de contra-almirante".

¡Cuántos errores, cuántas inexactitudes, cuántas falsas apreciaciones en tan pocas palabras! A nadie concedo desde luego el derecho de escudriñar los secretos de Estado porque el arte de gobernar, lo mismo que toda ciencia y todo arte, tienen sus misterios; pero no se me negará como ciudadano y mucho menos como defensor, el derecho de examinar los actos del poder; y analizando lo que se dice con respecto a la única guerra que el gobierno pensaba hacer a España y para la cual mandó contratar al comodoro, estoy autorizado para creer que es inexacto. La venida de Mr. Tucker no tuvo otro objeto, según la nota, que dotar a la escuadra de un jefe idóneo para tan peligrosa como comprometida empresa: el jefe no lo teníamos aquí: fue necesario traerlo del país clásico de la libertad, y sin Mr. Tucker, el gobierno, la nación, la América entera habrían quedado irremediablemente perdidos.

No osaré averiguar si convendría a la gran causa americana hacer a España en mares lejanos una guerra francamente agresiva. Repito que no hay derecho para escudriñar los secretos de Estado; pero creo que un gobierno previsor y discreto al proponerse tan árdua empresa, no debió jamás trazar su plan, sin contar con el experto jefe que debía desenvolverlo y ejecutarlo. Antes de combinar un plan de campaña debe contarse con el general, porque el general es el primer elemento en operaciones de esa especie. Campaña sin general, ataque sin jefe, excursión sin director no se conciben. Cuando se proyecta una empresa así, debe saberse ante todo quien va a ejecutarla, como quiera que de la persona depende en gran parte el éxito, favorable o adverso. ¿Y es posible creer que el supremo gobierno tuviese el propósito de que se nos habla, cuando no contaba, plena y eficazmente, con que viniese Mr. Tucker? ¿Qué seguridad podía tener a este respecto, cuando aquel caballero ha podido fijar condiciones inaceptables para el gobierno?

La venida de Mr. Tucker es un hecho casual pues depende de la inesperada circunstancia de que no hubiese llegado a tiempo la contra orden impartida por nuestro gobierno al Ministro en Estados Unidos. Sin esto, que ojalá se hubiese realizado para bien del país, Mr. Tucker no estaría entre nosotros, luego no es evidente que el gobierno tuviese la firme reso-

lución de hacer a España guerra agresiva, porque este propósito no podía abandonarlo a la casualidad o al accidente de que viniese o no el mismo comodoro.

Aparte de esto, sabido es que el nombramiento de Mr. Tucker fue pésimamente recibido, ya por el gobierno, ya por el pueblo chileno, y tanto que, según es notorio, el venerable almirante Blanco renunció su puesto por esa circunstancia, sin que ni al gobierno le hubiese ocurrido enjuiciarlo como a nuestros marinos, ni al pueblo improbar esa conducta, que por el contrario, ha merecido unánimes y sinceros aplausos. Si como es de presumir nuestro gobierno se puso de acuerdo con el de Chile para la guerra agresiva y para ello se mandó venir a Mr. Tucker ¿por qué produjo el arribo de éste tan profunda sensación de disgusto? El gabinete de Santiago no debió de alarmarse de un hecho para él previsto y acordado, de un hecho que era el resultado de sus propias determinaciones; luego esa alarma y esa repulsa que tan bien significadas están con puntos suspensivos en la nota del señor Ministro José Pardo al gobierno, que corre en el proceso, acreditan una vez más, que no hubo tal plan de guerra agresiva, y que el supremo gobierno al hablar de esto, ha ocurrido a una invención, ciertamente ingeniosa, pero en contradicción con los principales hechos de su política.

Estos argumentos, si no me engaño, son insolubles, colocando al gobierno en una alternativa dolorosa, pues si tuvo el proyecto de la guerra agresiva, concibió ésta sin contar con el principal elemento que era el jefe, en cuyo caso aparece imprevisor e indiscreto, abandonando a la casualidad un gran plan; y si no tuvo tal idea, ha deslizado una inexacta aseveración, ajena de la alta respetabilidad de un gobierno, y la ha deslizado para contestar el enjuiciamiento de los marinos, cuando un gobierno jamás debe emplear armas vedadas, mucho menos para denigrar inmaculadas reputaciones.

Pero hay algo más. Dice la nota que por muy relevantes que sean el valor y las dotes de nuestros marinos no bastan ellas por sí solas para conducir una escuadra poderosa a expediciones lejanas y peligrosas, y que con tal motivo fue preciso contratar un jefe de acreditada experiencia. No me detendré en enumerar los hechos que desmienten la inexactitud de este cargo, pues sería preciso referir la historia naval del país, que tan brillantes páginas encierra; pero me será permitido agregar sin conceder, que Mr. Tucker, no obstante la pericia naval que se le atribuye y los conocimientos científicos que le reconozco, no aventaja a nuestros marinos en las cualidades indispensables para mandar una Escuadra. Mis estimados compañeros los DD. Mesones y Zevallos dijeron a este respecto que confesaban las altas cualidades de Mr. Tucker, agregando el primero que abonaba su valor facultativo. Siento separarme de aquellas respetables opinio-

nes, negando franca y abiertamente, que el comodoro americano posea cuantas prendas requiere ese elevadísimo puesto. Para mandar en jefe una escuadra se necesita algo más que conocimientos navales: la ciencia, el valor, la práctica, solo pueden hacer del jefe, un aguerrido soldado, un experto marino; pero para dirigir una escuadra en guerra extranjera, son indispensables dotes que, aparte de la profesión, no se encuentran ciertamente en el respetable Mr. Tucker.

Sabido es del Excmo. Consejo, y no hay quien lo ignore, que el jefe de una escuadra en ciertos momentos asume las delicadas e importantísimas funciones de agente diplomático. En ausencia del Ministro público de un país, el Comodoro, el Almirante, el jefe cualquiera que sea pasa a servir las relaciones exteriores desempeñando las funciones de aquel.

Esto lo hemos visto más de una vez en nuestras aguas, y ésto está consagrado por el derecho de gentes universal y por la práctica de los pueblos cultos. Por eso el jefe de una escuadra debe ser ante todo o a la vez que soldado, estadista y por lo menos diplomático. ¿Y posee Mr. Tucker estas distinguidas dotes para afirmar que ellas lo hacen idóneo en los términos que supone la nota? El diplomático es el hombre del corazón humano: necesita estudiarlo y comprenderlo: necesita sagacidad en alto grado, prudencia en todo caso: necesita profundos conocimientos de la índole y carácter del país: necesita conocer la legislación en sus variados ramos, las relaciones internacionales, los tratados de la nación con aquella cuyas aguas surca: necesita poseer por lo menos el idioma: y en fin representar al Estado con cuanta cultura y dignidad reclaman tan elevado puesto.

¿Y Mr. Tucker, repito, es el hombre en quien concurren esas rarísimas y relevantes prendas? No es mi ánimo agraviarlo, y lejos de eso, lo estimo en cuanto es posible por sus conocimientos profesionales. Pero mal puede representarnos en un conflicto naval quien desconoce hasta nuestro idioma, y además de no haber dado muestras de simpatizar con nuestros dolores y nuestras esperanzas, como dijo el Dr. Mesones, ha cruzado por nuestras aguas como un rayo destructor dejando tras de sí este odioso juicio.

Y no solo le niego esta cualidad, de que tanto se necesita para la paz, sino otra no menos importante sin la que no se concibe al soldado, durante la guerra: quiero hablar del nacionalismo, del amor a la patria, ese sentimiento, que transformando al hombre lo hace superior a si mismo y produce en San Martín y Bolívar la sublime epopeya de la independencia americana y en Garibaldi, en nuestros días, el grandioso espectáculo de la unidad de Italia. ¿Puede Mr. Tucker sentir como nuestros marinos, por esta desgraciada patria a quien tanto amamos? ¿Puede él llorar con nosotros los extravíos de 40 años, gozar con nuestras glorias, aspirar como aspiramos, a esa felicidad que solo nosotros comprendemos? Puede tener

Mr. Tucker un noble y valiente corazón; pero no tiene corazón peruano, y esto es lo que principalmente se necesita cuando se trata de pelear por el honor del Perú.

Que me perdone tan distinguido personaje: pero yo tengo para mí que solo la patria dándonos la savia del sentimiento es capaz de producir el heroísmo: no concibo al héroe sino en el patriota: no imagino el martirio sin el fuego sagrado de la patria.

Con todo, no es esto lo más digno de atención, sino que para disculpar su procedimiento, apele el Gobierno a los antecedentes de la época de la independencia, diciendo que así como entonces fueron llamados al servicio marinos extranjeros, así también ahora creyó conveniente contratar un comodoro americano. Invocar la historia nacional para apoyar su política, es la más desgraciada idea que ha podido ocurrírsele al Gobierno, porque no solo ha falseado la verdad histórica, lo que se estima como eminentemente grave, sino que lo ha hecho para ofender, de un modo inmerecido, las reverendas cenizas de esos mártires, sobre cuya tumba vela el ángel de la gloria.

Desde que mi pobre inteligencia ha podido recibir con la luz del criterio las anécdotas de esa fabulosa época de la independencia de que solo conservamos una tradición vaga, más o menos confusa, he sabido que los marinos extranjeros que tanto ilustraron nuestras armas, se alistaron en la causa de la república, porque sus generosos corazones simpatizaban con los principios entonces proclamados, y con los heroicos esfuerzos del pueblo que peleaba por su libertad. Un pueblo que combate en defensa de sus derechos ofrece un espectáculo grandioso y admirable: el débil que lucha con el fuerte, tiene siempre las simpatías de las almas nobles. ¿Qué extraño es, pues, que Cochrane, Guisse, Vivero y todos los valientes marinos de aquella época, identificados con nuestros sentimientos, corriesen a tomar un puesto en las filas de la marina nacional brindándonos el contingente de su sangre y de su nombre? ¿Qué extraño que pusieran su espada al servicio de la república, quienes por amor a ésta creían cumplir un sagrado e imprescriptible deber?

Pero Cochrane y Guisse no vinieron contratados. Ellos no fueron solicitados, enganchados por un sueldo como pudiera creerse al compararlos con Mr. Tucker. Vinieron como el hombre de convicciones que sostiene un principio, no como el soldado que sostiene un puesto; como patriotas que aman una causa, no como derrotados de una guerra; vinieron a buscar glorias, no dinero: se sintieron en fin, agitados por la libertad, no movidos por el precio del enganche. ¿Por qué nuestro Gobierno, olvidando estos antecedentes pone, pues, en la balanza de la historia a esos venerables mártires y al comodoro americano? Ya que abrió sus tumbas debió hacerlo para otorgarles justicia; no para otra cosa se remueven las ce-

nizas de los que nos preceden en el sueño de la muerte: y ya que, por desgracia, ha olvidado este principio, yo lo recordaré para protestar solemnemente contra una comparación que, además de su inexactitud histórica, presenta como movidos por el interés a ilustres víctimas a quienes solo agitó la santa llama del patriotismo. Justicia os sea hecha venerandas sombras, ya que también para vosotros ha llegado el día de la justicia.

¿Qué fatal espíritu se apoderó del Gobierno al escribir aquella célebre nota? Cuando no desliza una inexactitud, profiere un agravio; y cuando invoca la historia, hasta ésta se le rebela con todo el poder de la verdad. Por eso, después de evocar con tan mal suceso los precedentes de la guerra de la independencia, nos presenta al comodoro americano como el hombre sin el cual no era posible salvar la América de la agresión española, como si contra lo que demuestra la razón y comprueban los hechos, estuviéramos en la triste época de los hombres necesarios. Por eso también en otra parte se nos da como el hecho cierto e incontestable una protesta atribuida a los marinos, que jamás existió.

Por eso se insta, estimula y excita el celo del señor Fiscal para que prosiga el juicio con todo empeño, como para convertir a todo trance en reos y culpables a soldados inocentes a quienes mas bien cabe el rol de acusadores. Por eso se nos habla de expediciones lejanas y peligrosas que, racionalmente discurriendo, no es posible que hayan existido en las altas miras del Gobierno. Por eso, dando a los incendiarios de Valparaíso, a los derrotados de Abtao y a los vencidos del 2 de Mayo una quijotesca importancia que no tienen, se ha dicho que en el Perú no hay un solo marino capaz de castigarlos nuevamente en lejanos mares. Por eso, en fin, para colmo de errores, para sellar tanta injusticia, para aumentar el desconsuelo en los buenos corazones, se dice en la nota, que los marinos no solo son reos de insubordinación y deserción, sino que aún pueden ser reputados culpables de traición a la patria.

Esa frase odiosa, en mala hora estampada después de calificados los dos primeros delitos, revela que el Gobierno no tenía plena y clara conciencia de la traición a la patria, que este delito en mis defendidos era dudoso, y que no obstante se les acusó también de él, porque nada importaba agregar un nuevo punto de acusación a los anteriores, como si el crimen de lesa patria no manchase indeleblemente el honor, y no mereciera tremenda e irreparable pena el soldado que lo perpetra en los críticos momentos de una cruda campaña. No, nadie tiene el derecho de lastimar el honor ajeno, y menos un Gobierno, porque los Gobiernos deben ser la personificación de la virtud; y menos que cualquier Gobierno, el actual, ya por tratarse de soldados que tan alto han puesto el nombre peruano, ya porque sin ellos, digámoslo con franqueza, difícil o imposible fuera la existencia de la Dictadura. ¿Por qué, pues, en un momento de funesto

extravío, ha alzado éste su voz contra los denodados marinos para abrumarlos con la acusación, reputándolos reos aun de traición a la patria? Pero no hay remedio; esta es la lógica del error. Cuando el espíritu cae en el vértigo, todo lleva el sello de la fatalidad; cuanto pensamos, cuanto hacemos participa de las flaquezas del alma. Concluyamos, pues, por compadecer las de la actual política, convenciéndonos de que si temeraria es la acusación en todas y cada una de sus partes, inmotivada lo es en cada uno de sus fundamentos: el Gobierno ha levantado un deforme monumento sobre bases de ceniza.

VII

Para terminar este fatigoso y prolongado trabajo, debía ocuparme de las conclusiones del dictamen fiscal, examinándolo bajo el punto de vista jurídico. Pero ¿a qué dar a las cosas más importancia de la que merecen? Si el señor Fiscal por su alta investidura militar y por el esmerado celo que tiene en perseguir el crimen, es digno de atención, no lo es bajo ningún aspecto el dictamen que ha emitido, desde que categóricamente confiesa que no están comprobados los delitos. Cuando en puntos de hecho, en materias justiciables no hay pruebas, el reo tiene que ser indefectiblemente absuelto, porque la falta de pruebas abona la inocencia del culpado. Esta y no otra ha debido ser la petición del ministerio fiscal, quien, sin embargo, solicita contra mis defendidos pena arbitraria, cuando según las ordenanzas son desconocidas las penas de este género. Ya que tuvo la digna franqueza de confesar que no hay prueba del delito, ha debido ser lógico proclamando la inocencia de los marinos y pidiendo su completa absolución. Esto habría honrado su sinceridad y puesto su justificación al nivel de sus funciones.

En cuanto a mí, debo decirlo con toda la firmeza de una profunda convicción: los marinos no han cometido ni la más ligera falta. Si alguna hay, será efecto de un noble patriotismo; pero las exageraciones del patriotismo se disimulan, no se penan. Ninguno de los rectos sentimientos del corazón humano constituye un delito, y castigarlos es rebelarse contra las leyes morales, ofendiendo a Dios que ha impreso en nuestras almas con nobles sentimientos. ¿Cómo se quiere, pues, que el Excmo. Consejo se haga instrumento de un acto de rebelión verdaderamente punible? Yo no lo espero: y porque tengo la más plena confianza en la absolución de los acusados, deploro que el Gobierno haya provocado con tanta tenacidad este juicio que debió terminar desde su origen. Los Gobiernos jamás deben gastar sus fuerzas en cuestiones estériles, agotar en ellas su prestigio es traicionar su misión, porque los Gobiernos son la imagen de la Providen-

cia en el mundo, y la Providencia es esencialmente fecunda. Imitarla ahora haciendo justicia a mis defendidos, es lo que esperan del Excmo. Consejo todos los patriotas, los amantes del honor, los hombres de corazón. He dicho.

Callao, Sábado 9 de Febrero 1867

EL ULTIMO CUMPLEAÑOS DE GRAU
por Abelardo Gamarra ("El Tunante")

Grau estaba en Arica.

Era el día de su cumpleaños.

Sus compañeros de a bordo quisieron ofrecerle, con ese motivo, una comida íntima. Se había recibido orden de salir aquel día, y antes de verificarlo pensaron reunir en torno del ilustre marino unos pocos amigos de los que más religioso cariño le guardaban. Se hizo el preparativo y a las cinco de la tarde, media docena de caballeros, de los de tierra, estrechaban la mano de los compatriotas del intrépido Huáscar, que como una niña bonita, mejor dicho, como la niña de los ojos de Grau, se encontraba gallardamente acondicionado, botada su obra muerta, aligerada su arboladura, pintadito de nuevo, buen mozo y elegante, como sarcófago artísticamente preparado para conservar las cenizas del marino más grande que ha tenido la América.

Demás será decir que fue servido el primer cocktail en la cubierta, para respirar a pulmón abierto el "aire puro y sin malicia" como decía Grau a su joven amigo el marino mercante Juan Boisé, aludiendo al aire del mar.

El Morro, ese pedestal formidable de Bolognesi, se alzaba delante de los ojos con su bicolor y sus armas; allí, sobre la cumbre, se oía el toque de las bandas de guerra y la lista de cinco, como el alarido del puñado de leones que despedían al audaz compañero, encerrado en una cáscara de nuez.

A pesar de la alegría de los espíritus, como no hay adiós que no sea triste, se pudiera decir que era la escena melancólica: el mar sereno, dormido como fiera a los pies de su domador; el peñón imponente; sobre las cabezas el infinito de los cielos; en el horizonte, la esperanza.

A las cinco y media, todos estaban a la mesa, bulliciosa y alegre, sin etiqueta ni formalismos.

Grau era hombre sencillo, bondadoso, sin afectación ni apariencia; formado en el trabajo, hecho en el mar, como Cincinato en el campo; nunca pareció otra cosa que el más bueno de los corazones y el más humilde de los hombres.

A su lado, los pobres estaban a sus anchas; de modo que hasta los marineros que hacían el servicio, aunque respetuosos y exactos, todos formaban un conjunto de amigos que bufoneaban y reían, brindaban y se complacían en jugar con las frases, dirigiendo a porfía un cumplimiento al hombre que encarnaba todo el orgullo de la patria.

De pronto se oyó un alarido y algo como el agolpamiento de la marinería por un lado de la cubierta. Grau deja la servilleta, se levanta y sube precipitadamente por la escalera del salón. Todos aguardan silenciosos, el bullicio prosigue. Grau regresa en breves instantes.

—Tiene razón, exclama, los hombres de mar no podemos sustraernos a los presagios; es una candidez; pero la tripulación está inquieta.

—¿Qué pasa?

—Una tontería: abrazado a la quilla de nuestro buque, por el lado de proa, acaba de aparecer un lobo, aullando, como perro sin dueño, y esto para la gente, es como un signo de desgracia.

—Qué niñería, exclama alguno.

—Lo sabemos, amigo mío, contesta el ilustrado Ferré; pero tengo plena seguridad, agrega bajando muchísimo la voz, que el Comandante lleva ya como una lágrima caída en el corazón.

En efecto, Grau desde aquel momento silencioso y como recogido sobre sí mismo, se hubiera dicho que elevaba alguna plegaria a la dulce memoria de sus padres; una invocación misteriosa al honor de su patria; un postrer juramento a su bandera.

La comida concluyó sin animación; los amigos se retiraron; cada cual fue a su puesto; y a las seis de la tarde, con las primeras sombras de la noche, el Huáscar levantó anclas, se estremeció orgulloso, palpitó sobre la superficie de las aguas, con aquel aliento poderoso que lo animaba, hendió el mar con su quilla, y, dejando su blanca estela, como la cauda de un cometa, se perdió entre las sombras para no volver más, llevando en sus entrañas, todo el corazón del Perú.

CONTRALMIRANTE GRAU
por Manuel Atanasio Fuentes

El Congreso y el Gobierno del Perú han practicado un acto de rigurosa justicia ascendiendo al Sr. D. Miguel Grau a la alta jerarquía de Contralmirante de nuestra escuadra. Ese procedimiento ha sido aplaudido unánimemente por todos los habitantes de la capital y lo será sin duda por la República entera.

El Sr. Grau reune, como pocos hombres, las condiciones que lo hacen merecedor a la estimación pública: hombre de buenas costumbres, de modales finos, moderado, sin otras pretensiones que las de llenar cumplidamente su deber; marino inteligente e instruído, valeroso en el combate, magnánimo y generoso en la victoria, ha podido, por su propio mérito, abrirse una honrosa carrera y llegar, en edad temprana, a una categoría en la cual puede prestar más importantes servicios.

Objeto de la ruin calumnia de los chilenos, su noble conducta y su osadía militar han llegado a imponerles respeto hacia el esforzado guerrero y cumplido caballero. No es uno de los menores triunfos el que ha alcanzado el Sr. Grau, en esta ocasión, haber hecho callar la injuria y la calumnia ante el reconocimiento de sus elevadas prendas.

Editorial del diario "El Murciélago"

Lima, 30 de Agosto de 1879

MIGUEL GRAU

por Martín García Merou

Argentino

Triste es la suerte de la vida humana!
Quiere fijar el porvenir incierto.
Y en sus débiles manos se derrumba...
Ya se hunde en el desierto,
Ya se eleva a la cumbre soberana,
Dá un paso más en su carrera vana,
Y rueda en una tumba!...

En la extensión sombría,
Tú también te has envuelto en el sudario;
Tú también has vertido
La sangre en las malezas del calvario
Que escala el corazón en la agonía;
Tú también has caído
Como un sol en el seno del ocaso,
Al dintel de la puerta de la historia,
Subiendo paso a paso
El pedestal de tu soberbia gloria!

América la madre cariñosa,
Hoy va a llorar sobre tu triste fosa
Mientras murmura el viento,
Gime el raudal y el pájaro que canta
Se estremece al rumor de su lamento!
Ella, que en días de valor fecundo
Y tiernas expansiones,
Virgen ceñida de laurel y de oro,
Pudo mostrar sus héroes y legiones,
Para decir, como Cornelia, al mundo:
—"Mirad! son mi tesoro"
Hoy que vacila su inmortal santuario,
Hoy que el templo de la honra se desquicia,
Hoy que enjuga su llanto en tu sudario,
La Gloria y la Justicia—:
Hoy va a posar sobre la tierra helada
De las victorias el sagrado emblema;
Hoy va a arrancarse su postrer diadema
Y arrojarla a tus pies, desesperada!...

El ángel del martirio
Rozó tu sien y acarició tu frente;
Porque la gloria humana
Enciende el blanco cirio
En la llama fugaz de la aureola,
Y abre su templo al corazón ferviente,
Pero después sobre el altar lo inmola.

Como dejan las flores su corola
Cuando el sol con sus rayos la consume,
El cuerpo queda, mientras sube el alma
Lo mismo que el perfume!...
Y en ese instante de dolor profundo
Se despedaza el corazón del bravo,
Porque al dejar el mundo,
El, que rey se juzgaba, moribundo,
Muerto, despierta en el sepulcro esclavo!...

¿Acaso se cernía
En tu pecho ese lóbrego presagio,
Cuando en medio de bélicas acciones,
Valiente desafiabas los cañones,
Valiente desafiabas el naufragio?

¿Quién lo sabrá?... Sobre la nave inquieta,
Como un potro que siente el acicate
Se destacaba tu vivaz silueta
De entre el humo sombrío del combate,
Sin tregua ni desmayo,
Siempre de fe cual de entusiasmo lleno,
Como si hubiera dominado el trueno,
O esclavizado a tu poder el rayo!

Hoy águila valiente,
Se dividen tu túnica sagrada
Los que doblaron ante tí la frente!
Hoy eres su trofeo!
Hoy esa nave que llevaste airada
Sobre las ondas de la mar salada,
Te ha servido, al morir, de mausoleo!...

Mártir! descansa en paz! En ese lecho
Donde empiezan los sueños de la muerte,
El corazón deshecho
Encuentra un puerto contra el rudo paso
De las ondas mudables de la suerte!...
Llega la noche tras la blanca aurora!
Y cuando el sol se oculta en el ocaso
Y se inclina la tarde encantadora
Lo mismo que las tiernas sensitivas,
El crepúsculo, el luto, los dolores,
La oración del jardín de las Olivas!...

Después!... Ese después es el misterio,
La eternidad, las sombras mortecinas!
El después es el mudo cementerio,
Las solitarias ruinas
De la grandeza ufana; es el gemido
Que llega a las regiones de la historia,
Que alumbra los abismos del olvido,
Y a un héroe nos presenta
Envuelto en los cendales de su gloria!

El te elevó hasta Dios! Sublime ejemplo
Del soldado que expira por la patria
A la sombra sagrada de su templo!
Del que sabe morir, como un romano
Sobre la ardiente arena,
Sobre las ondas del movible océano
Que agita horrorizado su melena;
Del que blandió su acero,
Con el valor de la piedad cristiana,

Sobre la sien del enemigo artero
Que va arrastrando la honra americana
Entre sus turbas viles,
Como el cadáver de Héctor, el troyano,
Era arrastrado por el fuerte Aquiles!...

Entre la sombra hundido
Oye esta voz, escucha esta plegaria;
Ave gloriosa cuyo triste nido
Se hundió en las ondas de la mar contraria!
Y el viento que murmura en los palmares,
Las dulces cantinelas
Que levantan las selvas seculares,
El rumor misterioso de los mares,
Que derraman su espuma en las arenas;
Todo te diga con acento suave
Que la angustia al espíritu devora,
Que el corazón te canta como el ave,
Que el corazón, como ciprés, te llora...

HUASCAR

por Martín García Merou

Argentino

Allá va... Solitario entre las brumas
Se confunde en la sombra su silueta
Con el oscuro cielo,
Las pálidas espumas
Y los reflejos de la mar inquieta!...
Su generoso anhelo
Lo empuja a la victoria
En medio del embate de la suerte,
Murmura el viento que lo mece: muerte!
Y el mar rugiendo le responde: gloria!...

¡Salve Huáscar audaz! Cómo se eleva
El corazón, testigo
De la nube de gloria que te lleva,
Espada del Perú, cambiada en rayo
Que fulmina la sien del enemigo!

Cuando a la lucha amarga
Te provocara la ambición chilena,
Tú fuiste el primero
En darle el bofetón de tu descarga;
Y el océano altanero
En cada ola refirió a la arena.
Que eres más poderoso que el pampero
Cuando su ira en el llano desenfrena!

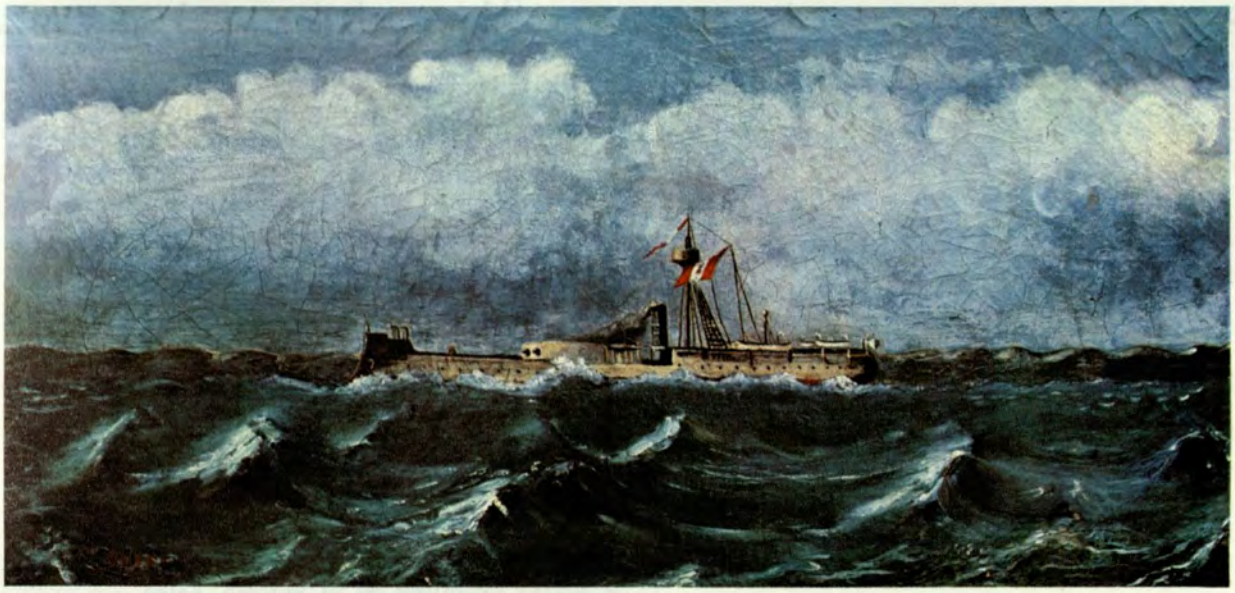
Tu trueno prolongado,
Llegando hasta la tierra
Con acento inmortal, ha levantado
El himno clamoroso de la guerra;
Y al par que se difunde
La chispa que los ánimos inflama,
Tu gloria se derrama
Como un incendio que en la selva cunde!

¡Fraternidad! Oh madre americana!
Oh aliento bendecido,
Que al levantar la mente soberana
Reanima el espíritu abatido!
Aquí donde los vientos
Van murmurando cadenciosos ruegos,
Encuentran los volcanes esos fuegos,
Y encuentran la batalla esos acentos!...

América suspensa,
Presenciando la lucha de sus hijos,
Bendice tu defensa,
Y mientras surcas los revueltos mares
Dejando roja huella,
Palpita con los bosques seculares,
Aplaude con la luz de la centella!

Ah! la misma feraz Naturaleza
Se levanta también sobresaltada
La fiera en la maleza,
Los vientos saturados de perfume,
Los torrentes que ruedan sobre peñas,
Los verdes bosques que la sed consume,
Las flores enlazadas en las breñas,—
Todo, todo se agita conmovido,
Y desde el astro hasta la altiva palma,
Le envía en su sonido
La caricia más plácida de su alma!
Y él entre tanto, parte
Como las brisas solas,
Llevando por escudo su estandarte
Y por amigas de su fe las olas!
El entre tanto, cuando ruge ardiente
La batalla, triunfante se pasea
El levanta la frente
Y en la sombra del mar relampaguea!...

Y al salir de su sueño la tormenta
Que en el espacio gime,
Cuando la nube con fragor revienta,
En la penumbra de ese horror sublime
Que al corazón devora,
Parece que sacuden su letargo
los viejos héroes de inmortal pujanza,
"Valor" — le dice Espora,
Mientras el mar amargo
Le repite con Brown; Fé y Esperanza!...



El "Huáscar" navegando, cuadro al óleo de G. Spiers que se encuentra en el Museo Naval del Perú.

¡"Huáscar" entonces tu bandera flota
Besada por el céfiro en su vuelo
Entonces te abalanzas atrevido
Iluminado el cielo,
Para dejar deshecho y esparcido
Cuanto se opone a tu tremendo empuje;
Para clavar certero
Como una garra tu espolón de acero,
Mientras el mar bajo tus plantas ruge!...

¡Siempre de pie! La luz de la victoria
Te guía en la batalla,
Donde tu santa indignación estalla
Hasta alcanzar la palma de la gloria!
En ella te recreas
Como el astro en el cielo oscurecido,
Y al ceñirte tu nítida guirnalda,
Hundes a la "Esmeralda"
Pero salvas magnánimo al vencido!...

Ah! por eso la tierra americana
Te mira palpitante,
Y a cada hazaña de tu nombre, ufano
Alza al cielo tu espíritu gigante!
Por eso él, se repite en su circuito
Allí donde se mueven las arenas
Bajo el impulso del sonoro viento,
Mientras levantan su armonioso acento,
Jugando con la espuma, las sirenas
Allí donde la hiedra
Desheredada crece
Enlazando el peñasco de granito,
Allí do el terremoto se adormece
Bajo la capa secular de piedra,
Allí donde respira el infinito!...

Y tú veloz cuando la luna brilla,
Sobre las tristes olas
Mientras dormitan en el bosque, solas
Las aves, compañeras del misterio,
Mientras hablan las hojas con la brisa
Y el fuego fatuo cruza el cementerio
Mientras orla a las flores el rocío,
Te internas en la sombra abandonado
Y la sombra en espectro te convierte,
Como el corcel sombrío
Del sueño apocalíptico, montado
Por el negro fantasma de la muerte!...

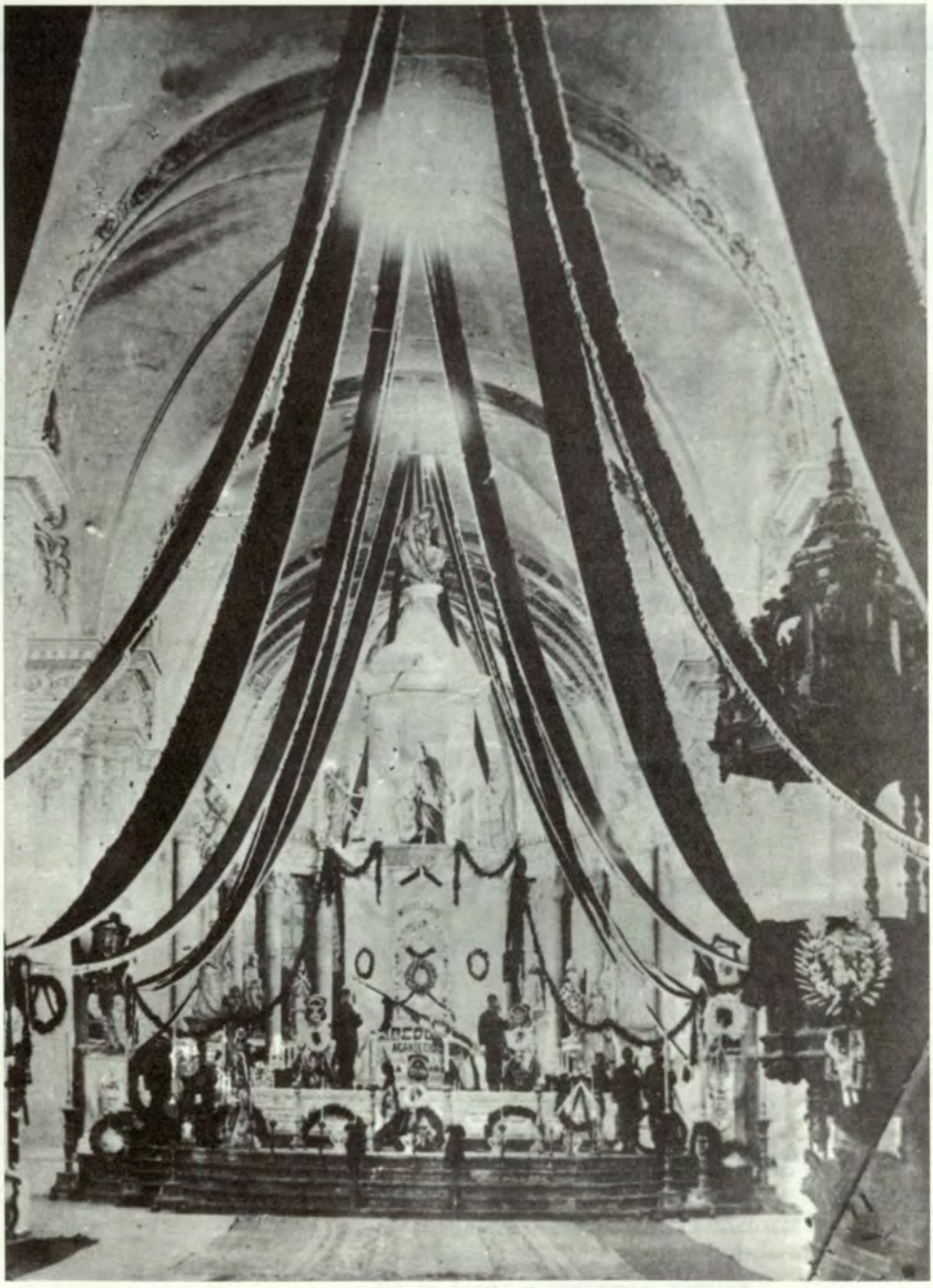
Es que el valor te guía...
El valor de la tierra coronada
Que electriza el acero de los bravos;
El valor de la América sagrada,
Donde tienden los Andes la mirada
Sin encontrar sobre su faz esclavos!...

Esa enseña te lleva a la victoria
¡Oh "Huáscar"! Pero hay algo más sagrado:
La libertad, diadema de la historia!
La libertad, escudo del soldado!
No la feroz e indómita bacante...

¡La virgen india de gracioso paso,
De seno palpitante.
De tez deslumbradora,
Que al sol su Dios, despide en el ocaso,
Que la bendice al apuntar la aurora!

La libertad que en sus visiones palpa
El corazón a quien la suerte abruma;
Amada cariñosa de Atahualpa,
Y sostén inmortal de Montezuma!...
La libertad, bandera
Que recorrió la América agitada
Encendiendo hasta el último cartucho,
Para elevar en el Perú, severa;
La luz de su alborada
De entre el humo y el polvo de Ayacucho!

Y en estas horas de recuerdo santo
En que a la mente acude
La imagen de la patria libertad,
Sobre el mar que su ímpetu provoca,
Mientras todo es amor y regocijo,
Mientras un pueblo entero,
Los grandes héroes del pasado invoca,
El con el brazo fijo
Se envuelve en la mortaja de la bruma,
El, rápido se aleja
Como quien va al encuentro de la Historia;
Y la nube veloz, la blanca espuma,
Los vientos que modulan una queja
Le dicen al pasar: "Patria y Victoria"!...



Exequias fúnebres oficiadas en la Santa Iglesia Catedral de Lima en honor a los mártires del "Huáscar". Se llevaron a cabo el 29 de octubre de 1879.

APOTEOSIS DE GRAU

por Monseñor José Antonio Roca y Boloña

ORACION FUNEBRE

Pronunciada en la Santa Iglesia Catedral de Lima
al oficiarse las exequias fúnebres
en honor de los mártires del "Huáscar".

> Considera pro his, qui mortui sunt super excelsa tua vulnerati. Contempla oh Patria a los que heridos murieron sobre tus altos. 2do. Libro de los Reyes. Cap. I v. 18.

Excmos. señores
Señores Illtms. y Rmos.
Señores:

El Infortunio y la Gloria se dieron una cita misteriosa en las soledades del mar, sobre el puente de la histórica nave, que ostentaba, orgullosa, nuestro inmaculado pabellón, tantas veces resplandeciente en los combates.

El infortunio batió sus negras alas, y bajo de ellas, irguióse la Muerte para segar en flor preciosas vidas, esperanzas risueñas de la Patria. Empero, cuando aquella consumaba su obra de ruina, apareció la Gloria, bañando con su purísima luz el teatro de ese drama sangriento, a su lado, se alzó la Inmortalidad, para ceñir, presurosa, con inmarcesibles coronas, las altas frentes que no se doblegaron ante el peligro, y mantuvieron siempre frescos los laureles con que las ornara la Victoria.

A tí, Patria mía, los ofrecieron en esa hora suprema. A tí los enviaron las piadosas manos de aquellos héroes antes que los tornara inmóviles el hielo de su improvisada tumba. A tí los devolvieron con una herencia de honor que hará fecundo tu gran corazón hoy reciamente probado por la pérdida de tan buenos hijos, y hoy doblemente esforzado por grandioso su ejemplo.

Enjuga, pues tu materno llanto y mira extática a los que murieron por tí.

Asómbrate al contemplar el arrojo de esa pléyade de bizarros defensores de nuestra honra, de nuestra integridad territorial, del equilibrio americano, de la justicia, amenazados por un enemigo que solo fía en la fuerza material para ultrajarlos; y que, desplegando esa fuerza incomparablemente mayor que la de nuestra nave sacrificada, no se adueña de ella, sino pasando por entre cadáveres y disputando al abismo un casco roto y ensangrentado, pobre trofeo de tan efímero triunfo!

Asómbrate, al recordar esa lucha, en la que nuestros enemigos son gigantes por el poder de su flota, y nuestros marinos gigantes por la grandeza del corazón... Doce cañones formidables, que montan dos naves poderosas, sin que contemos otras bocas de fuego, de las que les acompañan y que también amenazan con el estrago y la muerte, disparan sin cesar sobre un pequeño barco, que sólo tiene dos buenos cañones para responderles...

Y, no obstante, nuestra nave es fortísima, es superior, es invencible... por el esfuerzo y bizarría de los que la tripulan. MIGUEL GRAU, que es su alma, ha comunicado a sus dignos compañeros el sagrado fuego que le devora, y se lanza con ellos, como un león acosado, contra los que le dan caza, acometiéndoles con sus terribles dentelladas.

. . . . . .

Más, ay, el León cayó, derribado por los proyectiles del enemigo; y cayeron en rededor de él todos los que vivían de su vida. El alma del Huáscar voló al cielo, a la patria de los inmortales, y llevó en pos de sí tantas almas que se identificaban con ella por el valor indomable, por la audacia temeraria, por la incontrastable serenidad, por el amor patrio llevado hasta el delirio; por el heroísmo, que les convirtiera en brillante guirnalda de soles para ceñir la frente del Perú, irradiar sus destellos sobre el mundo, romper la niebla de los tiempos y decir a la Historia: "Escribe y llora". "Escribe una acción heroica... y llora el valor desgraciado".

. . . . . .

A nosotros toca, honrar la memoria de esos mártires del honor nacional y grabar sus nombres en nuestras almas, aún antes que en el mármol y el bronce, que los darán a conocer a las generaciones futuras. A nosotros toca ofrecer por ellos, no una, sino muchas veces, el adorable sacrificio de esa Víctima inmaculada, que acaba de inmolarse sobre el altar y cuyos infinitos merecimientos les alcanzarán la visión divina, único premio digno de su amor heroico.

Ese amor les inspiró el hecho generoso, que se impone a nuestra admiración profunda y a nuestra gratitud eterna.

Y ese hecho traza al Perú una senda de gloria, que debe recorrer hasta su término.

Admiración y gratitud; imitación del heroísmo, he ahí señores, las grandes lecciones que se desprenden del combate en que sucumbieron noblemente el ILUSTRE CONTRALMIRANTE DON MIGUEL GRAU y sus compañeros de infortunio y de gloria.

Es la mísera, tristísima condición a que se ve reducida la naturaleza humana desde que se manchó con la primera culpa, nada grande, nada glorioso puede hacer, sino por la inmolación más o menos costosa de sí misma. Es una ruina, señores, y no puede ostentar un hermoso monumento, sino quedando sepultada debajo de él.

Nuestro adorable Redentor, que vino a reparar esta ruina, dijo de sí propio: "En verdad, en verdad os digo, que si el grano de trigo, que cae

en la tierra, no muriere, él sólo queda; más si muriere, mucho fruto lleva". "Y si yo fuere alzado de la tierra (en la Cruz) todo lo atraerá a mí mismo".

Si aquella naturaleza, en lo humano perfectísima, y que hallábase además unida hipostáticamente a la naturaleza divina en la persona del Verbo increado, hubo menester de inmolación, de sacrificio cruento para hacer fecunda la misión del Redentor y atraer los hombres a su doctrina; ¿cuánto no será necesario a los pueblos el hallar hombres que se sacrifiquen por ellos, si esos pueblos han de elevarse a la altura de sus providenciales destinos? ¿Si no han de ser borrados del catálogo de las naciones dignas, libres, independientes?

Hay redenciones temporales, que Dios encomienda a hombres escogidos por su Sabiduría, dotados por su bondad, fortalecidos por su poder. En el orden político, como en el moral, esos redentores siguen, aunque de lejos, las luminosas, a la par que sangrientas, adorables huellas del divino Redentor del mundo. A su ejemplo, se inmolan por la salvación del pueblo; y aunque su misión no sea sobrenatural, ni se extienda hasta los confines del Orbe, ni resuciten gloriosos sus cuerpos al tercer día de su muerte, hay en ellos, sin embargo, caracteres que les asemejan al sublime tipo de toda virtud, a Jesucristo Nuestro Señor.

Mártires de diverso orden, que los han vestido y continúan vistiendo con su propia púrpura a la Esposa del Rey inmortal de los siglos, pertenecen, no obstante, a la misma escuela, porque obedecen a la misma inspiración; se sacrifican por la salud de su pueblo, como se inmolaban aquellos por continuar la obra del Redentor del linaje humano; gustan del amargo cáliz, que el Salvador presentaba a sus discípulos; y ofrecen al Poder Eterno sus vidas, declarando así que la Caridad, que el Hijo de Dios trajo a la tierra, ha transfigurado sus almas, enalteciéndolas con sus celestiales influjos. "Nadie ama más, que aquel que dé su vida por sus amigos" ha dicho el Soberano Maestro.

Por eso, la veneración, la gratitud, el amor de un pueblo rodean su memoria, sirviéndole de sudario precioso; y ese pueblo les ofrece en su inmenso corazón un sepulcro que se abre pocos días después a impulsos de una vida nueva. Piérdense entonces las líneas materiales de su fisonomía y aparecen los mártires flotando entre nubes de gloria imperecedera. Salvan, raudos, los espacios y se imponen al respeto y a la admiración del mundo.

Al Perú, nación cristiana y generosa, no le han faltado nunca, gracias a la amorosa providencia, esos hombres extraordinarios, destinados a la expiación para el engrandecimiento de su Patria. En la época de nuestra emancipación del coloniaje los hubo en gran número y la independencia del Perú es ya un hecho que cuenta más de medio siglo; hoy se abre

una nueva era, y en su primera página resplandecen los nombres del Contralmirante Grau y sus abnegados compañeros.

De Grau, señores, que se identifica con ellos en la gloria y en el infortunio, porque los escogió con ojo certero, para la grande empresa que su alma aún más grande, asumiera junto con el mando de la histórica nave, esperanza halagüeña de la Patria, objeto de la expectación y de la simpatía universal, fantasma aterrador de nuestros enemigos. No separo, pues, a los que veo estrechamente unidos en el momento supremo de tribulación y de honor para el Perú: la justicia no me lo perdonaría; y la sombra del generoso Contralmirante se alzaría severa delante de mí, para pedirme cuenta de ese arbitrario divorcio.

¡Su sangre se ha mezclado con la de los suyos en ese horroroso combate, sus almas han vestido el luminoso ropaje de una misma gloria!

El era un águila, que enseñaba a sus polluelos a volar a las cumbres de la humana grandeza, era un león, que adiestraba a sus cachorros en la lucha; y que solo debía sucumbir cuando el cansancio rindiese sus potentes alas, o cayese en una celada, cual suele acontecer al Rey del desierto.

Y puesto que David deploraba la muerte de dos grandes capitanes de Israel, improvisándoles este sentido epitafio: "Más veloces que las águilas, más fuertes que los leones", justo es que el Perú arrebate hoy a su sagrado plectro ese robusto gemido, y diga por mis labios que los ilustres marinos, cuyo sacrificio le arranca sollozos de dolor y de indignación, se lanzaron al combate raudos como las águilas, y cayeron no pocas veces sobre el enemigo, para hacerle pagar bien caro su temerario reto; le sorprendieron, le destrozaron, o apresaron sus naves, sembrando por doquiera la consternación y el espanto, y luego, con la audacia del león, se expusieron a sus tiros mortíferos, desafiando su cólera y proyectando su venganza.

¡Combate de Iquique, sorpresas a los puertos de Chile, valiosas capturas de naves mercantes y de guerra! Todo esto ejecutado en mares que surcaban constantemente las poderosas naves de los contrarios; y ejecutado con una seguridad, con un arrojo, con una pericia incomparables, tenía ya conquistado a los tripulantes del Huáscar merecido renombre, y hacía que los contempláramos como águilas de la guerra y aún más veloces que las mismas águilas: aquilis velocieres.

Más, el haber desafiado el formidable poder de las fortalezas, paseando una frágil nave a tiro de pistola delante de las baterías de Antofagasta y de Caldera, en su primera y segunda expedición; el haber roto audazmente el bloqueo del puerto de Iquique, y sostenido recia lucha con una parte de la escuadra enemiga; el haber aceptado el combate a que le provocara un poderoso blindado, que seguía sus aguas y que retrocedió ante su bravura; y, por último el combate con los fuertes y naves de guerra,



Sarcófago en memoria del Contralmirante Grau que se encuentra en la Cripta de los Héroes, en el Cementerio Presbítero Matías Maestro, de Lima.

surtas en Antofagasta, el 28 de Agosto, combate en que se aunaron felizmente el arrojo y la pericia; todo esto, señores ¿no es verdad que pregonaba a esos ilustres guerreros, honra de nuestra Patria, más fuertes que los leones, que no cuentan ni el número ni la fuerza de sus contrarios, lionibus fortriores?

Y ahora apretemos estos gratísimos recuerdos, y entremos resueltamente a contemplar nuestro infortunio y nuestra gloria.

Ninguno de vosotros ignora la última expedición del histórico monitor a la costa enemiga. Si esa expedición fue aconsejada por la prudencia o la temeridad; si era mayor el riesgo que el provecho, que de ella pudiéramos prometernos; si el glorioso bajel había perdido poco o mucho en sus condiciones náuticas; si el esforzado Contralmirante preveía inminente el peligro, o se halagaba con el resultado feliz; si hubo tristes o risueños presentimientos; yo no lo sé; ni he sido parte a averiguarlo; ni creo posible descubrirlo en estos momentos de indignación o de dolor; ni me parece patriótico escudriñar hoy estas cosas, ni echar miradas retrospectivas en la hora de la catástrofe, que demanda al Perú unión, concordia, serenidad, abnegación y constancia para reponerse de su momentáneo quebranto, y lidiar sin tregua por el triunfo de la justicia, que es el norte de las aspiraciones de dos grandes pueblos aliados.

Dejemos, pues, aquellos antecedentes, ocasionados a sospechas y recriminaciones quizás injustas; dejémoslos, mientras que se esparce sobre ellos la luz necesaria para fallar con rectitud, y no pecar por ligereza o prevención de ánimo en asunto tan grave; y trasladémonos al teatro de una de las catástrofes más sentidas que registran los anales de la guerra.

Después de una marcha de varios días hacia los puertos del enemigo, y de haber visitado algunos de ellos sin que ocurriese nada digno de mencionarse, a excepción del apresamiento de un bajel de comercio, que fue enviado a nuestro puerto principal, y cuando nuestros bizarros marinos regresaban al de su partida, apareció en el horizonte el humo que despedían varias naves de guerra; y desde ese momento, comenzó el horrible drama, cuyo recuerdo entorpece mi lengua, anubla mi mente y desgarra el corazón.

Perseguido nuestro monitor por una división de la escuadra de Chile, a cuya cabeza se halla uno de sus fuertes blindados, hace indecibles esfuerzos por esquivar el encuentro que tiene que serle funesto.

El verdadero valor es prudente, y no se expone a un sacrificio estéril; solo cuando es inevitable la lucha desproporcionada o la deshonra, opta por la lucha, dando a Dios providente el triunfo de la causa que defiende con fuerzas materiales exiguas. Tal fue, señores, la conducta de los mártires, durante los tres primeros siglos de persecución que afrontó la iglesia. No se expusieron a una muerte segura (salvo muy raros casos

de divina inspiración) y se refugiaron en los bosques y en los desiertos, firmes en su fe, y constantes en la resolución de sacrificios por ella, siempre que el Señor les manifestase su divino decreto por el curso de los acontecimientos. Más, cuando no podían evitar el martirio sino por la apostasía; cuando su fe era puesta en ineludible prueba, entonces, valerosos, serenos, impávidos, desafiaban los tormentos y la muerte, en cumplimiento de un deber sublime, y con la esperanza, que sonreía Tertuliano, de que su sangre generosamente derramada, fuese fecunda semilla de nuevos cristianos.

Nuestros nobilísimos adalides obedecieron a la misma inspiración. Retemplado su espíritu por la religión y el patriotismo, vieron, con ojos claros y corazón sereno, acercarse el momento solemne de su inmolación gloriosa. Cuando sus hábiles maniobras estaban a punto de salvarles, apareció, cerrándoles el paso, la segunda división enemiga, encabezada por otro poderoso blindado. La salvación era ya imposible; había que escoger entre la muerte o la deshonra. Estaban solos! y solos debían resolver ese dilema de vida o de muerte para el honor nacional.

. . . . . .

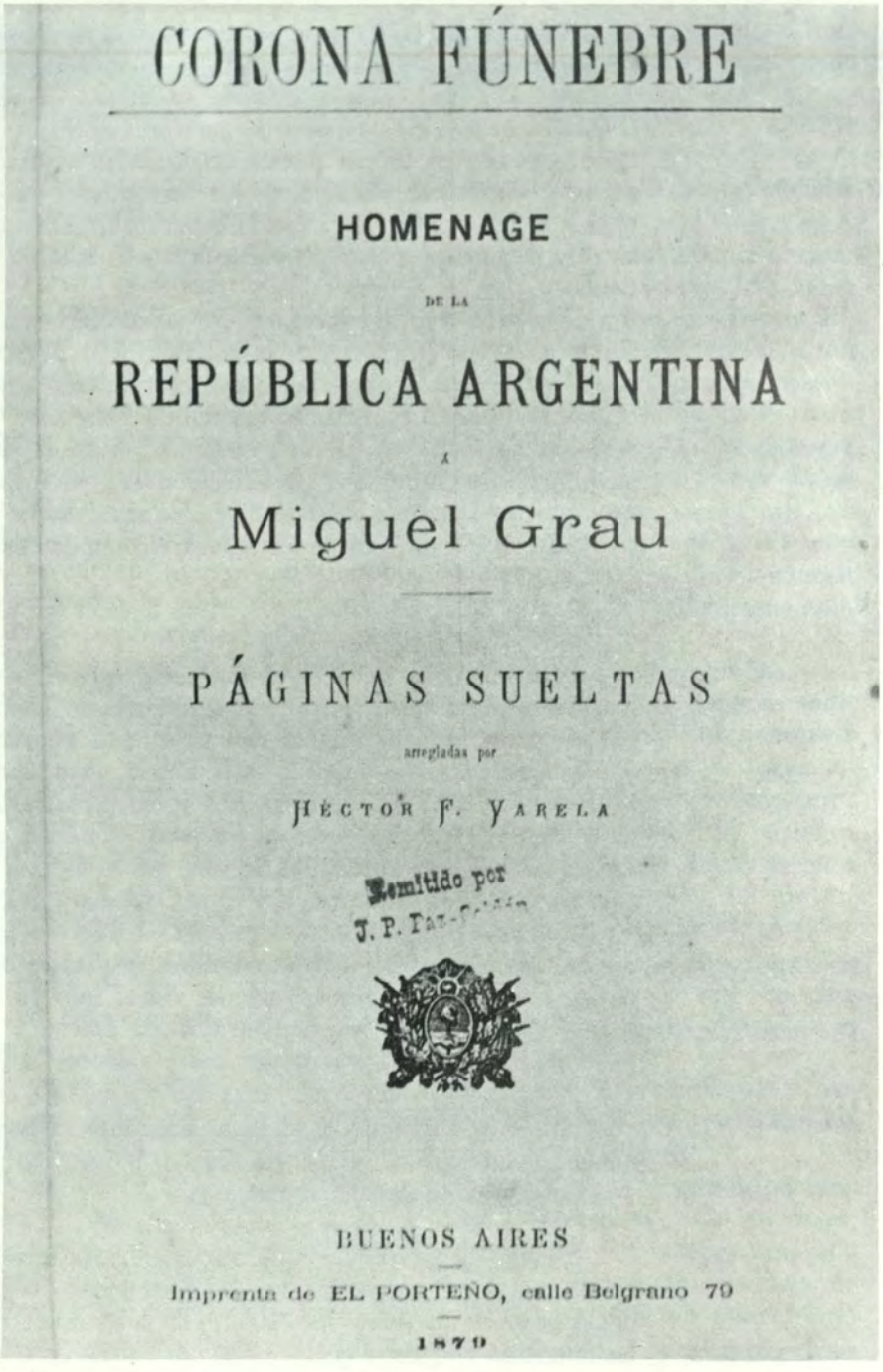
¡Perdón Dios mío! El dolor hacía que te olvidase por un instante. No, no estaban solos; porque tu presencia se hacía sensible en medio de ellos; porque Tú les ungías con tu aliento vivificador y hacías latir sus corazones a impulsos del amor a la Patria, cuya santa chispa arrojó en ellos tu divina diestra; sopló tu espíritu y esa centella los abrasó. Al fuego activo, al fuego volcánico de ese incendio sublime, se consumieron los más dulces afectos, la esposa, los padres, los hijos, los hermanos y amigos desaparecieron del escenario del alma; y, sobre las cenizas de esos tiernos y fuertes vínculos, se levantó radiosa la augusta imagen de la Patria, bañando sus almas con sus suavísimos resplandores. Una voz secreta les decía, entretanto, "dadme vuestras vidas, que yo os prometo la inmortalidad"... "lo que es de la honra, de la gloria, y de la virtud de Dios, y lo que es de su espíritu reposa sobre vosotros".

Al escuchar esas voces, ninguno vacila. El esforzado Contralmirante ve llegada la hora que el cielo ha señalado al heroísmo, y levantando su noble corazón a Dios, ofrece su vida en holocausto por el Perú.

Vuelve a él los ojos y exclama:

"Contempla a los que mueren por tí".

Dice, y con rápida maniobra su gloriosa nave encamina al lugar único en que puede combatir. La orden de hacer fuego sobre el enemigo sale de la torre de mando y el estampido del primer disparo es saludado por los nuestros con entusiastas vivas al Perú...



CORONA FÚNEBRE

HOMENAGE

DE LA

REPÚBLICA ARGENTINA

Á

Miguel Grau

PÁGINAS SUELTAS

arregladas por

HÉCTOR F. VARELA

Remitido por
J. P. Paz-Soldán

BUENOS AIRES

Imprenta de EL PORTEÑO, calle Belgrano 79

1879

Corona fúnebre dedicada por la República Argentina en honor de Miguel Grau en 1879. Colección Oscar Grau Astete.

¡Dios de bondad! ¡Justicia infinita! ¡Providencia adorable! ¿Salvarás nuestra gloriosa nave? O ¡permitirás que venzan nuestros enemigos, que le han preparado esa celada sin nombre!

Mira, Señor, el derecho que ampara al Perú; su noble proceder antes de la lucha; sus ardientes votos por la paz; su mediación generosa y fraternal; su varonil aceptación de un reto, que no debía esperar y para el que no estaba preparado. Mira la abnegación, los sacrificios de sus buenos hijos, que dispuestos se hallan a inmolarse por el triunfo de la Justicia y de la dignidad nacional...

Ve que se han puesto bajo de Tu protección, y que han llevado con amor a su pecho el símbolo sagrado que la religión les brindara para defenderlo. Ellos no confían en la fuerza, sino en Tí, fortaleza invencible e interponen en su favor, la mediación de la dulce hermana, de la fragante Rosa, con que te plugo engalanar el suelo del Perú...

Atiende Señor, las súplicas de tantas almas piadosas, que no cesan de rogarte, de día y de noche, hasta llegar a ser santamente importunas.

Premia, Dios mío, ahora, la caridad del valeroso marino y sus esforzados compañeros, que salvaron, vistieron y alimentaron a los náufragos del Esmeralda tornándose mansísimos corderos después de haber peleado como leones, en las mismas aguas en que nuestros náufragos eran asesinados por los disparos de un bajel enemigo; en las mismas que contemplaron sucesivamente el bombardeo y el incendio de la inerme Pisagua, el fuego mortífero hecho sobre convoyes de mujeres y de niños y el bombardeo nocturno de Iquique, en el que perecieron niños y mujeres que dormían, todo esto, Dios mío, precedido o seguido de la hospitalidad caballeresca, cristiana, dispensada a los marinos náufragos de Chile, que se rindieron al Huáscar con el grito de "Viva el Perú generoso".

Mira que el Perú y Bolivia se han unido, solo por defender su dignidad e integridad territorial, ultrajada la una, violada en parte la otra, en provecho de intereses materiales mezquinos, egoístas, que ya han hecho vestirse de luto a las familias de uno y otro bando...

¿Darás acaso, el triunfo al injusto agresor?

. . . . . .

¿Quién puede penetrar, Señor, tus juicios, que son abismos de abismos, ni recorrer tus caminos escondidos a nuestra débil mirada, tus caminos que no son los caminos de la humana prudencia? Sabemos tan solo que abates para ensalzar, que castigas para corregir y regenerar, y que, si el impío llega a exaltarse como el cedro del Líbano, un momento después, de un volver de ojos, desaparece como la débil arista que arrebata el huracán. Sabemos que Tú mortificas y vivificas, que hundes en el se-

pulcro y sacas luego de él a los que ya contemplábamos como su abandonada presa.

Estamos pues, en tus manos adorables y por recia que sea la prueba, la soportaremos con valor y con resignación cristiana. Nos humillaremos bajo de tu mano poderosa... y esperaremos a la sombra de tus alas.

... ...

Después de cerca de dos horas de lucha desesperada, y me atrevo a decir por sus condiciones, única en los fastos de la marina universal; lucha en la que nuestro débil Monitor hizo prodigios de arrojo y de pericia; después que cayeron uno tras de otro, los jefes y aún los oficiales, que se sucedieron en el mando de la gloriosa nave; cuando ya ésta no era sino una ruina flotante cubierta de cadáveres y de heridos, dominó la fuerza, preponderó el número, y el bajel destrozado, que consagró la sangre de los ilustres mártires de la Patria, fue presa del vencedor.

... ...

¡No le llevará no, a desafiar solo el poder de temibles fortalezas para tornarlas mudas con su denuedo y sus disparos! Como el noble alazán del guerrero valeroso, que cayó en el campo de batalla, soltando la brida del generoso bruto, y que cae después en triste servidumbre, y extraña la mano que lo tiraba de su freno cubierto de impaciente espuma, y acicate, que hería sus ijares para lanzarle en el opuesto bando, romper sus compactas filas, y sembrar en ellas la muerte y el terror, y que, desde que perdió su dueño fue entregado a manos inexpertas y temblorosas; así el Huáscar señores, cuya fuerza eran Grau y sus bizarros compañeros, es hoy un cuerpo sin alma, un corcel de batalla que no tiene quien le guíe al peligro, y que consumirá sus ardorosos bríos solo porque se satisfaga la vanidad de su nuevo señor.

Mañana... pero lo porvenir es el secreto de Dios! y los bizarros marinos que sobreviven sin esperarlo y sin quererlo; que no faltaron al martirio, porque fue el martirio el que les faltó, hallarán, como los que murieron, dignos imitadores de su heroísmo.

Y ahora, que estoy a punto de abandonar al recuerdo, a la gratitud, a la admiración del Perú y a los encomios de la Historia los nombres queridos y venerables del heroico Capitán y de sus compañeros de martirio y de gloria, séame lícito presentaros el bosquejo de su fisonomía, que aparece circundada por las muy nobles de sus tenientes Aguirre, Ferré, Rodríguez, Palacios y demás víctimas sacrificadas por la honra de la Patria al pie de nuestro amado Pabellón.

pulcro y sacas luego de él a los que ya contemplábamos como su abandonada presa.

Estamos pues, en tus manos adorables y por recia que sea la prueba, la soportaremos con valor y con resignación cristiana. Nos humillaremos bajo de tu mano poderosa... y esperaremos a la sombra de tus alas.

... ...

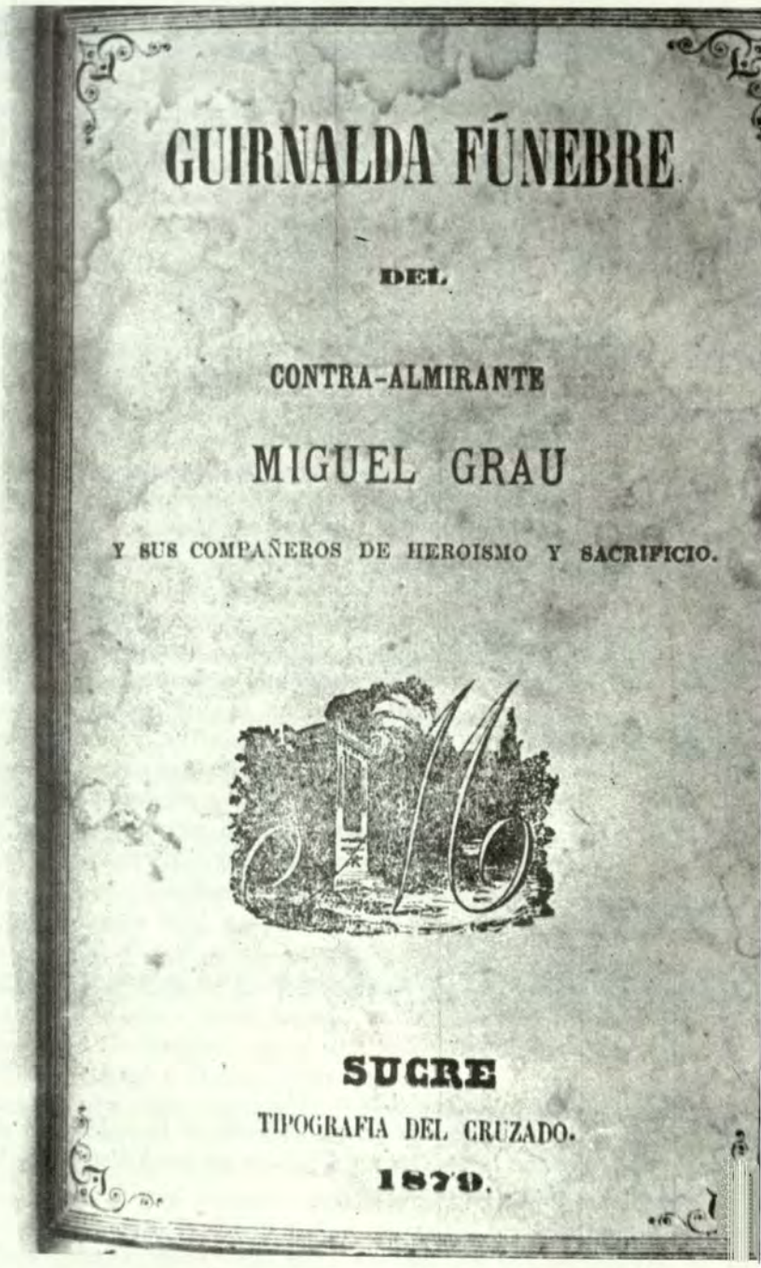
Después de cerca de dos horas de lucha desesperada, y me atrevo a decir por sus condiciones, única en los fastos de la marina universal; lucha en la que nuestro débil Monitor hizo prodigios de arrojo y de pericia; después que cayeron uno tras de otro, los jefes y aún los oficiales, que se sucedieron en el mando de la gloriosa nave; cuando ya ésta no era sino una ruina flotante cubierta de cadáveres y de heridos, dominó la fuerza, preponderó el número, y el bajel destrozado, que consagró la sangre de los ilustres mártires de la Patria, fue presa del vencedor.

... ...

¡No le llevará no, a desafiar solo el poder de temibles fortalezas para tornarlas mudas con su denuedo y sus disparos! Como el noble alazán del guerrero valeroso, que cayó en el campo de batalla, soltando la brida del generoso bruto, y que cae después en triste servidumbre, y extraña la mano que lo tiraba de su freno cubierto de impaciente espuma, y acicate, que hería sus ijares para lanzarle en el opuesto bando, romper sus compactas filas, y sembrar en ellas la muerte y el terror, y que, desde que perdió su dueño fue entregado a manos inexpertas y temblorosas; así el Huáscar señores, cuya fuerza eran Grau y sus bizarros compañeros, es hoy un cuerpo sin alma, un corcel de batalla que no tiene quien le guíe al peligro, y que consumirá sus ardorosos bríos solo porque se satisfaga la vanidad de su nuevo señor.

Mañana... pero lo porvenir es el secreto de Dios! y los bizarros marinos que sobreviven sin esperarlo y sin quererlo; que no faltaron al martirio, porque fue el martirio el que les faltó, hallarán, como los que murieron, dignos imitadores de su heroísmo.

Y ahora, que estoy a punto de abandonar al recuerdo, a la gratitud, a la admiración del Perú y a los encomios de la Historia los nombres queridos y venerables del heroico Capitán y de sus compañeros de martirio y de gloria, séame lícito presentaros el bosquejo de su fisonomía, que aparece circundada por las muy nobles de sus tenientes Aguirre, Ferré, Rodríguez, Palacios y demás víctimas sacrificadas por la honra de la Patria al pie de nuestro amado Pabellón.


GUIRNALDA FÚNEBRE

DEL

CONTRA-ALMIRANTE

MIGUEL GRAU

Y SUS COMPAÑEROS DE HEROISMO Y SACRIFICIO.

SUCRE

TIPOGRAFIA DEL CRUZADO.

1879.

La capital de Bolivia, Sucre, se unió al pesar americano por el sacrificio del Contralmirante Grau y "sus compañeros de heroísmo". Colección Oscar Grau Astete.

Miguel Grau era, señores, un guerrero cristiano. Hombre de fe, toda su confianza se cifraba en Dios. A El atribuía el buen éxito de sus arriesgadas empresas. Le alababa como el Profeta Rey; y si tuviera en sus manos el arpa sagrada, le oyerais repetir: "Bendito sea el Señor mi Dios, en cuya escuela he aprendido el arte de pelear y vencer a mis enemigos". En lo más recóndito de su alma resonaba una voz profética que le decía como a Gedeón, esforzado campeón de Israel: "El Señor es Contigo, oh el más fuerte de los hombres... Ve con esa tu fortaleza... Yo seré contigo...".

De ahí nacía aquella imperturbable serenidad en medio de los mayores peligros; que imponía confianza en los que le obedecían, y le dejaba en aptitud de aprovechar todas las ventajas de su pericia, aún en aquellos momentos en que lo recio y arriesgado del combate suele desconcertar los espíritus de mejor temple.

La tranquilidad de su conciencia, dulcísimo fruto de una vida honesta, del ejercicio constante de las virtudes morales y cívicas, del conocimiento austero del deber, de su inquebrantable resolución de sacrificarse por la Patria; resolución que demostró recibiendo con ejemplar fervor los Santos Sacramentos, y haciendo sus disposiciones últimas, antes de salir a campaña; la tranquilidad de su conciencia repito, mantuvo su espíritu sereno aún en el momento en que vio inevitable la destrucción de su gloriosa nave, forzada a combatir contra elementos tan superiores a los suyos, esa tranquilidad le acompañó en su primera escena del sangriento drama (la única que contempló) y en la que su valor heroico acompañado por los oficiales y tripulantes más bizarros, hizo prodigios, arremetiendo con el ariete para destrozarla, a una de las naves poderosas, que le hacía mortíferos disparos, y cuando estaba a punto de asestarle el golpe de gracia, que ya había sido esquivado por el rápido girar del enemigo, cuando se preparaba a exclamar con Isaías: "Miré alrededor y no había auxiliador, busqué, y no hubo quien me ayudase; y me salvó mi brazo, y mi enojo, él mismo me auxilió", una bomba fatal rasga los aires, estalla, y destroza el busto del ínclito guerrero, arrebatándole de su puesto entre nubes de humo y entre arreboles de gloria. ¡Así murió el fuerte, el valeroso, el invencible Grau!

... ...

"No deis la nueva en Geth, ni la publiquéis en las plazas de Ascalon, porque no se alegren las hijas de los Filisteos, ni hagan fiestas las hijas de los incircuncisos".

... ...

Sobre esos restos honrosamente esparcidos, atrévome a colocar, con temblorosa mano, este epitafio de un ilustre Macabeo:

"Acrecentó la gloria de su pueblo, y se vistió de coraza como un gigante, y se guarneció de sus armas de guerra para combatir, y cubría los reales con su espada".

"Fue como un león en sus obras, y como cachorro de león que ruge en la caza".

"Y rechazó a sus enemigos por el temor que le tenían, y todos los artífices de maldad fueron conturbados, y la salud fue conducida en su mano"...

Sí señores, por largo tiempo él fue baluarte del Perú; por eso juraron abatirle nuestros enemigos; y le dispusieron una celada, a semejanza de la que preparan los árabes del desierto al temido León; cayó en ella y alzó como el rey de las selvas, el rostro impávido para mirar la muerte y desafiar a sus matadores.

Y ese León de crispada melena, de mirada centelleante, de rugido aterrador, de indomable fiereza en el peligro y en la muerte, era, en la victoria, dulcísimo cordero, paloma sin hiel. Salvador del náufrago, hospitalario y blando con el prisionero, tierno con el herido, con el vencido generoso, consolador de la viuda, remediador del cautivo.

Respondan, si no, los náufragos, prisioneros de Iquique, y los del Rímac y los heridos de uno y otro bando, y su nobilísima carta a la desconsolada viuda de un marino de Chile, y las eficaces recomendaciones suyas en favor de los prisioneros confinados en Tarma, a fin de que se les auxiliase con lo que hubieran menester para su comodidad y regalo, obligándose él a satisfacer el dispendio de su propio y escaso peculio. ¡Así cumplía ese guerrero cristiano las obras de misericordia, aunque no le fuera dado desamparar su puesto de honor en la campaña. Y ya Dios habrá dicho a su alma bendecida, ¡estaba en la cárcel y me viniste a ver!

De su modestia sólo diré que había inventado un delicadísimo artificio para sustraerse a la alabanza a que le condenaban sus hazañas. Todo el merecimiento lo atribuía al Huáscar, es decir a sus valerosos compañeros. ¡Noble irradiación de gloria, que partiendo de una ilustre cabeza vestía con sus resplandores a los miembros de un cuerpo tan unido por los lazos del valor y la fraternidad cristiana!

Y la modestia y la fraternidad le hicieron aplazar el uso de las insignias de la alta clase con que la Representación Nacional del Perú quiso premiar, en parte sus altos méritos. No le parecía haberse hecho acreedor a tanto, y aguardaba mejor ocasión para justificar lo que reputaba premio anticipado; no quería tampoco abandonar el mando de la nave, a cuyos generosos tripulantes le unían tantos recuerdos y tan íntimo afecto.

Nada faltaba, pues, señores, a ese hombre extraordinario, dulzura y



GUIRNALDA FÚNEBRE

A LA MEMORIA

del Contra-Almirante peruano

D. Miguel Grau

y sus heróicos compañeros

del "Monitor Huáscar"

HOMENAJE DEL PUEBLO DE

COCHABAMBA

EL 8 DE NOVIEMBRE DE 1879.

IMPRENTA DE "EL HERALDO."

1880.

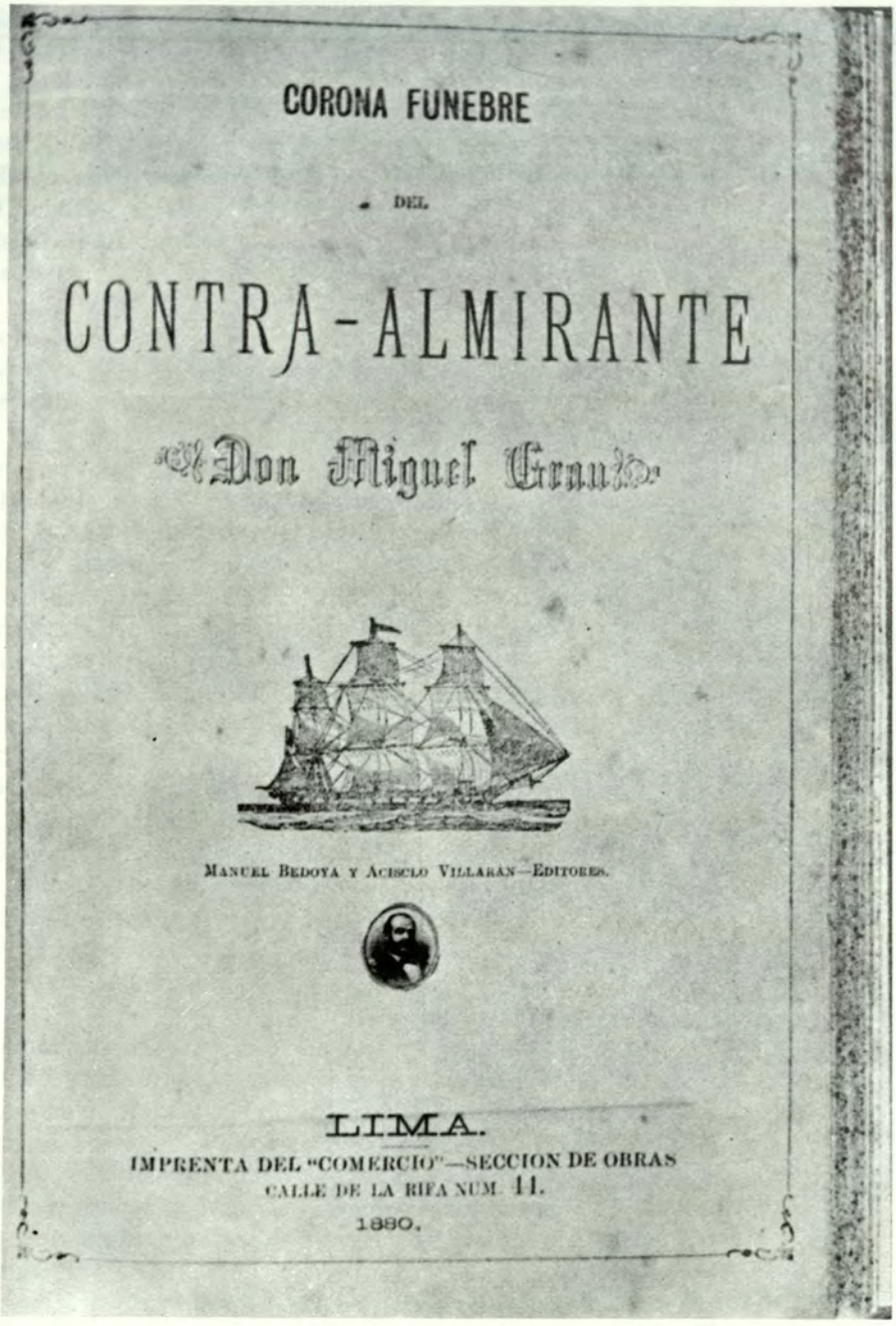
El pueblo de Cochabamba, Bolivia, dedicó esta guirnalda fúnebre a la memoria de Miguel Grau en 1879. Colección Oscar Grau Astete.

energía, prudencia y audacia, pericia y valor, hombría de bien y civismo, entusiasmo y constancia; todo lo tenía. Aún la gloria circundaba ya su cabeza con aquella aureola iluminosa con que rodea a los héroes; y la fama veloz pregonaba por doquier sus hazañas. Una sola cosa, solo una hacía falta a su genial grandeza; y le halló antes de morir para que su grandeza fuese cabal. No le faltaba, señores, sino el último perfeccionamiento con que el infortunio pone de realce la virtud. ¡Y la catástrofe de Mejillones ha dado los últimos toques al esplendoroso cuadro de su vida! ¡Y ha envuelto en una onda de luz imperecedera, en una misma gloria, al bizarro Contralmirante y a sus dignos compañeros!

¡Míralos, Patria mía! Míralos en lo alto, heridos y muertos por hacerte grande. Admira la grandeza de sus almas, y agradece eternamente el sacrificio de sus vidas. Considera pro his, qui mortui sunt super excelsa tua vulnerati!

Víctimas generosas, sacrificadas en el Huáscar. Vuestra inmolación heroica es una lección elocuente que el Perú no olvidará jamás. Vuestros nombres pasarán de una en otra generación, y, cuando los pronuncien los que nos sucedan, se estremecerán sus entrañas por la gratitud, por la admiración, por la indignación santa, que despierta vuestro martirio. Habéis caído para levantar al Perú a incomensurable altura; sobre vuestros restos inanimados se asientan los cimientos del nuevo edificio de su grandeza; los brazos de los que os sobreviven levantarán sus muros y el cielo le pondrá digno remate. Habéis caído ahondando la profunda sima que separa a las naciones aliadas de la que ayer era su hermana y hoy es su rival. Vuestra sangre, como la de Abel, acusa los que la han vertido en la contienda más escandalosa que haya presenciado la América. ¡Será semilla de mártires! Esa noble sangre hará resbalar al enemigo para que caiga, después que ha caído moralmente por la injusticia de su causa. Os ha inmolado la codicia; os ha sacrificado la envidia; os ha muerto el odio gratuito. Las sombras de Bolívar, Sucre, La Mar, San Martín, Necochea y demás próceres de nuestra Independencia se levantan airadas para pedir a Dios la vindicta de esa noble sangre.

Las naciones sudamericanas se conmueven hondamente al contemplar el drama sublime de vuestro inesperado martirio, y elevan a Dios sus votos porque restablezca el imperio de la justicia y enseñe a vuestros victimarios que una sola gota de vuestra noble sangre, vale más que los tesoros que ambiciona; y que las lindes del derecho tienen un baluarte invisible, que no se traspasa impunemente por ningún pueblo de la tierra. Mientras que nosotros rogamos por vuestro descanso y damos reverente culto a vuestra memoria, rogadle vosotros por esta Patria que tanto habeis amado, para que dé a nuestras huestes la victoria, y al Perú que siga vuestras huellas y conserve glorioso la tradición de vuestro heroísmo!



CORONA FUNEBRE

DEL

CONTRA-ALMIRANTE

Don Miguel Grau

MANUEL BEDOYA Y ACISCLO VILLARÁN—EDITORES.

LIMA.

IMPRENTA DEL "COMERCIO"—SECCION DE OBRAS
CALLE DE LA RIFA NUM. 11.

1880.

Corona fúnebre perteneciente a la colección Oscar Grau Astete. Impresa en Lima, 1880.

GRAU

por Carlos Augusto Salaverry

I

"Asciende hasta la Historia, le decía.
"Con nuevos lauros, tu renombre sella;
"Menos confiado en tu propicia estrella
"Que en tu alma de inmutable valentía".

A mi prosodia, el héroe respondía —
"Morir por nuestra patria es muerte bella;
"Cambiar mi vida por un triunfo de ella
"Será —si Dios me escucha— hazaña mía".

Y en insólita lid colmó el deseo
de honrar su patria y de trocar su vida,
Por la inmortalidad del mausoleo!

Salvó el honor, perdiendo la victoria
Y pensó al ver su nave destruída: —
Quien no espere triunfar muera con gloria.

DUELO A MUERTE

I I

Cayendo en la marítima celada
Sin un bajel en su defensa acuda
Sus fuegos rompe, aunque del triunfo duda,
La coraza era el todo, el valor nada!

La armadura, cual vidrio, quebrantada,
La tropa ve estallar de asombro muda;
Pero en la lid, desmesura y ruda,
La enseña del Perú persiste izada.

Sucumbe GRAU! En evidente calma,
Otro envidia su suerte y se resigna
A la gloriosa herencia de aquella alma!

De su heroísmo es víctima expiatoria;
Y lega a todos la inmortal consigna: —
Quien no espere triunfar muera con gloria.



El patio principal de la casa en que nació Miguel Grau, en Piura, y que es hoy un museo dedicado a su memoria.

INAUGURANDO UNA PLACA EN LA CASA GRAU

por Germán Leguía y Martínez

Discurso pronunciado el 28 de Julio de 1906, en Piura.

Salió a la lid seguro de su impotencia y perseveró en ella sin sombra de esperanza; pudo con su valor, hacer del pobre barquichuelo que comandaba, un emblema de heroísmo y el terror de sus enemigos asombrados; burlador aquí, vencedor allá, heroico siempre, siempre generoso y magnánimo, pasó como un dios protector para los suyos, como un genio misterioso y terrible para sus contrarios y cuando aunados el número abrumador y la brutalidad de la fuerza, vio acortado su vuelo por la estrechez del espacio, y comprendió que era llegada la hora de sucumbir, afirmó la bandera querida por cuya honra y defensa se esforzara, dobló la frente ante la cuchilla de la adversa fortuna, y tras el adiós silencioso de esas almas huérfanas de la justicia y ausentes de su familia y de su patria, reventó como la tormenta y voló en pedazos, muerto, pero no rendido, legando su espíritu a un puñado de valientes, que, como él murieron uno a uno, quizá vencido el postrero, pero ninguno deshonrado.

Eso fue MIGUEL GRAU.

La América lo venera, el mundo lo admira, no hay corazón peruano que no se abra ante su nombre como un templo, y vierta ante su gloria el incienso de una gratitud y un orgullo tan legítimo como perdurable.

Bendito sea! Bendita sea la tierra que lo vio nacer!

Bendito sea el rincón en que meció su cuna venerada.

Y esa tierra es Piura: regocijémonos! Y ese rincón está allí delante de nosotros: descubrámonos: Y, como nosotros nos descubrimos llenos de patriótica emoción, descúbrase el viajero que en esa lápida conmemorativa lea la sencilla inscripción trazada por la esplendente pluma de Ricardo Palma: AQUI NACIO MIGUEL GRAU!

Es suficiente, no hay nada más que decir! ese nombre basta!

La gloria es derecho de quienes, como el ave bíblica, brindaron el pecho al último sacrificio para vida y redención de sus hermanos, y es deber ineludible para los que con ese sacrificio, ganaron honra y noble ejemplo que se eternice en las edades.

Dichoso pueblo ese que, como la madre de los Gracos, puede decir al mundo: Mis joyas son mis hijos. Y más dichoso, si puede agregar como Piura: He aquí a uno de esos hijos: Miguel Grau.

Señor Alcalde, digno personero del pueblo piurano; señor Arrese, digno propietario de esa morada histórica: en vuestras manos entrego, a vuestro celo confío esa plancha radiosa, condensación de un justo orgullo para Piura, cristalización de gloria imperecedera para la Patria.

CATAFALCO IDEAL
por Pedro Paz Soldán y Unánue
(Juan de Arona)

I

Era entre nubes escondido rayo
Que esperaba flamígero el momento
En que el mundo admirara su ardimiento,
En que aplaudiera su primer ensayo.

Rayó el veintiuno del glorioso Mayo,
Y partiendo del lóbrego aposento,
A Iquique libertó del sufrimiento
Y al Perú de su angustia y su desmayo.

Los mares enemigos atraviesa,
Y honras celebra, y náufragos alivia
Sacerdote del mar en Punta Gruesa.

Si hoy bajo tierra tanto ardor se entibia,
Tierra a lo menos de la Alianza es esa,
¡Tierra de Mejillones de Bolivia!

II

Apartó las insignias de Almirante,
Quiso ser más: ¡del "Huáscar" comandante!

III

Nueve lustros de vida transitoria
Y cinco meses de infinita gloria.

IV

Por cinco meses, desde Mayo a Octubre,
El mundo ante su nombre se descubre.

V

Alma de acero y corazón de niño,
Batió a una escuadra y perdonó al Cousiño.

V I

Héctor peruano entre enemigos viles,
Halló su tumba sin hallar su Aquiles.

V I I

Ferré, Aguirre, Rodríguez y Palacios,
Viven hoy de la gloria en los espacios.

V I I I

¡"Huáscar!" de nuestros héroes cuna y tumba,
El eco aún de tu cañón retumba!

I X

Los escalones del mando del "Huáscar" fueron los cadáveres de sus
[comandantes.

LA GUERRA DEL GUANO Y DEL SALITRE

por Jacinto López

Venezolano

La guerra naval demostró que si la desigualdad de poder combatiente entre las dos escuadras estaba fuera de toda relación o proporción, hasta el punto de hacer materialmente imposible el triunfo del Perú, la desigualdad mental y moral entre los respectivos jefes de las dos escuadras y en la dirección general de la guerra naval por parte de uno y otro país, era tan desproporcionada como el poder combatiente, hasta el punto de neutralizar por mucho tiempo la diferencia de poder material y de crear más de una vez la ilusoria ocasión o la eventual posibilidad de una rectificación del destino prehecho de las cosas. La guerra naval demostró que la escuadra que merecía triunfar era la peruana y que habría triunfado incuestionablemente en otras circunstancias. La escuadra peruana probó que era capaz y digna de triunfar, en tanto que la chilena demostró que su triunfo no sería, como no lo fue en efecto, sino el resultado inevitable de su superioridad material, que se habría impuesto, y se impuso, a pesar de la torpeza, la incompetencia, la pusilanimidad y la inútil perversidad que la caracterizaron desde el primer día de la campaña.

Con todo, la lucha habría sido menos desigual para el Perú y mucho más ardua y costosa para Chile si al comenzar la campaña naval el azar no hubiera cooperado con el más fuerte a la desgracia del país agredido. La pérdida de la Independencia, una de las dos unidades capitales de la escuadra peruana, rota contra un escollo el 21 de mayo en persecución de la Covadonga, que había escapado del combate de Iquique y huía al Sur, empeoró desastrosamente la situación naval del Perú e hizo aún más desesperada su posición frente al superior poder naval de Chile apenas comenzada la guerra naval, que duró, sin embargo, cinco meses. La increíble duración de esta campaña y sus acontecimientos en tales circunstancias, no se explican sino por los errores del Contralmirante chileno y por la inspiración y el denuedo del Comandante del Huáscar, el Contralmirante Miguel Grau, el genio y el héroe de esta guerra.

Que el Perú hubiera podido sacar sus buques al mar y combatir durante cinco meses contra la superior y preparada escuadra chilena e impedir hasta octubre la invasión de su territorio, cuya defensa organizaba entretanto militarmente, es el milagro de la guerra naval en la guerra del Pacífico.

La historia de este milagro es la que vamos a contar en estas páginas. Es en verdad el milagro del Huáscar, la historia de la guerra sostenida, después de la pérdida de la Independencia en la primera acción naval, por un solo buque peruano, el Huáscar, desde mayo hasta octubre, contra toda la escuadra chilena. Y el Huáscar no tenía artilleros, ni tropa veterana, ni tripulación adiestrada, ni buenas condiciones marineras, ni buena máquina y las reparaciones que se le habían hecho a toda prisa eran imperfectas e incompletas.

Grau, el jefe de la división naval que iba a librar la primera batalla de la guerra en el mar, era un marino de larga experiencia, de grande audacia, inteligente, inspirado, caballeroso y brillante; un hombre extraordinario y el héroe incomparable de la Guerra del Pacífico. Grau y su caballo de batalla, su hipógrifo, el Huáscar, son los dos nombres más célebres y más gloriosos de esta ingloriosa guerra. La fama de Grau y el terror del Huáscar llenaron los ámbitos de la guerra. El Huáscar era un fantasma cuya aparición todos temían y todos creían ver en todas partes a todas horas desde Antofagasta hasta Valparaíso mientras el legendario buque peruano surcó las aguas.

El terror del Huáscar mantuvo en continua zozobra todo el tiempo, toda esta vasta región de costa dominada por Chile, y sus noches fueron obscuras y sin sueño. No se hacía luz en toda la costa habitada por temor al Huáscar.

Su movilidad, la rapidez de sus movimientos, su osadía, sus sorpresas, sus hazañas, hirieron profundamente la imaginación popular, infundieron la noción de una cosa portentosa o maravillosa y fundaron una imperecedera tradición de valor, de intrepidez, de heroísmo, de nobleza, de generosidad, de humanidad, engrandecida por la desigualdad, las desventajas, la adversidad de las condiciones en que luchó, con un enemigo infinitamente superior en fuerza material, aunque lerdo y ciego; y por el contraste con la perversidad, la crueldad y la ferocidad de los combatientes chilenos.

La figura de Grau en esta guerra es un monumento de la historia de América. Grau es honra y gloria del Perú y del género humano. Su ejemplo es una fuente de elevación, de energías, de grandes y supremos pensamientos y estímulos. Su herencia es patrimonio de la raza americana.

. . . . . .

Mientras este solo buque peruano, el Huáscar, subsistiese; mientras el Huáscar estuviera en el mar, mientras Grau estuviera en el Huáscar, Chile no desembarcaría un solo soldado en territorio peruano, y las hordas de la conquista se pudrirían en Valparaíso y Antofagasta en la larga espera del desenlace de la guerra del Huáscar contra toda la escuadra chilena.

Este es un hecho sin precedente en la historia de las guerras navales del mundo entero.

El Huáscar prestó al Perú servicios incomparables. El solo hizo la guerra naval. El solo protegió al Perú contra la invasión. El solo hizo la obra de una escuadra. Este es el interés y la lección de esta historia. Esta es una epopeya como la de la Independencia. Este es el pedestal de Grau y la Gloria del Perú. Este es el milagro de la guerra naval en la guerra del Pacífico.

GRAU
por Manuel González Prada

I

Epocas hay en que todo un pueblo se personifica en un solo individuo: Grecia en Alejandro, Roma en César, España en Carlos V, Inglaterra en Cromwell, Francia en Napoleón, América en Bolívar. El Perú de 1879 no era Prado, La Puerta ni Piérola, era Grau.

Cuando el Huáscar zarpaba de algún puerto en busca de aventuras, siempre arriesgadas, aunque a veces infructuosas, todos volvían los ojos al Comandante de la nave, todos le seguían con las alas del corazón, todos estaban con él. Nadie ignoraba que el triunfo rayaba en lo imposible, atendida la superioridad de la escuadra chilena; pero el orgullo nacional se lisonjeaba de ver en el Huáscar un caballero andante de los mares, una imagen del famoso paladín que no contaba sus enemigos antes del combate, porque aguardaba contarles vencidos o muertos.

Nosotros, legítimos herederos de la caballerosidad española, nos embriagábamos con el perfume de acciones heroicas, en tanto que otros, menos ilusos que nosotros y más imbuídos en las máximas del siglo, desdeñaban el humo de la gloria y se engolosinaban con el manjar de victorias fáciles y baratas.

¡Y merecíamos disculpa!

El Huáscar forzaba los bloqueos, daba caza a los transportes, sorprendía las escuadras, bombardeaba los puertos, escapaba ileso de las celadas o persecuciones, y más que nave, parecía un ser viviente con vuelo de águila, vista de lince y astucia de zorro. Merced al Huáscar, el mundo que sigue la causa de los vencedores, olvidaba nuestros desastres y nos quemaba incienso; merced al Huáscar, los corazones menos abiertos a la esperanza cobraban entusiasmo y sentían el generoso estímulo del sacrificio; merced al Huáscar, en fin, el enemigo se desconcertaba en sus planes, tenía vacilaciones desalentadoras y devoraba el despecho de la vanidad humillada, porque el monitor, vigilando las costas del Sur, apareciendo en el instante menos aguardado, parecía decir a la ambición de Chile: "Tú no pasarás de aquí". Todo esto debimos al Huáscar, y el alma del monitor era Grau.

II

Nació Miguel Grau en Piura el año 1834. Nada notable ocurre en su infancia, y sólo merece consignarse que, después de recibir la instrucción primaria en la Escuela Náutica de Paita, se trasladó a Lima para continuar su educación en el colegio del poeta Fernando Velarde.

A la muerte del discípulo, el maestro le consagró una entusiasta composición en verso. Descartando las exageraciones, naturales a un poeta

sentimental y romántico, se puede colegir por los endecasílabos de Velarde, que Grau era un niño tranquilo y silencioso, quien sabe taciturno.

Muy pronto debió de hastiarse con los estudios y más aún con el régimen escolar, cuando al empezar la adolescencia se enrola en la tripulación de un buque mercante. Seis o siete años navegó por América, Europa y Asia, queriendo ser piloto práctico antes que marino teórico, prefiriendo costear continentes y correr temporales a navegar mecido constantemente por las olas del Pacífico.

Consideró la marina mercante como una escuela transitoria, no como una profesión estable, pues al creerse con aptitudes para gobernar un buque, ingresó a la Armada nacional. ¿A qué seguir paso a paso la carrera del guardia marina en 1857, del capitán de navío en 1873, del contralmirante en 1879? Reconstituir conforme a plan matemático la existencia de un personaje, conceder intención al más insignificante de sus actos, ver augurios de proezas en los juegos inocentes del niño, es fantasear una leyenda, no escribir una biografía. En el ordinario curso de la vida, el hombre camina prosaicamente, a ras del suelo, y sólo se descubre superior a los demás, con intermitencias, en los instantes supremos.

El año 1865 hubo momento en que Grau se atrajo las miradas de toda la nación, en que tuvo pendiente de sus manos la suerte del país. Conducía de los astilleros ingleses un buque de guerra a tiempo que la República se había revolucionado para deshacer el tratado Vivanco-Pareja. Plegándose a los revolucionarios, entregándoles el dominio del mar, Grau contribuyó eficazmente al derrumbamiento de Pezet.

La popularidad de Grau empieza al encenderse la guerra contra Chile. Antes pudo confundirse con sus émulos y compañeros de armas o diseñarse con las figuras más notables del cuadro; pero en los días de la prueba se dibujó de cuerpo entero, se destacó sobre todos, les eclipsó a todos. Fue comparado con Noel y Gálvez y disfrutó como Washington la dicha de ser "el primero en el amor de sus conciudadanos". El Perú todo le apostrofaba como Napoleón a Goethe: "Eres un hombre".

III

Y lo era, tanto por el valor como por las otras cualidades morales. En su vida, en su persona, en la más insignificante de sus acciones, se conformaba con el tipo legendario del marino.

Humano hasta el exceso, practicaba generosidades que en el fragor de la guerra concluían por sublevar nuestra cólera. Hoy mismo, al recordar la saña implacable del chileno vencedor, deploramos la exagerada clemencia de Grau en la noche de Iquique. Para comprenderle y disculparle, se necesita realizar un esfuerzo, acallar las punzadas de la herida entre-

abierta, ver los acontecimientos desde mayor altura. Entonces se reconoce que no merecen llamarse grandes los tigres que matan por matar o hieren por herir, sino los hombres que hasta en el vértigo de la lucha saben economizar vidas y ahorrar dolores.

Sencillo, arraigado a las tradiciones religiosas, ajeno a las dudas del filósofo, hacía gala de cristiano y demandaba la absolución del sacerdote antes de partir con la bendición de todos los corazones. Siendo sinceramente religioso, no conocía la codicia —esa vitalidad de los hombres yertos—, ni la cólera violenta —ese momentáneo valor de los cobardes—, ni la soberbia —ese calor maldito que sólo engendra víboras en el pecho—. A tanto llegaba la humildad de su carácter que, hostigado un día por las alabanzas de los necios que asedian a los hombres de mérito, exclamó: "Vamos, yo no soy más que un pobre marinero que trata de servir a su patria".

Por su silencio en el peligro, parecía hijo de otros climas, pues nunca daba indicios del bullicioso atolondramiento que distingue a los pueblos meridionales. Si alguna vez hubiera querido arengar a su tripulación, habría dicho espartanamente, como Nelson en Trafalgar: "La patria confía en que todos cumplan con su deber". Hasta en el porte familiar se manifestaba sobrio de palabras: lejos de la verbosidad que falsifica la elocuencia y remeda el talento. Hablaba como anticipándose al pensamiento de sus interlocutores, como temiendo desagradarles con la más leve contradicción. Su cerebro discernía con lentitud, su palabra fluía con largos intervalos de silencio, y su voz de timbre femenino contrastaba notablemente con sus facciones varoniles y toscas.

Ese marino forjado en el yunque de los espíritus fuertes, inflexible en aplicar a los culpables todo el rigor de las ordenanzas, se hallaba dotado de sensibilidad exquisita, amaba tiernamente a sus hijos, tenía marcada predilección por los niños. Sin embargo, su energía moral no se enervaba con el sentimiento como lo probó en 1865 al adherirse a la revolución: rechazando ascensos y pingües ofertas de oro, desoyendo las sugestiones o consejos de sus más íntimos amigos, resistiendo a los ruegos e intimaciones de su mismo padre, hizo lo que le parecía mejor, cumplió con su deber.

Tan inmaculado en la vida privada como en la pública, tan honrado en el salón de la casa como en el camarote del buque, formaba contraste con nuestros políticos y nuestros guerreros, existía como un verdadero anacronismo.

Como flor de sus virtudes, trascendía la resignación: nadie conocía más el peligro; y marchaba de frente, con los ojos abiertos, con la serenidad en el semblante. En él, nada cómico ni estudiado: personificaba la naturalidad. Al ver su rostro leal y abierto, al coger su mano áspera y

encallecida, se palpaba que la sangre venía de un corazón noble y generoso.

Tal era el hombre que en buque mal artillado, con marinería inexperta, se vio rodeado y acometido por toda la escuadra chilena el 8 de Octubre de 1879.

I V

En el combate homérico de uno contra siete, pudo Grau rendirse al enemigo; pero comprendió que por voluntad nacional estaba condenado a morir, que sus compatriotas no le habrían perdonado el mendigar la vida en la escala de los buques vencedores.

Efectivamente. Si a los admiradores de Grau se les hubiera preguntado qué exigían del Comandante del Huáscar el 8 de octubre, todos habrían respondido con el Horacio de Corneille: "¡Que muriera!"

Todo podía sufrirse con estoica resignación, menos el Huáscar a flote con su Comandante vivo. Necesitábamos el sacrificio de los buenos y humildes para borrar el oprobio de malos y soberbios. Sin Grau en la Punta de Angamos, sin Bolognesi en el Morro de Arica ¿tendríamos derecho de llamarnos nación? ¡Qué escándalo no dimos al mundo, desde las ridículas escaramuzas hasta las inexplicables dispersiones en masa, desde las maquinaciones subterráneas de los ambiciosos vulgares hasta las tristes arlequinadas de los héroes funambulescos!

En la guerra con Chile, no sólo derramamos la sangre, exhibimos la lepra. Se disculpa el encalle de una fragata con tripulación novel y capitán atolondrado, se perdona la derrota de un ejército indisciplinado con jefes ineptos o cobardes, se concibe el amilanamiento de un pueblo por los continuos descalabros en mar y tierra; pero no se disculpa, no se perdona ni se concibe la reversión del orden moral, el completo desbarajuste de la vida pública, la danza macabra de polichinelas con disfraz de Alejandros y Césares.

Sin embargo, en el grotesco y sombrío drama de la derrota, surgieron de cuando en cuando figuras luminosas y simpáticas. La guerra, con todos sus males, nos hizo el bien de probar que todavía sabemos engendrar hombres de temple viril. Alentémonos, pues: la rosa no florece en el pantano; y el pueblo en que nacen un Grau y un Bolognesi no está ni muerto ni completamente degenerado. Regocijémonos, si es posible: la tristeza de los injustamente vencidos conoce alegrías sinceras, así como el sueño de los vencedores implacables tiene despertamientos amargos, pesadillas horrorosas.

La columna rostral erigida para conmemorar el 2 de Mayo se corona con la victoria en actitud de subir al cielo, es decir, a la región impasible

que no escucha los ayes de la víctima ni las imprecaciones del verdugo. El futuro monumento de Grau ostentará en su parte más encumbrada un coloso en ademán de extender el brazo derecho hacia los mares del Sur.

Catalina de Rusia fijó en una calle meridional de San Petersburgo un cartel que decía: "Por aquí es el camino a Constantinopla". Cuando la raza eslava siente "impulsos de caminar hacia las "tierras verdes" ¿no recuerda las tentadoras palabras de Catalina? Si Grau se levantara hoy del sepulcro, nos diría... Es inútil repetir sus palabras: todos adivinamos ya qué deberes hemos de cumplir, adónde tenemos que dirigirnos mañana.



Detalle principal del monumento a Grau, ubicado en la plaza del mismo nombre, en el Callao.



Busto de mármol del Contralmirante en el puerto de Paita, que se encontraba anteriormente en Piura.

MIGUEL GRAU
por Ricardo Palma

Sol de resplandor fecundo
que nuestras pupilas hiere
es Miguel Grau... nunca muere
el astro-rey para el mundo.

¿A qué de duelo profundo
llanto derramar sincero
si ya, con buril de acero,
grabó ese nombre la Fama,
y el mundo la gloria aclama
del héroe y el caballero?

Vive la vida inmortal
que conquistó su heroísmo;
no conquistó en el abismo
del olvido nombre tal.

Del tiempo el giro fatal
dará más irradiación
a tan espléndida acción,
y del héroe la memoria
honra será de la historia,
gala de la tradición.

EN HONOR DEL ALMIRANTE PERUANO MIGUEL GRAU

por Aristóbulo del Valle

Argentino

(1879)

Me propongo recordaros los grandes hechos que han ilustrado la última parte de la vida de un héroe, cuyo nombre pasará a la posteridad iluminado con los resplandores de la gloria.

El heroísmo, como el genio, como todas las altas virtudes, tiene el doble privilegio de agitar profundamente el corazón de la humanidad y de enlutar pueblos y naciones más allá de los límites de la propia patria, cuando se hunde en la eternidad después de haber librado su última batalla; y hombres de distintas razas, que hablan diversas lenguas y habitan zonas distantes, se detienen con el mismo recogimiento y murmuran la misma plegaria al borde de esas tumbas que revelan por un gran dolor la estrecha solidaridad de la familia humana. ¿De qué fuente nace la honda pena que nubla vuestras alegrías, hombres de los diferentes pueblos de la tierra que os encontráis reunidos en este momento, con el pecho oprimido y el alma acongojada? No era vuestro hermano; el sentimiento que vela con sus tristezas vuestro rostro, no ha nacido en presencia de la esposa que llama con las voces de la demencia al muerto querido, al noble objeto de sus castos amores; no ha nacido en presencia de los niños que sin medir la irreparable pérdida, vagan mustios y silenciosos en las más apartadas habitaciones de aquel hogar sin padre. No era vuestro amigo; no habíais pasado con él las horas sin nubes de la infancia, ni descansado en su pecho vuestra frente cargada de pesares; no fue el compañero de vuestra juventud, ni el consejero de vuestra edad madura. ¿Por qué lleváis entonces en vuestro semblante el luto de su muerte?

Ancianos que me escuchais, y que veis con sorpresa que aun teníais lágrimas para los dolores extraños; jóvenes que habéis escapado por una hora al vértigo de la existencia, para venir a escuchar las palabras de duelo, ¿qué vínculo de amor y de simpatía os liga con ese hombre que ha caído batallando al otro lado de los Andes, en el seno de las grandes aguas? ¡Misterioso prestigio de la más bella de las muertes! ¡Parece que la patria del marino se hubiera ensanchado hasta los límites extremos del continente americano, para que todos los hombres que habitan su suelo puedan llorarle como al mejor de sus conciudadanos!

Yo quisiera contaros su vida y su muerte; cómo nació, su inclinación invencible hacia el mar, cuáles fueron sus primeros viajes y cuáles los peligros que templaron su espíritu antes que llegara la hora suprema de su existencia; los juegos de su infancia, sus aspiraciones juveniles, sus esperanzas y sus dudas; quisiera seguirle surcando mares, desafiando tempestades, reflexivo y severo en medio del océano, expansivo, dulce y cariñoso bajo el techo tranquilo de su hogar, quisiera contaros la última batalla, escenas de rayos, de sangre, de lamentos, de valor desesperado, de heroísmo sobrehumano, de alegría sin límites para los triunfadores, de gloria imperecedera para los vencidos. Pero mi palabra, que se apagaría

entre el ruido de las olas de nuestro manso río, ¿cómo podría imitar los rugidos del mar en horas de furor, reproducir el estampido de los cañonazos que los marinos oyen, bajo la coraza férrea de sus naves, como el trueno de tempestad lejana? ¿Ni quién podría pintar con palabra fría y sin calor las horas de ternura de la vida íntima, mágico tesoro del sentimiento en que se confunden los suspiros de la mujer amada con el beso santo de la madre, sueños, ambiciones, delirios, inquietudes del alma, placeres bulliciosos como una bacanal, días serenos y risueños como la primera juventud? Si abriéramos nuestro propio corazón, quizá escucháramos el leve rumor de los recuerdos que cantan el eterno poema de la vida; pero si esos vagos murmullos alcanzaran a los labios, se perderían entre las ondas del viento antes de llegar al oído extraño, incapaz de comprender y de sentir sus infinitas bellezas.

Honremos entonces la memoria de Miguel Grau, contralmirante del Perú y comandante del Huáscar, deteniéndonos únicamente en su última campaña, aunque sólo pase ante vuestros ojos la sombra pálida y descolorida del héroe.

Grau nació a orillas del mar y a la espalda de los Andes; al abrir los ojos pudo contemplar uno de los más bellos espectáculos de la naturaleza; las grandes aguas del océano Pacífico hacia un lado, hacia el otro montañas colosales cuyos picos eternamente nevados penetran en la región de las nubes, volcanes que nunca se apagan, raudales de luz que caen como una bendición de los senos del sol, y a cuyo paso se levantan selvas, brotan flores, la vida se difunde y la naturaleza eterna canta el himno de su Creador.

Hijo sin madre, no gozó de su infancia las dulzuras divinas del más puro de los amores; la mano de su padre, afectuosa pero ruda, era la única que acariciaba sus mejillas cuando cerraba los ojos en triste soledad... No tuvo otra madre que la mar, cuyas brisas mecían su cuna noche a noche mientras se adormecía escuchando el diálogo sin fin de los vientos y de las olas, voces amigas que han sollozado también sobre su tumba. Tenía sólo diez años y ya cruzaba el océano familiarizándose con sus misteriosos murmullos, con sus alternativas caprichosas y sus tempestades pavorosas, tras de las cuales siempre llega el día sereno que el poeta cantaba. Grumete aventurero, hizo durante siete años la vida del mar, subiéndose a los mástiles más altos cuando el tiempo tranquilo dejaba ociosas sus horas. A los diecisiete años era un lobo de mar que se ahogaba en las ciudades y no pisaba tierra sin marearse. Más tarde, su fortuna ha sido varia; cultivó su espíritu en las aulas, suavizó sus formas en la vida social, ocupó puestos distinguidos en la administración y en el gobierno de su país; pero apenas volvía al mar, el antiguo grumete reaparecía, miraba con cariño las olas, desafiaba con audacia la tempestad y agradecía a la

Providencia el viento que hinchaba sus velas y empujaba su barca. Los más viejos marinos de su Patria le amaban, le respetaban y se vanagloriaban de sus triunfos. No tenía veintidós años y ya se le señalaba por su valor intrépido, por la bondad y dulzura de su carácter varonil, por esa distinción peculiar a los hombres superiores, mezcla de fuerza y de belleza que les señala entre la multitud. Alternativamente en la marina de guerra y en la marina mercante, había adquirido todos los elementos que más tarde había de necesitar para dejar señalado su paso en la superficie movediza del océano. Hablaba o entendía todas las lenguas que se hablaban en el mar, conocía las corrientes y los vientos, las costas y las islas y los buques que navegaban en el Atlántico y en el Pacífico, hasta el mar de la China. Educado en la escuela del trabajo y de la adversidad, su cuerpo y su espíritu estaban templados para la lucha, con la resistencia y la elasticidad del acero.

Pero hasta aquí la vida de Grau es simplemente la de un marino valiente, modesto, bondadoso. Va a llegar el momento de la sublime transformación: el valor se elevará hasta el heroísmo, la ciencia obedecerá al numen de la patria, la benignidad del capitán se transfigurará en la magnanimidad del héroe, y una, dos y tres veces alcanzará las palmas del triunfador, apareciendo súbitamente entre las naves enemigas, y desapareciendo como una sombra sobre las aguas después de haber cumplido el propósito de su expedición. Oímos el nombre de Grau quizá por vez primera el día que el telégrafo anunció la pérdida de la Independencia y la muerte de Prat, el bizarro capitán de la Esmeralda. Desde entonces, el Huáscar, que no era sino Grau envuelto en su coraza de hierro, absorbió todo el interés de la lucha. Si aparecía en las costas del Perú, las multitudes se aglomeraban y gritos de contento y de esperanza lo saludaban como al campeón afortunado de la bandera nacional; si se alejaba en busca de nuevas y temerarias aventuras, ansiosas miradas y votos silenciosos le acompañaban, como si llevara dentro de sus flancos de acero los destinos de la patria.

¿Hacia dónde dirige el monitor su proa amenazadora? Nadie lo sabe. Una ola se levanta sobre su espalda, otra le hunde en sus cavernas profundas, pasan las olas, el sol se pierde en la llanura líquida después de haber coronado con los rayos de su luz la frente de los Andes, las sombras se condensan y los ruidos se hacen más sordos, hasta que la noche envuelve a la naturaleza en sus tinieblas y la adormece en el silencio. Y la nave sigue, como un fantasma, cortando sombras sin hacer ruido, y deslizándose sobre las aguas sin dejar rastro. Las horas continúan corriendo, la frente de los Andes se ilumina una vez más y el Huáscar, izando su bandera de guerra, despierta a los marineros o a las poblaciones enemigas con el trueno de sus cañones. Se oyen gritos de espanto y de terror,



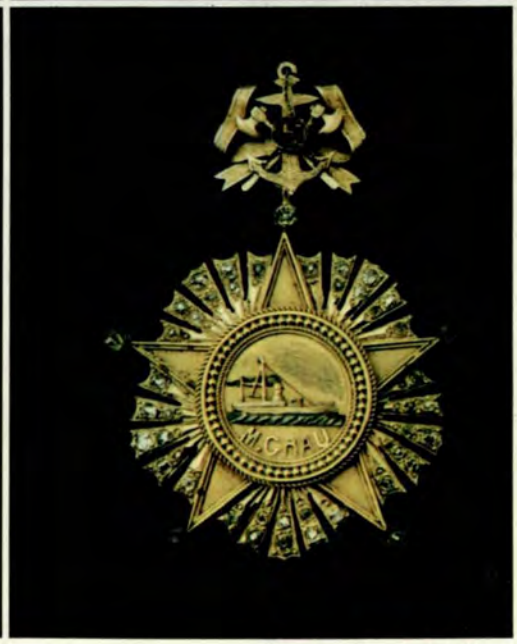
Arriba, laureles de oro, obsequiados a Grau. A la izquierda, medalla de oro dedicada por "las señoras de Lima al valiente y esforzado Capitán de Navío de la Armada Peruana Miguel Grau", con motivo de su triunfo en Iquique. A la derecha, medalla "Tributo del pueblo de Colón, Entre Ríos" a la gloria de Grau y sus compañeros.





A la izquierda de "La Capital de Bolivia, Sucre, Agosto, 1879", "Al valiente marino Miguel Grau". A la derecha, medalla obsequiada a Grau por el Concejo Departamental de Arequipa, 1879.





Museo Naval del Perú

hombres desnudos corren hacia los campos y trepan los cerros buscando refugio en las montañas, las campanas lanzan al viento sus voces de alarma, y el Huáscar se mantiene tranquilo sobre las olas, arrojando bocanadas de vapor como el caballo fatigado después de la carrera. No hay en el puerto naves enemigas y el noble guerrero no dirige sus cañones a las poblaciones desarmadas. Otra vez volverá el Huáscar a visitar las mismas playas, pero entonces saldrán a la ribera las mujeres y los niños, contemplarán sin miedo al terrible monitor, y en lo íntimo de su alma envidiarán al Perú la caballeresca hidalguía de sus marinos.

El 9 de julio a las doce de la noche el Huáscar penetra silenciosamente en las aguas del Iquique. El comandante está en el puente, los artilleros al lado de sus cañones, toda la tripulación en su puesto de combate. Había creído que la escuadra enemiga estaba todavía en el puerto y venía a sorprenderla. Se le avisa que acaba de partir, se le indica la dirección y sigue el mismo rumbo. A poco andar encuentra al Matías Cousiño, le rinde sin esfuerzo y le ordena que siga sus aguas; pero en ese instante aparece el Abtao y tras del Abtao las corbetas Chacabuco y Magallanes, y tras de las corbetas, el blindado Cochrane. ¡Es uno de los bellos momentos de la vida de Grau! El Matías Cousiño se escapa de sus garras, porque no ha querido echarlo a pique hasta que ya se hubiera trasbordado su tripulación. Noble proceder que los adoradores del éxito critican, pero que la conciencia humana enaltece, como una de las mejores páginas de la vida del marino. ¿Si su grande alma no fuera capaz de la magnanimidad suprema hacia el enemigo, pasaría a la posteridad como el tipo de un héroe? Sólo cuando se traba el combate, descarga sobre el Cousiño dos tiros de cañón, se lanza sobre el Abtao, lo roza con su ariete irresistible y aun entonces, cuando el enemigo le cierra el paso por todos lados y la muerte se agita sobre su cabeza previene a la tripulación de la nave lastimada que se salve en sus botes, porque va a descargar sobre ella su poderosa artillería. Pocos momentos más y los buques enemigos lo rodean. Hace fuego indistintamente sobre el blindado, sobre las corbetas y sobre el transporte, precipitándose con su terrible espolón ora sobre uno, otra sobre otro, revolviéndose y mostrándoles a todos la boca de sus cañones o su proa amenazadora. Durante dos horas se prolonga este combate desigual, las naves chilenas se estorban las unas a las otras en su afán de combatir, el esforzado monitor rompe el círculo de fuego y escapa, con su armadura abollada, pero llevando en lo más alto de sus mástiles la enseña de su patria.

No puede dar batalla al enemigo, pero amenaza constantemente sus costas, quema sus buques, arrebata transportes, coge prisioneros, escapa a la persecución, sorprende, irrita, asombra y espanta. Rápido como el águila y fuerte como el león, penetra en los puertos donde se abriga el enemigo, descarga sus cañones, levanta su bandera y se retira dejando tras de

sí la inquietud y el estupor. En cinco meses de campaña levantó sitios, protegió desembarcos, echó a pique a la Esmeralda, salvó sus náufragos, destruyó fortificaciones, apresó transportes, aprisionó legiones y se batió dos veces con los buques más poderosos de Chile.

Los amigos de su patria comprendían que esa lucha no podía prolongarse y veían llegar el día de la catástrofe.

Ese día llegó. El Huáscar amenazó nuevamente las costas enemigas y la escuadra chilena recibió orden de cruzar las aguas de Mejillones y Antofagasta. El Cochrane, la O'Higgins y el Loa por un lado, el Blanco Encalada, la Covadonga y el Matías Cousiño por otro, hacían la ronda silenciosa, llevando en sus cofas el vigía que interrogaba todos los puntos del horizonte y a cuya vista no escapaba ni el ave que cruza los aires, ni el cetáceo que asoma su cabeza informe entre los rizos de una ola, ni la barca humilde del pescador que se desprende de la ribera. A las 3 y media de la mañana, entre los tintes confusos de la noche que se va y el día que aún no ha llegado, a cinco millas de distancia, el vigía del Blanco Encalada alcanzó a distinguir dos pequeñas nubes que se desprendían de la superficie del mar, y de su alto asiento dejó caer estas palabras: "¡Dos humos a proa!". Poco a poco fueron desapareciendo las sombras del horizonte, la luz que se difundía en la atmósfera multiplicó sus claridades en las olas, y el marino experto reconoció a lo lejos al Huáscar y a la Unión.

Las naves peruanas adivinaron al enemigo desde el primer instante, lo distinguieron entre tinieblas y siguieron sus movimientos dispuestos al combate y prontas para volver la proa. Cuando descubrieron al Blanco Encalada, a la Covadonga y al Matías Cousiño, el prudente comandante resolvió alejarse. El Huáscar hendió las aguas, la Unión se deslizó sobre las olas como un pájaro, los buques chilenos dieron presión a sus máquinas y la caza principió. Pasaban las horas, la distancia que separaba a las naves enemigas aumentaba por minutos; pero la persecución seguía sin desalentarse. ¡Humos a babor! gritan de nuevo los vigías que no se distraen, ni en el combate, ni en la persecución, ni en la huída. ¡Humos a babor! gritan en el Huáscar y en la Unión ¡Humo a babor! repiten en el Blanco Encalada, en la Covadonga y el Cousiño, y la palabra lenta del vigía arranca a los unos un alarido de alegría, y a los otros un rugido de cólera y de dolor. La persecución no se detiene, sino, por el contrario, se irrita. El Cochrane, la O'Higgins y el Loa han visto la caza y se incorporan a ella ganando distancia y aproximándose a las naves del Perú. La Unión vuela con la proa hacia su patria, como la flecha que parte de un arco bien tendido; tras de ella se lanza la O'Higgins y el Loa; el Huáscar continúa avanzando, pero ya el Cochrane está cerca y el Blanco Encalada precipita su marcha. Gimen las calderas bajo una presión que amenaza hacerlas estallar a cada instante, las hélices enturbian las aguas con sus vueltas



Plato con el escudo nacional, perteneciente a la vajilla del monitor "Huáscar". Museo Naval.

vertiginosas, las proas aceradas rompen las olas con fuerza irresistible, la quilla del Cochrane corre sobre la estela que deja el Huáscar y la persecución sigue frenética, como esas carreras fantásticas de los caballos alados de Ariosto. Una hora después, sólo huye la Unión perseguida por la O'Higgins y el Loa. El Huáscar y el Cochrane han dado principio a la tremenda batalla. La artillería del Cochrane es más poderosa que la del Huáscar, sus movimientos son más rápidos, su coraza es más fuerte; ya se batieron otra vez y la victoria se mantuvo indecisa, dejándole a uno y otro la ilusión del vencedor, pero ahí llega el Blanco Encalada, el formidable compañero del Cochrane, y los grandes cañones y ametralladoras de las cofas lanzan rayos de muerte agitando los aires hasta las nubes y hasta los Andes.

El Blanco Encalada y el Huáscar se buscan y se persiguen, el cañón no satisface su furor, quieren abrirse los flancos con sus espolones formidables, y corren, giran y huyen, se detienen, se embisten y vuelven a encontrarse frente a frente amenazadores y terribles. El Cochrane entretanto toma posiciones y el monitor peruano queda entre dos fuegos. El humo de pólvora obscurece la atmósfera, que se ilumina por instantes con fogonazos siniestros, y las balas que chocan en las corazas de acero recuerdan los ruidos atronadores que no se oían desde que los cíclopes dejaron de golpear sobre sus yunques.

La tripulación del Huáscar, ennegrecida por la pólvora, carga los cañones con sombrío furor; los heridos se quejan sordamente; los cadáveres despedazados por la metralla yacen revueltos conservando en sus rostros la última expresión de la vida, unos la fiereza indomable del valiente, otros el espanto y la desesperación, otros la cólera; los oficiales silenciosos y resueltos ocupan su puesto; se oye la palabra serena de Grau dirigiendo la maniobra o exhortando a sus bravos marinos al cumplimiento del deber, y la desigual batalla continúa. Un momento más y todo habrá concluído con la muerte del héroe en aquel espacio estrecho, cerrado por todas partes con paredes de hierro, donde los hombres combaten sin aire, sin luz, sin esperanza. La última escena la ha cantado el poeta pavoroso del Infierno:

Quivi sospiri, pianti, e altri guai
Risonando van per l'aer senza stelle:
. . . . . .
Diverse lingue, orribili favelle,
Parole di dolore, accenti d'ira
Voci alte e fiocche, e suon di man con elle,
Facevano un tumulto, il qual s'aggira
Sempre in quell'aria senza tempo tinta
Come l'arena quando il turbo spira.

La imagen de la patria debe haber cruzado ante los ojos del marino en su momento postrero, y habrá visto sus montañas y sus ríos, sus torrentes, sus valles, y sus selvas sombrías, y seguir en triste procesión, los Incas hijos del sol, los conquistadores vestidos de hierro, con el corazón más duro que sus escudos; los grandes guerreros de la Independencia, los héroes pequeños de la guerra civil, los poetas que han cantado las magnificencias de su suelo, las vírgenes que cuidaban como las vestales romanas el fuego sagrado, todos enlutados y llorosos tras de la bandera amada que va envuelta en fúnebres crespones; y en torbellino confuso las multitudes siempre inquietas, con la faz nublada por la ignorancia y por el dolor, con sus caudillos obscuros, con sus aspiraciones vagas e inciertas, con sus entusiasmos generosos; porque todo eso es la patria; el suelo en que nacemos, el cielo que nos cubre, la lengua que hablamos, las tradiciones de la historia, los infortunios del pasado, las victorias y los contrastes de nuestras armas, los grandes hombres y las muchedumbres anónimas que siguen a la bandera nacional cantando el himno de sus glorias!

Dejemos descansar al heroico marino que duerme el sueño eterno entre las arenas del océano y preguntemos a los hombres que gobiernan naciones y encaminan rebaños humanos si han cumplido su deber llevando a los pueblos a la realización de sus destinos.

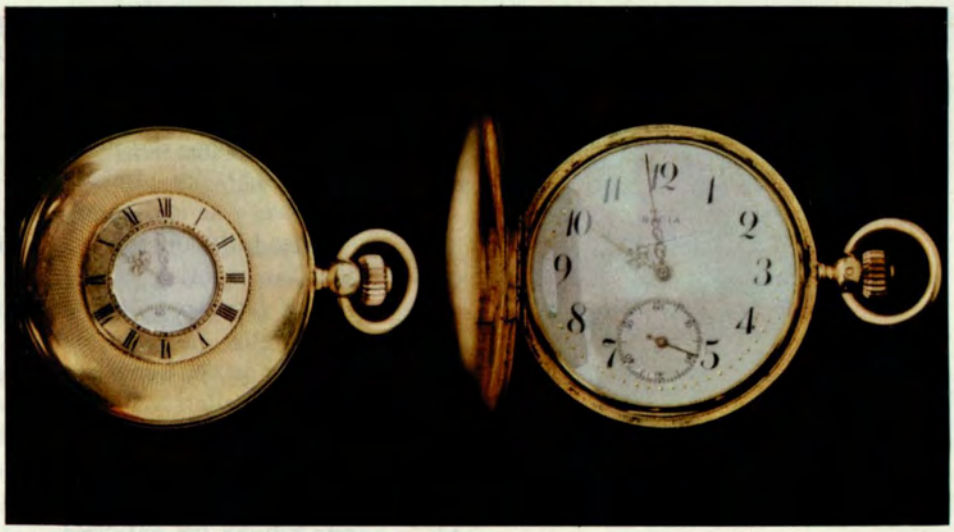
Pueblos y naciones de América: ¿habéis alcanzado después de cuatro siglos de guerra y de sangre los frutos de la civilización cristiana que os ofrecía la conquista, los beneficios de la libertad que buscabais en la independencia, las garantías de orden y estabilidad que creíais encontrar en las instituciones? Hija de los océanos en que apareciste como la Venus antigua, radiante de pureza y de juventud ofreciendo tus senos virginales a las generaciones cansadas del Viejo Mundo, ¿has realizado tus sueños de ventura? Desde el estrecho de Behring al de Magallanes, una sola nación goza de los beneficios de la paz y de la libertad. En el resto de la América, parece que se hubieran desencadenado las pasiones y los vicios de los pueblos sin edad viril, que pasan de la ignorancia de los primeros años a la impotencia de la decrepitud. Naciones que combaten contra naciones buscando su engrandecimiento en guerras inicuas, pueblos que despedazan sus propias entrañas sacrificando la unidad y la grandeza de la patria en los altares de sus ídolos sangrientos, déspotas soberbios que sofocan todas las manifestaciones del pensamiento, fanatismos seculares que obscurecen la conciencia, egoísmos monstruosos, corrupciones bizantinas —¡horrible espectáculo!—, ¿era acaso tu destino, hija de los océanos, sucumbir como la Niobe del poeta griego, agobiada bajo el peso de tu propia fecundidad? La esperanza plegaría sus alas si frente a las naciones que combaten, y a los pueblos que se despedazan, y a los despotismos que oprimen, y al pasado que resiste, no se levantara la protesta de la conciencia, del pensa-



Vaso con la inscripción "M. Grau", utilizado por el Comandante del "Huáscar". Museo Naval.

miento libre, del patriotismo, de la justicia, de la verdad que prometen a la América entera siglos de libertad y de paz. Que se cumpla entonces la ley de la vida y que cada día tenga su faena. Atravesamos el período de la lucha y del combate; ¡gloria a los héroes, a los que caen y dejan a la humanidad ejemplos de fortaleza viril! ¡Honor eterno al heroico marino del Perú!

Hombres que escucháis: ¡conservad el recuerdo de sus hazañas, imitad sus virtudes, contad a vuestros hijos su muerte gloriosa! Mujeres de América: ¡alabad sus dotes amables y llorad sobre su tumba, como las mujeres troyanas lloraban en los funerales de Héctor el hijo de Príamo! ¡Y Vos, Señor, Dios del Universo, creador de los mundos, Vos que dais leyes a todo lo que existe, poned en el corazón de mis conciudadanos sentimientos de paz y de justicia, desarmad su brazo para que no derrame sangre en la batalla sin gloria de los propios hermanos, y apartad del suelo de mi patria las calamidades de la guerra, para que bajo su cielo purísimo la familia humana crezca, se multiplique y cumpla su destino!





Arriba, el reloj del Contralmirante, cerrado y abierto. Abajo, los prismáticos con sus iniciales que utilizó en el "Huáscar". Museo Naval.

ODA PINDARICA A MIGUEL GRAU

por José Gálvez

FRENTE al océano, ¡oh Grau!,
semidiós lleno de bondad humana,
te evoco como a un gran penate lírico;
y al evocarte,
¡oh gran señor del mar!
los mitos y los símbolos
florecen y se encarnan
en henchidas imágenes radiantes.
¡No son mentiras vacuas,
ni son fantasmagóricos alardes
esas figuraciones tutelares,
la leyenda, la historia y la gloria y la patria
que, por ellas, un hálito divino
infunde en lo pasado vida sacra,
y a las cosas que fueron las salva del olvido;
un hálito divino,
que hincha las palabras,
como velas de barcos atrevidos
que van al infinito!

Puede la vida triste
irse como una sombra, pero quedan,
de las almas sublimes,
el resplandor y el eco
de vibración perenne, que rescata
en una sagrada resurrección,
a los hombres que encarnan,
en misiones eternas, ideal y abnegación...!
Locura de poeta, creencia popular,
son las que captan el mensaje
que se vuelve a cantar,
cuando en la hora trágica
la carne de los héroes se hace polvo
y el alma vuela al cielo
para lucir, eterna,
como una estrella tutelar,
de esas que marcan
camino de la tierra para el mortal que pasa,
ruta celeste
para el mortal que ha de durar.
Y así —¡oh Señor de nuestro mar!—
al evocarte vienen, con nuevos atavíos,

las antiguas estampas.
No son mentiras, no, los símbolos:
la leyenda, la historia y la gloria y la patria.

Fuiste la encarnación del sacrificio.
Fuiste la encarnación de la esperanza,
y como Cristo
bien sabías que te sacrificabas.
Como a un gran corazón.
iba hacia ti la sangre de la patria,
que su dolor sentía en tu dolor,
que por ti palpitaba,
y que confiaba en ti su salvación.
Todo lo fuiste, todo, en un instante:
la epopeya, el ensueño,
la audacia y el misterio,
lo incomprensible y casi inalcanzable
con que esperaba redimirse un pueblo.
La Patria,
tú, tal vez como nadie, lo sabías
la forjan los que sufren, los que luchan,
los que se sacrifican;
que, en el surco del pueblo, el sacrificio
es la única semilla
que hace brotar la flor del patriotismo.
Tú fuiste así; por eso
son eternos tu nombre y tu recuerdo.
En la tremenda hora
de patriótica angustia,
ibas sobre las ondas,
como un ave silente,
en formidable empeño de aventuras,
desafiando a la muerte y a la suerte,
y tras tu frágil nave,
como un viento propicio,
iba el cálido aliento
con que seguía tu ilusión tu pueblo.
¡Nunca tuvo una estela
más luminosa un barco,
como la estela que dejó tu nave,
ni jamás las estrellas
alumbraron a un buque solitario,

de más pura y romántica osadía,
como al romanticismo de tu barco,
retoño nuevo de caballerías...!

Viejos, niños, mujeres, tus campañas
seguían como en sueños,
y se echaban al vuelo,
por tu nombre, las líricas campanas.

¡Señor de la sorpresa,
recorrías, impávido, las costas
enemigas. Absorta
te contemplaba y aclamaba América,
—¡flores de damas, ritmos de poetas—
y hasta la vieja, indiferente Europa
depuso su soberbia ante tu gloria!
De las galeras que cantara Homero
de los pueblos Feacios,
tu nave fue sublimación airosa;
veloz y silenciosa como un sueño,
caía como un rayo,
se iba como una sombra...
Ensoñación del mar, en flor de hazañas,
era mito, milagro, fantasía;
maravillosa
mezcla de caballero y de fantasma,
sorprendía, apresaba, combatía.

Tú eras la patria sobre el mar,
bajo el cielo
y más allá del horizonte,
y unías la leyenda y el cantar
al ejemplo,
como un nuevo Quijote.
Reflejo azul de una bondad divina,
por tí, la roja guerra tuvo;
hundías barcos y salvabas vidas;
aun al enemigo diste amor,
y, entre la sangre y la metralla, puro
pasaste, el alma erguida
por la mano de Dios.
Y como con la patria te uniste y confundiste,

y eras un paradigma
de heroísmo sin par,
a tu lado tuviste gallardos paladines.
Pero la realidad te perseguía
acechando a tu ideal.
¡Duro el destino,
castiga y premia a los que osaron mucho,
los castiga en la carne y en la tierra
y en el tiempo fugaz,
y los premia en el alma y en la gloria
y les da eternidad!

Como tu par insigne, Bolognesi,
tenías que caer por nuestras culpas
y para ser ejemplo;
porque el Destino escoge
las víctimas más puras,
y así redime castigando pueblos
en el dolor de los que son mejores.

¡Tenías que caer!
y en un dantesco círculo de fuego
se consumó tu sacrificio cruento.
¡Tenías que caer!
Como en un mito griego,
se hizo de sangre todo el horizonte,
y se alzaron como unos semidioses
los que contigo al holocausto fueron.
¡Tenías que caer!
¡Se hizo de sangre todo el horizonte,
pero el mar, como nunca, fue color de laurel!



Albums dedicados a la memoria de Grau: por la juventud de Córdova, Argentina; por la ciudad de Santa Fé, Córdova; y por la provincia de Buenos Aires, el 20 de julio de 1879. Testimonios de una fama sin fronteras.

EL ALMIRANTE DE LA LEYENDA
por Ezequiel Balarezo Pinillos

El Almirante es la leyenda. Con los ojos del alma que todo lo alcanzan, se le contempla magnífico, gallardo, imperecedero: más cerca del cielo que del océano, imponente la figura bizarra, soberano el gesto, profundas y enérgicas las pupilas; sin par varón del fuego, la muerte y la fama, sonreído, acariciado y cantado por todos los vientos y por todas las ondas.

Ninguna figura más compleja para llevarla al mármol o al bronce. Se puede perennizar el hombre y el suceso. No se llega por ningún esfuerzo, a interpretar con líneas, con materia, con bloques, el espíritu. Para la patria, Grau es el alma, el espíritu, la exaltación de la guerra. Grau es la belleza en postura hidalga, la ceguera roja en la contienda, la orgullosa abnegación en la victoria, la voluntad indómita en la defensa, la señoril solemnidad en el naufragio y el sacrificio.

A nadie se le ofrendan con amor tan patético las aclamaciones de la muchedumbre. Se presenta en el Parlamento y le circunda la apoteosis. En la batalla, el clamor de sus tropas traduce el clamor vibrante de la Nación entera.

Se le reverencia como a un titán y se le sigue como a un caudillo. El Huáscar transporta, bajo la sabiduría augusta y la valentía fiera del Prócer, la devoción vehemente de la Patria. Combate en el océano, y en las calles de la ciudad angustiada claman las multitudes el nombre insigne.

De lejos se le investiga con fiebre en sus rutas desconcertantes, sorprendentes. Nadie presume ninguna de sus aventuras; nadie vislumbra una sola de sus audacias. Descompone a quienes le escrutan y deslumbra a sus propios enemigos.

La escena siempre debía desarrollarse en el océano. Lírica la inmensidad del ambiente, lírico el paisaje infinito, se agiganta el marino peruano. Ya no el vocerío de los hombres enfermos de dolor y coraje. El himno brota de las olas crespas. Cesa la lucha, y sobre la atmósfera cargada de humo, entre las aguas en borrasca, exasperados los náufragos, trizadas las naves, la canción se repite por los ámbitos eternos.

Canción de guerra con que se levanta la majestuosa gallardía del Héroe.

El que rendía a todos, el vencedor inverosímil de todas las asechanzas, el maestro soberano de todas las estrategias, propaga, más que sangre meritoria, la fe del pueblo. Le invocamos y la figura excelsa reclama el cuadro inmenso. No viene a nuestra memoria, no lo imagina nuestra inteligencia sin los contornos inmortales. La turba se renueva con la historia: otros hombres alzan brazos menos robustos y otras mujeres lloran lágrimas menos conmovedoras. Pero en derredor del guerrero la turba persiste. La turba que le vio partir, anhelantes los corazones y húmedas las pupilas. Las olas se llevaban, con el gran hombre, el alma del Perú

en guerra. Volaban luego las naves venturosas. Triunfante de todas las lides, el barco parecía un símbolo.

Cayó el barco. Tremenda la catástrofe. Cayó la Patria. Sobre la espuma, sobre la sangre y sobre la muerte, se erguía el hombre bizarro no ya contra los hombres, vencedor ahora de la tornada inmortalidad caprichosa.

IMPROMTU

por José Santos Chocano

Miguel Grau — Padre nuestro
que estás en las alturas —
homenaje siniestro
para tí, es el que te hacen tantas almas impuras...

El entronizamiento
que ves hoy en tu patria de la ruindad y el vicio,
ha de tornar obscuro tu claro pensamiento,
al comprender lo inútil que fue tu sacrificio...

Tú, que tan generoso
con tu adversario fuiste —tal Cristo en el Calvario—
no permitas que nadie perturbe tu reposo,
si no se muestra digno de tí con su adversario.

O desciende un momento
a la tierra, en que, ha un siglo, naciste; y los cañones
que te saludan calla, mientras a paso lento
vas a abrir tú las puertas de todas las prisiones...

Y si los que homenaje
pretenden hoy rendirte, niegan a tu guirnalda
la flor de tal nobleza, tómalo por ultraje,
rasga tus vestiduras y vuélveles la espalda...

Y dueño de tí mismo,
prohibe tú que nadie profane tu grandeza...
No entienden tu heroísmo
quienes no son capaces de sentir tu nobleza!

25 de Julio de 1934.



Tarjeta de oro obsequiada por "La Prensa de Lima", al Contralmirante Grau con motivo de sus triunfos. Museo Naval.

HOMENAJE A GRAU

por José de la Riva Agüero y Osma

Discurso pronunciado en el primer centenario de su nacimiento, el 29 de Julio de 1934.

Señoras y Señores:

La semana que hoy termina, consagrada a glorificar el centenario de Grau, constituye la suprema ceremonia patriótica, que aventaja y excede con mucho en solemnidad a la anual recordación de la Independencia; porque, más que el nacer meramente a la vida autónoma, en alba indecisa, y por manera vacilante y casi indeliberada, importó, para el robustecimiento de la conciencia nacional, el definitivo y meridiano bautismo de sangre, de múltiples batallas y acerbos dolores, personificado y culminante en el sacrificio del héroe que celebramos.

El alma de la patria, el espíritu que la anima, se nutre de sus mártires y perdura sólo por ellos. Sin la aureola que los circunda, no habría luz para los pueblos; y las naciones carecerían de ideal. Balbuzcan lo que quieran las teorías internacionalistas, cosmopolitas y humanitarias, empalagosas dobleces del desmayo y la cobardía; los grandes guerreros serán siempre los núcleos generadores y los radiantes ejes de la historia. Y cuando, como es el caso de Grau, la derrota y la inmolación no empañan, sino muy al contrario realzan, el esplendor de las proezas, poniendo en ellas un fondo de ternura, la virtud bélica adquiere inefable y santa sublimidad. No hay en la tierra excelencia moral superior a la muerte afrontada y aceptada para honra, defensa y regeneración de los hermanos.

Estas insuperables altezas de la abnegación, son los costosos pero valiosísimos frutos de las contiendas armadas, y en particular de los conflictos con el extranjero. La guerra civil o interna, de ordinario mezquina, y de continuo fratricida y crudelísima, representa, para todo criterio elevado, la infame caricatura y depravada bastardía de la generosa pugna internacional o externa, la que se justifica ampliamente cuando es obediencia leal y certero servicio a los destinos de la nación entera. Así de consuno lo proclaman los dictámenes de los mejores, la voz del sentido común y el unánime aplauso de los siglos. A los campeones militares y los sumos gobernantes, triunfadores o víctimas, que en los formidables choques de las naciones y las razas, supieron, sin desfallecimientos ni tibiezas, ejercitar su cruento sacerdocio, o como Grau ofrecerse en redentor holocausto, va la sonora admiración del mundo, y la apoteosis perenne y rutilante. A los pacifistas sistemáticos y doctrinarios (a quienes no hay que confundir, como el vulgo, con los razonables amantes de la paz, que abominan, lo propio que nosotros, de las guerras infundadas e insensatas); a los filántropos semiderrotistas, les queda sólo el consuelo de las melífluas efusiones sentimentales, o cuando más hoy el positivo y metálico de los premios Nobel.

Fenómeno terrible, augusto y providencial, la guerra, por mucho que varíe de modalidades, y se espacie concentrándose en intensidad y destro-

zos, brota del fondo de la Naturaleza; parece condición y estímulo de la misma sociedad humana; y a intervalos donde quiera crea y trastorna, renueva o ensancha, los cauces rutinarios de las civilizaciones... La violencia es en la vida colectiva agente iniciador, a menudo insustituible. Tales son las verdades, duras pero saludables, que nos inculcan los anales de todos los tiempos; y nuestra molicie debe recordarlas y aprovecharlas. Tal ha sucedido en las más contrarias regiones y en las más diversas épocas que, mientras soñaban los ilusos, urdían finas redes los sutiles, sonreían los escépticos, y dormitaban los laxos y los egoístas, imaginando sempiterno el sosiego, se agolpaban las nubes amenazadoras y se preparaba el estallido de la tormenta. Su fragor los sorprende, tarde ya para el reparo. Procurándolo, sucumben los más esforzados. Al cabo cesa la tempestad, habiendo producido sus justicieros y purificadores efectos. A los vencedores, suele ser premio merecido... en largos años de cordura, de laboriosidad y de civismo; a los vencidos, castigo de insana soberbia o flaca vanagloria, de impresión y disoluto despilfarro. Si casi todos los países no tuvieran el freno temeroso de una guerra posible, ¿hasta dónde no podrían degradarse por la incuria, el personalismo y la inmoralidad?

Un escritor, compatriota nuestro, del cual me separan esenciales e infinitas divergencias ideológicas, pero a quien nadie puede negar vigor y contundencia de expresión, González Prada, tratando este mismo asunto del elogio de Grau, ritualidad y piedra de toque de todo sincero peruanismo, formula reflexiones que aquí no pecan de su exageración consuetudinaria, y que quiero reproducir, porque se ajustan a mi propósito: "Necesitábamos, dice, el sacrificio de los buenos, para borrar el oprobio de los malos. En la guerra con Chile, no solo derramamos la sangre: exhibimos la lepra". Y agrega en otro lugar, "Antes de recordar acciones y ensalzar nombres, convendría pensar, en estos momentos, por qué caímos al abismo, cuando podíamos estar de pie sobre la cumbre".

Como el amor patrio no consiste en adular y paliar los peores instintos del país, y en engañarnos recíprocamente, sino al contrario en reconocer los defectos generales, y exhortar y proceder a su enmienda, yo suscribo las palabras citadas; y confieso la tremenda responsabilidad solidaria de las generaciones que nos antecedieron en el pasado siglo, cuyos vicios y cuyo desconcierto, apenas atenuados, se han trasmitido a las presentes. Dejémonos de tímidos y nocivos eufemismos. Reuniendo a los males de la decadencia española los de la inferioridad y degeneración indígena, el Perú mimado un tiempo de la fortuna, madrugó a la libertad, con índole aún más desfavorable que otras naciones sudamericanas; niño malcriado, veleidoso y pródigo, sin dotes de gobierno y sin la necesaria energía. La corrección ha sido posible y es hacedera; pero difícil, contrastada, llena de angustias y retrocesos. Adoptamos, por fatalidad del extendido mal

ejemplo forastero y por irreflexión de los fautores y debilidad de los cabecillas, el régimen que era el menos adecuado para contrarrestar las dolencias de nuestra complexión, agravando en la práctica, y como de propósito sus inconvenientes. Y la discontinuidad e irregularidad pavorosa, de todas las funciones del Estado; la ruina del concepto de autoridad, la socavación de todo respeto, la condescendencia con toda la informalidad, el endiosamiento de toda rebeldía; el inaudito desenfreno de la prensa, que adquirió la fama de ser la más procaz de América; la escandalosa impunidad de los delitos, así públicos como privados, resultando unas veces del cohecho, y otras de no menos vergonzosa lenidad, condujeron el cuerpo social hasta los extremos límites de la anarquía y la descomposición compatibles con una mísera vida, ataviada por afeites de mentida y endeble elegancia.

En esta prolongada disolución, eclipsadas las ideas de orden, abolidas las tradiciones de disciplina, substituídas por desdicha con brutales y tiránicos arrebatos efímeros; perdido el rumbo de la organización racional; escandecidos, en delirio, los feroces rencores de banderías, se abultaron en proporción monstruosa las siniestras propensiones de las distintas razas, y de sus castas o mestizajes.

Fueron los unos vanidosos y perezosos, manirrotos, fanfarrones y envidiosos, o soeces, libertinos y venales; fueron los otros blandos, negligentes y serviles; y los demás, taimados, fraudulentos y perjuros. Y cuando alguien pretendía mejorarlos y concertarlos, haciéndoles al borde del abismo parar la ronda orgiástica, y volviéndolos a la observancia de la ley y la verdad, se concitó, como recompensa infalible, el odio, la sucia calumnia, el destierro, el aislamiento, o la muerte a traición. A duras penas se contaba el diminuto número de justos que Dios exige a la Biblia para perdonar a las ciudades malditas. Bullía la podredumbre; y por cuarta vez, en nuestra breve historia republicana, vino, aparejado por mano extranjera, el cauterio del desastre. Tenía que sobrevenir; desde hacía cuarenta años, los peruanos expertos lo vaticinaban.

Fue su pretexto acelerador y ocasional un tratado de alianza; porque, en hora de antevisión y viriles acuerdos, habíamos pretendido seguir un plan de política exterior, con miras precautorias de equilibrio defensivo. Suponía ese plan, como toda acción diplomática considerable, requisitos fundamentales que faltaron muy luego: vigilancia, persistencia en las determinaciones, cierta estabilidad gubernativa y cierta solvencia fiscal para los aprestos que la prudencia demandaba. Si nada se lograba de todo ello; si no se obtenía o se abandonaba la adhesión prevista del mayor Estado participante en los tratos, o si Bolivia en fin no se conformaba con las circunspectas directivas del Perú, habría podido llana y oportunamente rescindirse el pacto, como lo sugería el ministro peruano que lo firmó, o

subordinarse con resolución el casus foederis a la cabal retractación de la actitud de Daza. De cualquier modo, aquel plan diplomático requería continuidad en las negociaciones y armamentos; porque no hay política externa decorosa, digna siquiera de tal nombre, desprovista de elementos de fuerza y sin activa tradición de cancillería. Pero persuadir de semejantes necesidades al mayor número de nuestros dirigentes, entonces y siempre ofuscados por rencillas intestinas y combinaciones hacendarias, era como hablar de poesía y metafísica a encarnizados jugadores, que en los bancos del garito altercan sobre el envite.

Al comenzar el año fatídico de 1879, el Perú se hallaba inerme, su erario en quiebra y en escombros, la paz interna amenazada de una catástrofe. Abiertas ya las hostilidades, en el mes de Abril, el Ministro de Hacienda, Izcue, pidió a las cámaras la votación de una serie de impuestos extraordinarios para costear la guerra. Contaminados los legisladores del pánico que en la opinión del Perú, casi indemne a la sazón de tributos, habían infundido a toda tasa regular egoísmos y propaganda partidarias, y no obstante la cumplida refutación que de ellas había hecho Manuel Pardo el año anterior, en su último discurso, la víspera de su asesinato, desoyeron las nobles y solemnes enseñanzas del testamento financiero de su difunto caudillo; y en circunstancias tan críticas y premiosas, dejaron de lado los impuestos, y se limitaron siguiendo la vulgar línea de la menor resistencia, a incrementar en un tercio la emisión del papel moneda, despeñando el cambio exterior, como nunca indispensable. El rasgo pinta la pequeñez y el apocamiento de aquel medio. El que había de redimirlos a todos, estaba a punto de salir a campaña, sabedor de su trágico sino.

Quien medite con alguna penetración sobre el encadenamiento de los sucesos humanos, advertirá que, no sólo en lo religioso, sino en lo terrenal y secular, se cumplen las severas leyes del sacrificio y la purificación por la sangre, la expiación por el dolor, la propiciación del holocausto inocente y la comunicación de méritos de los mártires. Los pueblos como los individuos, infractores de los preceptos eternos, impetran el perdón desde el seno del sufrimiento; pero no lo consiguen sino cuando los escogidos se inmolan, y desciende sobre la muchedumbre pecadora el cruento rocío regenerador de la víctima inculpable.

Ese fue el ministerio altísimo, envidiable y misterioso, que tocó a los grandes caídos de nuestra guerra; y más que a nadie a Grau, el primero de ellos. Como es de regla, sus propias virtudes lo designaban. De honradez y desinterés proverbiales, modesto dentro de su inmensa valía, reservado y silencioso entre la algazara de sus revueltos contemporáneos; magnánimo, compasivo y tierno, pero inquebrantable en el deber, y exigente y riguroso en la disciplina; católico sincero, ferviente y practicante; afectuosísimo en sus relaciones familiares; dechado de lealtad como amigo y

como político, como marido y como padre, era una muda acusación contra la estragada y frívola mayoría.

Nació de una familia de vehementes antibolivaristas. Fue su padre un bravo militar cartagenero, de origen catalán y conexiones panameñas, Juan Manuel Grau, que nunca hizo armas contra el Perú; y que naturalizado peruano, se estableció en Piura en 1828. El hijo Miguel, marino desde la niñez, era alférez de la fragata Apurímac cuando la escuadra se plegó al movimiento del jefe conservador Vivanco. Miguel Grau lo siguió en toda la campaña, por su simpatía a su persona y a sus doctrinas, que eran las de su padre. Mas siete años después, cuando el General Vivanco, fatigado y tímido, firmaba, como ministro del Presidente Pezet, un tratado desdoroso con la expedición española, nuestro joven héroe, Capitán de la corbeta Unión, lo conoció, en compañía de otros antiguos derechistas; y se sumó con dos buques al pronunciamiento de Prado, que representaba entonces el genuino nacionalismo. En vano Pezet y Vivanco enviaron a su encuentro hasta Valparaíso a su padre anciano y adorado, para que le instara no desamparar al gobierno y al partido que tan gravemente erraban.

Grau prefirió el honor de su patria a sus mandatarios y caudillo, y a los ruegos de su idolatrado y moribundo padre. A poco se divorció del régimen liberal de Prado. Protestó contra el nombramiento del Contralmirante norteamericano Tucker como director de la Armada Peruana. Su grande amigo Manuel Pardo, Secretario de Hacienda de la Dictadura, pudo obtener que no se pronunciara. Sometido a juicio sin embargo por su resistencia, fue absuelto a los seis meses, y optó por pedir permiso y navegar en la marina mercante, hasta que en 1868, gobernando Balta, se reincorporó en la flota de guerra, y tomó por primera vez el mando del monitor Huáscar, que había de ser el pedestal de su fama y de su muerte.

Ardoroso civilista, amigo íntimo y confidente de Pardo, fue su principal apoyo en la escuadra, cuando la revolución de los Gutiérrez y las sucesivas de todo el borrascoso y fulgurante período. Diputado luego por Paita y miembro conspícuo de la mayoría pardista, desempeñaba hacia 1878 en Marina las vagas tareas de Agregado al Ministerio y Vocal de la Junta Revisora, y a la postre Comandante General. En la sesión del Congreso del 17 de Noviembre al día siguiente del asesinato de Pardo, fue de los que votaron las medidas extraordinarias y la suspensión de las garantías individuales, y declararon a la patria en peligro. A principios de 1879, el 14 de Febrero, en la sala capitular del Convento de Santo Domingo, la asamblea del Partido Civil reorganizado elegía a Grau como uno de sus directores. Pocos meses le quedaban por vivir, ocho apenas; pero fueron los más fecundos e insignes de su bien empleada existencia.

Las fechas de esta epopeya deben grabarse en la memoria de todos los peruanos. En la noche del 16 de Mayo zarpaba del Callao al frente de

la primera división de la escuadra, llevando al Presidente y tropas de refuerzo para Arica; el 21, había roto el bloqueo de Iquique, abordado y hundido la Esmeralda; y el 26 bombardeaba las baterías de Antofagasta, cuartel general del ejército chileno. A pesar de la inferioridad enorme de las fuerzas navales peruanas, acrecida todavía con la pérdida de la Independencia, Grau se paseaba impávido por las costas septentrionales de Chile, quemaba las lanchas de sus puertos, apresaba sus buques de carga, y con sin par osadía y destreza burlaba la persecución de los gruesos blindados enemigos. El sábado 7 de Junio estaba de regreso en el Callao, tras afortunadísima y victoriosa expedición. El nos inspiraba en la guerra marítima el empuje, la iniciativa, la audacia, el incesante espíritu ofensivo, que es prenda y clave del triunfo, o cuando menos desvío y dilación de la derrota. Por eso desafiaba a los que no eran en conjunto más de tres veces superiores. Sólo en él se cifraban todas las esperanzas peruanas y de nuestros aliados. Era el alma y el brazo, la espada eficaz y la milagrosa armadura, el denodado ariete y el único sólido valladar del Perú. Venía ahora a reparar su nave, para acometer aún más difíciles empresas; y permaneció en el Callao y Lima poco menos de un mes. En la madrugada del 6 de Julio partía al Sur, habiéndose despedido de su familia por vez postrera. Bien comprendía que le iba a ser imposible, con su esfuerzo y su débil barco, atajar indefinidamente el ineluctable curso de los hechos. Presentía su destino, y se resignaba intrépido. Así se lo comunicaba a sus amigos y a su habitual confesor el canónigo Roca. No era más heroico Régulo cuando, cerrando los ojos a los llantos de los suyos, sólo atento a la patria y a la honra, salía impertérrito de Roma, conociendo su suerte.

El 8 de Julio llegaba a Arica. En el amanecer del 10, sorprendía a la flota chilena bloqueadora de Iquique, rendía y perdonaba al Matías Cousiño, atacaba a la Magallanes; y cuando acudieron el blindado Cochrane y otras embarcaciones, se abrió paso a viva fuerza entre la armada enemiga. En Antofagasta se apoderó de una fragata, entró en Chañaral y Caldera, y el 23 capturó el transporte Rímac, que conducía el escuadrón de Bulnes, llamado, en recuerdo de la anterior guerra, Carabineros de Yungay. Cañoneó una vez más impunemente el cuartel general de Antofagasta, el 28 de Agosto, acallándole sus baterías; y a principios de Octubre, avanzó a hostilizar el Huasco, Coquimbo y Tongoy. De allí regresaba cuando, en la clara aunque aciaga mañana del 8 de Octubre, frente a la Punta de Angamos y la bahía de Mejillones, se vio rodeado por toda la escuadra de Chile. La imponderable desigualdad numérica, de uno contra cinco, aceleró el combate: duró menos de dos horas. A poco de rotos los fuegos, quedó arrasada la torre del Comandante del Huáscar. El cuerpo de Grau voló en pedazos. A su lado murieron sucesivamente su ayudante Diego Ferré, su segundo el Capitán Elías Aguirre y el teniente Melitón Rodrí-

guez; y cayeron con gravísimas heridas el teniente Enrique Palacios y el Capitán Melitón Carbajal, que vive aún hoy, en ancianidad gloriosa y en el supremo grado de nuestra Marina, último sobreviviente de la soberbia gesta. Al sucumbir, sin intermisión, se transmitían el mando de la nave indomable. Un cañonazo derribó la bandera; y volvió a izarse al tope, saludada por los hurras de la diezmada tripulación.

Al fin, al valeroso Teniente Pedro Gárezon, a quien correspondió la dirección en postrer lugar, dio orden de abrir las válvulas; y el Huáscar, deshecho el timón, inutilizadas todas las piezas, se sumergía, cuando fue tomado por los chilenos. Habíamos perdido por completo el dominio del mar; lo que, en un país de la configuración del nuestro, significa perder la guerra.

Siguieron los actos restantes del luctuoso drama; y se ofrecieron sacrificios innumerables, entre los cuales el más digno de parangonarse con el de Grau, es el de Bolognesi. La tierra no fue estéril a la lluvia sangrienta. Después del aflictivo y despiadado pacto de Ancón, y de espantosas convulsiones que parecieron retrotraernos a los más negros días del pretorianismo anárquico, la desgracia y la miseria ejercitaron su virtud curativa. Aparecieron generaciones laboriosas y animosas; el Perú se acostumbró a vivir del propio trabajo; renacieron modernizados y depurados, el ejército y la marina; y se aquietaron las pasiones revolucionarias. Ese era el espectáculo alentador que nuestra juventud contemplaba en el primer decenio del presente siglo. Pero pronto arreciaron la presunción y el agio, e hicieron recaer en los antiguos males. Prevalecieron, como otrora, las tentaciones de los desmesurados empréstitos y las fantásticas obras públicas. A la sombra de tan ficticia exaltación de la prosperidad todo lo infestó de nuevo el lucro ilícito. Rebrotaron los empleados infinitos, y los sueldos y comisiones extravagantes; reverdecieron las llagas; retoñaron la corrupción y el parasitismo en forma gigantesca; y los jóvenes se despertaron al discernimiento mirando ensalzada la impudicia y befada la honradez. La enervación del festín crapuloso y la bocería del beodo motín los movieron a olvidar la defensa de las fronteras. El empeño con que nos esforzamos, desde hace tiempo, en reparar las calamidades de ese reciente alud devastador, no es todavía bastante. Notad cómo el Perú de hoy se asemeja a ratos congojosamente al anterior a la guerra.

También como entonces, la Providencia nos ha deparado tesoros de yacimientos minerales en nuestros desiertos límites, y nos emplaza para que esta vez sepamos utilizarlos y defenderlos mejor. Una racha de egoísmo, un momento de descuido, una pausa de cansancio o negligencia en la acción reconstructora; y perderemos como antaño nuestra seguridad naval relativa, el puesto que a nuestra marina compete después de la definitiva contienda del 79, y que es el segundo en el Pacífico Meridional. Han

vuelto sobre todo a exacerbarse las sediciosas divisiones internas, anuncio y causa de cuitada debilidad ante el extranjero. La ponzoña de la calumnia se vierte a raudales, para enloquecer a las turbas ignorantes, trastocando responsabilidades o acumulándolas en un solo platillo, y denostando con miserables fábulas a regiones y ciudades enteras, como a esta materna capital, a clases sociales íntegras y a antiguos partidos políticos, sin las salvedades y excepciones que la más elemental justicia exige, y sin recordar que, pese a quienquiera, porque la verdad histórica es inviolable e intangible, el pasado irrevocable, y nadie puede hacer que lo que fue no haya sido, en los días de la magna prueba, los dos máximos héroes, los dos supremos adalides y redentores del Perú, fueron Grau, el excelso marino civilista, y Bolognesi, el sublime anciano limeño.

En este centenario de Grau, para hacernos dignos de su bendita herencia, juremos todos trabajar por la salvación del Perú con la austeridad, la pureza de miras, la abnegación y el valor de que nos dio tan magnífico ejemplo.

He dicho.

BRINDIS POR MIGUEL GRAU

El marino argentino Manuel A. Barraza brinda gallardamente por Miguel Grau en una fiesta de marinos argentinos y chilenos

(Relación de "El Heraldo" de Valparaíso de 25 de Febrero de 1889)

"Habíamos guardado silencio acerca de un incidente que ocurrió en el Club Valparaíso, por respeto a nosotros mismos, pero ya que él ha salido de los linderos de la conversación no podemos resistir a transcribir un suelto que acerca de ese suceso encontramos en un diario de Santiago: dice "El Independiente":

"Decía, pues, que el cónsul argentino ofreció una comida a la oficialidad de la cañonera, a la cual no asistieron los jefes de nuestra marina, que habían sido invitados, pero a la cual asistió el Comandante General.

"En ella se gastaron las mismas cariñosas atenciones, la misma franca cordialidad, la misma fraternidad abierta que siempre han encontrado nuestros huéspedes desde que entraron por primera vez en aguas chilenas, al fondear en Punta Arenas, y que han encontrado después en Talcahuano y en Valparaíso. Cuando se retiraron de la mesa del Cónsul, uno de los presentes propuso ir a vaciar la última copa de champaña al Club Valparaíso, el centro social más escogido tal vez de nuestra ciudad.

"Aceptada la invitación, se dirigieron todos al Club, donde los marinos argentinos fueron presentados a los que allí estaban, y donde se les atendió con la misma galantería, mientras se preparaba rápidamente la cena.

"Una vez en el comedor, y llenadas las copas de champaña, el caballero propuso vaciarlas en homenaje a un gran guerrero americano que simbolizaba la fraternidad de Chile y la Argentina, y cuyo nombre glorioso, que vivirá siempre en la historia y en el corazón de los dos pueblos, sería perpetuo lazo de unión para ambos: en homenaje al General San Martín.

"Como se ve, ningún recuerdo podía ser más cortés ni más oportuno en aquellos momentos en que se festejaba a oficiales de guerra argentinos. Se evocaba una gran figura de una epopeya común a Chile y aquella república, y se colocaba así, en momentos de expansión y de afecto, a chilenos y argentinos a la luz fraternal de una gloria común.

"Levantóse para contestar el brindis uno de los marinos argentinos, y pidió una copa por otra figura inmortal de la historia americana, por un héroe legendario, cuya gloria bastaba por sí sola para dar honor a un continente, por un marino que debió alumbrar al mismo océano en la reciente guerra del Pacífico, por uno de esos guerreros sublimes, ante los cuales el sentimiento de la nacionalidad desaparece para dejar sólo en el alma el sentimiento de la admiración.

"Todos veían ya brillar en los labios del marino argentino el nombre de Prat, y con la copa levantada esperaban que fuese pronunciado ese nombre augusto y querido, para dar expansión a los sentimientos generosos del entusiasmo y la fraternidad.

"Por un héroe eminentemente americano, continuó el marino argentino; por el inmortal marino a quien todos los que seguimos la carrera del mar debemos tomar como ejemplo y como modelo; señores: por Miguel Grau.

"Difícil sería pintar la impresión que causaron estas palabras; una bomba que hubiese estallado en medio de la sala no habría producido un movimiento igual de estupor.

"Las copas volvieron a caer llenas sobre la mesa, y pasado el primer momento de asombro, que casi no había dejado lugar a la indignación, circuló naturalmente por los asientos un aire amenazador, duramente reprimido por el hidalgo sentimiento de encontrarse los ofendidos dentro de su propia casa.

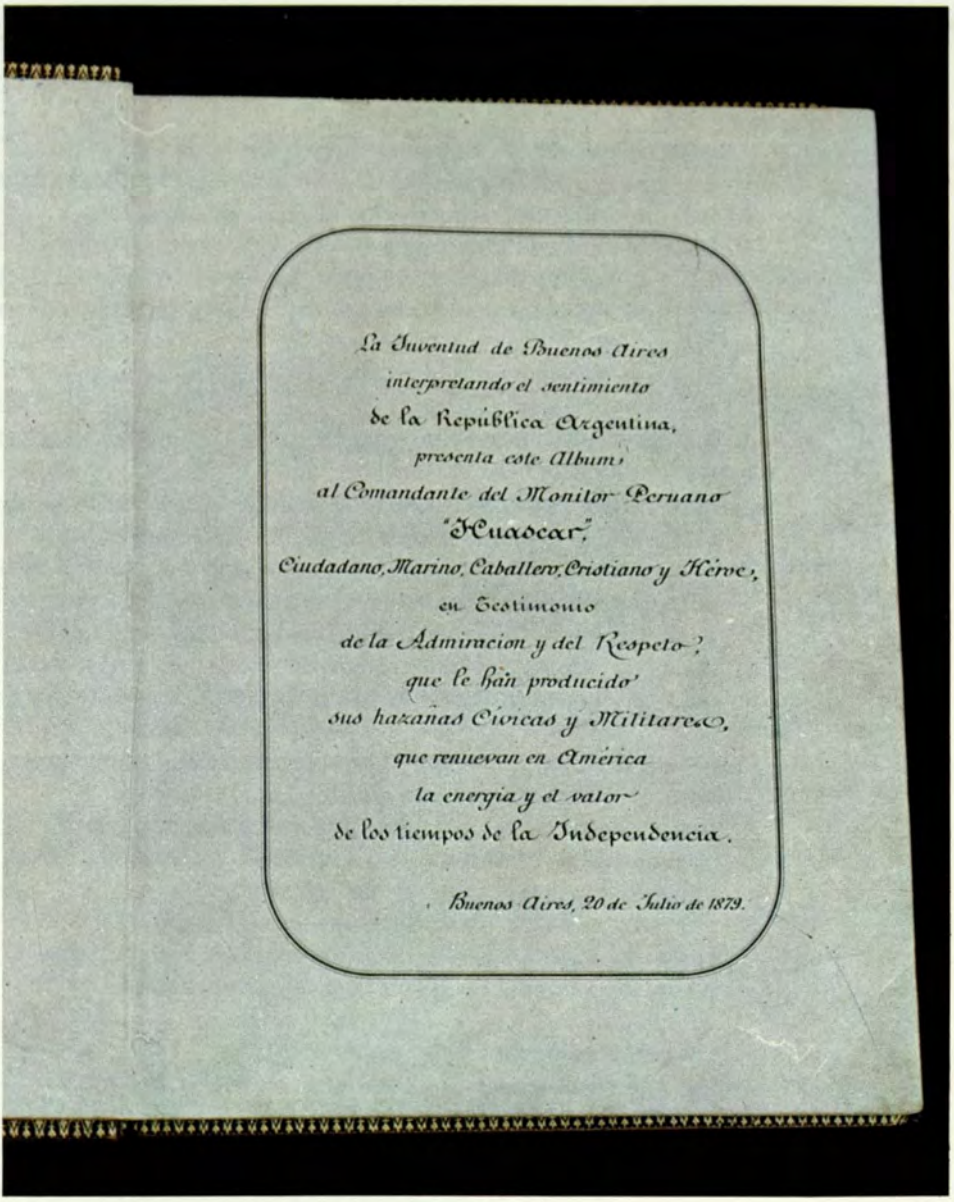
"El mismo Comandante argentino quedó sorprendido de la inesperada salida de su oficial, y notando la impresión desastrosa que sus palabras habían producido trató de salvar aquella situación imposible:

"Señores, dijo, mi compañero se ha equivocado sin duda; poco habituado a los nombres, ha confundido seguramente el de Grau con el de Prat; su intención ha sido pedirnos una copa por Arturo Prat.

"La explicación no era excesivamente aceptable; pero el autor del brindis se encargó de poner en claro las cosas:

"—No, señores, insistió; he dicho Miguel Grau, y no me he equivocado; mi intención ha sido beber una copa por Miguel Grau.

"Aquello pasó de los límites de lo posible. Con secas y breves palabras de protesta, todos se retiraron de la sala. Era el único camino que quedaba, si no quería darse a esa absurda escena un desenlace sangriento. La cadena de la hospitalidad ató muchos brazos que en otras circunstancias, se habrían levantado como el rayo en pos de la ofensa".


La Juventud de Buenos Aires
interpretando el sentimiento
de la República Argentina,
presenta este Album
al Comandante del Monitor Peruano
"Huascar",
Ciudadano, Marino, Caballero, Cristiano y Héroe,
en Testimonio
de la Admiracion y del Respeto
que le han producido
sus hazañas Cívicas y Militares,
que renuevan en América
la energia y el valor
de los tiempos de la Independencia.

Buenos Aires, 20 de Julio de 1879.

El texto de la dedicatoria del album obsequiado al Contralmirante Grau por la juventud de Buenos Aires es un elocuente testimonio. Le fue dedicado el 20 de julio de 1879. Museo Naval.

CANTO A GRAU
por Juan Ríos

Yo canto al Héroe y a la Muerte del héroe,
yo canto a Grau, Comandante del "Huáscar",
Capitán de la Agonía, triunfador del Desastre!

Loados sean en él todos los Héroes de la Tierra,
Los que escuchan a las sirenas de la Sangre cantando en sus oidos,
los que caen del lado de la Vida en los fracasos,
los que son cual olas que se estrellan en las rocas del Infinito,
los que miran a la derrota con la misma sonrisa viril que a la Victoria,
los que aceptan morir de pie sin preguntar por qué motivo,
los que saben jugarlo todo en una sola carta inexorable,
los que no ignoran que la Nada es fiel amiga,
los que si no pueden vencer matan la Muerte en su cadáver,
los que anhelan ser un yunque para que golpee su Destino y cante!

Esta no es una Marcha fúnebre, un lamento vencido,
esta es una Marcha triunfal para los que sucumben en su puesto,
para los marinos que mueren erguidos sobre sus puentes de mando,
para los broncos tripulantes que yacen en los sepulcros del Mar,
para los que escuchan en silencio las campanas del fondo de las aguas,
para los que muerden su angustia como una dulce fruta envenenada,
para los que aceptan el beso de la Fatalidad sobre la frente!

Es hermoso ganar como quien pierde, vivir como quien muere,
pero es más hermoso aún perder como quien gana,
morir como quien vive, caer de bruces en la altura!
porque basta un minuto, un latido de las venas,
una voz de la garganta o los cañones,
una sola palabra desnuda como una espada,
basta un instante bello para justificar la Vida,
basta un ademán de gloria para justificar la Muerte!

La suprema embriaguez no se detiene,
los que la alcanzan deben morir bajo sus alas:
está madura su alma para la Eternidad Terrestre!

El Monitor es pequeño
pero el Océano es grande.

Yo canto al "Huáscar", ave que trinaba en los peligros;
yo lo canto, de hierro y madera enrojecidos,
con su afilada proa cortando las tempestades del Odio;

yo lo canto en su imponente grandeza humana.
Rocinante marino arremetiendo contra rebaños de olas,
contra molinos de estrellas que el alba triste asesinaba!

Yo canto a Grau, cara al Futuro en su apoteósica derrota,
Almirante del Perú por los siglos sucesivos;
yo lo canto, huérfano de Patria en Mar adverso,
abandonado hasta la entraña en los brazos del Destino;
yo lo canto en su hora tremenda, bajo la suave luz de la mañana,
solitario de la Gloria en su función social de pararrayos;
yo lo canto de pie en su acerada torre acribillada,
de pie en esos reflejos en que se parte en dos la Vida;
oh Corsario de los débiles, oh desamparado Señor de la Esperanza,
oh blindada Agonía, oh Hermano de los mares,
oh severo hijo de la Cruz del Sur en las audaces correrías,
oh fidedigno Caballero de la Razón en pleno Vértigo,
oh profundo estoico entre las aves y los vientos marinos,
oh sapiente, oh estratega de la Muerte dominada en los combates,
intuyendo, en esas noches en que la lucidez como un cuchillo corta,
que dura menos alcanzar la Victoria que haberla merecido!

Yo no canto el Odio estéril ni el recuerdo del Odio,
pero canto a la fraterna sangre de los Héroes,
y evoco a mi Almirante en el metal azul del Cosmos!

El Mar choca en las playas
pero la Muerte es Infinita.

Es bello perder el Cielo para ganar la Tierra,
no anhelar más ebriedad que la de la sangre,
más resplandor que el fuego propio;
y es hermoso, también, cara a la Vida,
navegar serenos por las tormentas del Odio,
por las artificiales tempestades de la Guerra,
sin protestar si caen contrarios los dados del Destino!

Oh Almirante del Perú, oh supremo fulgor de las Tinieblas,
yo quisiera alumbrar, para cantarte,
las sendas obscuras de mis venas,
y gritar triunfal esas palabras que nacen en el corazón
y mueren niñas al llegar a los labios que las buscan;
porque hacía falta tu sangre, tu sublime sangre derramada,

para mirar de frente a la derrota vestida de apoteosis,
y cubrir de larga gloria el gran fracaso iluminado!

Salud, salud a Grau tan antiguo y presente.
Caballero sin tacha y sin miedo entre la roca y la Muerte,
águila del Mar que la serpiente marina aprisionara:

El alma no duele cuando los labios cantan!
era un hombre para la Paz nacido,
su mano era cordial y suave su sonrisa,
no era alto de estatura, hablaba poco,
pero amaba a su paisaje de tristes arenales,
a su desolado país entre el Océano y la Selva acorralado.

Fue marino porque así lo quiso el Mar,
su palabra era firme como una lanza,
blanca y directa como una espada;
hacía siempre lo que había que hacer,
cumplía órdenes a fuer de gran señor sin discutirlas nunca;
sabía apreciar al enemigo, admiraba el valor en cualquier parte,
recogía a los náufragos, saludaba a los vencidos,
se conmovía de puro hombre por los otros,
era severo y dulce con los suyos,
iba a la Guerra como a un baile con la Muerte.

Con todas las Causas perdidas del Mundo a cuestas, sin decirlo,
poniendo en singular muchas plurales angustias acalladas,
nadie sabía si le pesaba o no en el corazón su Destino de acero;
"Corazón de flor", se hubiera dicho, "Corazón iluminado";
pero él llevaba clavado algo así como picos de cuervos en el pecho,
y algo implacable, como un sepulturero,
ahondaba el surco debajo de sus ojos;
porque él amaba la vida como todos
y sufría al mirar cada vez más muerta a su Esperanza.

Arando el Mar para sembrar semilla heroica,
peleaba el "Huáscar" la mañana final de Punta Angamos,
enardecido, estoico, sereno, solo, humeante, acorralado,
entre el Cielo y la Costa acorralado,
al tope la bandera coronada de estrellas de pólvora caliente:
quién dijo, quién, que la Muerte es sólo una,
que la Muerte se entrega así no más al primer venido;

quién dijo, quién dice aún, quién dirá más tarde,
que las victorias valen siempre más que las derrotas?

Buen tapete es el Mar para los dados del Destino,
buena arboleda el "Huáscar" para el hacha de las llamas,
para los férreos, potentes, invulnerables acorazados de Chile,
leñadores del Pacífico talando el templado bosque náutico!

Yo saludo y canto a la curtida tripulación del "Huáscar",
a los inconcebibles hijos del fuego que el agua verde enamorara,
a los sucesivos oficiales que la Muerte fue nombrando capitanes,
a los furiosos hombres del cañón y de las jarcias,
a los insomnes vigías ateridos, y a los sinfónicos esclavos del Infierno,
los membrudos fogoneros que soñaba el viento libre!

Yo no lloro la tragedia de Angamos; yo la canto:
el barco es pequeño y el Océano es inmenso,
pero la Muerte es más grande y lo contiene todo:

Estaba sublime el Mar cuando sus cabellos llegaron a la Muerte!



Monumento al Almirante Grau que se levanta en su ciudad natal, Piura.

ELOGIO DE DON MIGUEL GRAU
por Raúl Porras Barrenechea

Todos los años el 8 de Octubre la enseña del Almirante Grau —la vieja y querida enseña del Huáscar legendario, en el que todos hemos navegado idealmente y aprendido la congoja y el orgullo de ser peruanos— sube, silenciosamente, al tope de la emoción patriótica, en el más alto mástil de la admiración heroica. El reconocimiento del heroísmo de Grau con ser este tan nuestro, tan de nuestra estirpe, tan unido a nuestro destino, tan entrañable y puro, tan infalsificable, no fue el fruto de una exaltación local y pasajera, enardecida por la pasión nacional y la angustia del peligro, sino que, en la soledad de nuestro desamparo internacional y de nuestra quijotesca locura de justicia, nos vino de fuera, como un alivio de gloria para premiar el infortunio.

Fue el coro expectante de la tragedia el que, desde todos los ángulos del mundo, señaló a Grau como al héroe de la moderna gesta naval. Grau no fue héroe por casualidad ni por decreto. Lo fue a la manera carlyliana, por una misteriosa fuerza cósmica, por una imposición de la naturaleza, que encendió de fe el frágil barro del Perú y lo purificó en el crisol del sufrimiento. Por eso le amó el Perú escéptico, el país alegre de la abundancia y la prodigalidad, de la retórica solidaria y la manirrota dádiva fraterna, porque en él halló —en la suprema sinceridad del heroísmo y del valor, que son en todos los tiempos fuente de piedad y de misericordia— la posibilidad de luchar sin amargura y de convertir la venganza en generosidad.

Grau fue y será, por ello, el símbolo del Perú, el héroe peruano por excelencia, porque tuvo, entre sus virtudes cardinales algunas que eran suyas, como brote milagroso del genio heroico —salud, fortaleza, tenacidad, prudencia, robustez del cuerpo y del alma—, y otras que eran la impronta de nuestro espíritu y nuestro sino y cristalizaron en su mezcla de bravura y nobleza, en su humildad y ternura para el niño o para el enemigo, en su incapacidad para la violencia destructora y la saña vandálica, y sobre todo, en su peruanísima lección de vencer sin odio y de perder con honra.

Y esta eminencia y largueza de ánimo que prevalece siempre en la vida del caballero, aun cuando sean cortas las armas, la atestiguaron los propios adversarios, los náufragos de La Esmeralda en Iquique, al ser recogidos por Grau y exclamar con la exultante y trágica voz de los coros clásicos: "¡Viva el Perú generoso!". Por esto amamos y admiramos a Grau todos los peruanos —que lo somos por gracia del espíritu—, y hemos recogido de él —por encima de los intereses transitorios y mercenarios de la lucha— una consigna ideal para la "areté" de los griegos, que no se gasta ni se pierde, sino que se pule y ennoblece con el tiempo como la página de un blasón. Grau es nuestro héroe porque en su invicta grandeza no olvidó la cortesía, —don de incas y de españoles—, ni la humanidad,

—sino telúrico nuestro—, y tuvo la suprema elegancia que encareció Gracián en héroes y discretos, de entrar primero en los corazones y luego en el triunfo cívico. Pero Grau, para sublimar su categoría heroica, fue además, como los héroes germánicos, un hijo del infortunio en lucha con el destino, un paladín de la cultura, que peleó contra las fuerzas de la codicia y el poder y contempló cara a cara la muerte inevitable, vuelto el rostro hacia el enemigo, los ojos serenamente fijos en el destino insondable. Como Haglard, el héroe de la balada danesa, podría haber dicho en la emboscada múltiple de Angamos: "Aunque tuviera diez mil vidas, yo no sería capaz de mendigar una sola".

Por eso, por la capacidad de sacrificio del interés particular ante el nacional, por la abnegación cívica, por esa especie de "caridad civil" que Sánchez Carrión pedía angustiosamente en los preludios de nuestra vida democrática, fue y es la unanimidad de respeto de todas las generaciones peruanas para Grau. González Prada le apostrofó por esto, en nombre de las pasiones de su tiempo, convirtiendo su prosa de castigo y blasfemia en sangriento ditirambo al decir que si a los admiradores de Grau se les hubiera preguntado qué exigían del Comandante del Huáscar el 8 de Octubre de 1879, todos habrían respondido con el Horacio de Corneille: "¡Que muriera!". Todo podía sufrirse con estoica resignación, dice Prada, menos el Huáscar a flote con su comandante vivo. "Necesitábamos el sacrificio de los buenos y humildes para borrar el oprobio de los malos y soberbios. Sin Grau en la Punta de Angamos, sin Bolognesi en el Morro de Arica, ¿tendríamos el derecho de llamarnos nación?".

En héroe tan excelso y paradigmático como Grau, asombra la unidad indivisible de la conducta y el destino en toda su trayectoria vital.

Contraviniendo una fórmula de bastarda sociología peruana, Grau, modelo de varonía y firmeza, nació en la costa y de una vieja y aristocrática casta limeña y piurana, los Seminario, recia estirpe de osados y rebeldes. El nacimiento en Piura por el azar del amor de un oficial del ejército de Bolívar y una mujer peruana dulce y comprensiva, marcó el destino marino y aventurero de Grau y le enlazó con un pasado heroico. San Miguel de Piura fue el estribo de hierro de Pizarro para conquistar el Perú y el primer jalón de convivencia humana entre indios y españoles. El nombre de Miguel que relampaguea como una espada arcangélica en el periplo marino de Pizarro, desde el golfo de San Miguel en el istmo donde hallara el Mar del Sur hasta la isla de la Puná, se traspasa a Grau —futuro arcángel belígero— por triple imposición, la histórica de la tierra, la del legado paterno y la remembranza del bisabuelo materno. La posición geográfica de Piura, atalaya secular de nuestra frontera septentrional y proa terrestre, la más avanzada del continente en el inmenso mar Pacífico, anuncia el destino marinero de Grau y de sus compañeros piu-

ranos. El puerto de Paita —donde su padre fue vista de aduana—, maravillosa ensenada de paz dormida junto al arenal y esporádicamente atisbada por los gavilanes del mar, desde Anson hasta Linch, será, por mandato telúrico, su escuela náutica de serenidad y de riesgo. De ahí partirá el futuro caballero andante del mar a los diez años bajo un velamen peruano a mares y tierras remotas.

En el realce de las virtudes del héroe hay que contar ésta su procedencia costeña, que impregna su personalidad y le da tono dentro de su cardinal esencia peruana. No hubo falta de ánimo y de voluntad en la costa —como propaga una díscola opinión—, ni escasearon en ella los valores afirmativos de la nacionalidad, a la par que los de las demás regiones. Grau y Bolognesi y la cohorte de los Aguirre, los Palacios, los Ferré, los de los Heros, los Gálvez, y la juventud segada en San Juan y Miraflores, confirman el temple heroico del costeño que defiende el litoral de la patria en débiles barquichuelos, con el mismo coraje que el guerrillero andino apostado en la inexpugnable breña natal.

Grau tuvo algunas notas que denuncian su ancestro y su arcilla costeños, principalmente su afabilidad y cortesía, su sensibilidad y ternura, su fatalismo bondadoso y sobre todo su agilidad en la guerra, su pericia marinera, hecha de velocidad y de audacia, de intuición rápida y feliz, de briosa improvisación de recursos ante la realidad adversa o desesperada. El Huáscar manejado por él —dice González Prada— "parecía un ser viviente, con vuelo de águila, vista de lince y astucia de zorro". En las campañas del monitor que escapa ligero y ágil, frente a los pesados y lentos acorazados chilenos y surge ileso de las celadas y los trágicos arrecifes, hay una ligereza deportiva, una móvil alegría costeña de antiguos "caballitos" marinos que se burlan sonriendo de la muerte y las olas.

Además de la tierra, fue forjadora del heroísmo de Grau el decoro de su vieja casta peruana y española. Ricardo Vegas García ha estudiado con amor terrígeno la estirpe y los antecedentes familiares de Grau. En todos ellos resplandece una vieja tradición de decoro señoril, que dejará su huella vital en el espíritu del héroe.

El padre, don Juan Manuel Grau y Berrio, nació en Cartagena de Indias, y fue hijo de catalán, perteneciente a hidalgas familias de Barcelona, de Sitches y de Gerona. El Mediterráneo, frente al cual vivieron sus abuelos, despertó ya la vocación de un marino de su raza, Joffre de Grau. La madre, doña Luisa Seminario y del Castillo, era de rancia cuna, hija de don Fernando Seminario y Jaime, regidor perpetuo y Alcalde de San Miguel de Piura y mayorazgo hidalgo de Navarra y de doña María Joaquina del Castillo y Talledo, entroncada con los conquistadores de Piura. Los Seminario eran de noble familia limeña, descendientes de los Gonzaga de Mantua y emparentados con viejos condottieri del Renacimiento.

Grau podía ufanarse así, dentro de su vida osada y audaz, de su vieja prosapia castellana, altiva y democrática, sin complejo de resentimiento e inferioridad. Y él permaneció fiel a ese legado tradicional, uniéndose a doña Dolores Cavero y Núñez, de la más rancia aristocracia limeña, emparentada con las casas de la Vega del Ren y de Torre Tagle, con la que formó un hogar señoril.

De la niñez de Grau se sabe que se embarcó a los diez años como grumete, que navegó por todos los mares, curtió sus manos en la driza de las velas, robusteció los músculos en la gimnasia del viento y del agua, trepando por los palos y cordajes de los navíos, manejando el remo desde sus juegos infantiles, sorteando las olas como insigne nadador, alimentándose frugalmente de galletas, duros fiambres y agua salada y vistiéndose de harapos marineros. Podría presumirse, por el rigor de esta vida, y por revelación de su maestro Fernando Velarde, que fue un niño triste y meditabundo. En un homenaje póstumo, le dice aquél: "Nunca fuiste risueño ni elocuente y tu faz pocas veces sonreía, —pero inspirabas entusiasmo ardiente—, cariñosa y profunda simpatía".

He ahí el origen de su aire melancólico, de sus ojos dulces y penetrantes, de su mirada paternal y serena, que dijo Bonnemaison. Esos rasgos son la herencia de un niño triste de la costa del Perú adolecido por el arenal y la niebla. Con Chocano habría compartido la tristeza de los hombres que no jugaron de niños, y con Abraham Valdelomar —otro gran niño costeño— pudiera haber exclamado: "y la alegría nadie me la supo enseñar".

Los biógrafos de Grau —Manuel y Ricardo Vegas García, Geraldo Arosemena Garland y Luis Humberto Delgado— han aclarado las peripecias y andanzas de sus años mozos. De vuelta al Perú en 1851, siendo ya oficial de mar y habiendo aprendido directamente el arte marinero, que habría de ser la clave de su pericia heroica, Grau, futuro paladín de la cultura del Perú, ingresa a una escuela romántica que dirige el poeta español Fernando Velarde. Ratifica así en los libros lo que conoció en la vida libre y errante del mar. En 1854 ingresa a la marina del Perú como guardiamarina y en ella alterna grados y cargos, desde Alférez de Fragata, Teniente rebelde a bordo del Apurímac en favor de la figura académica de Vivanco, capitán de barco mercante a la China y el Japón, capitán de la Unión en su viaje de Europa al Perú, e insurrecto contra Pezet en Chile, del lado del clamor nacional contra España y Pinzón.

La vida del héroe es siempre ejemplarizadora y en la trayectoria humana de Grau debe interesarnos, a la par que su insigne paso por la milicia naval, su conducta como ciudadano. Grau se rebela, contra Castilla, contra Pezet y contra Prado. En todos los casos defendiendo un principio de orden y respeto institucional y un ideal de dignidad nacional.

Interesa recoger su enseñanza cívica en 1866. Grau es uno de los combatientes contra la escuadra española en Abtao. Ahí lucha en leal camaradería al lado de los chilenos, de Prat, de Viel, de Thompson, sus futuros rivales, de los peruanos Ferreyros, Moore, Elías Aguirre, Sánchez Lagomarsino, al mando de Villar, o del futuro inepto adversario Williams Revolledo. Es la época del auge naval del Perú y éste comparte, en confianza con sus hermanos de América, su hegemonía cordial, les hace conocer sus barcos y sus secretos defensivos y coopera sin reservas a la defensa continental. Grau pertenece a la pléyade brillante de los días del esplendor solitario del pabellón peruano en el Pacífico y conoce la euforia del triunfo. Los cuatro ases de nuestra marina eran entonces Lizardo Montero, Manuel Ferreyros, Aurelio García y García y Miguel Grau.

Es en esta época, en la que la dictadura de 1866, detentadora de un gran triunfo naval, decide nombrar un Almirante norteamericano para la flota peruana y envía a Chile para tomar el mando de la flota aliada, al Almirante Tucker, que debía operar contra la escuadra española en las Filipinas. Grau y treinta oficiales peruanos se niegan a aceptar la presencia del tutor extranjero, y junto con ella el desconocimiento de su pericia y hazañas. Se les trae presos a Lima y se les confina en San Lorenzo. El destino une entonces al más grande orador y jurista del Perú y al más grande héroe del mar. Luciano Benjamín Cisneros enciende su oratoria lírica sosteniendo, frente al Fiscal, que ni Grau ni sus compañeros son rebeldes, desertores ni traidores a la patria. En el vuelo de su inspirada alocución, Cisneros alude con presentimiento y sensibilidad de gloria, a la categoría heroica de Grau y sus compañeros. Dice que él defiende a Grau por deber y por gratitud a los que defendieron al Perú. "Defensa por defensa: gratitud para el heroísmo". A los acusados, presos en San Lorenzo, a los que considera absueltos por la opinión, los llama "los denodados vencedores de Abtao". Los marinos peruanos no están obligados a una obediencia ciega, opresora de su razón, y su personalidad humana. Tenían el derecho de abstenerse de servir bajo las órdenes de Tucker, "quien desconoce hasta nuestro idioma". Para mandar la escuadra peruana —dice el defensor de Grau y parece que está haciendo la anticipación profética del destino del Huáscar —no bastan el valor, la ciencia, la pericia. "Es necesario tener un corazón peruano cuando se va a pelear por el honor del Perú". Esta es la rebeldía de Grau, adicta al orden, respetuoso de la jerarquía propia y ajena, cogida del brazo de la justicia y de la opinión pública, incapaz por otra parte de alzarse por un interés o codicia de poder o de lucro.

Otra enseñanza insigne nos da Grau antes de su hazaña bélica, en 1872. Ante el alzamiento militar de los Gutiérrez, Grau, la espada más heroica del Perú, lanza desde la cubierta sagrada del Huáscar, que será

el ara de su sacrificio, una suprema admonición contra los motines militares, causantes de la anarquía y el desdoro del Perú. Al conocer el levantamiento y que "las leyes habían sido ensartadas en la bayoneta del soldado", Grau convoca a los marinos y hace prender las calderas del Huáscar. Emprende entonces una correría, como las de más tarde en defensa contra la invasión extranjera, para salvar las instituciones y el orden constitucional. Dirigiéndose desde Islay a las autoridades del Sur del Perú, les dice que hay que "salvar a la República del abismo en que la ha colocado la ambición de cuatro soldados sin prestigio, que han osado poner su planta sobre la frente de nuestra desgraciada patria para humillarla y sacrificarla al logro de sus innobles y temerarias pretensiones". A los marinos, a los que perora en una reunión a bordo del Marañón, los excita a "defender la ley y las instituciones, cumpliendo así con los deberes que imponen la Patria y el honor".

En 1875, Grau, espíritu cívico ejemplar y miembro conspícuo del partido Civil, es elegido diputado por Paita. Asiste a las legislaturas de 1876 a 1878, alejado de la marina por suspicacias políticas en momentos decisivos para la defensa nacional, y en el desempeño de su función legislativa exhibe la misma sobriedad de gesto y de alma que en la milicia. Habla pocas veces, declarando que no conoce los usos parlamentarios y apoya gastos de magnanimidad y filantropía. En la Cámara alterna con grandes figuras civiles como Cisneros, Chacaltana, Oviedo, Ribeyro, Manuel María Gálvez, Cornejo, don Juan Luna, o su conprovinciano Ignacio García. El y Lizardo Montero, los dos marinos ilustres y servidores del orden jurídico, votan la suspensión de las garantías individuales cuando Piérola subleva y secuestra el Huáscar, donde él hubiera querido ver flamear únicamente la bandera de la legalidad.

Grau es capitán de navío cuando estalla la guerra con Chile, en abril de 1879. La declaratoria de guerra encuentra al país desarmado y desprevenido. El destino del Perú pendió siempre del mar. Sus costas abiertas, "que sólo tienen defensa en sus propias esterilidades", son fáciles de invadir. La posesión del mar define, por entonces, el destino del Perú. Y los buques peruanos yacen desarmados y maltrechos y no se ha adiestrado marinos ni comprado proyectiles. Grau clama inútilmente por bombas Palliser, que serán las que le venzan al fin. La escuadra del Perú, con buques de diverso andar e inferiores a los chilenos en tonelaje, en cañones y en blindado, merece que Grau, llamado a última hora, la moteje de "museo naval". El Perú había vivido el sueño de la paz y de la armonía continental. Chile preparó metódica y pacientemente la guerra y cuando el Perú inició las gestiones para la paz, la mediación o el arbitraje, la agresión estaba ya decidida. Lo de que el Perú buscó la guerra es una invención póstuma y desleal de algunos historiadores chilenos. Prado, en su

proclama, dijo sinceramente al pueblo: "la guerra nos ha tomado con sorpresa. Los chilenos estaban preparados para la guerra. Nosotros por desgracia no lo estábamos, porque confiábamos en la paz". Y Vicuña Mackenna historiador de la hora primera dijo: "Tarapacá habría sido nuestro en abril... con solo abrir los portalones de nuestros blindados y echarlos a la playa los batallones de Lima que teníamos a nuestra disposición desde mediados de Febrero". No habían valido las advertencias oportunas de Salcedo y de Grau sobre la necesidad de reforzar nuestro poder naval claudicante, y el Perú estaba inerme con sus costas abiertas frente a la invasión.

Fue entonces lo que Jacinto López ha llamado el "milagro naval de la guerra del Pacífico". La escuadra de Chile, dirigida por el Almirante Williams Revolledo, en vez de atacar a la escuadra peruana desarmada en el Callao, decide el bloqueo de Iquique, la zona salitrera ambicionada y el bombardeo de los puertos del Sur peruano.

Ante esta táctica estacionaria Grau desenvuelve, en una absoluta desigualdad de condiciones y de recursos, una ofensiva insólita, que desconcierta al Almirante enemigo, roe el hierro de los blindados inútiles, "produce estupor en el pueblo chileno y vértigo en el gobierno" según Vicuña Mackenna.

El Huáscar recorre el litoral boliviano, sorprende y decomisa cargas de guerra, apresa a un transporte con un batallón, armamentos y vestuario, y se pasea impávido por las costas chilenas, desafiando y burlando el poder de Chile. El pueblo de Santiago, ante el ataque de Grau en Iquique y el hundimiento de la Esmeralda, pide el cambio del ministerio y del comando y el Presidente Santa María declara que "Chile tenía en el Norte un ejército sin general y una escuadra sin Almirante". En ello se transparenta la posición anímica de los dos pueblos. En Chile prevalecían virtudes que escaseaban en el Perú: el sentido del orden, el método, la paciencia, la acción colectiva lenta y segura. En el Perú predominó, hasta la guerra misma, la imprevisión, la ligereza, la falta de cohesión, la acción unipersonal. Grau, constreñido a usar la estrategia de la necesidad, fue, a la inversa de Williams Revolledo, un almirante sin escuadra, con un solo buque fantasma para oponerse al ataque masivo de Chile. Contrastan por eso en los seis primeros meses de lucha en que Williams Revolledo permanece como hipnotizado frente al salitre de Tarapacá, las gallardas correrías del Huáscar en la costa de Mejillones, en la que había de caer al fin acosado por el peso del hierro enemigo, y las de la Unión con Aurelio García y García que recorre impunemente todo el litoral chileno y aparece en Punta Arenas sorprendiendo a los habitantes del Estrecho de Magallanes.

Ningún historiador ha expresado con más justeza y brillantez el significado del Huáscar en la guerra con Chile, que el venezolano Jacinto López. En su "Historia de la guerra del guano y del salitre", ha escrito estas palabras gallardas, que debieran grabarse al pie del monumento a Grau:

"Mientras este solo buque peruano, el Huáscar, subsistiese, mientras el Huáscar estuviese en el mar; mientras Grau estuviera en el Huáscar, Chile no desembarcaría un solo soldado en el territorio peruano y las hordas de la conquista se pudrirían en Valparaíso y Antofagasta en la larga espera del desenlace de la guerra del Huáscar contra la escuadra chilena. Este es un hecho sin precedente en la historia de las guerras navales del mundo entero. El Huáscar prestó servicios incomparables. El solo hizo la guerra naval. El solo protegió al Perú contra la invasión. El solo hizo la obra de una escuadra. Esta es una epopeya como la de la Independencia. Este es el pedestal de Grau y la gloria del Perú. Este es el milagro de la guerra naval en la guerra del Pacífico". Así, por obra exclusiva de Grau, el Perú bebió en la copa de ambrosía del triunfo y Chile saboreó el amargo sabor de la derrota.

Grau conoció entonces, pasajeramente y en trance de muerte, los halagos de la popularidad. Fue el ídolo multitudinario en el Perú y en Bolivia y una figura de leyenda en el mundo entero. Los corresponsales de los grandes diarios neoyorquinos, ingleses y bonaerenses, propagaron sus hazañas y divulgaron su figura noble y viril. Grau era entonces un hombre de 45 años, de buena estatura, ancho y macizo, con una osamente vigorosa, de fuerte caja torácica y caderas robustas, los ojos verdes oscuros y melancólicos, bajo el arco negro de las cejas y el rostro cetrino, curtido por los vientos marinos, y circundado por la pelambre negra de las patillas a la moda española de la época. Esta figura noble y bondadosa, cobijada tras de un haz compacto de músculos y tendones, y cuya voz delgada no respondía a su enérgica complexión, realizaba el ideal masculino de la fuerza de los héroes homéricos que adiestraban el cuerpo para la lucha y tendían al tipo atlético como Aquiles o Diómedes o se acercaba al vigoroso modelo de los caballeros corpulentos de los cantares nórdicos.

Pero los quilates mayores de la personalidad heroica de Grau, fueron su humanidad irrenunciable y su ingénita modestia. No dejaba tras de sí —dice el italiano Caivano— poblaciones indefensas incendiadas, ni destruía vidas y propiedades innecesariamente. El pueblo y sus admiradores le reprocharon muchas veces que pudiera destruir poblaciones inermes o pudiera dejar sin agua al ejército de Antofagasta y no lo hiciera. "Grau sirvió a su patria, dice hidalgamente el chileno Bulnes, con valor, con destreza y con humanidad. Imprimía a sus acciones una nota caballeresca. Jamás se encuentra bajo su pluma una injuria ni su buque ahondó inútilmente los males de la guerra".

A las aclamaciones de la multitud en el período triunfal de Mayo a Octubre de 1879, respondió sencillamente: "Yo no soy sino un pobre marinero que trata de servir a su Patria". En un banquete contestó a los brindis efusivos con una nueva promesa heroica: "Todo lo que puedo ofrecer en retribución de estas manifestaciones abrumadoras, es que si el Huáscar no regresa triunfalmente al Callao, tampoco yo regresaré".

El sacrificio de Grau en Angamos, a la vez que una inmolación expiatoria en que los buenos y humildes borraron el oprobio de los malos y los soberbios, como dijo Prada, fue también un conjuro que hizo despertar lo heroico que duerme en todos los corazones. Como los caballeros de la Mesa Redonda, Grau trajo al sentimiento de la nacionalidad el santo Graal, el místico cáliz en que bulle la sangre del martirio y del que surge la hermandad nueva, el talismán de la fe que incita a nuevas aventuras y arrastra al culto del honor, impulsado por una celeste espada.

El rostro familiar de Grau, que hoy entronizamos en esta sala que lleva su nombre, en este Club que se honró en tenerle como socio, y donde un hijo suyo prolongara, con su bonhomía y su sencillez, incapaz de vanidad y de pompa, las virtudes caballerescas de su padre, y fue la imagen rediviva del Almirante, perdurará en la estampa que ha recogido de las más tiernas tradiciones filiales, el espíritu artístico de Ricardo Grau. Esa imagen es uno de los mejores símbolos que podemos ostentar, del espíritu de las clases directivas del Perú en su tarea de hacer patria, cuando engendran hombres del temple de Grau, capaces de cumplir una sublime hazaña, enseñando el valor sin jactancia y el triunfo sin trofeos, y cumpliendo gallardamente el destino de su pueblo de señorío, de civilidad y de paz.

Lima, 8 de Octubre de 1954



El monumento "A la gloria del Gran Almirante del Perú Miguel Grau", que se levanta en la plaza del mismo nombre, en Lima. Obra del escultor Victorio Macho.

EN LA INAUGURACION DEL MONUMENTO A MIGUEL GRAU EN LIMA

por José Luis Bustamante y Rivero
Presidente de la República

Deudos del Almirante Grau:
Excelentísimos Señores:
Conciudadanos:

Exaltemos en esta ceremonia la figura de un prócer que ha ganado en la Historia la jerarquía de los hombres-símbolos. En homenaje silencioso e íntimo, el Perú le ha rendido durante más de sesenta años el culto reverente de su admiración y de su gratitud. Diríase que al alma nacional, presa del estupor de la grandeza, guardaba en lo profundo de su asombrado recogimiento la emoción de la hazaña. Hoy, el fervor de ese homenaje rebosa ya los límites de la interna devoción espiritual; y al materializarse en este monumento, publica en bronce y en piedra el justo galardón de heroísmo y señala a las gentes de ahora y del futuro un altísimo ejemplo de inmolación por el deber.

Providencial destino es el del hombre que en el decurso de su vida logra asumir las características del héroe. Quien alcanza esa altura, no constituye sólo el caso aislado en que llega a su ápice la sublimación de la virtud; sino que, como fruto de selección del medio del cual surge, es índice y medida de las posibilidades morales de un pueblo y permanente paradigma que marca a sus generaciones la meta excelsa que les es dable conseguir. En tal sentido, el heroísmo inviste un doble significado: en el campo individual, es floración de la pujanza de una personalidad; y como expresión social, alquitarado resumen de las excelencias de una raza y estímulo cimero de sus ansias de superación.

A los genios y a los héroes debe la Humanidad su trayectoria de laborioso pero constante perfeccionamiento. Luz es el genio que rasga y amplifica el horizonte de las concepciones humanas. El heroísmo es fuerza anímica, noble mixtura de idealismo y sentimiento, que desborda el rasero de las usuales actitudes y lleva a las supremas realizaciones del sacrificio deliberado y de la acción magnífica. Pero si el genio, expresión máxima de superación del talento, funciona como un don de la naturaleza que, incluso al margen del raciocinio, intuye la verdad en instantánea clarividencia, el heroísmo se forja en las reconditeces de la personalidad por la obra paciente de una voluntad creadora que, en un continuo depurarse de rastrerías y miserias, concentra su aptitud de movimientos en los dominios de lo sublime e imprime a cada uno de sus actos el sello generoso del propio renunciamiento en aras de una causa o de una idea.

Así surgen los héroes y este es el mérito de su preclara vocación histórica. Mientras el genio vive en las cumbres y orienta desde ellas la penumbra del llano, el héroe conoce la explanada sin contagiarse de mediocridad; y de escalón en escalón, aguijoneado de ideal, dándose en holocausto a un altruísmo que no sabe de intereses, llamando a su servicio la

Uno de los impresionantes frisos laterales del monumento a Grau en Lima.



El segundo friso que simboliza también el sacrificio de los héroes de Angamos.



energía de un carácter de férrea contextura, asciende hasta las cimas de la proeza o el martirio donde le aguarda, sin saberlo, el beso de la gloria.

Por eso es vasto el campo en que se desarrolla el heroísmo: vasto como el escenario de las actividades del humano vivir. Hay héroes humildes y grandiosos, de hogar y de epopeya, exponentes los unos de las virtudes cívicas, los otros investidos de arrogancias marciales. Tan pronto la acción heroica se exterioriza en provecho de un semejante en desgracia, como responde a los llamados de una Patria en zozobra. Ora se lanza el héroe a la espiral de un torbellino para arrancarle la presa de una vida, ora desciende al ruedo de los circos para brindarse en roja flor de santidad. Unta la llaga del leproso con los pulpejos caritativos, o desafía la muerte por alcanzar una reivindicación. Y en cada uno de estos trances, la voluntad del héroe pone proa al peligro con la decisión imperturbable de su estoica serenidad.

Miguel Grau tenía el temple de estos hombres superiores. Era el auténtico héroe del mar. Conocía la borrasca; y sus ojos, saturados de inmensidad, estaban hechos al panorama de lo infinito. Sus sueños eran anchos como las olas; y en su alma, familiarizada con el océano, sólo cabía la grandeza. Aprendió desde niño la perseverancia del flujo que socava las rocas a lo largo de los milenios; y sabía que a fuerza de distancia, en la línea del horizonte, se dan la mano el mar y el firmamento como en mudo apretón de dos irreductibles soberanías. Latía su corazón al ritmo del oleaje, regular y pausado, mas presto siempre al aviso de los vientos, que lo transforma en temible instrumento de la tempestad. Jugaba con los riesgos como las ondas con la barca diminuta y endeble; y era parco en sus iras, a la manera de las aguas, que, tras la tormenta breve, dan paz al navegante bajo la caricia del sol.

Allí, en el mar le sorprendió la guerra. Su nave era pequeña, pero indomable su coraje. Aceptó el reto del destino con flema de espartano. El "Huáscar" se hizo relámpago bajo el impulso de su audacia. La campaña, eficaz y ágil, se multiplicaba en proezas. Con esguinces de anguila, el monitor fantasma esquivaba el acecho de sus perseguidores. De vez en vez, el encuentro certero o inevitable. Aquí y allá, a lo largo de la costa, los puertos indefensos a los cuales llevaba noblemente una limosna de esperanza. Luego, otra vez la correría incansable y cautelosa. Fugas y ataques, éxitos y averías. Y, por fin, la apoteosis: un combate de épica bravura; estruendo de metrallas y horror de carnicería; un barco mal herido, como pavesa humeante sobre las aguas rojas; nimbado el rostro de majestad olímpica, un hombre que sucumbe sobre el puente de mando; y una puerta que se abre en la ruta de la inmortalidad. Después de nuevo la sangre y la metralla; una sucesión de valientes que reemplazan al mártir en la conducción de la pelea; más tarde, la agonía de la nave; el agua que pe-



El recio perfil del Almirante Grau, según la concepción del escultor.

netra por las válvulas en sus entrañas rotas; el áspero clamor del abordaje; un adversario hidalgo que se descubre ante la tragedia; y un pabellón al tope que aún flota piadosamente sobre el rimero de muertos, en el vasto silencio del mar...

Almirante:

La dimensión de vuestra hazaña se ha agrandado en el tiempo. En la lejana perspectiva es Angamos un símbolo de gigantes contornos y de perennes enseñanzas. Allí tuvo su triunfo el poder del espíritu sobre la mezquindad de la materia. Disponíais de medios limitados y frágiles; mas vuestro aliento supo darles eficacia y grandeza. Vuestra nave minúscula ha crecido, Almirante; y hay un sutil poder de fuego que envidian los cañones en el silencio austero de sus cubiertas desmanteladas. No fue infructuoso vuestro sacrificio ni un vano gesto de inmolación de quienes con vos cayeron en la brega; vuestras sombras augustas presiden nuestros mares; y hay un altar para vuestro busto en cada nave de nuestra flota, y un rincón de emoción en cada pecho de nuestros marinos. La Armada del Perú cifra su orgullo en vuestra memoria; y la Nación, espiritualmente congregada al pie de este monumento, os dice con acento de estremecida gratitud:

¡Gloria a Vos, Almirante!



Vista de la gloria y del conjunto monumental dedicado a Grau en Lima.

EFIGIE DE GRAU
por Jorge Basadre

Como del carbón sale el diamante, así de la negrura de esta guerra sale Grau.

La posteridad ha indultado a su generación infausta porque a ella perteneció el comandante del Huáscar. Olvida desastres y miserias y la mira con envidia porque le vio y le admiró.

Nada es un hombre en sí y lo que él puede representar lo ponen quienes lo interpretan. Ni hombres ni hechos derivan grandeza permanente sino de su asimilación con eternas ideas de justicia, de belleza o de dignidad, con un pueblo o con una época. Hablar de Grau, es evocar una figura que lentamente va perdiendo para los peruanos su ligamen exclusivo con los acontecimientos dentro de los cuales se desenvolvió, para tomar los caracteres de un arquetipo. El Perú no lució durante la guerra de la independencia, al lado de los muchos heroísmos encomiables, un gran héroe simbólico; y las luchas intestinas republicanas están demasiado cerca para que los personajes en ellas surgidos se limpien todavía de todas las contradictorias pasiones entonces desatadas y de los intereses que de ellas se derivan. Ante Grau, en cambio, no obstante su cercanía en el tiempo y las violencias a que estuvo unido, la opinión nacional se prosterna segura y sin desacuerdos y la opinión extranjera acata este homenaje y a él se asocia con respeto evidente. Los técnicos nacionales y extranjeros admiraron desde que empezó la guerra entre el Perú y Chile al comandante del Huáscar. Los poetas más diversos desde los románticos o post-románticos de su hora hasta algunos de los más jóvenes y de las más iconoclastas escuelas nuevas, lo cantan. González Prada mismo en sus páginas, a la vez marmóreas y venenosas y tan ávidas de exhibir huesos y máscaras, puso un inusitado calor de simpatía humana y orgullo patriótico, raro en tan contradictorio escritor, cuando de Grau escribió como si estuviera grabando sus palabras. A los niños se les puede enseñar el culto de este nombre sin que de él emanen impuras influencias. Sobre un pedestal de fuego desgarradoramente patético en el que, por las culpas de unos y las faltas de otros, se iba a producir el holocausto de la Patria, aparece sencilla y serena la figura del piurano modesto que era también un cristiano viejo y un criollo auténtico.

El heroísmo es, en la mayor parte de los casos, una ola fulgurante que se alza brusca e inspirada ante la presión de un momento decisivo.

Bernard Shaw dijo que representa la única forma de lograr la fama sin tener habilidad. La gloria de Grau no es sólo la del 8 de Octubre. Es, muchos días y semanas y meses antes, cosa cotidiana, tarea menuda y trabajo sin cesar. Existe la versión de que, al estallar la guerra, por el efecto deletéreo de conspiraciones y revueltas, desorden administrativo y escasez económica, la disciplina de la escuadra no era la mejor que podía ser; y que los marineros criaban aves domésticas para su negocio particular en la torre del monitor. Acaso eso no fuera completamente cierto; pero sí es

fidedigno que Grau tuvo que dedicar bastante tiempo a hacer ejercicios y maniobras con su gente, la mayor parte de la cual era colecticia; y es exacto también que el espolonazo del Huáscar a la Esmeralda resultó de la falta de puntería, más tarde superada. Esta es la modalidad de la obra de Grau, que recibe el más vivo elogio en la publicación técnica francesa de la época titulada el Bulletín de la Reunión des Officiers. Al estudiar lo que hizo, preciso es recordar con qué elementos trabajó y cabe preguntar qué hubiera sido del Perú con Grau en un barco como el Cochrane o el Blanco Encalada.

Enseñando con el diario ejemplo, que es la mejor manera como el jefe siempre puede enseñar, Grau acabó haciendo del Huáscar no sólo el mejor barco de la marina peruana sino la espada única y el solo escudo del Perú que detuvo la invasión durante seis meses largos y ello fue porque no sólo Grau tuvo coraje sino además el don de organizar y disciplinar a los suyos, la destreza para tomar la iniciativa, la exactitud para conocer y medir cada situación, el don para el mando sin los cuales la bravura mayor y los conocimientos más profundos pueden resultar estériles.

La variedad de sus recursos fue grande, utilizando el espolón con la Esmeralda, empleando la velocidad para esquivar al Blanco Encalada, capturando con la Unión al transporte Rímac y enfrentándose en Antofagasta a varios barcos y a la artillería del puerto.

El heroísmo en Grau fue, así, resultado de su eficacia, parte integrante de ella, como el fuego sale del calor. No emergió, por cierto, como cosa recóndita o desapercibida para su pueblo. Con un instinto profundo sus contemporáneos vieron en él a quien iba a representarlos ante la historia, ante sus hijos, ante los hijos de sus hijos y ante la posteridad lejana. Pero conociendo así la gloria más apoteósica antes de haber muerto como pocos hombres la han conocido, Grau no se cegó ni se embriagó.

Más allá de la vanidad y de la ilusión, diríasele resignado a los secretos y mandatos del destino, lejos de todo gesto pasajero, de toda preocupación superficial. Ni los sueños ni las veleidades de los débiles turbaron su tranquilidad taciturna. Tampoco el frenesí de los violentos, ni las angustias de los sórdidos. No corrió por egoísta impulso para cautivar a la gloria; ni, cuando ella vino, se cohibió ante ella. Nada había de innaccesible o de afectado en este paladín que acumuló hazañas con la bonachona sencillez de padre de familia que exhala en los retratos su curtido rostro de patillas negras. Al regresar a su patria después de hacer lo increíble frente a los homenajes estentóreos y a los elogios retóricos exclamó: "Yo no soy sino un pobre marino que trata de servir a su patria". Y en otra ocasión en el banquete que le fue ofrecido en el Club Nacional dijo en un brindis: "Todo lo que puedo ofrecer en retribución de estas manifestacio-

nes abrumadoras es que si el Huáscar no regresa triunfante al Callao tampoco yo regresaré".

En un autógrafo publicado en Buenos Aires en la colección de Lagomaggiore un año antes de la guerra había él elogiado el aporte que dentro de la civilización humana representa la marina y había propuesto que cuando la autonomía y las instituciones de nuestras Repúblicas fueran amenazadas quedasen unificadas todas las fuerzas navales de ellas bajo el mismo pabellón concluyendo con estas palabras que resultaron irónicas: "A la presente generación toca preparar el camino de la preponderancia americana". Su deber fue, de pronto, matar y destruir; pero al cumplirlo supo tener una nobleza de caballero antiguo. Y así, contra las duras exigencias de la guerra y contra las recias pasiones del momento, envió con una carta admirable a doña Carmela Carvajal de Prat las reliquias dejadas por su esposo, contendor suyo; salvó a los chilenos náufragos de la Esmeralda y perdonó al Matías Cousiño, evitó la destrucción de las poblaciones inermes; desdeñó la lucha con barcos inferiores. Sobre la sangre puso luz. Se hizo grandemente temible sin cometer un solo acto ilegal o cruel. Sus victorias resultaron buenas acciones. Significando él tanto para el adversario, éste no lo pudo odiar. En pleno delirio patriótico, poco después de la muerte de Prat y antes de Angamos, pudo Vicuña Mackenna escribir en Santiago llamándole hombre formado por sí mismo, cuyos grados habían sido ganados mandando buques, cuyo nombre estaba lleno de probidad y juicio, para luego decir que era brillante piloto, hombre de valor, navegante eximio, hidalgo corazón; y para recordar, por último, que, aún careciendo de fortuna, viajó a Chile en 1878 a llevarse los restos de su padre fallecido en Valparaíso.

Por todo ello, resulta Grau, tan excepcional: precisamente por haber estado formado nada más y nada menos que por las mejores y más simples virtudes que pueden pedirse a un varón cabal. Cuéntase entre ellas, por cierto, el amor a su tierra que es ingénito en todo ser bien nacido. Igualmente, el espíritu cívico del buen ciudadano. Asimismo, la abnegación del verdadero patriota que no sólo cumple su deber sino que por él se inmola cuando es necesario. Al lado de ella tuvo la modestia que, en la gente de bien, no está reñida con la altiva dignidad. Y por otra parte, encarna el dominio o maestría que todo profesional aspira a obtener en su oficio o vocación. Enlaza así las más altas cualidades castrenses, con las mejores virtudes de la vida civil. Honrado en el camarote y en la torre de comando, lo es también en el salón y en el hogar. Es buen marino y, asimismo, buen esposo. Carece de los vicios hispanoamericanos de la improvisación, el desorden, la exageración, la sensualidad, la mezquindad y de aquel otro que Bolívar señaló cuando dijo que el talento sin probidad es azote de América.

Con él en nuestra historia, tan llena de abismos y a la vez bordeada de cumbres, renace la estirpe de los hombres que hizo posible el dominio del suelo duro y áspero, la creación de un Perú legendario y la gran aventura de la Independencia del continente; la raza que justifica nuestra existencia como pueblo libre; la gente que nos dio temprano un sitio de honor en el mundo y que a veces —esperamos que equivocadamente— suele parecer extinguida o puesta de lado por la caterva vociferante y audaz de los enanos, por la desmoralización de los débiles y por el aprovecharse de los malos. Por eso, Grau expresa las potencialidades que, a pesar de todo, hay en nuestras gentes; nos da un incorruptible tesoro espiritual: hierro de heroísmo, plata de aptitud, oro de bondad. Y, como a todos los grandes de esta América para la que la historia es sólo prólogo, puede ser llamado Adelantado, Fundador, Padre.

DON MIGUEL GRAU
CONTRALMIRANTE PERUANO

por Francisco de Paula Pavía

Vicealmirante de la Armada Española

El Contralmirante peruano don Miguel Grau, que murió gloriosamente en el combate de Mejillones el 8 de Octubre de 1879, era un insigne marino, cuyo rostro retrataba al vivo la inalterable apacibilidad de su espíritu. Fue siempre en extremo irreprensible en sus costumbres y absolutamente desprendido de todo interés mezquino. Se hacía querer y respetar de sus subordinados. Su maestría en la profesión, su actividad en todo género de empresas, su impetuoso denuedo en el avance, su tesón inflexible en el empeño, y sobre todo su inalterable serenidad, hacen de Grau, el tipo de un bravo marino, digno de tener imitadores.

Además sus principios religiosos le honraban. Había aprendido a adorar a Dios en la inmensidad del Océano, y en las majestuosas tempestades de los mares había divisado como los destellos luminosos de la Divina providencia. Por eso antes de salir a campaña, fue humilde a inclinarse ante un ministro del altar, y así llevó al combate su alma pura y su conciencia tranquila.

La República del Perú, perdió en el Contralmirante Grau, un marino entendido, un militar valeroso y una persona apreciable por sus virtudes y circunstancias.

Revista General de Marina
Madrid - 1884

INFORMES DE LA PRENSA EXTRANJERA

"HERALD"

"No se necesita haber estado del lado del Perú en la infortunada guerra de Sud-América, para lamentar que el gallardo "Huáscar" haya sido capturado por los chilenos. Algo que parecía buena suerte, pero que probablemente no era sino competencia en su manejo, ha colocado repentinamente a este buque entre los más famosos que han surcado las aguas americanas. Ninguna empresa era demasiado grande ni demasiado pequeña para él. Que mantenga su antigua reputación, ahora que se halla en otras manos, es muy dudoso, porque comandantes tan hábiles como Grau no hay muchos".

New York, 10 de Octubre de 1879.

"TIMES"

"El "Huáscar" es un buque histórico, figurando en todos los combates navales en el curso de la guerra; ha bombardeado las poblaciones de los chilenos (sólo las fortificadas), perseguido y capturado los buques transportes y ha sido por varios meses el terror de la costa chilena. Al mando de un hábil y valiente oficial, y tripulado por hombres excelentes, el "Huáscar" ha sido siempre un formidable adversario".

Londres, 10 de Octubre de 1879.

INFORMES DE LA PRENSA EXTRANJERA

"TRIBUNA"

"Grau murió, pero no ha muerto en la memoria de los argentinos el nombre de ese gran titán de los mares. El "Huáscar", la pesadilla de la escuadra chilena; Grau, la pesadilla de los chilenos; inseparables eran, el navío y el Contralmirante. La estrella polar de Grau era la victoria y, antes de rendirse, prefería la muerte. Cruzaba por su imaginación una idea que pudiera en la práctica dar buenos resultados a sus planes y sin titubear la aceptaba, por más peligros que encontrara para realizarla. ¡A Antofagasta!... gritó un día, y se dirigió allí donde los buques chilenos se habían estacionado... En la obscuridad se deja ver un resplandor; era la alarma que cundía. El rayo de la guerra fulminaba tremendo sobre los buques chilenos y la corona de la victoria vino a posarse sobre las sienes de Grau. Hechos como éste pueden citarse muchos consumados por el intrépido marino. Honor a él. ¡Gloria eterna a los vencidos de Mejillones! El pueblo argentino, que ha seguido con la simpatía más entusiasta los hechos gloriosos de Grau, quiere dedicar a su memoria el postrer tributo".

Buenos Aires, 11 de Octubre de 1879.

"ESTRELLA DE PANAMA"

"La noticia de la captura del "Huáscar" anunciada ayer 10, de Londres, por cable, causará dolor en muchos pechos, hasta en los que simpatizan con Chile. El denodado buquecito parecía tener vida encantada, por la impunidad con que había llevado a cabo las numerosas y arriesgadas empresas a que con frecuencia lo llevaba su valiente Comandante. Por otra parte, su Comandante el valeroso Contralmirante Grau había obligado la admiración de todos, sin exceptuar la de los enemigos menos obcecados. No dejaba en pos de sí poblaciones indefensas incendiadas ni destruía vidas y propiedades innecesariamente; su conducta ha sido siempre la de un marino pundonoroso y la de un cumplido caballero. Puede decirse que hasta ahora el "Huáscar" ha sido el protagonista en la campaña de una y otra parte, y el único elemento de actividad en la historia de la guerra".

Panamá, 11 de Octubre de 1879.

Memoria de Macina

MEMORIA PRESENTADA AL SUPREMO GOBIERNO POR EL C. DE N. COMANDANTE GENERAL DE MARINA, MIGUEL GRAU EN EL AÑO DE 1878.

Excmo. señor:

Cábeme el honor de presentar por primera vez a la alta consideración del Supremo Gobierno, una Memoria de la Comandancia General del Departamento Marítimo de la República. Al emprender este trabajo, rodeado de dificultades por la estructura que insensiblemente ha ido tomando el servicio de la Armada en general, apartándose notablemente del que prescriben las Ordenanzas Navales, no me lleva, ciertamente, la idea de presentar a V.E., como desearía, un estudio detenido y completo de nuestra Marina; pero sí el cumplimiento del deber con el franco propósito de que V.E. se imponga del estado actual de nuestra Escuadra, para que conozca la fuerza útil marítima de la Nación, pueda proveer a sus necesidades y darle la preponderancia que tanto ha menester.

Nada nuevo o ignorado voy a manifestar en la presente Memoria; lo que expongo está en la conciencia de los jefes y oficiales que conocen a fondo nuestro Cuerpo y todos, con el sentimiento de cariño que necesariamente profesan a la carrera que han abrazado con abnegación, manifiestan constantemente el deseo de que V.E. dé vida y organización a esta parte de la fuerza pública, llamada a contribuir al sostenimiento del orden interior de la Nación y a tomar la iniciativa en defensa de su soberanía.

Felizmente existe un germen de ilustración e interés en el personal de nuestra Marina, pronto a producir resultados satisfactorios; pero como todo en el orden natural necesita la fuerza impulsiva, esa acción está en manos del Supremo Gobierno, y siempre que se deje sentir, será secundada con interés y entusiasmo en provecho propio y del buen nombre de la Nación.

I

ORDENANZAS NAVALES

Tiempo ha que el servicio militar y administrativo de la Armada viene perdiendo su importante organización, lo que indudablemente tiene por principal origen la falta de Ordenanzas Navales apropiadas que rijan con vigor todos los procedimientos de su personal.

Verdad es que no están expresamente derogadas las antiguas ordenanzas españolas y que a ellas apelamos frecuentemente; pero en su mayor parte son impracticables y muy principalmente en lo penal, que están en completa contraposición con nuestras instituciones y leyes patrias. Largo sería enumerar y probar cuánto pierde la disciplina y buen servicio y hasta qué punto puede ser funesta la falta de có-

digos que impongan a cada uno sus deberes y la pena que merece el faltamiento a ellos; e inútil creo insistir sobre el particular, puesto que hace años el Supremo Gobierno, comprendiéndolo así, tiene nombrada una Comisión de jefes respetables de la Escuadra que se han ocupado y se ocupan, actualmente, en la reforma de las antiguas ordenanzas, reforma cuyos benéficos resultados redundarán en provecho de la Marina, en particular y de la Nación, en general.

Estando al frente del puesto honroso que V.E. me ha confiado, en el cual continuamente hay que estar en contacto con las Ordenanzas, y aunque sé que la Comisión que se ocupa de su reforma tiene la competencia y el entusiasmo necesario para realizar tan importante obra, creo de mi deber también, contribuir pidiendo a V.E. a nombre de la Marina, su apoyo eficaz en la terminación y planificación de ese elemento organizador, sin el cual ningún Cuerpo puede marchar con firmeza y regularidad.

II

COMANDANCIA GENERAL DEL DEPARTAMENTO

Aunque la promulgación del Código Naval que actualmente se redacta ha de regularizar en todas sus partes el servicio de la Armada y ha de restablecer, por consiguiente, a la Comandancia General y a todas las dependencias de Marina sus propias y peculiares atribuciones que, penoso es decirlo, están del todo restringidas, cumple a mi propósito, manifestar el estado actual de esta autoridad.

Las antiguas ordenanzas como las modernas de todas las naciones, dan a la Comandancia General del Departamento, para investirla del carácter elevado de tan importante puesto, facultades extensísimas en toda su jurisdicción, y a ella no sólo toca ordenar y dirigir con libertad todo su mecanismo interior, sino proceder con oportunidad y energía en aquellos casos que, a su juicio, crea urgentes al buen servicio, aunque no lo estén expresamente consignados, dando cuenta necesariamente a la autoridad superior para su sanción. De la Comandancia General parten todas las órdenes del servicio ordinario y a ella vienen a parar las necesidades que manifiestan igualmente sus dependencias para proveer lo conveniente, sin que sea necesario a cada paso distraer las altas atenciones del Supremo Gobierno o de otras autoridades superiores, en asuntos que le son peculiares en virtud de las prescripciones que le señalan las ordenanzas; así conserva el puesto el prestigio y respeto que debe rodearle y el buen servicio marcha con la actividad y regularidad indispensables.

Pero, actualmente y desde algún tiempo atrás, la Comandancia General del Departamento Marítimo, no conserva su verdadero modo de ser y están tan limitadas sus más pequeñas facultades, que funciona más bien como oficina de transcripción que como administrativa. La sección de Marina en el Ministerio del Ramo ha absorbido casi por completo las vastas atribuciones de aquella, pues ella orde-

na, no sólo las disposiciones superiores de cierta naturaleza e importancia, sino aun las del servicio ordinario; así es que, poco más o menos, están niveladas las labores de la Comandancia General con las de la Mayoría de Ordenes y, por consiguiente, estas oficinas, así constituídas, lejos de ser de utilidad, no hacen sino demorar inútilmente el despacho diario de las órdenes superiores.

Además, la Comandancia General del Departamento, que es la llamada a tener el mando militar de la plaza, ha sido subrogada completamente en esta parte por la autoridad política. Esta irregularidad viene necesariamente en desprestigio de la autoridad legítima y no es de extrañar que, como ha sucedido ya, aquella hubiese tratado de poner las manos hasta en el servicio interior de los buques.

En vista de las extensas facultades y preeminencias que las Ordenanzas Navales dan a la Comandancia General en el límite de su jurisdicción y del papel que viene representando, la posición de ésta es bien difícil. Tengo para mí, que para que una autoridad goce de todo su prestigio y sus disposiciones impriman el carácter del puesto que ocupa, no debe declinar de sus deberes, como tampoco abrogarse los ajenos, de lo cual también depende la buena marcha de los asuntos que le están confiados. Esto pasa en todas las esferas del orden administrativo y gubernativo y, muy especialmente, en el servicio militar, cuyo relajamiento es tan funesto al buen nombre de la Nación.

Esta es la situación actual de la Comandancia General, la misma que manifesté a V.E., antes y después de que me honrase con tan importante y elevado cargo; pero persuadido estoy que no tardará en operarse una reorganización completa, pues los nuevos Códigos Navales la han de colocar en su verdadero puesto y porque V.E. no puede desconocer la importancia de esta autoridad, que debe vigilar y atender muy de cerca y exclusivamente el servicio de la Armada.

III

MAYORIA DE ORDENES Y COMANDANCIA DE ARSENALES

Estas dos dependencias están desempeñadas por un solo Jefe de la Escuadra, que tiene el nombramiento de Mayor de Ordenes y Comandante de Arsenales.

En la actualidad que se carece de un verdadero Arsenal, que no existen fuerzas de Marina, ni los demás cargos anexos al Comandante de Arsenales, no se hace notar la falta de un Jefe especial para esos puestos; pero es indispensable, una vez organizado el servicio de la Armada la separación de ambas dependencias, pues tienen variadas y multiplicadas labores.

La escasez de oficiales, como indicamos adelante, hace que todas las oficinas del Departamento carezcan de ayudantes suficientes para llenar todas las funciones del servicio que les están encomendadas.

IV

PERSONAL DE LA ESCUADRA

Jefes

La Escuadra cuenta con un número suficiente de Jefes de Marina para atender a su servicio; las aptitudes de todos ellos y sus honrosos antecedentes los han hecho siempre dignos de la atención del Supremo Gobierno, por lo cual han sido siempre considerados, no solo ocupando los principales puestos de la Escuadra, sino colocaciones no menos importantes fuera de ella, como sucede actualmente.

Oficiales

El personal de oficiales, por el contrario, es sumamente reducido y aunque en el escalafón se halla inscrito un número suficiente, muchos de ellos están fuera del servicio por distintas causas.

Actualmente los buques de la Escuadra no tienen la dotación de oficiales que les corresponde, ni la indispensable para tener abordo la vigilancia y disciplina interior, que sólo puede conseguirse con la presencia de un número competente de oficiales, que desempeñen con interés y constancia sus labores, sin hacerles el servicio recargado e infructuoso.

Si es necesaria la existencia de la Escuadra, es indispensable el sostenimiento del Cuerpo general en número suficiente, no solo para llenar las vacantes de los buques de guerra y demás dependencias de Marina, sino aun para tener una reserva regular; así podrá contarse con una Escuadra bien organizada y en constante disciplina y lejos de echar mano de algunos que no reunen las cualidades convenientes para tan ilustrada y honrosa profesión, habría como escoger entre aquellos que se disputan con orgullo sus merecimientos.

Por fortuna la Escuadra ha poseído y posee un mayor número de oficiales competentes y de vasta instrucción militar y marinera que puede servir de base para reorganizar el Cuerpo; y si la Escuela Naval contribuyese anualmente con el contingente de jóvenes que es de esperarse de tan importante establecimiento, adelantaremos mucho en el aumento y conservación del personal; a ello debe atenderse seriamente y recomiendo punto tan esencial al interés que siempre ha inspirado a V.E. el Cuerpo de Marina.

Guardias Marinas

Muy en particular debo llamar la atención de V.E. sobre la falta total de Guardias Marinas en los buques de la Escuadra; las funciones de ellos en todo el servicio de abordo y muy especialmente en el mecánico, es de la mayor importancia por las condiciones de su clase en que, al mismo tiempo que van adquiriendo la práctica y hábitos de abordo, deben vigilar, muy de cerca a la marinería, tanto

abordo como en tierra; no puede pasarse sin ellos sin dejar un vacío que no puede ser llenado ni por los oficiales de mar, que tienen demasiado roce con la tripulación, ni por los oficiales de guerra, cuyo carácter y servicio son de muy distinta naturaleza, como lo determinan las ordenanzas con sobrado acierto y fundamento; pero aunque se pretendiese encomendar las funciones de estos a los oficiales más subalternos, no sería posible, pues como he dicho antes, no hay el número suficiente de estos para montar guardias de cubierta y, además, el servicio se alternaría en otro sentido desventajoso.

Desde el año de 1870, en que se suprimió el cuerpo de Guardias Marinas por carecer de conocimientos profesionales y para que sirviese de base de la Escuela Naval que entonces se planificó, no ha podido dotarse los buques con los Guardias Marinas correspondientes y desde entonces el servicio se resiente notablemente de esta falta.

Ingenieros Mecánicos

Después de más de veinte años que el vapor sirve de elemento propulsor de nuestros buques de guerra, llegando a ser, como en todas las naciones, de indispensable necesidad, poco se ha hecho por cultivar y organizar un cuerpo de ingenieros mecánicos para el servicio de las máquinas de abordo. Día por día se siente la influencia de su falta y puesto que la máquina de guerra no puede existir sin él, la importancia de este cuerpo como aquel, merece la atención de V.E.

Hasta ahora las máquinas están servidas por ingenieros en su mayor parte extranjeros, contratados por un tiempo corto y limitado y los inconvenientes con que, a consecuencia de esto se tropieza, constantemente, son muchísimos. Bien es cierto que entre estos es encuentran personas competentes y de honorable conducta; pero sus buenos servicios no les asegura porvenir ni provecho y pronto se separan del país sin haber tomado todo el interés que es de esperarse cuando el estímulo y la gratitud están de por medio, dejando vacantes que, por necesidad, hay que llenarlas a tientas frecuentemente.

La Escuadra habrá hecho una adquisición importantísima cuando posea un cuerpo de ingenieros nacionales y realzará su prestigio hallándose independizada del elemento extranjero el que, por más que reuna suficientes cualidades, jamás poseerá las que tiene el que sirve a su propia patria. En nuestros buques ha habido con frecuencia la oportunidad de observar la buena disposición que hay en el país para la carrera de ingenieros mecánicos. Muchos jóvenes embarcados como practicantes de máquinas o como ayudantes y que hasta han desempeñado el puesto de ingenieros, deberían estar actualmente haciendo el servicio de las máquinas, pero la falta de estudios necesarios a unos y la eventualidad de una carrera insegura a otros, los ha detenido y obligado a buscar de otro lado un porvenir más lisonjero. Estas dos barreras, que cortan el camino de hombres que pueden prestar muy buenos servicios a su patria, debe franquearlas el Gobierno a toda costa; así, pues, una Escuela de Ingenieros Mecánicos y la formación de un cuerpo, con los

privilegios y garantías que goza el de la Armada, vendrían a llenar este peligroso vacío.

Oportuno creo llamar aquí la atención de V.E. sobre un proyecto que con este objeto pasó el Supremo Gobierno al Congreso de 1874, cuya aprobación vendría a allanar los inconvenientes que he manifestado. Además, juzgo que los pocos ingenieros peruanos, y aún algunos extranjeros que están en actual servicio, se acogerían a él y que así tendríamos una base para formar debidamente el referido cuerpo.

Como aún en el caso de que se llevase a efecto la planificación de una escuela especial de ingenieros mecánicos para el servicio de las máquinas de abordo, sus resultados no podrían ser inmediatos, sería conveniente que cuanto antes se mandase contratar a Europa el número de ingenieros necesarios para llenar las muchas vacantes que hay en nuestros buques, como también para relevar a aquellos que no reunen las cualidades necesarias en el delicado puesto que ocupan y del cual depende frecuentemente el buen éxito de una comisión, la conservación de las máquinas y la seguridad de la nave. Considero de urgencia esta medida, pues los buques carecen en la actualidad de los ingenieros indispensables, habiendo necesidad frecuentemente de tomar los de un buque para el servicio de otro.

Inspector de Máquinas

En la actualidad es también urgente contratar un ingeniero de vastos conocimientos y prestigio, con el carácter de Superintendente o Inspector de Máquinas, el cual, bien rentado, debería dedicarse exclusivamente a vigilar el estado de las máquinas antes y después de todo viaje, inspeccionar las reparaciones u obras que se hagan y que responda solidariamente con los ingenieros respectivos de los buques de cualquier accidente. Este jefe de importancia en la marina a vapor, sujeto a un reglamento detallado y severo, reportará ventajas bien positivas, evitando retardos perjudiciales y economizando fuertes gastos en reparar averías ocasionadas en las máquinas y calderas, muchas veces por descuido de los ingenieros, quienes interesados en la reserva, más tarde les dan una causa distinta o se descubren cuando ya se han separado del servicio.

Este puesto está ahora desempeñado por un antiguo ingeniero que actualmente se halla en Europa con permiso, pero sin su reglamento, con ocupaciones particulares y falto de requisitos indispensables, no llena las necesidades de un servicio de tanta contracción y responsabilidad.

Cirujanos

La mayor parte de los cirujanos que tienen los buques de la Escuadra son contratados por un tiempo corto y limitado y sería de desearse que tan importante cuerpo se reconstituya con las mismas preeminencias de que ha gozado antes en conformidad con las prescripciones de las ordenanzas. La presencia abordo de los

Hermosa espada de acero toledano, y su empuñadura de oro, que le fue obsequiada al Contralmirante Grau por un grupo de damas peruanas residentes en Europa. Museo Naval.



cirujanos es una de las necesidades de primer orden, pues, aparte de sus deberes facultativos contribuyen, más de lo que parece a primera vista, en la conservación y moralidad de la marinería. Los pocos cirujanos de la Armada que existen hoy y los contratados prestan sus servicios satisfactoriamente.

Oficiales del Cuerpo Político, Contadores

El Cuerpo Político de la Escuadra, aunque reducido, es el suficiente para el servicio de ella; sus atribuciones son cortas; pero de responsabilidad, y se hace necesario un reglamento claro y sencillo que esté en armonía con la contabilidad establecida antiguamente que también es defectuosa. Un reglamento apropiado a este objeto, lo mismo que los demás que necesite la Armada para su administración, es de suma utilidad y si la Junta Revisora de las Ordenanzas Navales llena este vacío, completará su laboriosa obra.

Oficiales de Mar y Marinería

Tanto los oficiales de mar como la marinería que forman las tripulaciones de los buques de la Escuadra, son en su mayor parte extranjeros, pudiendo calcularse tan sólo en un tercio el número de los nacionales. Este obstáculo, que tanto entorpece el servicio, es por ahora un mal necesario y solo desaparecerá mediante el impulso que V.E. dé a la Escuela de Grumetes, en todos los ramos que debe comprender para formar tripulación nacional; cuando se realice tan notable transformación no habrá los múltiples inconvenientes con que tropieza constantemente el servicio hecho por tripulaciones inadecuadas para cumplir sus deberes militares.

Muy particularmente se hace notable la falta de contramaestres y guardianes nacionales que, siendo las primeras clases de la marinería, deben reunir condiciones especiales para desempeñar debidamente sus puestos; esta necesidad nos obliga frecuentemente a echar mano de aquellos que sobresalen en conducta y conocimientos marineros, aun prescindiendo del idioma y de la ignorancia del servicio militar. A fin, pues, de atender a esta necesidad debe establecerse en la Escuela de Grumetes una sección compuesta de aquellos alumnos que por sus aptitudes marineras, por su inteligencia y aun por sus condiciones físicas, puedan recibir una educación más extensa y apropiada para desempeñar más tarde el útil y laborioso cargo de contramaestres y guardianes.

Actualmente es urgente y esencial la formación de un cuerpo de condestables y artilleros prácticos. La Escuadra carece completamente de estos individuos para el servicio de la artillería abordo y, en tal necesidad, hay que encomendarlo a aquellos que se hacen más aparentes para tal objeto, a pesar de su ignorancia. Como es consiguiente, nuestra artillería no puede estar bien servida y solo debido al empeño de los jefes y oficiales en no descuidar el ramo más importante de la Marina de Guerra, se consigue su cuidado y manejo.

V

ESTADO ACTUAL DE LOS BUQUES DE LA ESCUADRA

Blindada "Independencia"

Aparejo de Barca

Este buque fue construido en Londres el año de 1865 por los señores Samuda Hermanos, bajo la dirección del Capitán de Navío don Aurelio García y García; su casco es de fierro de una pulgada de grueso con doble fondo y dividido en tres secciones latitudinales; blindada con planchas de fierro de cuatro y media pulgadas de espesor en su sección central y en toda la línea de agua sobre un embono de diez pulgadas de madera teak con las siguientes dimensiones:

Eslora	Pies	215	
Manga	„	42.9	Pulgadas
Puntal	„	22.6	„
Calado a Popa	„	20.6	„
Id. a Proa	„	18.6	„
Toneladas	2,004		

Su máquina de hélice, construida por los señores John Peen e hijos, es del poder de quinientos cincuenta caballos nominales con cuatro calderas tubulares, dando el buque en buen estado, un andar de 10 a 11 millas.

El principal armamento consiste en dos cañones rayados de 150 sobre cubierta y doce de a 70 en batería.

Dicho buque en la actualidad, que la artillería y blindaje han tomado mayores proporciones, solo puede considerarse entre los de tercero o cuarto orden. Por ahora no puede prestar servicios inmediatos, pues sus calderas se hallan completamente inutilizadas; pero, mediante las que hace tiempo se han mandado construir y que pronto deben llegar, creo que a mediados del próximo año podrá quedar expedito.

Su primera cubierta y parte de la segunda necesitan ser reparadas, lo mismo que el montaje de la artillería, operación que puede efectuarse al mismo tiempo que la anterior.

El aparejo se halla todo en buen estado como asimismo su velamen.

Por lo demás tanto el buque como su maquinaria pueden prestar útiles servicios por algunos años más en nuestra Escuadra.

Monitor "Huáscar"

Aparejo de Bergantín

El año de 1865 se construyó este buque al mismo tiempo que la Blindada "Independencia", bajo la dirección del Capitán de Navío don José Salcedo, en Birkenhead, por los señores Laird Hermanos.

Su casco es de fierro de 3/4 de pulgada blindada con planchas de fierro de cuatro y media pulgadas al centro y 2 1/2 a los extremos sobre un embono de teak de diez pulgadas. Sus principales dimensiones son las siguientes:

Eslora	Pies	ingleses	200
Manga	„	„	35
Puntal	„	„	28
Calado a Popa	„	„	16
Id. a Proa	„	„	15
Toneladas que mide	1,130		

Su principal armamento consiste en dos cañones de a 300 libras sistema Armstrong en el interior de una torre giratoria blindada con planchas de fierro de 5 1/2 pulgadas sobre 14 de teak. Además tiene sobre cubierta dos cañones de a 40 libras del mismo sistema.

La máquina, trabajada por los mismos constructores del buque, es del poder de 800 caballos nominales del sistema de hélice, con un andar regular de 10 a 11 millas por hora, pudiendo forzarse algo más.

Como he manifestado por la "Independencia", este buque no puede considerarse entre los de primer orden; sin embargo, su gruesa artillería, el poco blanco que presenta y sus condiciones marineras equilibran, en cierto modo la fortaleza de otros modernos.

Habiendo cambiado calderas y cubierta a principios del año anterior y hecho algunos trabajos accesorios, así como haber recibido en estos últimos meses las reparaciones de los daños que recibió en el combate de Pacocha, se halla su casco, aparejo y maquinaria, expeditos para cualquier servicio.

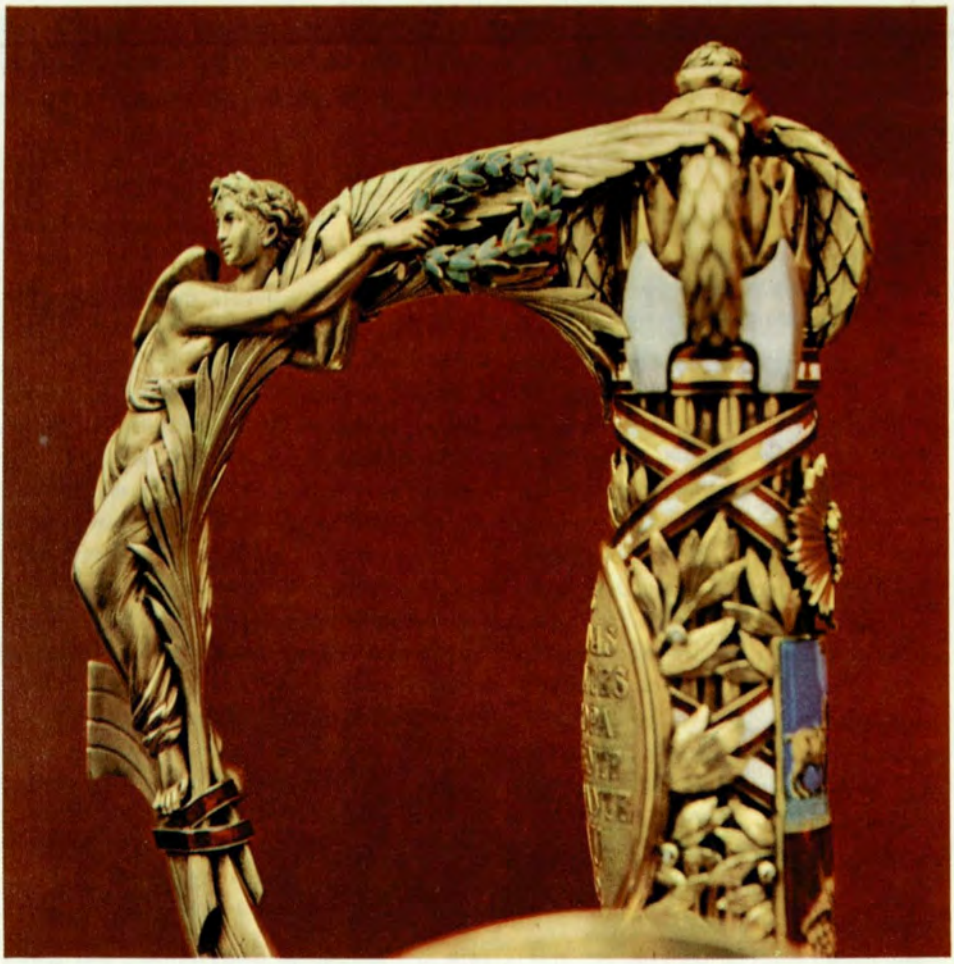
Ultimamente se han hecho por su actual Comandante varias alteraciones que, lejos de ser de utilidad comprobada, son un notable inconveniente para el servicio interior del buque, circunstancia que he hecho ya presente al elevar al Ministerio del ramo el informe de la Junta que se nombró con tal objeto y que opinó en el mismo sentido.

Monitor "Atahualpa"

Aparejo de Goleta

En 1864 fue construído este buque en Estados Unidos de América y comprado después para el servicio de nuestra Escuadra, a la que se reunió en Mayo de 1870.

El casco es de fierro y de seis líneas, su blindaje consiste en cinco capas de planchas de fierro de una pulgada superpuestas sobre 30 de pino americano; su



Detalle de la empuñadura de la espada obsequiada al Contralmirante Grau antes de su sacrificio en Angamos. Obra del orfebre Maurice Froment. Museo Naval.

cubierta también se halla defendida en su parte superior por planchas de fierro de una pulgada.

Eslora	Pies ingleses		226
Manga	„	„	43 1/2
Puntal	„	„	14
Calado de Popa y Proa	„	„	12
Toneladas que mide	1,034		

El armamento consiste en dos cañones de 500 libras de ánima lisa, sistema Rodmen, montados en una torre de 25 pies de diámetro contenidas con diez capas de planchas de fierro de una pulgada cada una.

La máquina del buque, sistema hélice, es construída por Erssons, de 200 caballos nominales de fuerza, la que da al buque un andar de 4 a 5 millas por hora; además tiene máquinas auxiliares para el movimiento del torreón, para virar, cabrestante para las bombas de aire y, circulación, para las centrífugas, etc., etc.

Las máquinas de este buque fueron desarmadas y reparadas completamente de Enero a Abril del pasado año; no así las calderas que, por el mal estado en que se hallaban, sólo fueron ligeramente compuestas en Mayo para salir con la Escuadra al Sur, pero no pudieron funcionar.

Al regreso de mi comisión las calderas quedaron completamente inservibles por el mal estado de todos sus tubos.

Habiéndose además rendido en el indicado viaje al Sur tres vasos de la cubierta principal y notándose el mal estado de todos ellos, se nombró una comisión para que informara sobre el estado general del buque, que opinó por la indispensable necesidad de cambiar la cubierta, conforme a las modificaciones que se están practicando en la del buque Monitor "Manco Cápac" y reponer todos los tubos de las calderas haciéndose los reparos convenientes.

En conformidad con lo expuesto y en virtud de la orden suprema dictada al efecto, se ha mandado traer todos los útiles necesarios para las obras indicadas. Mientras tanto se están preparando las calderas para recibir los nuevos tubos que deben llegar el próximo mes y su cubierta se ha mandado reforzar provisionalmente.

Después de estas reparaciones, que pueden quedar terminadas a fines del año entrante y estando el casco y la maquinaria en buen estado, el buque podrá prestar, como fortaleza, importantes servicios por algunos años más.

Monitor "Manco Cápac"

Aparejo de Goleta

Este buque fue construído en el mismo lugar y fecha que el anterior, al que es igual en todas sus partes.

Después de haber regresado al Callao la Escuadra de Evoluciones que se organizó el año de 1874, este buque quedó en estado de desarme por haberse incendiado, en esa época, parte de la cubierta que estaba sobre las calderas y muy inmediata. En Febrero del 75 se principiaron a hacer las reparaciones pero, notándose, a medida que se desarmaba la parte averiada de la cubierta, que todos sus baos y tablazones se hallaban sumagados, fue preciso emprender una obra de reparación más extensa, para lo cual el Supremo Gobierno dispuso que se trajesen de Estados Unidos los útiles necesarios. Habiendo llegado estos se volvieron a principiar los trabajos en Abril del pasado año, bajo la dirección de la Factoría Naval sujetándose a los planos y especificaciones que ya había formulado el Constructor Naval.

Los nuevos baos de fierro se hallan ya colocados, como también las tablazones de la cubierta y actualmente se están empernando las planchas de fierro que forman su blindaje de cubierta.

En cubierta se han abierto tres escotillas nuevas que, sin disminuir la fortaleza del buque, mejoran notablemente sus condiciones, considerándose en su interior más luz, ventilación y sequedad, así como el fácil manejo de las válvulas de seguridad.

Es necesario hacer algunas alteraciones en el repartimiento interior de la cámara para proporcionar alguna comodidad a sus tripulantes, lo cual ha sido consultado ya, y espero se acceda a tan útil y sencilla obra, para lo que hay a bordo la madera suficiente.

La máquina principal del buque ha sido urgente desarmarla para su limpieza y examen, pues hace tres años que no se ha puesto en movimiento; pero según el informe de los Ingenieros, se halla en perfecto estado; las demás máquinas auxiliares se encuentran expeditas.

Las calderas han sido recientemente reconocidas y es satisfactorio el estado en que se hallan, lo que demuestra que se ha atendido debidamente a su conservación.

Las obras que se han emprendido en el expresado Monitor, son de tal naturaleza y han sido tan bien atendidas, que muy pronto quedará en mejores condiciones que en la fecha de su adquisición, con lo cual la Nación contará con un poderoso elemento de guerra.

Corbeta "Unión"

Aparejo de Fragata

Dicha corbeta "Unión" fue construída en Nantes (Francia), por los señores Verns Hermanos, el año de 1864 y comprada en el mismo año por el Gobierno para el servicio de nuestra Escuadra.

El casco es de madera de teak, clavado y forrado en cobre, reforzado hasta la línea de agua con planchas de fierro.

Sus principales dimensiones son las siguientes:

Eslora	Pies	ingleses	243
Manga	„	„	36 1/2
Puntal	„	„	16
Calado a Popa	„	„	18
Id. a Proa	„	„	17
Toneladas que mide	1,150		

Máquina a hélice de baja presión y de 450 caballos nominales de fuerza, con cuatro calderas tubulares que soportan hasta 20 libras de vapor, dando un andar al buque de 12 a 13 millas por hora.

Su artillería consta de doce cañones rayados de 70 libras y uno de a 9.

Esta corbeta recibió en Londres el año de 1873 una completa reparación en su casco, máquina y arboladura y, en el último año, se han cambiado algunos rumbos en los costados, se ha calafateado estos, lo mismo que sus cubiertas y se han renovado los dos primeros hilados de cobre. El casco, pues, se halla actualmente en buen estado, lo mismo que su arboladura; pero es indispensable en el día reparar toda la maniobra de labor y el velamen que está inservible; asimismo necesita proveerlo de anclas y calderas competentes para la seguridad debida.

El estado general de la máquina es bueno actualmnte, pero se nota una rajadura en el eje principal cerca de las chumaceras, lo cual, por ahora, no es de consideración; en el año anterior se han hecho diversas reparaciones, siendo las principales, la colocación de 22 resortes en los émbolos de los cilindros, la compostura del condensador, cambios de tubos para la sentina y tanques y aumento en las calderas de ciento veinte estays para reforzarlas; pero aun hay necesidad de hacer algunas reparaciones de segundo orden.

El buque está actualmente prestando sus servicios en la costa del Sur y, aunque puede continuar navegando, necesita que sean atendidas a tiempo sus necesidades.

Cañonera "Pilcomayo"

Aparejo de Goleta

Construída en Blackwoold (Londres) por los señores Money Wigram e Hijo, el año de 1874, bajo la dirección del señor Capitán de Navío Manuel Ferreyros, casco de madera de teak, clavado y forrado en cobre y reforzado con curvas diagonales de fierro galvanizado, con las dimensiones siguientes:

Eslora	Pies	ingleses	175
Manga	„	„	24.4

Puntal	Pies	ingleses	14.6
Calado a Popa	„	„	11.6
Id. a Proa	„	„	10.6
Toneladas	600		

Su armamento consiste en dos cañones rayados de Armstrong de a 70 libras y cuatro de a 40.

La máquina a hélice es construída por los señores John Penn y Cia., de alta y baja presión, del poder nominal de 180 caballos, que soportan una presión de 60 libras de vapor y dan al buque un andar de 10 a 11 millas por hora, pudiendo aun forzarse más. Tanto estas como la máquina se hallan en perfecto estado, siendo necesario solamente renovar los tubos de alimentación y algunos del condensador.

A principios del año anterior se notaron sumagaciones en las fogonaduras de los palos reales, pero siendo solo de consideración la del palo de mesana, se cambió por otro; este mismo mal se halló en la contraroda y forros inmediatos y, aunque por ahora no es de gran cuidado, no debe desatenderse. Actualmente es necesario cambiar las dos primeras hiladas de cobre de los costados, como también forrar de zinc los pañoles de víveres para evitar su deterioro.

Este buque se halla actualmente de estación en la costa del Sur, prestando sus buenos servicios.

Transporte "Limeña"

Aparejo de Goleta

Este vapor comprado el año pasado a la Compañía Inglesa de Vapores fue construído en Glasgow (Escocia), el año 1860 por los señores Randolfand Herder y Compañía; su casco es de fierro de 6, 4 y 3 líneas, dividido en cinco secciones verticales, cuyas principales dimensiones son:

Eslora	Pies	267.7	Pulgadas
Manga	„	40.2	„
Puntal	„	18.6	„
Calado a Popa	„	13	„
Id. a Proa	„	12	„
Toneladas	1,162		

La máquina es de ruedas, hecha por los mismos constructores del casco, de alta y baja presión, de poder nominal de 350 caballos y con dos calderas tubulares que dan un andar medio de 10 millas.

Solo tiene armas menores para el servicio militar.

Este buque puede considerarse de media vida, aunque conserva su máquina

en buen estado; sus calderas, que a la fecha han servido 12 años, están casi inutilizadas y hay necesidad de repararlas muy pronto.

Sus cubiertas necesitan ser recorridas y aun cambiar algunos rumbos de la toldilla.

Si el Supremo Gobierno cree necesarios los servicios de este transporte, es tiempo ya de mandar construir las calderas para hacer a su debido tiempo las reparaciones que necesita.

Transporte "Chalaco"

Aparejo de Goleta

El casco y máquina de este buque han sido construídos en 1863, por los mismos fabricantes que el anterior y fue comprado el año siguiente a la Compañía Inglesa de Vapores; sus dimensiones principales son las siguientes:

Eslora	Pies	españoles	296 1/2
Manga	„	„	34 1/2
Puntal	„	„	21 1/2
Calado a Popa	„	„	12
Id. a Proa	„	„	12
Toneladas	999		

La fuerza de la máquina es de 300 caballos nominales.

Tiene sobre cubierta dos cañones de Parrots de a 30 libras y dos excluídos de a 12.

Dicho buque, de igual construcción al anterior, puede considerársele de poco más de media vida; después de trece años de servicios ha recibido varias reparaciones en su máquina; en 1873 se le cambiaron las calderas y repararon su cubierta principal y toldilla y en Mayo del año pasado, se emprendió una nueva y completa carena en la máquina y calderas, siendos las principales:

Calderas:

Cambio total de los tubos;

Parchar las partes quemadas de las hornillas.

Recorrida en todas sus partes.

Máquina:

Nivelar y pulir las caras de los cilindros. Parchar dos cilindros, uno de alta y otro de baja presión.

Arreglar las válvulas auxiliares, alimenticia de descargo y arreglo total de la máquina.

Las reparaciones de las calderas están ya terminadas y a mediados de Abril

próximo podrán terminarse todas las demás obras indicadas, las cuales son de tal naturaleza que, una vez concluídas, el buque quedará en excelentes condiciones; su marcha será mayor y, lo que es más importante, reportará una economía de 20% de carbón según los ingenieros, fundados en el buen arreglo que tendrá la máquina y que no habrá escape de vapor como antes.

Por lo expuesto, estando el casco del buque en perfecto estado, por su capacidad y buenas condiciones marineras, muy pronto tendrá la Escuadra un transporte que prestará por mucho tiempo importantes y activos servicios en cualquiera comisión.

Creo conveniente, tanto para dar comodidad a la tripulación y al transporte, como para preparar un lugar para conducir caballos, etc., hacer algunas alteraciones en el repartimiento interior de proa, cuyo costo no será de importancia.

Espero que la prueba que se hará muy pronto será a satisfacción de V.E.

Transporte "Talismán"

Aparejo de Goleta

Vapor de hélice construído en Glasgow (Escocia), el año de 1871, fue apresado el 2 de Noviembre de 1874 en Pacocha, por el monitor "Huáscar" y agregado a la Escuadra, después de la terminación del juicio respectivo, en Enero de 1876; casco de fierro de 5, 3 y 2 líneas, dividido en cuatro secciones latitudinales y de las dimensiones siguientes:

Eslora	Pies	ingleses	170
Manga	„	„	23
Puntal	„	„	12.6
Calado a Popa	„	„	12
Id. a Proa	„	„	10
Toneladas	310		

No tiene artillería.

La máquina es compuesta de alta y baja presión, de 90 caballos de fuerza y con dos calderas tubulares en buen estado, que soportan una presión de cincuenta y cinco libras.

En el pasado año se han hecho reparaciones importantes en la máquina y calderas; para lo cual se han desarmado todas sus piezas, las que pulidas y arregladas, se han vuelto a colocar con buen resultado; también ha sido necesario colocar una nueva válvula de seguridad en el condensador, como igualmente varios tubos y piezas que eran necesarias para la seguridad y buen manejo de la máquina.

Al mismo tiempo se ha cambiado varias planchas en los fondos y otros lugares de las calderas; se ha colocado dos válvulas nuevas de comunicación; renovado algunos tubos de fierro; reparado el receptáculo del vapor y hecho otras reparacio-

nes; igualmente han sido reparadas, con esmero, las hornillas, chimeneas, máquinas auxiliares y demás accesorios y colocado una nueva caja de aire, ventiladores y mangueras.

El buque en su repartimiento interior, ha recibido alteraciones muy convenientes, principalmente en sus camarotes, jardines y pañoles; pero aun pueden hacerse algunas otras que harán al buque, a pesar de sus pequeñas dimensiones, más cómodo, útil e higiénico.

En Octubre del pasado año salió este buque del dique, después de limpiar y pintar sus fondos y se hizo la prueba de su máquina, que dio un resultado satisfactorio, andando de 10 a 11 millas por hora, a pesar de no haberse dado al vapor toda la presión que resistían sus calderas.

Este pequeño transporte, en las buenas condiciones que se halla, consumiendo tan solo de nueve a doce toneladas de carbón (según calidad), con un buen andar y pudiendo conducir con comodidad 2,000 hombres, puede prestar útiles servicios.

Transporte "Mayro"

Aparejo de Goleta

Vapor de hélice, construído en Estados Unidos de América, en el año de 1861 y comprado dos años después, casco de madera (roble y pino) clavado y forrado en cobre, de las dimensiones siguientes:

Eslora	Pies	ingleses	176
Manga	„	„	28
Puntal	„	„	20
Calado a Popa	„	„	9 1/2
Id. a Proa	„	„	8 1/2
Toneladas	671		

Su armamento se compone de dos cañones rayados del calibre de doce libras.

La máquina de baja presión, de poder nominal de 250 caballos y de construcción ordinaria, pero en buen estado; sus dos calderas, con sus tubos de bronce, se hallan deterioradas, a pesar de las reparaciones que se le han hecho y soportan una presión de quince libras dando un andar de cinco a seis millas por hora.

Los fondos de este buque son fuertes y se conservan en regular estado, no así la parte superior que es débil y la bobadilla que está algo abromada, por lo que se le puso, hace tiempo, sobresanos de madera.

Actualmente se halla listo para desempeñar comisiones de poca importancia.

Fragata "Apurímac" y Vapor "Tumbes"

Dicha fragata cuyo casco es de madera fue construída en Londres el año 1854

con las siguientes dimensiones:

Eslora	Pies	204
Manga	„	43
Puntal	„	27.6 Pulgadas
Calado a Popa	„	23.6
Id. a Proa	„	22.3
Toneladas de medida	1,666	

Monta 12 cañones de a 32 en batería para ejercicio de los grumetes, alumnos y para saludos.

Muy conocida es la importancia que tuvo esta hermosa y fuerte fragata, en la época de su construcción, desde la cual prestó muy importantes servicios a la Nación y en cuyas cubiertas se formaron, con buen éxito, muchos oficiales y jefes de nuestra Escuadra.

Después de la campaña que hizo al Ecuador el año de 1859, se sumergió juntamente con el dique que la suspendía el año de 1860 en la Isla de San Lorenzo, y permaneció bajo el agua hasta 1864, que terminaron los trabajos de extracción y quedó a flote. Desde entonces el Gobierno utilizó bastante sus servicios, aun sin arbolarse y en este estado combatió y triunfó el 7 de Febrero de 1866 en Abtao, junto con los demás buques que componían la Escuadra Aliada contra la Española.

Después de su regreso a este puerto se le hicieron reparaciones generales y se le colocó la arboladura; así continuó sirviendo hasta que estando su máquina y calderas en muy mal estado, se ordenó su desarme y se estableció allí, el año de 1873, la Escuela de Grumetes, que actualmente funciona.

Dicha fragata tiene su máquina inutilizada y sus calderas fueron extraídas, tanto por su deterioro, cuanto para el arreglo conveniente de ese lugar para los alumnos. El casco se encuentra bastante conservado, con excepción de algunas cuadernas de proa y del forro interior que se hallan sumagados y alguna agua que hace por una abertura que tiene hacia babor en las inmediaciones del codaste, la que puede arreglarse fácilmente. En el pasado año, a fin de evitar el deterioro del casco en la línea de agua, ocasionado por el blindaje de rieles que se le puso en 1864 en ese lugar, como también para darle su estabilidad primitiva, se han extraído dichos rieles y se ha aparado, calafateado y forrado en cobre ese lugar; además se le ha arreglado y reparado el donckey, que había a bordo para achicar el agua o para que sirva de auxilio en el caso de incendio y se le han quitado los jardines que se le habían colocado al centro de sus costados, por su falta de utilidad y mal aspecto.

En este estado la fragata y atendiendo debidamente a su conservación, puede servir convenientemente por muchos años más, para el objeto a que está destinada.

El "Tumbes" fue un pequeño vapor construído juntamente con la fragata "Apurímac" y por el mal estado de sus fondos, máquina y calderas, fue desarmado completamente, aparejado de barca y arreglado inmediatamente para que sirviese a los alumnos de la Escuela de Grumetes para ejercicios de maniobra.

Pontón "Loa" y "Pachitea"

El "Loa" fue un vapor de guerra construído en Londres el año de 1854 juntamente con la "Apurímac" y el "Tumbes"; en 1865 se le rebajó y colocó una casamata blindada con rieles; pero actualmente está desarmado y se le está quitando el blindaje. El casco es de madera y se halla bastante maltratado y aunque la máquina y calderas se encuentran en regular estado, sería muy costoso y poco importante ponerlo nuevamente en estado de servicio.

El "Pachitea" fue un vapor mercante de madera comprado en Estados Unidos, con el objeto de remolcar uno de los monitores en su viaje al Pacífico, se halla ahora completamente desarbolado y sin máquina y puede utilizarse para el depósito de la Escuadra.

VI

CAPITANIAS DE PUERTO

Son tantas y tan variadas las necesidades de las capitanías de los puertos, que no es posible consignar, en la presente Memoria, una descripción circunstanciada de cada una de ellas.

Los oficios que con frecuencia remiten esas autoridades manifestando dificultades de diverso sentido y los datos recibidos últimamente, hacen ver la urgencia de que se haga, en primera oportunidad, un estudio detenido y particular de cada capitanía.

Reglamento

El Reglamento de Capitanías vigente, que fue formulado el año de 1848, está muy lejos de llenar las necesidades actuales, que son muy distintas a las de aquella época, mediante el gran incremento que ha tomado el comercio y la navegación a vapor; así es que debe dictarse uno que esté en armonía con esas exigencias y comprenda detalladamente todas las disposiciones a que deben sujetarse los capitanes de puerto y los asuntos de su dependencia, lo cual evitará las dificultades con que diariamente tocan esas autoridades.

Existe formulado recientemente por Jefes de Marina competentes, un reglamento de capitanías, el cual está en poder de la Junta Revisora de las Ordenanzas Navales; juzgo que dicha obra debe satisfacer las necesidades presentes y me permito indicar que si la expresada Junta lo halla apropiado, sería conveniente ponerlo en práctica, por lo menos, mientras se termine la revisión de las Ordenanzas.

Tarifas

Las tarifas a que deben sujetarse los diferentes gremios que componen los matriculados, es otra de las necesidades en que debe fijarse la atención, pues estas deben ser peculiares a cada puerto, pues también son variadas las circunstancias de cada uno de ellos. Actualmente rigen en algunos puertos las tarifas aprobadas, no

ha mucho, por el Supremo Gobierno; pero en otros rigen las antiguas, con detrimento de los trabajadores y del comercio, o se carece completamente de ellas.

Tripulaciones

El servicio particular de las capitanías se dificulta, igualmente, por las condiciones especiales de cada puerto, así es que, si en algunas la tripulación puede satisfacer medianamente sus necesidades con el haber de reglamento, en otras es imposible del todo, y hay que tocar con inconvenientes para conseguir los bogas necesarios; y si a esto se agrega el retardo de los pagos, como sucede principalmente en los puertos del Norte, no es de extrañar que se noten ciertas irregularidades en el servicio.

Oficinas

La falta de local apropiado para oficinas es casi general en todos los puertos y oportuno creo hacer presente a V.E. el proyecto que hubo para contratar en Estados Unidos la construcción de algunas oficinas de madera, pues parece conveniente llevar a cabo esa imperiosa necesidad, con lo cual las capitanías estarán establecidas con decencia y se evitará el gasto de locación.

A fin de que estas autoridades ejerzan la vigilancia inmediata que deben tener en los puertos, como que son los jefes de su policía, necesario es que las oficinas estén situadas en lugares dominantes e inmediatos al mar, donde puedan avistar no solo todo el fondeadero, sino también la entrada del puerto; así podrán estar personal y constantemente informadas de cuanto pasa en dichos lugares y en comunicación con los buques, mediante señales establecidas.

Particularizando esta situación a la capitanía del Callao, perteneciente al puerto principal y de más movimiento, hago presente que es la peor situada por su alejamiento de la playa y por tener interceptada completamente la vista al mar por las estaciones de los ferrocarriles y por las obras del Muelle Dársena. La traslación, pues, de dicha oficina a un lugar apropiado, mejorará notablemente el servicio de policía del puerto, que cada día se hace más difícil.

Embarcaciones

También carecen varios puertos de embarcaciones y algunos las tienen inaparentes para las condiciones del mar y, aunque hay orden superior para comprarlas, no siendo posible conseguirlas, creo conveniente encargarlas a Europa, de donde pueden venir los buques fletados para exportar el guano.

Del Servicio en General

El arreglo completo del servicio, en general, de las capitanías de los puertos, es un asunto de bastante consideración y que no es fácil llevar a cabo sino mediante

un estudio especial de cada puerto, como he dicho antes y con elementos suficientes para reparar sus necesidades. Varias visitas se han hecho de las capitanías por jefes respetables y contraídos, pero sin ningún resultado provechoso, pues hasta ahora en nada han cambiado las condiciones del servicio, que siempre se resiente de las mismas faltas e irregularidades.

VII

ESCUELA NAVAL Y PREPARATORIA

Aunque estos establecimientos están fuera de la dependencia de la Comandancia General de Marina, creo se relacionan íntimamente con la Escuadra, pues de allí ha de salir su progreso intelectual; juzgo por ello de mi deber hacer, por lo menos, una ligera reseña y apreciación de ellos.

El 7 de Noviembre de 1870 fue inaugurada la Escuela Naval, con la base de veinte Guardia Marinas que entonces servían en los buques de la Escuadra, de los cuales fueron separados diez y nueve por disposición Suprema; pero al año siguiente ya habían nuevamente veintisiete alumnos que pronto terminaron la instrucción media y pasaron a la profesional.

Tocándose con el inconveniente de que los jóvenes que solicitaban su admisión a la Escuela Naval carecían de una instrucción media perfecta y, de otra parte, deseando el Supremo Gobierno establecer una Escuela Preparatoria, en un lugar adecuado, para los jóvenes que necesitasen adquirir los conocimientos indispensables para ingresar a las Escuelas especiales de Marina, de Artillería y de Ingenieros, dio la resolución de 28 de Julio de 1873, en cumplimiento de lo cual quedó establecida a bordo del vapor "Meteoro", el 2 de Agosto del año siguiente, con cien alumnos, conforme a dicha resolución. En la Escuela Preparatoria se sigue el reglamento general de instrucción y en la especial de Marina se ha dado a la Astronomía, Navegación, Geodesia, Artillería y Derecho Marítimo, cuanta extensión y perfeccionamiento han sido necesarios para que nuestra Marina satisfaga acertadamente las necesidades de su profesión.

Para apreciar debidamente la importancia de estos establecimientos debemos recordar las aptitudes del personal de los Guardia Marinas que tripulaban la Escuadra cuando se inauguró la Escuela Naval; aquellos jóvenes destinados para llenar más tarde los delicados deberes de Oficiales y Jefes de Marina, ignoraban hasta las nociones indispensables de su profesión y no tenían más esperanza, para adquirir algunos conocimientos, que su aplicación y la práctica que les diese el servicio mismo.

Muy diversa es la posición actual de los que se dedican a la Marina, pues su educación les depara un porvenir brillante y honroso que alcanzarán, si no desmayan en la senda difícil y abnegada de su carrera.

Hasta fines del año pasado la Escuela Naval ha dado a nuestra Escuadra diez

y nueve Guardia Marinas perfectamente instruídos, habiendo ya diez y seis que han merecido la clase de oficiales y de los cuales dos están practicando en los buques de guerra franceses. Reducido es ciertamente este número, después de siete años que funciona el establecimiento, pero es de esperarse que en lo sucesivo aumentará para dotar los buques de Guardia Marinas, cuya falta desde aquella época, hasta ahora, se ha de sentir notablemente.

Mediante los informes detallados que podrá suministrar su actual Director, V.E. apreciará con certeza la marcha y resultado de estos útiles establecimientos.

VIII

ESCUELA DE APRENDICES DE MARINEROS

La necesidad de formar marinería propia para tripular los buques de la Escuadra, que hasta ahora han sido dotados en su mayor parte, por individuos de diversas nacionalidades, con detrimento de la disciplina y moralidad, precisó al Supremo Gobierno, a dar el decreto de 2 de Octubre de 1872, fundando la Escuela de Aprendices de Marineros, la que se inauguró el año siguiente con 254 grumetes a bordo de la fragata "Apurímac" que, como he dicho antes, fue arreglada convenientemente con tal objeto.

Las ventajas de este Establecimiento son benéficas e importantes para la Nación que contará, como en el Ejército, con custodios nacionales para la Escuadra, por su preponderancia y seguridad y, para esa parte de la juventud desvalida, que, arrancada de la miseria, del vicio, o de la vagancia, encuentra allí un asilo donde recibe la educación suficiente para hacerse un marinero u oficial de mar, en debida forma, asegurando así un porvenir en el honroso y útil servicio de la Escuadra de su Nación o de la marina mercante.

Juzgo de más hacer apreciaciones sobre la conveniencia de tal Escuela, pues muy ostensibles son sus fines; pero no debo omitir aquellas indicaciones que tiendan a la realización de su objetivo y a su mejoramiento material e intelectual.

La Escuela de Aprendices ha merecido, satisfactorio es decirlo, un marcado interés no sólo de parte del Supremo Gobierno, sino también de los Jefes encargados de ella y de toda la Escuadra; sin embargo, sensible es que los resultados no hayan correspondido del todo, como era de esperarse. En efecto, después de cuatro años de existencia sólo ha dado a la Escuadra 294 grumetes, incluso 54 que deben terminar sus estudios en los próximos exámenes en el orden siguiente:

A la cañonera "Chanchamayo"	54
A la idem "Pilcomayo"	98
A la corbeta "Unión"	31
A la fragata "Independencia"	40

Al monitor "Huáscar"	7
A la fragata "Apurímac"	10
Para terminar sus exámenes	54
Total:	294

Siendo necesario para tripular nuestros buques por lo menos 1,000 hombres, pasarán todavía muchos años para conseguir una tripulación nacional y buena, debiendo además tenerse en cuenta las bajas que se ocasionan por enfermedad, deserción u otros motivos, como también por las licencias finales que deben darse a los grumetes después de cinco años de servicios, conforme al reglamento.

Dos son las causas principales que sirven de rémora a la formación de marineros en la Escuadra: los pocos alumnos que existen y la corta edad de una parte de ellos. Estas dos circunstancias están previstas en el reglamento que señala 400 alumnos que, para ser admitidos, han de tener la edad de 15 a 18 años; actualmente solo hay educándose 240, de los cuales 83 son menores de 14 años, lo que, como es natural, hará que vaya disminuyendo el número de alumnos que salgan en lo sucesivo, agravando en mucho los fondos del Establecimiento aquellos que, por su corta edad, necesitan más tiempo de aprendizaje y desarrollo para poderse integrar con provecho a la navegación y al servicio militar.

A fin, pues, de conseguir la tripulación necesaria, economizando tiempo y gastos, conveniente es que V.E. dicte las disposiciones que crea a bien, para aumentar el personal de los alumnos a 400 y para impedir que las autoridades superiores remitan menores de 15 años, contraviniendo al reglamento.

Con este mismo objeto y para conservar la moralidad y disciplina que adquieren los grumetes en este establecimiento a fuerza de gastos y contracción, muy conveniente es que, al pasarlos al servicio de la Escuadra, vayan todos a formar la dotación total de cada buque, alejándolos así de la relajación que existe en las tripulaciones heterogéneas que hoy tripulan los buques.

Los talleres de sastrería y zapatería, establecidos en esta Escuela, por resolución suprema de 15 y 21 de Febrero del año pasado, no han dado los resultados que eran de esperarse, por dificultades que ha manifestado su actual Director; pero siendo tan interesante para el país y para esos individuos que tengan una industria lucrativa y honrosa después de dejar por cualquier motivo el servicio de las armas, creo conveniente no desmayar en ese propósito y vencer las pocas dificultades que se presenten.

Para complementar los buenos resultados que este establecimiento debe dar a favor de la Escuadra, recomiendo a V.E. las secciones especiales de que ya he hecho mención para formar contramaestres, guardianes, condestables y artilleros prácticos.

Factoría Naval

Por acuerdo supremo de 3 de Setiembre de 1868 fue separada la Factoría Naval del Departamento de Marina, debiendo ésta, en caso de necesitar de dicha Factoría, dirigirse por conducto del Ministerio del ramo; según entiendo esta inconveniente disposición tuvo lugar en la circunstancia de haberse nombrado Superintendente de ella a un jefe más antiguo que el de dicho departamento, sacrificando así la conveniencia del servicio por lo particular; sin embargo, como no era del todo posible llevar a cabo tal medida sin graves inconvenientes, se consiguió que sólo en casos muy apremiantes y cuya demora ocasionara retardos perjudiciales, pudiese ordenar la Comandancia General de Marina los trabajos para los buques de la Escuadra, dando cuenta al Ministerio. Esta excepción, la larga tramitación para efectuar la obra más insignificante, distrayendo la atención del Ministerio diariamente y los inconvenientes de distinta naturaleza que desde entonces se han presentado, han demostrado suficientemente la necesidad de que ese establecimiento quede como antes y como existe en todas partes, entre las dependencias del Departamento.

Durante el poco tiempo que estoy en este puesto, en que constantemente hay que atender a las reparaciones de los buques de la Escuadra, que son mayores a medida que aumenta el número de ellos y el tiempo de sus servicios, he podido ver prácticamente tal inconveniencia, y más habiendo llegado el caso de tramitar un expediente para conseguir la construcción de una chumacera y aun, lo que más raro, haber negado ese establecimiento a esta Comandancia el derecho de solicitar directamente un informe sobre trabajos de su competencia.

No puede dejar de extrañar a V.E. la anómala situación de esta Comandancia respecto a la Factoría Naval y, no dudo que, comprendiendo de cuanta importancia es la regularidad y actividad en el servicio, colocará ese establecimiento en su verdadero puesto; así lo hace esperar la justa y acertada disposición dictada últimamente por V.E. al haberse apercibido de los tropiezos que eran consiguientes a esa separación.

En tal situación la Comandancia General no puede manifestar el estado administrativo y económico de la Factoría Naval; pero puede apreciar su importancia por las relaciones que tienen sus labores con la Escuadra, siendo evidente que la conservación material de ésta, en su mayor parte, depende de la organización de dicho establecimiento, de sus elementos y de su actividad.

Los buques han recibido reparaciones y trabajos de la Factoría que no dejan dudas de las buenas disposiciones de los jefes encargados de su dirección, solo si con algunos atrasos e irregularidades, que en mi concepto provienen de la falta de fondos y materiales; faltas que desaparecerán con la mejora de nuestro Erario y con la benéfica medida adoptada por V.E. de comprar en Europa directamente los artículos necesarios para la Escuadra, en la que debe estar considerada la Factoría Naval.

X

OBRAS IMPORTANTES

Arsenal

Apenas puede comprenderse cómo después de tantos años que existe una Escuadra, si no poderosa, por lo menos suficiente para el servicio de la Nación, no se haya construído un Arsenal, donde se conservase su material de guerra, sus repuestos navales y donde las fuerzas de marina, reunidas y disciplinadas, permaneciesen listas para embarcarse en caso dado; con talleres apropiados para todos los trabajos de Marina, y, en fin, donde hallasen concentrados todos los elementos indispensables para atender debidamente en cualquier circunstancia, al servicio y conservación de la Escuadra. Un edificio de tal naturaleza, con las mejoras introducidas en los Arsenales de Europa, es una obra que reclama tiempo ha, las necesidades de la Escuadra.

Hasta ahora la Escuadra solo tiene para su servicio en tierra un ruinoso cuartel donde, por la falta de oficinas, de almacenes, de espacio y de seguridad y sin el menor recurso para simular un Arsenal, no es posible, sin perjuicio notable, conservar cualquier material, sin que la intemperie y la humedad lo destruya o desaparezca.

Es ciertamente lamentable que en épocas pasadas en que la hacienda de la Nación no se hallaba en circunstancias tan apremiantes, no se hubiese tratado de construir un edificio de tal importancia; la administración pasada inició y nombró una comisión para que determinara el lugar más apropiado para tal objeto, lo que desgraciadamente no pasó de allí; actualmente ha vuelto a organizarse dicha comisión por mandato supremo y cumpliendo su cometido ha informado con razones extensas y fundadas, que el sitio del castillo de la "Independencia", donde existe actualmente la Aduana del Callao, es el más conveniente bajo todo aspecto para el Arsenal de Marina. Ojalá que el Supremo Gobierno, que tanto interés muestra por la Armada, perseverase en la idea de emprender dicha obra y, aunque no fuese posible de pronto llevarla a cabo del todo, por lo menos hiciese formar los planos in extenso y de ellos se construyese la parte más urgente, dejando para más tarde su terminación, así como las obras hidráulicas que deben efectuarse en el mar y que le son inherentes.

Dique

Un dique seco o flotante es otra de las obras sin la cual es imposible pasar más tiempo, sin detrimento de los buques o con un fuerte gravamen al Erario. El fierro que es ya generalmente el material usado en la construcción de los buques de la Marina de Guerra, necesita un constante cuidado; de aquí dependen tres casos a cual más importante: la conservación del buque, su buena marcha para el éxito de sus comisiones y la gran economía en el combustible. Fácil de calcular es la fuerte

cantidad que habría que gastar en nuestros buques si entrasen al dique con la regularidad necesaria e indispensable para obtener los resultados que he manifestado, como también para hacer reparaciones en el casco que no pueden practicarse a flote; además, poseyendo el Estado un dique propio, no estará sujeto a las condiciones de una empresa particular, ni tampoco a las emergencias del único dique que existe en todo el Pacífico, de dimensiones y poder competentes. La conveniencia de esta obra es, pues, incuestionable y, aun juzgo que, prestando auxilio a la marina mercante, pues el único dique que existe es insuficiente para ejecutar las constantes carenas que se hacen en este puerto, al Estado reportaría utilidades que, por lo menos, bastarían para atender con desahogo a su sostenimiento.

A fin de que V.E. tenga una idea exacta del fuerte gasto que ocasiona las entradas al dique de los buques de la Escuadra, de indispensable necesidad para su conservación, acompaño el cuadro D, que manifiesta la cantidad de ciento noventa y nueve mil cuarenta soles, gastados con tal objeto desde el año de 1866 a la fecha, la que hubiera sido mayor si los buques hubieran entrado con la regularidad conveniente para hallarse siempre listos para desempeñar oportunamente sus comisiones, economizando tiempo y combustible.

Lo expuesto corrobora en mucho la idea que he manifestado, de que el Gobierno tenga un dique propio.

Faros

En vista de la conveniencia de establecer faros en todo el litoral de la República, el Congreso dio la ley de 25 de Enero de 1875 y, para su cumplimiento, el Gobierno expidió el decreto de 8 de Febrero de 1876, por el que aprobaba la propuesta hecha por los señores Barbier y Fenestre de París para la construcción y planificación de trece faros y doce luces de puerto.

Hasta la fecha no se ha realizado dicha obra, con lo cual, según se expresó el señor Ministro del ramo en su última Memoria, habríamos llenado una urgente necesidad, exigida por la civilización, reclamada en varias ocasiones por las naciones marítimas amigas del Perú y podría ser recorrido nuestro litoral en la noche con tanta seguridad como en el día.

Bastante demostrado está con las disposiciones citadas, la necesidad de los faros, no sólo para la marina mercante, sino muy particularmente para nuestros buques de guerra, que llamados a vigilar todo el litoral y a desempeñar diversas y urgentes comisiones en todos sus puertos, necesitan frecuentemente en la noche un punto seguro para orientarse y tomar el puerto y fondeadero sin retardo.

Si la deficiencia actual del Erario nacional es, como creo, la única causa por la que no se ha llevado a cabo dicha obra en toda su extensión, conveniente sería que por su importancia dispusiera V.E. la planificación de los más urgentes, repartidos convenientemente en los puntos más peligrosos de nuestro litoral y dejar para más tarde la colocación de un número mayor.

También debo hacer presente a V.E. la necesidad de colocar algunas boyas de campana en los puntos más salientes y peligrosos de la costa, las que en muchas ocasiones salvarían las embarcaciones de inminente peligro, no sólo en la noche, sino aún en el día, durante aquellas épocas en que las fuertes neblinas que se experimentan en nuestro litoral, cubren por completo el horizonte.

Muelles

La mayor parte de nuestros puertos carecen de muelles que faciliten su tráfico y que hagan accesibles aquellos que por las condiciones del mar no siempre son abordables.

No necesito demostrar a V.E., que demasiado conoce los inconvenientes de esta falta, una necesidad reclamada constantemente por las autoridades, por el comercio y por cuantos navegan, quienes en distintas ocasiones han tenido pérdidas y atrasos de consideración y aun desgracias irreparables.

Los hermosos y magníficos muelles de Eten, Pacasmayo y Pisco, así como los pequeños de Ilo y Arica, todos en esqueleto, del sistema Mitchell, prueban que ésta es la única construcción apropiada para nuestra costa, donde las fuertes corrientes que se experimentan, las grandes cantidades de arena que arrastran y el fuerte embate del mar, hacen pronto inservible otro sistema, como ha sucedido en los muelles sólidos de Huacho, Chorrillos, y de otros puntos, que pronto han sido inutilizados.

Las razones expuestas en favor de los muelles del sistema Mitchell son mayores atendiendo al costo de ellos, a la facilidad que hay para darles una larga duración, si son atendidos debidamente.

XI

CAJA DE AHORROS

La Caja de Ahorros establecida en la Caja Fiscal del Callao, conforme al decreto supremo de 23 de Octubre de 1873, tiene según balance de la fecha, un activo de catorce mil novecientos soles en títulos de la deuda interna y de ciento siete soles en efectivo. El estado letra E. demuestra los ingresos y egresos desde su instalación.

Los resultados de esta institución en provecho de la nueva marinería nacional que principia a dotar a la Escuadra, no pueden ser más benéficos y filantrópicos. Esos individuos, cuya posición es tan precaria, encontrarán al terminar sus servicios, un pequeño capital con el que honradamente podrán dedicarse a alguna industria, o que servirá de alivio a sus familias.

En atención a la depreciación que en el día tiene la moneda circulante y al pequeño haber de que gozan los grumetes, con el cual ni aun pueden atender a sus menores necesidades, sería conveniente no hacerles descuento alguno mientras se

hallen en dicha clase, sino cuando obtuviesen la inmediata de marinero, la cual debería concedérseles, al año de servicio, si por su buena conducta y aptitudes la mereciesen, a juicio de sus jefes inmediatos.

Creo también que con los mismos fines anteriores y además para afianzar la estabilidad de la marinería, debe hacerse, en lo sucesivo, el mismo descuento a los individuos peruanos que hayan o no pertenecido a la Escuela de Aprendices; debiendo entregárseles los descuentos con sus respectivos intereses, al terminar el tiempo de sus contratas.

XII

DECRETO SUPREMO DE 22 DE OCTUBRE DE 1872

La justicia que debe reinar en todos los actos de la administración, se echaba de menos en la afluencia de ascensos que se han dado en todo tiempo; gran parte de la Marina ha sufrido decepciones con detrimento del cuerpo, y se hacía necesaria una disposición que reglara el modo de conferirse los ascensos y cortara de raíz las influencias personales. Este fue el objeto del decreto citado, cuyos resultados comprueban su importancia. Comprendiéndolo así V.E. lo ha aplicado hasta ahora con firmeza, modificándolo únicamente en la parte relativa a grados.

Abundando en las mismas ideas y deseando, como es natural, la regularidad en las recompensas de los buenos servicios que, además de evitar odiosas emulaciones, mejora indudablemente el servicio de la Escuadra, creo que aun debe hacerse alguna modificación al citado decreto, que me permito indicar a V.E.

Por dicho decreto es evidente que un Alférez de Fragata, esto es, un oficial joven, que recién principia a formar su carrera, a contraer los hábitos del servicio militar y marinero y a acomodarse a las privaciones y fatigas del mar, puede llegar a la clase de Capitán de Corbeta, alejado de esas grandes exigencias que hacen al buen oficial de Marina. En tal concepto juzgo que debe establecerse, para obtener un ascenso en la Marina, la necesidad de tener en cada clase cierto tiempo embarcado a bordo de los buques de Guerra, o transportes de la Escuadra, como está dispuesto al tratarse del ascenso a Capitán de Fragata.

No dudo del bien que reportará a la Escuadra esa modificación y estando establecida la alternabilidad en el servicio de a bordo y de tierra, todos tendrán ocasión de hacer su carrera en los buques, excepto aquellos cuya indolencia e ineptitudes los aleja de su verdadero puesto.

XIII

NECESIDADES Y APRECIACIONES GENERALES

Por la exposición hecha del estado de los buques de la Escuadra, verá V.E. que solo una pequeña parte se encuentra expedita, aunque necesitando pequeñas reparaciones y que el resto está en reparos importantes unos y otros en estado de

recibirlos con urgencia; así que en esta época se han acumulado las obras de reparaciones de toda la Escuadra. Estas circunstancias y las dificultades que se han presentado, no solo para proveer a los buques de los artículos más necesarios para su carena, sino para atender al pago de los aparejos, han contribuído muchísimo en que las obras hayan sufrido atrasos y embarazos inopinados; pero salvando V.E. cuantos inconvenientes puedan aun presentarse para el aprestamiento de la Escuadra, podrá quedar durante el año entrante expedita en todas sus partes y en un pie de guerra proporcionado a la importancia de los buques.

De algún tiempo atrás la Marina no ha hecho adelanto material alguno, a excepción del aumento que ha recibido con el transporte "Limeña"; lejos de esto, su importancia ha desmerecido mucho, pues siendo nuestros principales buques construídos en una época en que el blindaje y gruesa artillería hacían sus primeros ensayos, ya han quedado muy atrás de las poderosas naves de guerra que se construyen en el día. Esta novedad que se ha hecho una necesidad imperiosa en todas las naciones, proporcionalmente a sus exigencias, me hace llamar la preferente atención de V.E. que tanto conoce cuanto afianza una buena Escuadra, los intereses, la tranquilidad y soberanía de la Nación. Demasiado conozco la aflictiva situación de nuestro Erario; sin embargo, en atención a las consideraciones expuestas, creo de mi deber reclamar la prestigiosa influencia de V.E. para reforzar nuestra Escuadra con los buques que según su ilustrada opinión sean necesarios.

Haciendo a V.E. el anterior pedido, justo y conveniente es que opine por la supresión de los buques que por su poca marcha, y por su estado de deterioro o inutilidad, sólo aumentan los gastos de la Escuadra, sin provecho y con detrimento de la conservación de los demás buques.

Al tratarse de construcción de buques de guerra, muy natural es atender a los experimentos prácticos para poder apreciar con acierto las condiciones más convenientes. Al efecto, los combates del Monitor "Huáscar" en las aguas de Junín y de Pacocha, han ofrecido un estudio importante y del cual seguramente aprovecharán todas las naciones que tienen interés en el mejoramiento de la construcción naval y de la artillería de marina. En ambos casos dicho Monitor se sostuvo sin desventajas y sin recibir averías de consideración que lo obligasen a eludir la continuación del combate, a pesar de luchar con buques de guerra con buena artillería, rápida marcha y bien organizados; y si hubiese estado convenientemente preparado para un hecho semejante, con tripulación suficiente y disciplinada y sin los inconvenientes que tuvo, independiente de las condiciones del buque, puedo asegurar que hubieran sido más palpables sus excelentes cualidades.

En atención al sistema de su torreón y artillería y al poco blanco que presenta y a sus buenas condiciones marineras, dicho buque ha llamado siempre la atención de nuestra Marina, que lo ha considerado como el mejor de la Escuadra.

Como resultado del hecho referido, de los buenos servicios que ha prestado este buque, de su fácil conservación y en atención a las proporciones del blindaje usado actualmente, debemos concluir que buques semejantes al "Huáscar", sin grandes dimensiones, ligeros en su marcha y movimientos, con uno o dos torreones y con un fuerte blindaje, es la nave que debe servir de tipo para el caso de reforzar nuestra Escuadra.

Careciendo la Escuadra del número de Oficiales, como he indicado antes, no se hace el servicio en todas sus partes, conforme a las prescripciones de las Ordenanzas Navales; sin embargo los Jefes y Oficiales que actualmente dotan los buques, no desmayan en poner de su parte todos los esfuerzos para hacer menos sensible esta falta.

Notable es, verdaderamente, la circunspección e interés que he podido notar durante el corto tiempo que desempeño la Comandancia General de Marina, para atender a la conservación de los buques y para sostener la moral y disciplina de sus tripulaciones, lo que ha contribuído eficazmente para que estas, casi ignorando sus deberes por falta de Ordenanzas apropiadas, sufriendo privaciones y siempre en trabajo constante, no hayan manifestado inquietudes que comprometan su subordinación.

Debo recordar aquí la conveniencia de establecer la alternabilidad de los Jefes y principalmente de los oficiales, en los diversos puestos de la Escuadra y dependencias de Marina, que nunca se ha puesto en práctica. Esta medida contribuirá mucho en la conservación del personal, de sus conocimientos profesionales y de los hábitos de mar. Muchos Oficiales ha perdido la Escuadra por haber obtenido destinos en tierra, que han desempeñado por largo tiempo, pues cuando ha sido necesario embarcarlos por alguna circunstancia, ya habían perdido hasta las cualidades que distinguen al hombre de mar. Y esto no es extraño; el servicio de los buques y particularmente el de la Marina de Guerra, necesita hombres que llenos de abnegación, de costumbres severas y dedicados a su profesión, no echen de menos los alicientes naturales de la vida de tierra, ni se acostumbren a la flojedad que les es consiguiente, y mal puede conseguirse la conservación de un oficial de Marina, si se le deja entregado a las comodidades de la vida doméstica.

La alternabilidad de que trato, además de la conveniencia expuesta, da lugar para que todos los oficiales puedan ocupar los diferentes puestos de la Marina, adquiriendo la práctica necesaria en cada uno y cuenten servicios embarcados para obtener merecidamente sus ascensos.

Otra de las causas que influyen en desmejoramiento del servicio, es la larga permanencia de los buques en los puertos que, como el Callao, ofrecen distracciones diversas. La permanencia constante de la oficialidad a bordo, la regularidad de los ejercicios de las tripulaciones y el alejamiento de toda inquietud opuesta a la vida militar y marinera, solo puede conseguirse fuera del alcance de estos lugares, donde todos tienen que reconcentrarse en el cumplimiento de sus deberes.

Creo, pues, conveniente que nuestros buques deben estar constante y alternadamente haciendo las estaciones del N. y S. de la República y, como felizmente todo nuestro litoral está en comunicación telegráfica, pronto podrán recibir las órdenes que se les imparta o acudir al lugar donde se hagan necesarios sus servicios.

Llevando a efecto la anterior indicación, los oficiales podrán ocuparse en hacer estudios hidrográficos, rectificando la posición de la costa, señalando sus menores detalles, observando los establecimientos de los puertos, las mareas, corrientes, vientos y cuantos fenómenos sean dignos de atención. Con un trabajo de esta naturaleza, útil y honroso, la Escuadra satisfará una deuda contraída con todas las naciones civilizadas, cuyos marinos por obligación, se ocupan constantemente y donde quiera que se hallen, en iguales operaciones.

La medida tomada recientemente por V.E. comprando directamente en Europa los artículos navales, es ventajosa bajo todo aspecto, pues solo así podrán obtenerse económicamente y de buena calidad. Nuestros buques, siempre proveídos por contratos particulares nunca han sido bien atendidos, ya por la escasez de algunos artículos, ya por su mala calidad y por dificultades para la entrega. Ultimamente con motivo de la paralización del despacho de la casa proveedora se ha estado comprando en plaza los artículos para la Escuadra consultando la mejor economía; pero la situación no ha mejorado por esto y se han presentado diversos inconvenientes. A bordo, más que en cualquiera otra parte, se necesita por economía y conveniencia, que los artículos sean de primera calidad, por alto que sea el precio, pues estando allí expuestos constantemente a la intemperie, se destruyen muy pronto si carecen de esa condición.

A fin de que el Arsenal pueda atender con actividad a ciertas necesidades de la Escuadra y al embarque y desembarque de tropas, cuyas operaciones se hacen tan difícil y morosamente en las lanchas y botes inaparentes que existen y muchas veces con falta de gente suficiente, debo solicitar a V.E. la adquisición de dos lanchas a vapor apropiadas para el objeto indicado. Creo demás encarecer la utilidad de estas embarcaciones a vapor, pues ya V.E. ha tenido ocasión de apreciar su necesidad.

XIV

CAJA FISCAL

Sección Marina

El estado adjunto marcado con la letra F, manifiesta los gastos de Marina hechos por la Caja Fiscal por todo el año 77, los que ascienden a la cantidad de un millón doscientos diecisiete mil cuatrocientos cincuenticinco soles treinta y seis centavos, en la que se halla inclusa la cantidad de veinte mil ciento tres soles diecisiete centavos, correspondiente a pagos hechos por gastos de años anteriores.

Además la Caja Fiscal adeuda por sueldos y demás gastos del ramo de Marina, la cantidad de setenta y tres mil seiscientos setenta y siete soles treinticuatro centavos, gastos hechos y dejados de pagar en el pasado año, así es que, en resumen, los gastos de Marina en todo el año 77 ascienden a la cantidad de un millón doscientos setenta y un mil veintinueve soles cincuenta y tres centavos.

Con dicha cantidad se ha atendido, como indica el referido estado, a los gastos de los buques de la Escuadra, Capitanías del litoral y demás dependencias de Marina, a la Escuela Naval y Preparatoria y a la Factoría Naval, a los retirados indefinidos, montepíos y demás pensionistas, a los sueldos de los jefes y oficiales en comisión, pasajes, fletes y a otros gastos diversos y extraordinarios.

He aquí Excmo. Señor, el estado actual de la Armada y algunas apreciaciones que he creído conveniente hacer sobre el particular.

Grandes son las necesidades de la Armada que manifiesto a V.E. y grandes las dificultades que hay en la actualidad para subvenir a ellas, sin embargo, la Marina, confiada en la especial consideración que le merece a V.E. espera ver realizadas, por lo menos, aquellas mejoras más apremiantes.

Muy largo hubiera sido tratar de todos los puntos convenientes al servicio de la Armada, y bien merecía hacerse, pues todos ellos son importantísimos y refluyen directa y positivamente en su mejoramiento; pero estoy persuadido que los Códigos Navales, cuya revisión pronto debe terminar, harán ver a V.E. en sus menores detalles, la marcha que debe seguir el servicio de la Armada para llegar con buen rumbo a su completa organización.

Haciendo merecida justicia, debo recomendar a V.E. el honorable cuerpo de Marina, que lleno de abnegación y de entusiasmo en medio de las necesidades porque ha atravesado, no ha desmayado un instante en cumplir con sus deberes. Solo el lamentable incidente que tuvo lugar a bordo del Monitor "Huáscar", en Mayo del pasado año, originado por la influencia que la anarquía ejerció sobre un reducido número de oficiales que faltaron a su consigna, vino a comprometer el buen

nombre de la Escuadra; pero V.E. conoce hasta qué punto fue rechazada por ésta ese golpe insidioso y cuan merecedora se hizo a la estimación del Supremo Gobierno.

Al terminar séame permitido manifestar a V.E. a nombre de la Marina, su sincera gratitud por el vivo interés que constantemente muestra por la preponderancia de la Armada de la República.

Exmo. Señor

Callao, Enero 2 de 1878.

Miguel Grau


Testimonios

GRAU ASUME EL COMANDO DEL "HUASCAR"

Comandancia del Monitor Huáscar

Al ancla, Callao Marzo 28 de 1879

Señor Capitán de Navío Mayor de Ordenes
del Departamento.

S. M.

Conforme a la Superior disposición que me fue comunicada, me he hecho cargo del mando de este buque el día de hoy, habiéndose verificado la entrega de él con las formalidades que prescriben las Ordenanzas de la Armada, por cuyo motivo remito a V. S. el inventario y estado general en que lo he recibido.

Dios guarde a Ud.
Miguel Grau

DICTAMEN DE LA COMISION DE PREMIOS

En la sesión de la Cámara de Diputados ha sido aprobado por unanimidad el siguiente dictamen de la comisión de premios, suprimiéndose la segunda conclusión por ser inoficiosa, en razón de que el Ejecutivo puede conceder ascensos hasta la clase de Capitán de Navío graduado, y de que todos los jefes y oficiales comprendidos en esa conclusión, pueden ser premiados por el Ejecutivo, sin necesidad de ocurrir al Congreso:

Señor:

La proposición suscrita por los honorables diputados Unzueta, Valle, Elías, Machuca y Vega, Canevaro, Manzanares, Eguiguren y Moreno y Maíz, para que se conceda la clase de Contralmirante al Capitán de Navío don Miguel Grau, y otros premios a los jefes, oficiales y tripulación del monitor "Huáscar", por los hechos heroicos que han realizado en los combates de Iquique y Antofagasta, y por el modo glorioso con que han mantenido la honra de nuestro pabellón, donde quiera lo haya ostentado esa nave, ya sea al frente de la poderosa escuadra chilena, ya en los puertos artillados del enemigo; responde al sentimiento general de la nación, y viene a formular una idea que se halla en la conciencia de todos y cada uno de los peruanos.

El Comandante del Huáscar, interpretando fielmente las órdenes e instrucciones del Supremo Director de la Guerra, y dándoles estricto cumplimiento con la pericia generalmente reconocida y una audacia no común, ha levantado cubierto de gloria el pabellón nacional, como lo expresan muy bien los autores del proyecto; y lo han hecho no solo desafiando la superioridad de la escuadra chilena, batiéndose con ella donde la han encontrado, desconcertando sus planes y paralizando sus movimientos; sino por el noble contraste que ha presentado al mundo entero ese digno jefe, en el modo noble y generoso como ha practicado las hostilidades que ha tenido que ejercitar comparados con los actos inícuos y de repugnante barbarie que han cometido las naves chilenas en nuestras costas indefensas.

En efecto, el Comandante Grau se dirige al puerto de Iquique en la mañana del 21 de Mayo para batir a la escuadra chilena y obligarla a levantar el bloqueo, y no encontrando en la rada sino dos buques, intima rendición al más fuerte de ellos y se ve precisado a emplear el ariete de su nave para poner término al combate y continuar las operaciones que le habían ordenado; pero apenas recibe el buque enemigo el golpe que había de sepultarlo en el abismo, el jefe victorioso da pábulo a sus nobles instintos, empleando todos los elementos de que podía disponer para salvar más de un centenar de tripulantes de la nave vencida, en los momentos mismos en que nuestros náufragos de la Independencia eran cruelmente asesinados por los tripulantes de un buque fugitivo, que debió su salvación a la fatal encalladura de nuestro blindado.

En el puerto de Antofagasta, el Comandante Grau se acerca a las baterías del enemigo, las desafía, rompe sus fuegos sobre ellas, obligándolas a suspender los suyos en señal de rendición y después de practicar algunos actos de hostilidad, regresa al día siguiente hasta ponerse a tiro de pistola de los fuertes, sin que el enemigo diera señales de vida, sufriendo aún las consecuencias del espanto que les había infundido la víspera nuestro monitor.

Pero donde probó el denodado Comandante Grau su pericia y arrojo, fue indudablemente en el combate frente al puerto de Iquique en la madrugada del 10 de Julio.

Cumpliendo las órdenes superiores, se dirige el 9 en la noche a ese puerto a sorprender a la escuadra enemiga que sostenía el bloqueo; y no encontrándola en la rada, continuó su marcha hasta dar con el convoy, compuesto de un blindado, dos corbetas y un transporte. Fácilmente hace rendir a éste; traba combate con una de las corbetas, la que iba a ser víctima del ariete del monitor cuando se encuentra rodeado por los demás buques. Se abre paso entre ellos, y sosteniendo los fuegos contra todos, maniobra con tal audacia, que desconcierta al enemigo, le causa algunas averías, y regresa ileso al puerto de Arica a dar cuenta de su comisión.

No es menor el denuedo empleado por ese digno jefe en las varias expediciones que ha hecho sobre el litoral de Chile, apresando buques y destruyendo elementos al enemigo al alcance de los tiros de sus cañones, y sin practicar ninguna hostilidad que repugne a la civilización.

Esta serie de hechos con que el Comandante Grau ha enaltecido el valor y la cultura de los marinos del Perú, le han merecido el aplauso de la opinión pública; y los representantes de la Nación, los fieles intérpretes de ese sentimiento, se han apresurado a formularlo, otorgando a tan esclarecido jefe el galardón a que se ha hecho acreedor.

Vuestra comisión abunda en los sentimientos que han inspirado a los autores del proyecto, pero desea que ese ascenso debido al mérito y que está ya decretado por la sanción pública, revista un carácter legal y no dé lugar a competencias que podrían retardarlo.

La facultad de otorgar el ascenso a la alta clase de General no pertenece exclusivamente al Congreso, y no puede ejercitarse con prescindencia del Poder Ejecutivo. Así lo determina el artículo 59º de la Constitución, estableciendo en la atribución 13 que corresponde al Congreso "aprobar o desaprobar las propuestas que, con sujeción a la ley, hiciese el Poder Ejecutivo, para Generales del Ejército y de la Marina, y para Coroneles y Capitanes de Navío efectivos".

El Gobierno, como las Cámaras y el país entero, no puede menos que reconocer los méritos contraídos por el Comandante Grau en los gloriosos hechos que quedan narrados, y no debe ponerse en duda que se apresurará a secundar los deseos de la Nación, ejercitando las atribuciones que le conceden las leyes.

En cuanto a la medalla que se decreta en el Art. 2º del proyecto para los demás jefes, oficiales y tripulantes del monitor Huáscar, cree vuestra comisión que ella se debe reservar para que la concedáis cuando termine la guerra, de manera que puedan ostentarla con orgullo después de la victoria los que supieron defender con brío y abnegación la honra de su patria y la justicia de su causa.

En vista de las razones expuestas, vuestra comisión opina que prestéis vuestra aprobación al presente proyecto, con las modificaciones siguientes en la parte resolutiva:

Art. 1º— El Congreso declara digno de ser elevado a la clase de Contralmirante de la Escuadra Nacional al Capitán de Navío don Miguel Grau, y lo recomienda al Ejecutivo para que lo proponga conforme a la Constitución.

Art. 2º— Recomienda, igualmente, a los demás jefes, oficiales y tripulantes del monitor Huáscar, para que los premie conforme a sus atribu-

ciones, y en vista de los partes que ha debido elevar el Comandante de esa nave sobre los hechos gloriosos del 21 de Mayo y 10 de Julio.

Dése cuenta.— Sala de la Comisión.— Lima, Agosto 12 de 1879.— MARIANO GIRALDEZ.— FEDERICO MACHUCA Y VEGA.— MODESTO MACEDO.— JUAN CARVO.— JUAN DE LA C. EDUARDO.

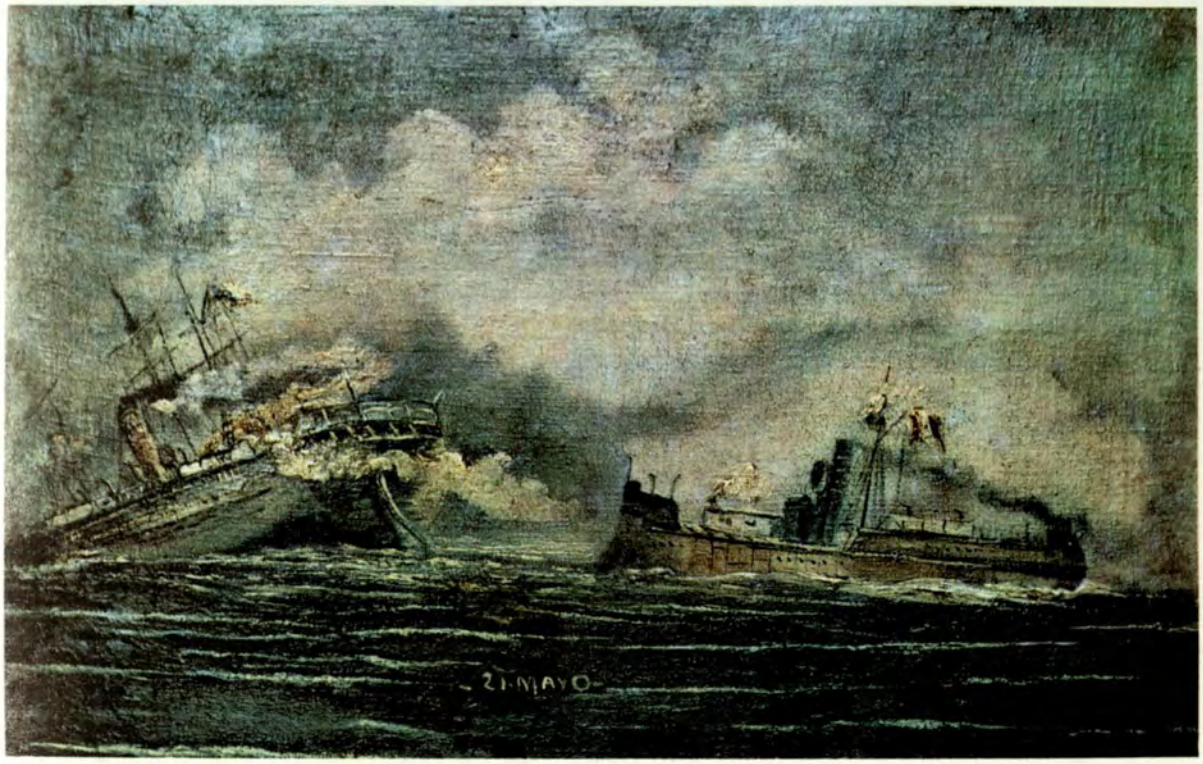
Comandancia General de la
Primera División Naval

Monitor "Huáscar"
Al ancla en Iquique, Mayo 21 de 1879

Señor General de División Comandante de la Plaza de Iquique:

Conforme a instrucciones verbales que recibí del señor General Director de la Guerra en el puerto de Arica, me dirigí a este puerto con la división Naval de mi mando compuesta del monitor "Huáscar" y de la fragata "Independencia", y al arribo a él, en donde se encontraban sosteniendo el bloqueo los buques de guerra chilenos: corbeta "Esmeralda" y cañonera "Covadonga", emprendí el ataque contra ellos, batiendo a la "Esmeralda" que se mantuvo en el fondeadero, y mandando a la "Independencia" en persecución de la "Covadonga" que huía en dirección al Sur.

No me es posible por la premura del tiempo dar a V. S. los detalles de este encuentro que, desde luego, ha podido V. S. apreciar por sí mismo desde tierra, y me concreto por tal causa a decir V. S. que notando después de la primera hora de combate que nuestra posición en la boca del puerto, no nos permitía hacer buena puntería, a causa del movimiento del mar y sabiendo de que la "Esmeralda" se mantenía muy pegada a tierra por la parte norte de la población, porque tenía su frente guarnecido por una línea de torpedos, según me lo indicó el Capitán de Corbeta y de este puerto don Salomé Porras, que vino a bordo al principiar el combate, a la par que temiendo herir a la población con los tiros de mi buque, me decidí a entrar por la parte del Sur, pegándome lo posible a la isla a fin de atacar con el espolón, pero como la "Esmeralda" salía entonces por la parte del Norte, siempre muy próxima a tierra, cambié de propósito y goberné sobre ella directamente. En dos ocasiones se defendió presentando la aleta en la una y la proa en la otra, de manera que el golpe de espolón no le hizo mayor efecto en una ni otra, y el combate tenía lugar entonces con tiros de fusilería y ametralladoras, estando los buques en contacto. Finalmente dispues-



Cuadro al óleo (69 x 45) con el detalle de la batalla de Iquique. Museo Naval.

tos los dos cañones de la torre para disparar lo más cerca posible del buque enemigo y embistiendo por tercera vez a toda fuerza con el espolón, el disparo de los dos primeros y el golpe de este último, dado en el centro de su costado, sumergieron casi instantáneamente a la "Esmeralda". Eran las 12 h. 10 m. p.m. el combate había terminado después de 3 h. 40 m. de una tenaz resistencia del enemigo.

La fragata "Independencia", batiendo en caza a la "Covadonga", logró aproximársele hasta embestirle con el espolón en la punta denominada Gruesa, pero como este último buque navegase muy pegado a tierra, próximo el momento de darle el golpe, sufrió la primera un violento choque en sus fondos contra una roca escondida y cubierta, choque que le inutilizó su máquina y dio por resultado la pérdida del buque arrojado por la mar sobre los arrecifes de la punta.

Terminada la acción del "Huáscar" con la sumersión de la "Esmeralda" y después de haber salvado los náufragos de este último buque y recibídolos a mi bordo, me dirigí en demanda de la "Independencia", que tenía a la vista en la punta Gruesa ya mencionada, con el ánimo de ayudarla al apresamiento de la "Covadonga". Pero ésta desde el momento que se apercibió de la dirección que llevaba se alejó a toda fuerza con rumbo al Sur. La perseguí durante tres horas pudiendo notar a la pasada el estado en que se encontraba la "Independencia", mas considerando la distancia de diez millas que aproximadamente me separaba de la "Covadonga" y que no podría estrecharla antes de la puesta del Sol, y ser en tal caso más conveniente ir en auxilio de la "Independencia", viré y me dirigí sobre ésta.

Pronto puede apreciar que la pérdida de la fragata era total; mandé mis embarcaciones por la gente que había a bordo de ella y dí orden de incendiarla. Esto cumplido he regresado a este puerto.

Adjunto a V. S. las relaciones de las bajas habidas en la dotación de este buque, de los muertos del enemigo, cuyos cadáveres han sido recogidos y de los prisioneros. Remito a tierra para su sepultura los cadáveres, para su curación los heridos y a la orden de V. S. los prisioneros.

Al terminar réstame manifestar a V. S. que durante el combate todos los tripulantes del buque de mi mando han cumplido satisfactoriamente con su deber.

Todo lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. S. para los fines a que haya lugar.

Miguel Grau

Comandancia General de la
Primera División Naval

Al ancla en Iquique, Mayo 23 de 1879

Benemérito
Señor General Director de la Guerra:

En cumplimiento de las instrucciones verbales recibidas de V. E. zarpé del puerto de Arica al empezar la noche del 20 del presente con el monitor "Huáscar" y la fragata "Independencia": ambos buques pertenecen a la División Naval de mi mando, y me es honroso dar cuenta a V. E. de los acontecimientos que han tenido lugar en ella hasta la fecha. En la travesía del puerto de Arica al de Iquique, creí conveniente recalar en Pisagua, lo que verifiqué a las 4 hs. 20 mts. a.m. del 21, con el objeto de inquirir algunas noticias relativas a la comisión que debía realizar en Iquique. En efecto, supe del bloqueo por el capitán de dicho puerto, quien me mostró un telegrama del prefecto del departamento de Tarapacá de fecha 19, en el que se le comunicaba que la corbeta "Esmeralda", la cañonera "Covadonga" y el transporte "Lamar", buques de la Escuadra chilena, hacían efectivo el bloqueo de Iquique.

Al aproximarse nuestros buques al puerto de Iquique, noté que efectivamente tres buques caldeaban, y pronto pude reconocer entre ellos a la "Esmeralda" y la "Covadonga", que se ponían en movimiento, tomando posiciones defensivas, a la par que salía del puerto un vapor con bandera norteamericana, probablemente el "Lamar", y se dirigía al Sur. La anticipación con que se hizo esta maniobra, y la distancia de cinco millas a que me hallaba del puerto, teniendo en cuenta las diligencias consiguientes a su reconocimiento, me decidieron a dirigir mis operaciones de preferencia sobre los dos buques que antes he indicado. Llegado el "Huáscar" a dos mil metros aproximadamente al N. O. del fondeadero de los buques enemigos, mandé afianzar el pabellón y ordené a la "Independencia" que venía por el Norte, próxima a la costa y a cinco millas de distancia, se dispusiese para el combate.

Ocupaban entonces los mencionados buques posiciones a un cable o cable y medio de la playa, frente al lado N. de la población, en orden de combate, la "Covadonga" por la popa del otro y ambos con proa al N. de manera que estaban interpuestos entre nosotros y la población; eran las 8 hs. 20 mts. a.m. del 21.

Trabóse el combate desde ese momento entre el "Huáscar" y los dos buques enemigos, y 30 minutos después se unió y rompió sus fuegos la "Independencia", pero nuestros tiros no podían ser bien dirigidos por encontrarnos en la boca del puerto bajo la acción de la mar, a la par que las punterías de los buques enemigos tenían en lo general buena dirección y elevación.

La "Covadonga" después de la primera hora, salió del puerto muy pegada a la isla que cierra la parte occidental, y emprendió su retirada por la costa del sur,barajándola muy próxima a la playa, en vista de lo cual ordené a la "Independencia" perseguirla, quedándome por consiguiente batiendo con el "Huáscar" a la "Esmeralda".

Mientras la "Independencia" seguía su camino y notando la inseguridad de nuestros tiros, por la causa que he dicho antes, me decidí atacar a la "Esmeralda" con el espolón; pero informado por el capitán de corbeta y del pueblo don Salomé Porras, y por el práctico del mismo don Guillermo Checle, quienes se encontraban a bordo desde el principio del combate, de que dicho buque estaba defendido por una línea de torpedos en su delante, intenté dirigirme sobre él pasando próximo a tierra por el lado del Sur, para desalojarlo de la zona en que maniobraba defendido. Mas, observando a la vez, que se dirigía hacia el Norte saliendo de esa zona, cambié de propósito y goberné directamente sobre el centro de su casco, con un andar de 8 millas aproximadamente. A medio cumplido de distancia, detuve la máquina, y la "Esmeralda", guiñando para evadir el golpe al costado, lo recibió por la aleta de babor en dirección muy oblicua; el espolón resbaló, su efecto fue de poca consideración, y quedaron abordados ambos buques, hasta que el "Huáscar" empezó su movimiento para atrás.

Embestí nuevamente con igual velocidad y la "Esmeralda" presentó su proa evadiendo de esta manera nuevamente los efectos del choque, sin embargo estos dos golpes la dejaron bastante maltratada.

En ambas ocasiones, a la aproximación de los buques y durante el tiempo que permanecieron muy cerca, recibíamos el nutrido fuego de las ametralladoras que tenía establecidas en sus cofas, el de fusilería y muchas bombas de mano a la vez que descargas completas de la artillería de sus costados. El blindaje protegió bien a nuestra gente de los efectos de tan certeros fuegos, muchos de los cuales chocaron en nuestra torre y otros rompían algunas partes de madera o de fierro muy delgado, y permitía sostener igualmente nuestro fuego de cañón y de fusilería.

Finalmente emprendí la tercera embestida con una velocidad de diez millas y logré tomarla por el centro. A este golpe se encabuzó y desapareció completamente la "Esmeralda" sumergiéndose y dejando a flote pequeños pedazos de su casco y algunos de sus tripulantes. Eran las 12.10 p.m. El Comandante de ese buque nos abordó a la vez que uno de sus oficiales y algunos de sus tripulantes, por el castillo, y en la defensa de este abordaje perecieron víctimas de su temerario arrojo. Inmediatamente mandé todas las embarcaciones del buque a salvar a los náufragos y logré que fuesen recogidos 62, los únicos que habían sobrevivido a tan obstinada resistencia

No puedo prescindir de llamar la atención de V. E. hacia la sensible pérdida del teniente segundo graduado don Jorge Velarde, para significar el

notable comportamiento y arrojo con que este oficial conservó su puesto en la cubierta, al pie del pabellón, hasta ser víctima de su valor y serenidad.

Terminado en el puerto de Iquique el salvamento de los náufragos y con ellos a bordo, me dirigí en demanda de la "Independencia" que estaba a la vista en la punta denominada Gruesa, al Sur de Iquique, con el intento de ayudar al apresamiento de la "Covadonga". Noté que ésta desde que se apercibió del movimiento del "Huáscar", se alejó a toda fuerza rumbo al Sur, a la vez que la "Independencia", algo recostada a una banda, permanecía en el mismo sitio.

A medida que iba avanzando, pude claramente comprender que este último buque estaba varado y preferí continuar la persecución de la "Covadonga" durante 3 horas, hasta que convencido, por la distancia de diez millas que aproximadamente me separaba de ella, que no podría estrecharla antes de la puesta del Sol, creí más conveniente desistir del empeño y volver en auxilio de la "Independencia".

Pude entonces apreciar que la pérdida de la fragata era total y mandé mis embarcaciones por la gente que había a su bordo dando la orden de incendiar el buque.

Los detalles relativos a la pérdida de la fragata, los encontrará V. E. en el parte adjunto del comandante de dicho buque. Este jefe con todos sus subordinados marchan en el "Chalaco" a ponerse a órdenes de V. E.

Regresé al puerto de Iquique y remití a tierra a los prisioneros a órdenes del señor General en Jefe del Ejército. A los heridos para su curación y los cadáveres para su sepultura.

Por considerarlo prudente me moví a la mar con el fin de pasar la noche sobre la máquina, reconociendo las cercanías del puerto y avisté en la madrugada al transporte "Chalaco" que estaba en Pisagua. Me dirigí en demanda de él, e impuesto de su comisión le ordené viniese a cumplirla al puerto de Iquique, por creerlo así más conveniente.

Actualmente me ocupo en hacer carbón, tomándolo del "Chalaco", de tierra, y de una lancha perteneciente al enemigo, con el fin de continuar dando cumplimiento a las instrucciones de V. E.

Al terminar cábeme la satisfacción de asegurar a V. E. que todos los individuos de la dotación del "Huáscar" que me están subordinados han cumplido con su deber.

Todo lo cual tengo el honor de elevar a conocimiento de V. E. para los fines a que haya lugar.

Dios guarde a Ud.
Miguel Grau

Comandancia de la Primera
División Naval

A bordo del Vapor "Huáscar".
Al ancla, Ilo, Mayo 31 de 1879.

Señor Director de Marina en el
Ministerio del Ramo.

Con fecha 23 del presente, tuve el honor de dar cuenta a V. S. de las operaciones ejecutadas con la división de mi mando, desde mi salida del puerto de Arica el 20, hasta esa fecha.

Hoy cábeme nuevamente la honra de participar a V. S. las que desde entonces hasta hoy he llevado a cabo con el monitor "Huáscar", conforme a las instrucciones que se dignó impartirme en el puerto de Mollendo el señor General Director General de la Guerra.

El 24 en la madrugada, después de despachar al transporte "Chalaco" con destino a Arica, zarpé de Iquique con destino al Sur, observando la costa a la menor distancia posible y reconocí en Pabellón de Pica al vapor "Valdivia", de la Compañía Inglesa de Vapores, que venía del Sur.

Continué mi derrota durante la noche, algo separado de la costa, y al amanecer del 25 avisté por el Sur, y goberné en su demanda, un vapor que al parecer era el "Itata", de la Compañía Sudamericana, cuyas primeras evoluciones fueron bastante sospechosas y que terminó por huir a toda fuerza.

Lo perseguí durante cuatro horas sin poderle dar caza, debido a que su andar era mayor que el del "Huáscar", y convencido de ello, desistí del empeño para reconocer a un pailebot "Recuperado" que fue apresado por el enemigo y que se dirigía a Antofagasta con el fin de ser juzgado en ese puerto.

Comprendiendo que la comisión que iba a desempeñar no me permitía distraer hombre alguno de mi buque para poner a salvo la presa, preferí incendiarlo, y tomar a mi bordo a los tres individuos que componían la tripulación.

Me dirigí en seguida al puerto de Mejillones de Bolivia, y mandé a tierra un oficial para notificar al jefe militar de ese puerto que el "Huáscar" no llevaba a él intención alguna hostil contra sus moradores y sí sólo el objeto de destruir las lanchas que pudieran servir para el uso del enemigo; no encontré la menor resistencia de parte de dicha autoridad para realizar este propósito, y procedí en consecuencia a destruir todas las que había en el agua y además otra presa, la goleta "Clorinda", por existir respecto al salvamento de ésta los mismos impedimentos que antes he manifestado.

Salí del puerto de Mejillones, con destino al de Antofagasta en la noche de este mismo día, y en la mañana del siguiente avisté un vapor mercante, al parecer el "Rímac", que salía a toda fuerza por el lado del Sur. Le perseguí durante cuatro horas, y convencido de que su andar a vela y máquina como iba, era mayor que el del "Huáscar", me dirigí nuevamente a Antofagasta.

A mi llegada a ese puerto se destacó de él otro vapor hacia el Norte; era probablemente el "Itata" de la víspera, llevaba el pabellón chileno y huía a toda fuerza. Me dirigí sobre él forzando la máquina y le perseguí durante dos horas, haciendo algunos disparos de artillería pero tampoco pude tomarlo.

Al emprender la persecución de éste último vapor se hicieron algunos disparos de las baterías de tierra contra el "Huáscar", los que no contesté inmediatamente por el empeño en que me hallaba; pero convencido de que no era posible dar caza al vapor regresé al puerto y me mantuve con el buque sobre la máquina en el fondeadero muy próximo a tierra. Así permanecí media hora, reconociendo y estudiando las defensas del puerto.

La cañonera "Covadonga", que desde el principio se movió a espía para cubrirse con los buques mercantes, terminó por introducirse en la barra del puerto para ponerse a salvo. En esta disposición podía hacer uso de su artillería en defensa del puerto. Tres baterías en tierra, situadas respectivamente en el norte, centro y sur de la población, las tres rasantes, con cañones al parecer algunos de grueso calibre y montados a barbeta, completaban dicha defensa.

Visto que a pesar de la proximidad en que me encontraba de ellas no se repetían los disparos, ordené romper los fuegos sobre las máquinas condensadoras, situadas en el norte de la población, y entonces fue contestado por las baterías de tierra y por la "Covadonga", trabándose desde este momento el combate con ellas hasta las 7 hs. 15 ms. p.m. en que después de sostener el fuego durante dos horas y de que el último disparo del "Huáscar" no fue contestado, me retiré para pasar la noche fuera del puerto.

Hubiese podido continuar con el bombardeo de la población, desde que a él había sido provocado, pero la consideración de lastimar intereses neutrales y que este ataque se dirigía sobre los pobladores indefensos aunque no me correspondía la responsabilidad de los resultados, me decidieron a no emprenderlo.

Había hecho 16 tiros con los cañones de a 300 y 8 con los de a 40 dirigidos a las baterías; juzgo que el enemigo hizo más de 80 tiros.

En la mañana del 27 me dirigí nuevamente al fondeadero con el intento de rastrear y cortar el cable submarino. Me aproximé con tal fin hasta 600 metros de la población para alargar las rastras, y no obstante de que en tierra se notaba mucho movimiento de tropas y preparativos de defen-



Pabellón del "Huáscar" que fue defendido hasta el sacrificio por los tripulantes del heroico monitor peruano.

sa, arrié mis embarcaciones y con ellas por un lado y el buque por otro, pude tomar el cable y cortarlo sin ser absolutamente molestado durante la operación. Terminada ésta y habiendo avistado un vapor por el norte, me moví en su demanda y reconocí que era el vapor inglés "Ayacucho", de la carrera, que se dirigía al puerto, regresé y permanecí hasta las 9 p.m. como antes frente a las baterías y a muy corta distancia, pero no habiendo ocurrido novedad me retiré después de la salida del "Ayacucho" e hice rumbo al Norte.

A las 4 a.m. del 28, frente a la roca Abtao en la punta de Mejillones, avisté tres luces como de igual número de buques que navegaban en convoy dirigiéndose al Sur; me aproximé prudentemente a ellos sin ser visto y creo que fueron buques de la Escuadra chilena, la que, según los informes que había recibido, estuvo la antevíspera frente a Pisagua, y se dirigía al Sur.

Seguí mi derrota con destino al puerto de Cobija, y en éste, previa la notificación respectiva, mandé destruir seis lanchas que había en el fondeadero y me dirigí en demanda de un buque que se avistaba por el Oeste.

En el trayecto encontré a la goleta "Coqueta", nueva presa que he remitido al puerto de Arica a cargo de un patrón y dos tripulantes de mi dotación, para que se siga con ella los trámites de ley.

La vela avistada era la barca "Emilia", procedente de la caleta de Huanillos de Bolivia con su cargamento de metales y con destino a Lota. Este buque que arbolaba el pabellón nicaragüense sin tener patente legal para usarlo, había conducido carbón al puerto de Antofagasta, por cuyos motivos, lo he remitido al del Callao a cargo del Teniente 1º graduado don Melitón Rodríguez, con dos aspirantes y nueve individuos de tripulación, para que allí sea juzgado ante el tribunal respectivo. El piloto, mayordomo y siete individuos de tripulación de la "Emilia" fueron trasbordados y están a bordo de este buque por precaución, por ser todos de nacionalidad chilena.

Terminado esto me dirigí a Tocopilla, donde reconocí a los buques que allí se encontraban, y continué mi derrota al Norte tocando en la mañana del 29 en Patillos y entrando después en Iquique. Aquí recibí a bordo al Excmo. señor General, Director General de la Guerra, le dí cuenta del resultado de mi comisión y recibí las instrucciones convenientes para tomar carbón en Ilo y dirigirme al Callao, en el caso de que no fuera posible encontrarme al día siguiente en Iquique.

En efecto, después de dejar en este puerto, por orden superior, 25 rollos de alambre telegráfico de 38 que tomé en una de las lanchas de Mejillones de Bolivia, salí para pasar la noche sobre la máquina fuera de él; y en la mañana siguiente, cuando me dirigía ya al fondeadero, avisté por el Norte, a cinco millas de distancia, tres de los buques enemigos. Como

mis instrucciones me indicaban en este caso rehuir el encuentro, hice proa al Oeste y sucesivamente hacia el Norte. Mientras era seguido, lo que duró siete horas, después de las cuales me dirigí rumbo a Ilo. He podido con esta ocasión apreciar que el máximo andar de ellos es de 9 y media millas.

En el trayecto, a las 5 p.m. avisté un vapor que navegaba al Sur, me dirigí entonces a él para reconocerlo, lo que conseguí a las 6 horas, pues igual operación practicaba él respecto al "Huáscar"; pero estando próximo, y luego que nos reconoció al disparo de estilo, largó una embarcación que llevaba a remolque dio toda la fuerza a su máquina y huyó hacia el Sur. Era un transporte, lo perseguí durante dos horas, sin poderle dar caza por su mucho andar y la oscuridad de la noche, y continué mi derrota.

Hoy a las 11.45 a.m. he fondeado en este puerto con el fin de tomar carbón y saldré con destino a Arica tan luego como haya terminado esta operación.

Todo lo que me es honroso participar a V. S. para que por su órgano llegue a conocimiento del Supremo Gobierno.

Dios guarde a U. S.
Miguel Grau

Comandancia de la Primera
División Naval

A bordo del vapor "Huáscar".
Al ancla, Mollendo, Junio 4 de 1879.

Excmo. señor General Director
General de la Guerra.

Cumpliendo las instrucciones que V. E. se dignó comunicarme por telégrafo al puerto de Pisagua, zarpé de éste en la noche del 2 del presente, después de haber tomado durante el día todo el carbón que me fue posible. Me dirigí al Sur pasando a quince millas del puerto de Iquique y aproximándome después a la costa, para reconocerla de cerca.

En la madrugada del 3 estando frente a Huanillos avisté dos buques a vapor sobre los cuales me dirigí en son de combate suponiendo, según las indicaciones del telegrama de V. E., que fuesen las corbetas chilenas "Chacabuco" y "O'Higgins", pero como los dos buques se dirigían también sobre el "Huáscar", pronto a las 6 a.m. y a distancia de 5 millas pude reconocer que uno de ellos era el blindado "Blanco Encalada" y el otro la

cañonera "Magallanes". Prevenido por V. E., de rehuir en este caso el combate hice rumbo al Oeste y aumenté el andar a fin de evitar el encuentro con los buques enemigos que tomaron las aguas del "Huáscar" y le perseguían en caza.

Nuestro andar al principio era bastante para mantener la distancia que nos separaba del blindado, pero después de la primera hora noté que ella se estrechaba y aunque esto tenía lugar lentamente, comprendí que había de terminar por obligarme al combate, desde que no era posible dar al "Huáscar" más de 9 millas de andar, en razón a que el carbón tomado en Pisagua y en Ilo de que hacía uso no podía elevar suficientemente la presión del vapor.

Con el fin de aligerar el buque y de dejar libres los tiros de retirada de los cañones de la torre, tuve que botar al agua las dos falúas que llevaba en los pescantes de estribor, las que estaban algo destruídas a consecuencia del combate de Iquique. La distancia continuó estrechándose y como a tres millas el blindado hizo dos disparos. En este momento afiancé el pabellón y me dispuse para el combate que próximamente debía dar principio.

En efecto a la 1 y 10 p.m. a 4,000 yardas de distancia rompí los fuegos conservándome en retirada. El blindado que entonces venía por la aleta de estribor del "Huáscar" rompió también los suyos, haciendo uso de los cuatro primeros cañones de proa; pero como para esto tenía que maniobrar, guiñando a una y otra banda, circunstancia que le permitía avanzar poco, aproveché de la oportunidad para alargar la distancia que nos separaba, hasta estar fuera del alcance de sus tiros.

El número de tiros hechos por el blindado fue de 9, sin habernos causado avería alguna, porque aunque traían buena dirección, eran muy bajos o tan elevados que pasaban sobre el "Huáscar". Este sólo hizo 7 con los cañones de su torre, que cayeron al parecer muy próximos a la proa del blindado. La cañonera no tomó parte en este encuentro por haberse quedado muy atrás.

A la par que logré aumentar la distancia que nos separaba del blindado, se consiguió activar los fuegos de las hornillas, haciendo uso de un resto de carbón de buena calidad, que quedaba del tomado en el Callao, y levantar suficientemente la presión de manera que obtuve el andar necesario para evadir un nuevo encuentro. Sin embargo, los buques enemigos continuaron su persecución, aprovechando de la claridad producida por la Luna, hasta que frente al Morro de Sama a las 12 p.m. desistieron de su empeño y se dirigieron hacia el Sur, haciendo antes cuatro tiros de cañón.

La circunstancia de no poder contar con el andar suficiente para evadir una nueva persecución, por las causas que antes he expuesto y la falta de proyectiles convenientes en tal caso, me han decidido a suspender la

expedición al Sur que V. E. me indicó por telegrama, conforme a las prevenciones que verbalmente me había hecho. La proximidad al puerto de Mollendo en donde, según los informes que he recibido en Ilo, se había establecido el bloqueo por dos buques de la Escuadra enemiga, me ha hecho preferir como más conveniente mi recalada a este punto, con el fin de reconocerlo con precaución. Y no pudiendo conseguir en estos lugares carbón de buena calidad, a la vez que necesitando hacer en el buque algunas reparaciones en su casco, arboladura y maquinaria, de acuerdo con las indicaciones de V. E., me dirijo al Callao en la fecha.

No puedo dejar de dar cuenta a V. E. de una desgracia tan lamentable como imprevista que ha tenido lugar últimamente a bordo. En el momento en que cambiábamos nuestros tiros con el blindado cayó un hombre al agua sin que fuese posible hacer para salvarlo más que botarle un salvavidas, acontecimiento del cual tuve noticia con mucha posterioridad debido a que sólo fue percibido por uno de los individuos de la tripulación. La persona caída es el joven Antonio Cucalón, quien se me presentó en el Callao, solicitando un puesto cualquiera a bordo para prestar sus servicios en defensa de su patria, y fue tanto su empeño y entusiasmo que lo acepté como ayudante del Detall.

Cumplo con el deber de manifestar a V. E., que durante el tiempo que ha permanecido a bordo, ha cumplido con su deber, particularmente en los lances de peligro.

Todo lo cual tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. esperando que merezcan su aprobación los procedimientos de que doy cuenta.

Dios guarde a U. S.
Miguel Grau

Al Supremo Director de la Guerra y
Director de Marina.

Arica, Julio 10 de 1879.

En cumplimiento de instrucciones verbales que tuvo a bien impartirme V. E. zarpé de este puerto el día de ayer a la 1 y 30 m. p.m. y me dirigí al Sur. A las 8 h. 45 m. p.m. entré en Pisagua, con el ánimo de reconocerle y tomar algunas noticias de los buques enemigos, pero no creyendo conveniente perder tiempo en esto último me concreté a lo primero recorriendo la bahía y fijando punto de partida para el nuevo rumbo.

De la punta de Pisagua me dirigí a Iquique recorriendo la costa muy próximo a ella y llegué a este último puerto a las 12 h. 45 m. p.m. En él no había buque alguno, por cuya razón mandé a tierra a un oficial a tomar noticias del enemigo, e informado de que dos de sus buques, el "Abtao" y el "Matías Cousiño", habían salido del puerto a las 3 h. p.m. de la víspera y los restantes blindados "Cochrane" y cañonera "Covadonga" a las 6 h. p.m., todos con dirección al Oeste, me dirigí a encontrarles siguiendo este rumbo.

En efecto, a las 2 h. 20 m. a.m. avisté uno de ellos y me dirigí sobre él hasta estar al habla; reconocí que era el "Matías Cousiño" y le pasé la voz intimándole rendición. La velocidad que llevaba el "Huáscar" no me permitió percibir claramente la contestación de su Capitán, pero sí observar que trataba de huír; volví entonces sobre él y se le hizo un tiro de cañón, al cual se detuvo inmediatamente; repetida la intimación, contestó manifestando terminantemente hallarse rendido. En consecuencia le ordené se aguantara por la popa del "Huáscar", y cuando disponía una embarcación con oficiales y gente para mandar tomar posesión del buque, avisté a los demás de la Escuadra enemiga que me rodeaban completamente; suspendí entonces esta faena y pasé la voz al "Matías Cousiño" para que pusiese a salvo a su gente a fin de echarlo a pique. Luego que lo hubieron así ejecutado en sus propias embarcaciones, ordené romper los fuegos sobre él apuntándole a flor de agua.

Más como se aproximaron los otros buques enemigos me dirigí sobre el más cercano, que juzgo haya sido el "Abtao" o la "Magallanes", y a corta distancia dirigí los fuegos sobre él siendo éstos contestados trabándose combate a toca penoles con cañón y fusilería.

La marcada inseguridad de nuestros tiros de cañón me decidieron a atacar con el espolón, pero el buque enemigo evadía el ataque navegando a toda fuerza en dirección a los otros buques, sin embargo logré tocarle aunque ligeramente por la popa y observando que entonces me hallaba a 2,000 metros aproximadamente del blindado "Cochrane", que pude conocer debido a la claridad de la Luna que ya se manifestaba; de acuerdo con las prevenciones de V. E. creí conveniente no comprometer el nuevo encuentro que se preparaba e hice rumbo al Norte rehuyendo el combate. Eran las 3 h. 25 m. a.m.; desde este momento fui seguido por los buques enemigos hasta las 11 h. a.m. hora en que por haberse quedado muy atrás desistieron de su persecución dirigiéndose al puerto de Pisagua.

En este encuentro ha recibido el "Huáscar" un tiro en el casco por el lado de estribor en el borde del blindaje, que aunque ha perforado oblicuamente el extremo no ha causado avería de consideración. También ha recibido algunos otros tiros por alto que han cortado cabos de babor.

Cábeme la satisfacción de manifestar a V. E. que durante esta expedición todas las personas que me están subordinadas han cumplido con su deber.

Sin otro acontecimiento de que dar cuenta a V. E. me es honroso al terminar, poner en su conocimiento que acabo de largar ancla en este puerto a las 4 h. p.m.

Miguel Grau.

Comandante General de la Primera
División Naval

A bordo del "Huáscar", al ancla, Julio 25 de 1879.

Excmo. señor General Director General
de la Guerra.

Excmo. señor:

En armonía con las instrucciones y órdenes que recibiera de V. E. para buscar y hostilizar al enemigo en las costas del Sur, junto con la corbeta "Unión" y al mando de ambos buques, tengo el honor de elevar al conocimiento de V. E. el presente parte sobre el resultado de mi comisión.

El 17 del corriente a las 3 h. a.m. zarpamos del puerto, después de haber convenido con el jefe de la 2da. División Naval, Capitán de Navío don Aurelio García y García, los mejores medios para llenar nuestro cometido.

Navegamos bien separados de la costa a una distancia tal que no pudiéramos ser vistos por los enemigos.

A las 12 h. m. pasamos por frente de Pisagua y a las 5 h. p.m. por Iquique.

A las 9 h. a.m. del día 18 reconocimos al Norte de Mejillones de Bolivia un buque de vela que resultó ser la barca inglesa "Lady Vore de Vére", que cuatro días antes había zarpado de dicho puerto con un cargamento de guano con destino a Liverpool. Este buque obtuvo algunos datos acerca de los transportes enemigos. Continuamos en demanda del puerto de Antofagasta, y al encontrarnos a 8 o 10 millas de la punta de Tetas, se avistó un vapor hacia la cuadra de babor que llevaba un rumbo opuesto al convoy.

Inmediatamente ordené que la "Unión" fuese a reconocerlo, mientras yo hacía lo mismo pegándome a la costa. Como el vapor se asemejara al

buque enemigo "Abtao", activé la persecución, y a las 4 p.m. entré al puerto de Mejillones, siguiendo sus aguas, y resultó ser la cañonera "Hugon" de la marina de guerra francesa que venía en viaje de Coquimbo. Nuestro inevitable arribo al puerto ya indicado frustró el primitivo plan, porque supuse, y con fundamento, que de allí se comunicaría por tierra a Antofagasta nuestra llegada, como pasó en otra ocasión. Por tal motivo desistí de mi propósito y resolví continuar el viaje a las costas de Chile.

En las primeras horas del día 19 y a veinte y tantas millas de tierra, encontramos varios buques mercantes de vela. Mientras yo reconocía algunos de ellos, ordené que hiciera lo mismo la "Unión" con el que tenía más próximo. Del examen efectuado por la corbeta resultó que el buque era la fragata "Adelaida Rojas", cargada de carbón chileno, y que enarbolaba indebidamente la bandera nicaragüense, y se le despachó al Callao para que fuese juzgada por el tribunal respectivo con dotación de la misma corbeta.

En la mañana del 20 y frente a Chañaral se capturó por la "Unión" el bergantín "E. Saucy Jack", cargado de cobre y en las mismas condiciones del anterior buque, por lo que se le despachó al Callao con igual objeto.

Como en estos momentos salía de Chañaral con destino a Caldera el vapor inglés "Santa Rosa", mientras yo reconocía el puerto, ordené a la "Unión" que continuara inmediatamente su marcha al referido puerto para llegar antes que el vapor y ver si se podía capturar algún transporte enemigo.

Una vez en el puerto notifiqué al jefe militar de la plaza que iba a proceder a la destrucción de las lanchas, haciéndole responsable de las represalias que pudiera tomar en caso de que se me hostilizara. Así se hizo con todas ellas, sin que se opusiera la menor resistencia.

A las 2 h. p.m. zarpé con rumbo a Caldera y a las 5 h. p.m. encontré en la boca del puerto a la "Unión". Media hora después penetré en la bahía, siguiendo poco después mis aguas la corbeta, sin que ninguno de los fuertes o baterías nos hiciera fuego, sin embargo de habernos colocado a su alcance. Después de tres horas, esto es a las 8 h. p.m., zarpé de Caldera con rumbo al Sur, sin que hubiéramos encontrado en este puerto ningún buque enemigo.

En la mañana del 21 entré a Huasco y, como en Chañaral, destruí todas las lanchas, mientras igual operación practicaba en Carrizal Bajo la "Unión". A las cinco de la tarde entré también a este último puerto para salir media hora después de haberlo reconocido. Al siguiente día volví por segunda vez a Chañaral y saqué a remolque la barca nicaragüense "Adriana Lucía", cargada de cobre, y que por encontrarse en condiciones análogas a las anteriores, fue remitida al Callao al mando y cuidado de un

oficial, dos guardiamarinas y ocho marineros de este buque. La corbeta entró en la misma tarde al puerto de Pan de Azúcar y rompió todas las lanchas que allí existían. El resto del día pasó sin que ocurriera ninguna novedad importante, hasta las 8 h. p.m. que encontramos un vapor que, reconocido, resultó ser el "Chala", de la Compañía Inglesa de Vapores, que había salido de Antofagasta con destino a Caldera el día anterior. Nos comunicó que se encontraba en dicho puerto el transporte chileno "Itata", en el que había llegado últimamente de Valparaíso una comisión compuesta de varios jefes del ejército y presidida por el Ministro de Estado don Domingo Santa María.

En la tarde se le dio el rendez-vous al Comandante García y García para que amaneciera con la "Unión", de 20 a 25 millas de Antofagasta, para operar ambos sobre este puerto. A las 6 h. a.m. del 23, pocas millas al Sur del puerto ya nombrado, descubrí en el horizonte, hacia el Norte dos humos, e inmediatamente ordené se diera todo el andar al buque, pues suponía que alguna nave perseguía a la corbeta, o que ésta daba caza a un transporte.

Una hora después pude ver que se efectuaba lo último y goberné a cortarle la retirada al transporte. La corbeta, merced a su rápido andar y hábil manejo, acortaba la distancia visiblemente. El buque enemigo, que al principio huía al Norte y después al N.O. encontrábase acosado en su fuga por los nuestros que estrechaban la distancia instante por instante. La "Unión" le hacía al mismo tiempo algunos cañonazos con las piezas de menor calibre. A las 10 h. 15 m. a.m. encontrábase el "Huáscar" a tiro de cañón y disparó por vía de intimación una de las piezas de a 300, cuyo proyectil pasó por sobre la proa del transporte. Preparábame a hacerle un segundo tiro, cuando el "Rímac" enarboló en su palo trinquete la bandera blanca: estaba rendido. Inmediatamente llegué a su costado y mandé botes con oficiales, soldados y tripulantes para recibir el buque, nombrando al mismo tiempo como Comandante provisorio de dicho transporte al Capitán de Fragata graduado don Manuel Melitón Carbajal. A su bordo venía de transporte el escuadrón "Carabineros de Yungay", fuerte de 258 plazas, inclusive 15 individuos entre jefes y oficiales. Este cuerpo viene al mando del Teniente Coronel Bulnes. En el "Rímac" han venido también 215 caballos, una gran cantidad de carbón, armamento, proyectiles, y otros artículos importantes de guerra, cuyo inventario se está actualmente haciendo y que remitiré oportunamente a V. E. El rol de los prisioneros tomados en el "Rímac" es el que tengo la honra de adjuntar a V. E. La caza duró cerca de 4 horas, y a consecuencia de los proyectiles de la "Unión" murió un soldado y salieron cuatro heridos, todos ellos del escuadrón "Carabineros de Yungay". Se ordenó también que de a bordo de la "Unión" pasasen al transporte otros oficiales y tripulantes. Asimismo varios de los

prisioneros fueron transbordados a este buque y a la "Unión". Entre los prisioneros se encuentran: el Teniente Coronel don Manuel Bulnes, el Sargento Mayor don Wenceslao Bulnes, el Capitán del buque don Pedro Lautrop y otros varios. El Capitán de Fragata don Ignacio Luis Gana, con varios otros, pasó a la "Unión". En el resto del viaje hasta este puerto, en el que he fondeado hoy a las 9 h. 30 m. a.m., no ha ocurrido nada de importancia. Al concluir permítame el honor de felicitar a V. E. y al país por el triunfo moral obtenido sobre el enemigo arrebatándole, en noble lid, uno de sus más importantes transportes, como asimismo uno de los mejores cuerpos que componen su ejército.

Todo lo que tengo el honor en poner en conocimiento de V. E. a fin de que se digne conceder su aprobación a los procedimientos de que doy cuenta. Tan luego como remita su parte el Comandante García y García, tendré el honor de remitirlo a V. E.

Dios guarde a V. E. Excmo. señor
Miguel Grau

Comandancia General de la
Primera División Naval

A bordo del "Huáscar", Arica 10 de Agosto de 1879.

Señor Contralmirante: Comandante General de las Baterías y fuerzas existentes en esta Plaza.

Señor Comandante General:

El 1º del presente a la 1 y 40 a.m. zarpé de este puerto al mando de la flotilla compuesta del monitor "Huáscar" y del transporte "Rímac", en virtud de las instrucciones que por conducto del señor Secretario General se sirvió impartirme S. E. el Supremo Director de la Guerra.

En cumplimiento de ellas hice derrota al Sur de manera de pasar libre de la vista de los enemigos estacionados en el puerto de Iquique. Poco después de nuestra salida empezó a experimentarse mar gruesa del Sur, que fue aumentando hasta obligarme a disminuir el andar a causa de las fuertes cabezadas que originaba en los buques.

A las 4 a.m. del 3 hizo el transporte señal de alarma permaneciendo parado, lo que me obligó a regresar en su demanda para investigar la cau-

sa de ella. Supe entonces que por el efecto de las fuertes cabezadas se le había roto una de las excéntricas de la máquina y mandé a los maquinistas de este buque para que en junta con los del "Rímac" examinasen el estado de la avería y la manera de repararla. A juicio de éstos podía hacerse una reparación provisional por la cual pudiese el buque moverse, aunque despacio y sólo hacia adelante; y comprendiendo que en tal estado no era posible continuar con el transporte al Sur sin exponerlo, decidí que se emprendiera inmediatamente la reparación, que se dirigiese el buque al Callao y que se transportase al "Huáscar" durante este tiempo el carbón que fuera posible.

Todo se verificó, aunque con las dificultades que presentaba el mar para esta última operación; a las 5 y 30 p.m., después de concluída la reparación y trasbordos continué con el "Huáscar" al Sur dejando al "Rímac" en movimiento con dirección a su nuevo destino.

El 4 a las 9 a.m. encontré, detuve y reconocí al vapor alemán "Ibis" de la compañía Cosmos que había salido el 2 de Valparaíso y se dirigía de este puerto en derechura. Por pasajeros de este buque tuve noticia, aunque vaga, de que el blindado "Cochrane" se encontraba en Coquimbo, por lo cual, a las 10 y 30 del mismo día me detuve en la boca del puerto de Caldera y mandé una embarcación al mando de un oficial, Teniente 2º don Fermín Díez Canseco, y con un práctico para que con las precauciones del caso investigasen si realmente no se encontraba en el fondeadero el mencionado buque.

Como resultado supe que el transporte "Lamar" era el único buque enemigo que había en el puerto y con el intento de dirigirme a Coquimbo en alcance del blindado, antes que fuese conocida la presencia del buque en estas aguas, continué inmediatamente mi derrota sin preocuparme del transporte, después de haber tomado a bordo una embarcación con dos tripulantes pescadores que fue apresada por la nuestra y que confirmó las noticias dadas por el oficial.

La mar y el viento que hasta entonces se habían manifestado fuertes, principiaron a arreciar de una manera notable para esta latitud, el buque luchaba fuertemente sin avanzar casi al Sur; pronto arrancó éste dos de las falcas de proa y averió la lancha de vapor; sobre todo producía movimientos tan violentos en el buque que le causaban un trabajo excesivo.

Esto por una parte y el consumo de carbón, cuyo combustible no tenía más que en la cantidad necesaria para el regreso, observando que el tiempo no presentaba indicio de calmar, me decidieron a dejar de continuar, y a las 6 p.m. del 5 hice rumbo al Norte con objeto de dirigirme a Caldera en busca del "Lamar".

A las 8 p.m. llegué a la embocadura del puerto y permanecí aguantado en ella mientras el Teniente 2º Gervasio Santillana, a quien mandé

a cargo de una embarcación, reconoció la situación del fondeadero. A su regreso me informó este oficial de que en él había un vapor y algunos buques de vela; pero en razón de la oscuridad de la noche en ese momento no tenía seguridad de que aquel fuese el "Lamar".

Me dirigí entonces al fondeadero hasta llegar muy cerca del expresado vapor y mandé a su bordo al Capitán de Fragata graduado don Manuel Melitón Carbajal para que hiciese el reconocimiento de estilo. Al pasar frente a una de las baterías hizo ésta un tiro sin bala.

El vapor reconocido resultó ser el "Valdivia" de la Compañía Inglesa que había fondeado en la mañana y esperaba al del estrecho para trasbordar su carga. A la vez este jefe tomó informes de los pasajeros y supo que el "Lamar" había sido enmendado muy a tierra y pegado al muelle en poco fondo. Busqué entonces un pasaje, ya por entre los buques, ya aproximándome a la playa, a fin de llegar hasta él y atacarle: pero aunque había salido ya la Luna y producía suficiente claridad, no me fue posible avistarlo siquiera, por lo muy próximo que se encontraba de la playa y porque se proyectaba sobre tierra.

A las 11.5 p.m. convencido de no poder obrar contra el "Lamar", salí del puerto con rumbo hacia el Norte.

El 7 a las 2 p.m. entré al puerto de Taltal y notifiqué a la autoridad de él mi intento de destruir las lanchas, haciéndola responsable de cualquier hostilidad que se ejerciera contra la tripulación de este buque, comisionando al efecto al Teniente 2º don Enrique Palacios; mas como el regreso de éste demorase, procedí de hecho a trasbordarlas al costado de este buque para emprender su destrucción.

Probablemente la demora del oficial parlamentario, originada por la apartada distancia y el lugar en que encontró a la autoridad, obedecía a un fin combinado, pues hora y media después se presentaron en la parte Norte de la entrada del puerto, casi inesperadamente, dos buques a vapor. Esta sorpresa me obligó a suspender la operación en que me hallaba ocupado y a salir del puerto a toda fuerza de máquina, a fin de reconocerlo y volver después, si era posible a continuarla.

Pronto reconocí que eran buques enemigos y uno de ellos el "Blanco Encalada", por lo que huyendo el encuentro, hice rumbo al S. O. y continué seguido por ellos hasta que entrada la oscuridad de la noche y habiéndoles por esta causa perdido de vista me dirigí al Sur y después al Este con el ánimo de burlarlos y continuar mi derrota hacia el Norte. Sin embargo a las 2 a.m. del siguiente día avisté por la cuadra de babor dos buques que, a pesar de la oscuridad de la noche, pude conocer en ellos al compañero del blindado, cambiaron luces de destello y habiendo enmendado mi rumbo un poco a tierra desaparecieron completamente.

Así continué mi viaje al Norte tocando e inspeccionando los puertos

de Cobija y Tocopilla, fondeando en Iquique sin otra novedad ayer a las 2 p.m.

Durante esta expedición he navegado siempre que me ha sido posible muy próximo a la costa a fin de reconocerla y hostilizar los buques del enemigo que trafican por ella.

En el puerto de Iquique recibí un telegrama-orden del señor General Supremo Director de la Guerra para convoyar al transporte "Oroya", y en su cumplimiento lo he verificado y he fondeado a la vez que él en este puerto a la 1.30 p.m.

Todo lo que tengo el honor de participar a V. S. para su conocimiento y a fin de que por su órgano llegue al Excelentísimo señor General Supremo Director de la Guerra.

Dios guarde a V. S.
Miguel Grau

Comandancia General de la Primera
División Naval

Al ancla, Arica, Agosto 31 de 1879.

Señor Contralmirante Comandante General
de las baterías y fuerzas de la
Plaza.

S. C. G.:

El 22 del presente a las 3 h. 30 m. a.m. zarpé de este puerto con este monitor y el transporte "Oroya" en cumplimiento de las instrucciones que se dignó impartirme el Excmo. señor General Supremo Director de la Guerra.

Conservando convoy me dirigí al Sur y llegué al puerto de Pisagua a la 1 h. p.m. del 23 en donde me comuniqué por telégrafo con el capitán del puerto de Iquique a fin de continuar el viaje con la oportunidad determinada por las mencionadas instrucciones. Conseguido esto a las 4 h. 30 m. p.m. me dirigí a Iquique fondeando en el puerto. a las 8 h. 30 m. p.m. Aquí después de comunicarme con tierra, recibí las últimas instrucciones de S. E. y zarpé a la 1 h. 45 m. a.m. con rumbo al Sur. Sin novedad alguna llegué a la punta Jara a las 4 h. p.m. del 24.

Estando en esta altura avisté un vapor que salía de Antofagasta y que pronto reconocí ser el "Ilo". Mandé un oficial a su bordo para que practi-

case la visita de guerra. A las 10 h. p.m. llamé al Comandante del "Oroya" y le ordené que se conservara con su buque a la altura de Antofagasta, ejerciendo la vigilancia debida, mientras el "Huáscar" permaneciese dentro del fondeadero. Todo prevenido, a la 1 h. a.m. me dirigí a él.

Los buques del enemigo "Magallanes" y "Abtao", el transporte "Limari" y otro vapor pequeño se encontraban anclados detrás de los mercantes y muy próximos a tierra. En el momento que atravesaba la primera línea de ésta se dio señal de alarma por medio de un cohete de luces que partió de una embarcación menor, probablemente la de ronda. Continué sin embargo internándome por entre los buques con alguna dificultad en busca de los enemigos que, proyectados sobre tierra, era difícil ver en la oscuridad, hasta llegar de 300 a 400 metros de ellos.

En tal situación no era prudente atacarlos con el ariete, porque fondeados inmediatos a los arrecifes del Norte y del Sur que forman la poza, en la oscuridad de la noche, y entre catorce buques mercantes que llenaban el fondeadero se hacía inseguro gobernar con acierto para llegar hasta ellos aparte del peligro que se corría de chocar con una roca.

No podía tampoco hacer uso de la artillería, porque ya estaba aclarando el día y era comprometido trabar combate en medio de buques neutrales, a los que podía ocasionarse algn daño de consideración.

Tuve, pues, que retirarme a las 6 h. a.m. por no ser ya conveniente la permanencia del buque en ese lugar, y media hora después, que estuve fuera de tiro de los buques, salí del puerto gobernando en demanda del "Oroya", al cual me uní a las 7 h. 15 m. a.m. y seguí en convoy con él en dirección al puerto de Taltal.

El 26 a las 8 h. a.m. llegamos a este puerto y se tomaron en él nueve lanchas de las que estaban a flote, dejando dos que se encontraban cargadas con mercaderías, seis de ellas, las que se encontraban en buen estado, fueron amarradas a remolque del "Oroya", y las tres restantes destruídas. También se tomó una lancha a vapor que estaba varada, y a la cual intencionalmente se le había destapado por los enemigos las cajas de estopa de la chumacera de la mariposa; se trajo al costado del buque haciendo mucha agua, y a pesar de los esfuerzos que se hicieron fue imposible evitar que se fuera a pique. En este puerto se encontraban fondeados dos buques mercantes alemanes cargando salitre, el vapor inglés "Chala", y un pontón abandonado y sin pabellón alguno. Por los primeros supe que el "Blanco Encalada" había estado en el puerto la víspera, y había salido el mismo día, según se decía, con dirección al Sur.

A las 12 m. despaché al "Oroya" con destino a este puerto con las seis lanchas que antes he indicado, dando a su comandante órdenes de destruirlas en alta mar o echarlas al garete; en seguida me dirigí nuevamente al fondeadero y saqué de él, a remolque, al pontón.

Fuera del puerto y tomando como blanco a este último, se hizo ejercicio de fuego de artillería durante dos horas, después de cuyo tiempo se le acabó de destruir.

En la noche de este día he mantenido al buque cruzando, como a veinticinco millas frente a Taltal, en cuyo crucero encontré y reconocí a la barca norteamericana "Isaac Hall" que procedente de Tocopilla se dirigía a ese puerto.

Al amanecer del 27 hice rumbo al Norte, recorriendo la costa muy próximo a ella, para reconocerla, entrando en el trayecto en los puertos Blanco Encalada y Cobre; y desde la puesta del Sol mandé disminuir el andar de la máquina a fin de pasar la noche a barlovento de la entrada de Antofagasta.

A las 11 h. a.m. del 28 avisté dentro de la ensenada de este último puerto un buque, que navegaba a la vela; me dirigí a él y mandé reconocerlo. Este buque que había salido del puerto en la mañana era la barca inglesa "Borkly" que cargada de salitre se dirigía a Falmouth, Plymouth, Cork, por órdenes.

Terminada la visita de guerra a este buque, me aproximé al fondeadero, para observar a los del enemigo y con la intención de rastrear el cable telegráfico si era posible; pero a la 1 h. 35 m. p.m. cerca de él fui sorprendido por los disparos de artillería de los buques enemigos. Inmediatamente se tocó zafarrancho y rompí mis fuegos a las 2 p.m. Desde ese momento se trabó un sostenido combate entre este buque por una parte y las baterías y buques del enemigo por otra.

Componíanse las primeras, al parecer, de cinco cañones, uno de ellos de calibre de a 300, en el lado norte de la población y cuatro de a 150 en dos baterías situadas en el centro y sur de ella. El "Abtao" con su máquina apagada presentaba su costado con tres cañones de a 150, y se movía a espía para hacer fuego, y ocultarse en seguida tras de los buques mercantes situados en el fondeadero, y finalmente la "Magallanes" hacía igual maniobra mediante su máquina, para disparar su cañón de a 115, el de a 64 y los de menor calibre con que estaba artillada.

La distancia que en principio me separaba de los enemigos era de 3,000 yardas, según las indicaciones del micrómetro, y las punterías de éstos, todas bien dirigidas, pasaban sobre el "Huáscar" a corta distancia. A las 3 h. 16 m. p.m. me acerqué más al fondeadero, buscando una dirección clara a fin de dirigir mis fuegos sobre los buques enemigos, ocultos entonces detrás de los mercantes; pero éstos habían suspendido ya sus fuegos y a las 4.15 p.m. estando a 2,300 yardas de distancia, volvieron a disparar, sólo las baterías, y se trabó nuevamente combate con ellas por no poder dirigir nuestras punterías sobre aquellos sin herir a los mercantes.

A las 5.30 p.m. cesaron los fuegos de tierra completamente a pesar de haber hecho el buque de mi mando los tres últimos disparos.

El número de tiros hechos por las baterías y buques ha sido el de 110 en el mismo tiempo que éste sólo ha hecho 26 con los cañones de 300 y 2 con los de 40, en razón a que hallándose la mar picada, se experimentaban fuertes balances que dificultaban las punterías y era necesario esperar los sajíos y las oportunidades convenientes para dirigirlas. De aquellos sólo una bomba ha tocado a este buque, proveniente del cañón de tierra de a 300. Este proyectil atravesó la chimenea a cuatro pies de altura sobre la cubierta rompiendo la cadena que sirve para izarla y la brazola de babor del escotillón de las calderas, tocó después en la cubierta y estalló causando ligera avería en ella y arrojando al agua una percha colocada allí. A consecuencia de la explosión desapareció completamente el Teniente 2º don Carlos de los Heros, que se encontraba en ese lugar, y fue herido por las astillas el marinero alumno de la Escuela de Condestables, Alcides Gutiérrez.

Al dar a V. S. cuenta de la pérdida de aquel inteligente oficial, siéntome vivamente impresionado, recordando los méritos personales que le adornaban y la celosa puntualidad que en todas las ocasiones del servicio ha manifestado para cumplir con su deber; así como el valor y la serenidad que ha desplegado en las acciones de armas que ha tenido este buque en la presente campaña.

Adjunta encontrará V. S. la relación de los jefes, oficiales y tripulación que se han encontrado presentes a bordo en el momento de este combate, y me es satisfactorio asegurar a V. S. que todos se han distinguido en el cumplimiento de sus deberes.

A las 10 p.m. estando aún dentro de la ensenada, se avistó un vapor por el lado Sur. Suponiendo que fuese el "Blanco Encalada" salí a reconocerlo pero debido a la oscuridad de la noche se perdió de vista y probablemente entró al puerto, a juzgar por un cohete de luces que vimos salir de ese lugar. Permanecí sin embargo cruzando en la boca de la ensenada hasta la 1.30 a.m. del 29 que me dirigí al Norte.

A las 9.45 a.m. del mismo día entré al fondeadero de la guanera de Mejillones de Bolivia, tomé una lancha a vapor, y con ella a remolque continué mi viaje próximo siempre a la costa. A las 2.40 p.m. entré a Cobija, en donde se encontraba anclada la cañonera de guerra francesa "Decrés" y a las 5.55 p.m. a Tocopilla.

En este último puerto tomé cuatro lanchas que estaban a flote y se pasó la visita de guerra a los tres buques mercantes que se encontraban en su fondeadero. Por ellos me he informado de que en la mañana de este día, se habían internado con dirección a Calama más de 200 hombres de la fuerza enemiga, conduciendo algunos artículos de guerra, carretas y he-

rramientas y he podido ver desde el buque que existe en la población una partida de 400 a 500 mulas.

Continué mi viaje al norte y llegué al puerto de Iquique ayer a las 5.15 p.m., allí se encontraba fondeada la fragata de guerra norteamericana "Pensacola".

Después de comunicar por telégrafo para tomar órdenes del Excmo. señor General Director de la Guerra y de recibir a bordo, por disposición del señor General en Jefe del Ejército del Sur, a los señores pasajeros que constan en la relación adjunta, zarpé con dirección a este puerto en el que he fondeado hoy a las 5 p.m.

Todo lo cual tengo el honor de participar a V. S. para que por su conducto llegue a conocimiento del Excmo. señor General Presidente Director de la Guerra.

Dios guarde a V. S. - S. C. G.
Miguel Grau

PARTE OFICIAL DEL TENIENTE PRIMERO DON PEDRO GAREZON

Comandancia Accidental del Monitor "Huáscar"

Antofagasta, Octubre 10 de 1879
A bordo del "Copiapó"

Señor Capitán de Fragata don
Manuel Melitón Carbajal.

S. C.:

"Tengo el honor de poner en conocimiento de V. S. los hechos ocurridos a bordo del monitor "Huáscar", durante el combate que sostuvo con los blindados chilenos "Blanco Encalada" y "Cochrane" y goleta "Covadonga" el 8 del actual, frente a Punta Angamos, y después de la lamentable pérdida del señor Contralmirante don Miguel Grau, de haber Ud. caído herido y muerto el Segundo Comandante, Capitán de Corbeta Elías Aguirre, el Teniente 1º don Diego Ferré y el de igual clase don Melitón Rodríguez".

"En este momento el "Huáscar" se encontraba sin gobierno por tercera vez, pues las bombas enemigas, penetrando por la bobadilla, habían

roto los aparejos y cáncamos de la caña, lo mismo que los guardines de combate y varones de cadena del timón. Estas bombas al estallar ocasionaron por tres veces incendio en las cámaras del comandante y oficiales, destruyéndolas completamente. Otra bomba había penetrado en la sección de la máquina, por los camarotes de los maquinistas, produciendo un nuevo incendio y arrojando los mamparos sobre los caballos, que pudieron continuar en movimiento por haberse arreglado con la debida actividad los destrozos que cayeron sobre ellos. También tuvimos otros dos incendios, uno bajo la torre del comandante y el otro en el sollado de proa".

"En este estado y siendo de todo punto imposible ofender al enemigo, resolví de acuerdo con los tres oficiales de guerra que quedábamos en combate, sumergir el buque antes de que fuera presa del enemigo, y con tal intento mandé al Alférez de Fragata, don Ricardo Herrera, para que en persona comunicara al primer maquinista, la orden de abrir las válvulas, la cual fue ejecutada en el acto, habiendo sido para ello indispensable parar la máquina, según el informe que acompaño del dicho maquinista".

"Eran las 10.10 a.m. cuando se suspendieron los fuegos del enemigo. El buque principiaba ya a hundirse por la popa y habríamos conseguido su completa sumersión si la circunstancia de haber detenido el movimiento de la máquina, no hubiera dado lugar a que llegaran al costado las embarcaciones arriadas por los buques enemigos, a cuya tripulación no nos fue posible rechazar por haber sido inutilizadas todas las armas que teníamos disponibles. Una vez a bordo los oficiales que las conducían, obligaron a los maquinistas, revólver en mano, a cerrar las válvulas, cuando ya teníamos cuatro pies de agua en la sentina y esperábamos hundirnos de un momento a otro; procedieron activamente a apagar los varios incendios que aún continuaban y nos obligaron a pasar a bordo de los blindados junto con los heridos".

"El número de proyectiles que ha recibido el buque no se puede precisar, pues apenas ha habido sección que no haya sido destruida, haciendo imposible un examen detenido por la aglomeración de destrozos y el poco tiempo de que hemos podido disponer para ello".

"Antes de concluir creo de mi deber manifestar que todos los oficiales y tripulantes del buque se han distinguido por su entusiasmo, valor y serenidad en el cumplimiento de sus deberes".

"Debo manifestar igualmente que cuando los oficiales y tripulación de los botes subieron a la cubierta del buque, encontraron el pico caído por haberse roto la driza de cadena que lo sostenía, de manera que el pabellón que pendía de él y que había sido izado por segunda vez, se encontraba en la cubierta, cuya circunstancia la hice notar al Teniente 1º señor Toro del "Cochrane" y a otros oficiales cuyos nombres no recuerdo".

"Todo lo que tengo el honor de poner en conocimiento de Ud. para los fines a que haya lugar".

Dios guarde a Ud. señor Comandante
Pedro Gárezon

PARTE OFICIAL DEL PRIMER INGENIERO SAMUEL MAC MAHON

Al ancla, Antofagasta, Octubre 10 de 1879
A bordo del "Copiapó".

Señor Teniente 1º Comandante Accidental
del monitor "Huáscar".

S. C.:

"En cumplimiento de mi deber, tengo el honor de poner en conocimiento de Ud. todo lo ocurrido en el departamento de la máquina durante el combate con los blindados chilenos y la goleta "Covadonga" el 8 del presente".

"A las 4 a.m. recibí orden de ir a tomar fuerza con la máquina, porque algunos buques estaban a la vista; aumenté el andar a 60 revoluciones, teniendo 25 a 26 libras de vapor".

"A las 5.40 recibí orden del señor Contralmirante Grau para disminuir el andar. Desde esta hora hasta cerca de las 8.30 a.m. la máquina iba de 25 a 24 revoluciones por minuto".

"El blindado "Cochrane" y dos buques más se avistaron por el Norte cerca de las 7.30 a.m., pero a distancia que sólo se veían los humos y no muy claros; por eso el señor Contralmirante Grau, creyendo sin duda pasar claros sin aumentar el andar, no me dio orden para ello".

"A las 8.30 a.m. me llamó el señor Contralmirante y me ordenó que fueran tres a cuatro revoluciones más; después de dar las órdenes necesarias subí a la cubierta para ver la posición de los buques enemigos y ví, en efecto que el blindado "Cochrane" nos ganaba acercándose notablemente; volví a la máquina y dí orden para hacer todo el vapor posible, teniendo ya bien seguras todas las válvulas de seguridad para dar la mayor presión y entonces tuvimos de 25 a 30 libras de vapor; lo que con 26 a 27 pulgadas de vacío daba a la máquina de 60 a 63 revoluciones. Si el buque hubiera estado con sus fondos limpios habría andado doce o más millas

en lugar de once, que, en mi concepto, es lo más que ha andado el buque".

"La primera bomba que tuvo efecto en el departamento de la máquina fue por el costado de babor, en mi camarote, rompiendo la lumbrera y echándola encima de los caballos, así como también una porción de tornillos y pernos del blindaje, produciendo un incendio en dicho lugar. La segunda se llevó el cubichete de la máquina arrojando encima de los caballos una lluvia de trozos de madera. La tercera vino de popa, por la cámara de los oficiales, trayendo una gran cantidad de astillas y mamparos rotos a la máquina. La cuarta vino por el costado de estribor al centro del departamento, reventando dentro, rompiendo los camarotes de dicho lado y destruyendo todo el departamento; esta bomba dejó algunos muertos e hirió a otros, entre los que se encontraban el doctor Távara y el señor John Griffche, capitán de la presa "Coquimbo". En ese momento la máquina estaba completamente cubierta de trozos de madera y fierro. Gracias a la providencia no hubo ninguna avería en la máquina; durante este tiempo todo el departamento estaba lleno de humo, procedente del incendio ocasionado por las bombas. En la sala de fuegos no hubo avería material, pero a causa del número de bombas que habían reventado en su interior la chimenea estaba llena de humo y de hollín, haciendo imposible ver los indicadores de vapor y de agua de las calderas. Como las cámaras estaban demolidas, fue necesario mandar abajo a los heridos; la mayor parte de ellos fueron puestos en las carboneras de proa".

"El Capitán de Fragata señor Carbajal fue conducido con dos o tres más al pañol de la máquina. En este estado y viendo los oficiales que era imposible la salvación del buque, recibí orden personal y privada del Alférez de Fragata don Ricardo Herrera, para abrir las válvulas y echar el buque a pique, cuya orden la ejecuté en el acto, con toda la actividad y deseos posibles, sacando todos los heridos de abajo. Después de esto tuve que parar la máquina para sacar las puertas de los condensadores; pero no tuve tiempo suficiente para concluir de sacarlas, pues fuimos abordados y tomados prisioneros. En ese momento el buque tenía tres o cuatro pies de agua en la sentina superior; en pocos momentos más iba a comenzar a entrar el agua por los agujeros de las bombas enemigas y el buque se hubiera ido violentamente a pique. Yo y el segundo ingeniero fuimos amenazados con revólver al pecho diciéndonos que moviésemos la máquina y sacásemos el agua; nosotros rehusamos el hacerlo por ser prisioneros de guerra; pero nos dijeron que los ingenieros del "Rímac" habían sido forzados a entregar la máquina bien y que nosotros teníamos que hacerlo so pena de morir".

"No concluiré sin manifestarle que he tenido gran placer al ver el entusiasmo, valor y disciplina de mi gente; todos han cumplido con su deber hasta el último momento, particularmente el segundo ingeniero señor

Thomas Hughes, a quien había encargado del cuidado de todos los maquinistas y de la gente de la parte de abajo, y no subió hasta que vio que el agua estaba cerca de las hornillas".

"Es cuanto en verdad y justicia puedo decir para los fines consiguientes".

Dios guarde a Ud.

Samuel Mac Mahon
Primer Ingeniero

PARTE OFICIAL DEL CAPITAN DE FRAGATA DON MANUEL MELITON CARBAJAL

San Bernardo, Octubre 16 de 1879.

Señor Contralmirante Comandante General
de las baterías y fuerzas de la Plaza
de Arica.

S. C. G.:

"El 30 del mes pasado, a las 4.40 a.m. zarpó de ese puerto el monitor "Huáscar" convoyando hasta el de Iquique al transporte "Rímac", que conducía la División mandada por el señor General Bustamante. Encontramos durante el trayecto el vapor de la carrera frente al puerto de Mejillones y fondeamos en Iquique a las 4.20 p.m.".

"Inmediatamente se procedió al desembarque de la División y, terminado éste, zarpamos a las 4 a.m. del 1º del corriente en compañía del "Rímac" y de la "Unión" que había entrado al puerto en la tarde del día anterior".

"Una hora después de acompañar al "Rímac" en su viaje al Norte, el "Huáscar" y la "Unión" hicieron rumbo al Oeste, y después de separarse algunas millas de la costa se dirigieron al Sur".

"El 4 del presente, a las 9 a.m. avistamos un vapor que navegaba para el Norte, próximo a la costa; fuimos en su reconocimiento, y resultó ser el "Chala" de la Compañía Inglesa".

"Terminado el reconocimiento hicimos rumbo a Sarco y llegamos a éste a las 10.30 a.m. En dicha caleta se encontraba fondeado el bergantín-

goleta "Coquimbo" con pabellón inglés; pero registrados sus papeles, se vino en conocimiento que anteriormente al estado actual de la guerra éste enarbolaba la bandera chilena, y había obtenido del cónsul británico en Coquimbo con fecha posterior a la declaratoria de guerra, el certificado provisional de registro para enarbolar el pabellón inglés. Por estos motivos, y continuando el buque en ejercicio del mismo tráfico que había tenido antes del cambio de pabellón, fue remitido al Callao a cargo del Teniente 1º graduado don Arnaldo Larrea, con dos aspirantes y siete individuos de tripulación, a fin de que en ese puerto se le someta al juicio de presa respectivo".

"El capitán del buque y los individuos de tripulación fueron trasladados al "Huáscar" por vía de precaución".

"A las 3.30 p.m. dejamos el bergantín a la vela con rumbo a su destino y continuamos para el Sur".

"El 5 del presente, a la 1.50 a.m. estuvimos en el fondeadero del puerto de Coquimbo y permanecimos en él una hora sin que nuestra presencia fuese descubierta. Se hallaban allí fondeadas la fragata de guerra norteamericana "Pensacola" y la corbeta de S. M. B. "Thetis". Después de este reconocimiento salimos del puerto y nos dirigimos al Sur, haciendo rumbo a Tongoy, donde encontramos y reconocimos al "Cotopaxi" de la Compañía Inglesa, que pocos momentos después se dirigió al Sur".

"A las 12.30 p.m. avistamos un vapor que atravesaba por la boca del puerto indicado y salimos en su demanda. A la 1.30 p.m. nos comunicamos con él y resultó ser el vapor "Ilo", de la carrera, que se dirigía al Norte".

"Después de ese reconocimiento permanecimos aguantados frente al puerto de Coquimbo, con el objeto de hacer algunas reparaciones a la máquina del "Huáscar" y, terminada dicha operación a las 5 p.m. navegamos algunas millas hacia el N. O. para separarnos de la costa y en seguida hicimos rumbo al Norte".

"A las 9 a.m. del 7 del corriente detuvimos otra vez nuestra marcha para hacer nuevas reparaciones en la máquina del "Huáscar" y tomar trescientos sacos de carbón de la "Unión", pues nos hallábamos escasos de combustible. Concluído el trasbordo a la 1.5 p.m. continuamos nuestra derrota al Norte".

"A las 10 p.m. del mismo día se avistó una luz por la proa; nos aproximamos a ella y teniéndola al costado media hora después, pudimos reconocer que era un vapor de la carrera que se dirigía al Sur".

"A las 12 p.m. del 7 del que rige, divisamos las luces del puerto de Antofagasta e hicimos rumbo sobre ellas. A la 1 a.m. del 8 arribamos al fondeadero y después de reconocerlo durante una hora, salimos de la bahía a reunirnos con la "Unión", que había quedado en la boca del puerto, lo que conseguimos, a las 3.15 a.m. y nos poníamos a rumbo por el Norte

cuando avistamos por la proa tres humos; nos acercamos lentamente a ellos para reconocerlos, y comprendiendo que eran buques enemigos, entre los cuales se cambiaban señales, hicimos rumbo al S. O. para separarnos de la costa y de la dirección de ellos. Al amanecer pudimos reconocer perfectamente al "Blanco Encalada", la "Covadonga" y el "Matías Cousiño", del primero de los cuales nos separaba una distancia como de seis millas. El "Blanco" y la "Covadonga" nos siguieron en caza, habiéndose dirigido el "Matías Cousiño" para Antofagasta".

"Puestas las máquinas a toda fuerza, el "Huáscar" con su andar de diez y tres cuartos de milla, logró pronto hacer proa sucesivamente al Oeste y al Norte, quedando con su derrota libre hacia este lado, pero siendo perseguidos por los dos buques antes mencionados. Así continuamos, cuando a las 7.15 a.m. avistamos por el N. O. tres humos y pocos minutos después pudimos reconocer en ellos al "Cochrane", la "O'Higgins" y el "Loa" que hacían rumbo a cortar nuestra proa. Se mandó entonces forzar la máquina para evitarlo, ganando camino hacia el Norte antes de ser cortados. La "Unión" que venía por nuestra cuadra de babor pasó a la de estribor y merced a su andar avanzó al Norte. No sucedió así con el "Huáscar", a pesar de los esfuerzos que se hicieron con tal objeto, de suerte que a las 9 y 40 a.m., siendo inevitable el encuentro, afianzamos nuestro pabellón, disparando los cañones de la torre sobre el "Cochrane" a mil metros de distancia. El "Blanco" y la "Covadonga" venían a seis millas por nuestra popa; la "O'Higgins" y el "Loa" se dirigieron a cortar el paso a la "Unión". El "Cochrane" no contestó inmediatamente a nuestros disparos, sino que estrechó su distancia merced a que traía mayor andar que nosotros, de manera que sólo cuando estuvo a doscientos metros por babor hizo sus primeros disparos; perforó el blindaje del casco, de la sección de la torre, a un pie sobre la línea de agua y el proyectil estalló dentro de esta sección sacando doce hombres de combate; otro de ellos cortó el guardín de babor de la rueda de combate y nos obligó a gobernar con aparejos".

"Como diez minutos después de haber recibido estas averías sufrimos otra de mayor consideración. Un proyectil chocó en la torre del comandante, la perforó y estallando dentro hizo volar al Contralmirante señor Grau, que tenía el mando del buque, y dejó moribundo al Teniente 1º don Diego Ferré que le servía de ayudante".

"Tomó entonces el mando del buque el Segundo Comandante, Capitán de Corbeta Elías Aguirre y, bajo sus órdenes, se continuó el combate cada vez más tenaz y sostenido. Las dificultades del gobierno no permitían al "Huáscar" mantener una dirección constante, de manera que sólo aprovechaba parte del andar que le producía la máquina; esto fue causa de que el "Blanco" y la "Covadonga" llegasen a estrechar su distancia hasta ponerse a 200 metros por la aleta de estribor. En esta situación, no contando

ya el "Huáscar" con la ventaja de su andar y encerrado entre los blindados a la par que dirigió sus fuegos sobre el "Blanco", viró para embestirle con el espolón, ataque que fue prontamente evadido y que dejaba al buque a merced de la buena puntería de los blindados y aún de la "Covadonga". En estas circunstancias, el que suscribe, que se encontraba al costado del cañón derecho de la torre, fue herido por los destellos de una bomba que penetró en la torre y estalló dentro de ella, e imposibilitado para continuar por sí mismo las demás circunstancias del combate, fue conducido a la sección de la máquina donde se le prodigaron las atenciones que su estado exigía".

"El parte adjunto del Teniente 1º don Pedro Gárezon, en quien recayó por ordenanza el mando del buque, a consecuencia de la muerte del Segundo Comandante Aguirre y del estado en que se encontraba el que suscribe, dará a V. S. los detalles de la manera como llegó a su fin este reñido y desigual combate".

"El "Huáscar" cayó en poder del enemigo cuando no le fue posible ya continuar su resistencia, inutilizados sus cañones, roto su timón y diezmada su tripulación".

"Como último recurso se abrieron completamente las válvulas para sumergir el buque y se hubiera conseguido este resultado si al llegar al costado del "Huáscar" las embarcaciones del enemigo, hubiera sido posible resistirlo de algún modo. No siendo esto así, sus tripulantes tomaron posesión del buque, detuvieron su sumersión cuando ya tenía cuatro pies de agua en sus fondos, extinguieron algunos incendios que aún se conservaban a proa del buque y finalmente lo condujeron a Mejillones, no sin algunas dificultades, favorecidos por la tranquilidad en que se hallaba la mar".

"Todos los tripulantes, que heridos en su mayor parte sobrevivían, fueron tomados prisioneros y trasbordados a los blindados donde se les prodigó la más exquisita consideración y asistencia".

"Antes de terminar séame permitido expresar a V. S. el profundo sentimiento que ha causado en los oficiales y demás tripulantes del monitor "Huáscar" la irreparable muerte del valiente Contralmirante don Miguel Grau y de sus dignos subordinados, el Capitán de Corbeta don Elías Aguirre, y los Tenientes Primeros don Diego Ferré y don Melitón Rodríguez, a quienes han tenido ocasión de ver desaparecer cumpliendo hasta el último con su deber; y recomendar asímismo a la consideración de V. S. el valor, entusiasmo y serenidad que durante este desigual combate ha distinguido a los oficiales y demás tripulantes del "Huáscar".

"Adjunto encontrará V. S. la lista de presentes a bordo durante el combate, igualmente que la de los muertos y heridos".

"En el puerto de Mejillones quedaron el Teniente 2º don Enrique Pa-

lacios, el cirujano Mayor doctor don Santiago Távara y varios de la tripulación que por el mal estado de sus heridas, no ha sido posible trasladar a este lugar. Los demás heridos se encuentran en Valparaíso, en Santiago y en esta población conforme al estado de su gravedad".

"Todo lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V. S. a fin de que, por su digno órgano, llegue al Excelentísimo señor General Supremo Director de la Guerra".

Dios guarde a V. S. señor Comandante General.

Manuel Melitón Carbajal.

HOMENAJE DEL GABINETE CHILENO A LA MEMORIA DEL CONTRALMIRANTE GRAU

Despacho oficial remitido al Comandante de la Escuadra

"Santiago, Octubre 8 de 1879.

"Según la relación de Ud. el Almirante Grau ha muerto valientemente en el combate.

"Cuide Ud. que su cadáver sea dignamente sepultado de manera que jamás se dude de su autenticidad.

"Será devuelto al Perú cuando lo reclame.

"El pueblo, obedeciendo a sus tradiciones, se hace un deber en prestar homenaje al valor y a la honradez.

"Preste Ud. cuidadosa atención a los heridos y prisioneros enemigos. — Domingo Santa María.— M. L. Amunátegui.— Augusto Matte.— J. A. Gandarillas".

PROCLAMA DEL DIRECTOR DE LA GUERRA, GENERAL PRADO A LA NACION Y AL EJERCITO ALIADO

"El Huáscar ha sucumbido heroicamente después de una carrera de proezas.

"Ha llenado con sus hechos la América y el Orbe y ha terminado sus brillantes horas con una acción que consignará la Historia entre las más grandes hazañas.

"Cada latido del corazón de los héroes que lo tripulaban era un juramento de vencer o morir, y lo han cumplido muriendo.

"Ante dos blindados excesivamente superiores y tres buques más, el Huáscar sólo, tenía que perecer, y ha perecido llenando de gloria a su Patria. El triunfo en verdad, es nuestro, honra y gloria hemos ganado nosotros, un casco destruído ha tomado el enemigo.

"Como los del Huáscar son nuestros marinos y soldados; no piensan en la pérdida de una nave, sino en la Patria que defienden y en vengar la sangre de sus hermanos.

"Si bien es un revés la pérdida de una nave, no debemos extrañarlo porque los reveses son naturales en la guerra y lejos de abatir fortifican el valor y estimulan el patriotismo.

"El heroico contralmirante y sus denodados compañeros han demostrado en este encuentro, que el Perú, más que en un frágil barco, fía en el valor incontrastable de sus hijos.

"Iremos a levantar un monumento allí mismo donde ha regado con su sangre el cimiento de su imperecedera gloria.

"Bolivia, nuestra aliada, contempla satisfecha el sublime arrojo de nuestros marinos, y sus matronas habían enviado a nuestro ilustre almirante el lábaro de su destino que le imponía vencer o morir.

"Con este sacrificio la Alianza se estrecha aún más y dos naciones pelean unidas no solo por sus derechos, sino por vengar a sus defensores.

"¡Marinos! — Vosotros no necesitábais del ejemplo de vuestro valiente contralmirante; pero si a él le cupo el ofrecéroslo, ninguno de vosotros podrá opacar el lustre con que ha hecho brillar vuestra carrera.

"¡Soldados! — El mar no es por ahora nuestro; pero desde Ayacucho habéis aprendido cual es por tierra el "paso de vencedores".

"¡Grau y compañeros! Anegada en llanto la Patria os bendice. ¡Felices vosotros que encontrásteis la inmortalidad al terminar la vida! Felices vosotros que os habéis hecho dignos de la admiración y gratitud nacional.

"¡Bolivianos y Peruanos, Soldados y Marinos! — ¿Quién de vosotros no querrá ser como Grau?".

Mariano Ignacio Prado

Arica, 14 de Octubre de 1879.

MEMORANDUM DEL TENIENTE PRIMERO PEDRO GAREZON, ESCRITO EL 4 DE SETIEMBRE DE 1890

Después de abordado el "Huáscar", por embarcaciones al mando de tenientes del "Cochrane" y del "Blanco Encalada", yo me negué a ser con-

ducido prisionero con los únicos tres oficiales de Guerra de la dotación que quedaron conmigo en combate: tenientes segundos SS. Canseco y Santillana y alférez Herrera. La razón fue por no haber encontrado hasta esos momentos (11 h. 50 m. a.m.) los restos del Contralmirante Grau, y haber sido yo el último en quien había recaído el mando del buque.

El primer teniente señor Simpson, que era el jefe de los que abordaron el "Huáscar", me manifestó con su silencio que podía continuar a bordo y, en efecto, todos los demás fueron conducidos prisioneros a los blindados, y yo permanecí a bordo hasta las 4 o 5 de la tarde.

Cuando las dos bombas enemigas destruyeron la torre del comandante, cayó un cuerpo a la cubierta del sollado de la torre de combate y a la voz de ¡ha muerto el comandante! ese cuerpo fue llevado a la cámara. Por el humo que cubría todo el sollado y pasajes de combate, no se pudo reconocer el cadáver, así es que durante el combate estábamos en la creencia de que el cadáver del Contralmirante estaba en la cámara de popa.

Cuando me quedé solo me dirigí inmediatamente a la cámara de popa y todos mis trabajos fueron inútiles: entre todos los cadáveres no se encontraba el que yo buscaba.

Momentos después se acercó a mi el primer teniente señor Goñi (hoy comandante del "Blanco"); me preguntó por lo que yo con tanto interés buscaba, y le contesté: lo he buscado en las dos cámaras, el cuerpo que trajeron fue del primer teniente Ferré, el cual se ha encontrado íntegro, vamos a la torre del comandante a buscarlo, a lo que me respondió Goñi: "Aguardemos un momento para que acaben de apagar el incendio en la torre".

Media hora después se acercó un marinero donde su teniente Goñi y le dijo que ya podíamos pasar a la torre. Con éste aviso salimos a la cubierta; Goñi se quedó al costado de la torre y al lado de afuera, y yo penetré en ella por el lado de babor y por el gran boquete que habían abierto las dos bombas enemigas que atravesaron la torre del Comandante, en la dirección de la amura de estribor a la aleta de babor.

Rebuscando los escombros dentro de la torre encontré, confundido con las astillas de madera y pedazos de fierro, que ahí existían, al lado de estribor y como a la altura de un metro, un trozo de pierna blanca y velluda, sólo desde la mitad de la pantorrilla al pie, el que estaba calzado con botín de cuero; y la capellada del botín había desaparecido como si se la hubiese cortado cuidadosamente con una cuchilla muy fina sin dañarse la suela ni las uñas de los dedos que estaban completamente desnudos; por la situación de ellos conocí que era la pierna derecha; ésto fue todo lo que encontré de 4 a 5 de la tarde.

Como el teniente Goñi se hallaba en la cubierta y al costado de la torre esperando el resultado, le pasé por encima de la torre el único resto que

quedaba de nuestro Contralmirante; él llamó entonces a un sargento y la pierna fue envuelta en un pabellón de bote.

En una falúa del "Blanco" nos embarcamos las tres personas que fuimos autores de esta triste escena y conducimos, a bordo de dicho buque, ese pedazo de la patria querida.

El teniente Goñi, que tanto interés manifestó porque se recogieran, fue desde ese momento el custodio de ellos, y se colocaron dentro de un aparato con alcohol a bordo del "Blanco".

Esa misma noche nos trasladaron del "Blanco" al transporte "Copiapó", y al día siguiente, el Jueves 9, me mandó el comandante General señor Riveros a un oficial para decirme que nombrara a uno de mis oficiales para que pusiera en tierra, (Mejillones de Bolivia), las marcas correspondientes a los cadáveres que se iban a sepultar. Yo envié en esa comisión al inteligente contador Juan Alfaro, y a su regreso me dio parte de que todos los cadáveres quedaron sepultados y que los restos del Contralmirante quedaban en una cajita, habiéndose puesto como distintivo una cruz de madera con letras negras. El teniente Goñi dejó también marcado ese sitio con una banderita peruana.

Los cadáveres de Elías Aguirre 2º Comandante, y de los tenientes primeros Ferré y Rodríguez, quedaban igualmente sepultados y con sus nombres en sus respectivas cruces.

Yo tengo la plena seguridad que esos restos son del Contralmirante Grau: 1º porque yo había estado sirviendo con él cinco años y lo conocía bastante, y 2º porque en la torre del comandante no estaban más personas que él y su ayudante Ferré; el cuerpo de éste se encontró íntegro: luego, lo que en ese lugar encontré, tenía que ser del Contralmirante Grau.

El hoy obispo de Chile, Ilustrísimo señor Fontecilla, fue el primero que le dijo una misa en Mejillones de Bolivia al Contralmirante.

Poco tiempo después el señor Contralmirante Viel, de la marina de Chile, pidió a su Gobierno por medio de una solicitud, que le permitiera trasladar los restos de Grau al mausoleo de su familia en Santiago, donde se encuentran los restos del Ilustre General Viel, veterano de la Independencia.

El 22 de Junio último el Ministro del Perú don Carlos Elías, fue en persona a dicho mausoleo para hacer la traslación de los restos a la urna en que fueron conducidos al Perú. Yo hablé con nuestro indicado Ministro, el día siguiente de la traslación, y según todas las explicaciones que me dio en la casa Legación en Santiago, los restos que trasladó eran los mismos que yo saqué de la torre el día del combate, y son también los que existen hoy en el cementerio de Lima.

Al entrar en combate el Contralmirante vestía pantalón azul sin galón, levita-paletot de paño castor del mismo color con tres botones prendi-

dos en las botamangas; llevaba prendidas las presillas de capitán de Navío, calada la gorra con placa y calzado botines de cuero con elásticos. La espada se la llevó a la torre su mayordomo Alcíbar, poco antes de entrar en combate. El Contralmirante no llegó a usar a bordo el uniforme de su clase ni arboló su insignia de Contralmirante.

Mi puesto a bordo, durante este episodio tan memorable, era el de Oficial de Derrota y Señales, y mi clase la de teniente primero.

Pedro Gárezon

Lima, a 4 de Setiembre de 1890.



La estatua de Grau en el monumento a su gloria.

LA FOJA DE SERVICIOS DEL CONTRA ALMIRANTE DON MIGUEL GRAU SEMINARIO

El Contra Almirante de la Armada Nacional Dn. Miguel Grau Seminario; su país Piura donde nació el 27 de Julio de 1,834; sus padres, Dn. Manuel Grau y Berrio y Doña Luisa Seminario y del Castillo; su estado civil, casado con Doña Dolores Cabero y Nuñez, el 12 de Abril de 1,867; su edad 45 años; sus servicios y circunstancias, las que se expresan:

CLASES Y FECHA EN QUE LAS OBTUVO	DIAS	MES	AÑO
Guardiamarina	14	Marº	1854
Alférez de Fragata	4	Marº	1856
Teniente Segundo	13	Set.	1863
Teniente Primero Graduado	4	Dic.	1863
Teniente Primero Efectivo	8	Ener.	1864
Capitán de Corbeta	31	Marº	1865
Capitán de Fragata	22	Julio	1865
Capitán de Navío Graduado	25	Julio	1868
Capitán de Navío Efectivo	23	Abril	1873
Contra Almirante	26	Agtº.	1879

TIEMPO QUE HA SERVIDO EN CADA CLASE	AÑOS	MESES	DIAS
De Guardiamarina	1	11	20
De Alférez de Fragata	7	6	7
De Teniente Segundo		2	23
De Teniente Primero Graduado		1	4
De Teniente Primero Efectivo	1	2	25
De Capitán de Corbeta		3	21
De Capitán de Fragata	5		3
De Capitán de Navío Graduado	4	3	28
De Capitán de Navío Efectivo	1	4	17
Total de servicios desde el 14 de Marzo de 1,854 hasta el 26 de Agosto de 1,879	25	5	12

En su juventud, antes de ingresar a la Marina de Guerra del Perú, navegó por todos los mares, en buques de diferentes banderas.

BUQUES Y EMPLEOS EN QUE HA SERVIDO	AÑOS	MESES	DIAS
En el Vapor de guerra "Rímac"		6	18
En el pailebot de guerra "Vigilante"		10	24
En el Vapor de guerra "Ucayali"		4	12
En la Fragata "Apurímac" y separado del servicio; época abonable por la ley de reparación de 11 de Abril de 1,861	5	3	3
Navegando con licencia en buques mercantes; tiempo abonable por Resolución Suprema de 22 de Octubre de 1,869	2	4	29
Llamado al servicio y Segundo Comandante del Vapor "General Lerzundi"		4	2
En Europa y al mando de la Corbeta "Unión"	2	6	11
Enjuiciado por la cuestión Tucker		6	22
Absuelto y navegando en buques mercantes, por segunda vez con licencia; época que le es de abono por la citada Resolución de 22 de Oct: de 1,869		11	20
Comandante del Monitor "Huáscar"	8	6	4
En las Cámaras Legislativas como diputado por Paita		6	6
Agregado al Departamento de Marina			21
Vocal de la Junta Revisora de las Ordenanzas Navales		2	12
Comandante General de Marina	1	1	24
En las Cámaras Legislativas como diputado por Paita		6	28
Agregado al Ministerio de Guerra y Marina .		1	17
Comandante del "Huáscar" y de la Primera División Naval		4	23
Servicios naturales — ..... Total:	25	5	12
Abono por la campaña y el combate de Abtao, el 7 de Febrero de 1,866 contra la Escuadra Española	1	6	
Total:	26	11	12

CAMPAÑAS Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE HA ACTUADO

Hizo la campaña contra la Escuadra Española en el año de 1,866 al mando de la Corbeta de guerra "Unión" y bajo las órdenes del Comandante en Jefe de la División Naval de Operaciones del Perú, Sr. Capitán de Navío Graduado, Dn. Manuel Villar. Asistió al combate de Abtao el 7 de Febrero de 1,866, contra la Escuadra Española, estando al mando de la Corbeta de guerra "Unión".

Hizo la Campaña Naval contra Chile en la guerra de 1,879: Primer Combate de Iquique; Primer Combate de Antofagasta; Segundo Combate de Iquique; Operaciones contra el litoral chileno; Segundo Combate de Antofagasta; Captura del "Rímac"; Bombardeó los objetivos y localidades enemigas fortificadas y murió el 8 de Octubre como Comandante de la Primera División Naval y Comandante del Monitor "Huáscar", en el Combate de Angamos.

Fuente: Museo Naval del Perú



Cuadro alegórico titulado "Los Héroes del Huáscar" con la efigie de Miguel Grau y los oficiales del heroico monitor. Biblioteca Nacional.

DOTACION DEL GLORIOSO MONITOR "HUASCAR"

8 de Octubre de 1879

ESTADO MAYOR

Comandante General de la 1ra. División Naval, Contralmirante don Miguel Grau, Comandante del Monitor.
Secretario: Capitán de Fragata Graduado, don Manuel M. Carvajal.
Comandante de las Guarniciones, Sargento Mayor José M. Ugarteche.

OFICIALES DE GUERRA

Segundo Comandante: Capitán de Corbeta don Elías Aguirre.
Teniente Primero, don Diego Ferré.
Teniente Primero, graduado, don Pedro Gárezon.
Teniente Primero, graduado, don José M. Rodríguez.
Teniente Segundo, don Enrique Palacios.
Teniente Segundo, graduado, don Gervacio Santillana.
Teniente Segundo, graduado, don Fermín Díez Canseco.
Alférez de Fragata, don Ricardo Herrera.
Capitán graduado de Infantería, don Mariano Bustamante.
Capitán de la Columna "Constitución", don Manuel Arellano.

OFICIALES MAYORES

Cirujano Mayor, doctor don Santiago Távara.
Cirujano de 1ra. Clase, doctor don Felipe M. Rotalde.
Contador, Juan Alfaro.
Practicante de Medicina, don José I. Canales.

ASPIRANTES DE MARINA

Carlos B. Tizón, Federico Sotomayor, Manuel Elías Bonnemaison, Conrado Villavicencio, Manuel Villar, Domingo Valle Riestra, Daniel S. Rivera, Brener E. Bueno.

MAQUINISTAS

Primero, Tomás Juan Wilkins, Samuel Mac Mahon.
Segundo, Tomás W. Hughes.
Tercero, Ricardo Trennemann.
Cuarto, Henry Lewer, Ernesto Molina, Archibald M. Callum.
Ayudante de Máquina, Augusto Matheus.

OFICIALES DE MAR

Primer Contramaestre, Nicolás Dueñas.
Primer Condestable, Charles Mc Carthy.
Primer Condestable, Williams Leonard.
Segundo Condestable, José Celedón.
Buzo, José Hilario Morales.
Primeros guardianes, Tiburcio Ríos, Federico Noguera, Andrés Romano.
Segundo guardián, Francisco Sena.
Primer carpintero, Luis Landa.
Segundo carpintero, Ignacio Martínez, Etesse Yeves.
Primer calafate, José del C. Gómez.
Herrero, Williams Michel.
Maestro de Víveres, Manuel Mejía.
Despensero, Rafael Hurtado.
Cocinero de segunda cámara, José Salas.
Cocinero de equipaje, Eduardo Ford.
Mayordomo de segunda cámara, Manuel Pineda.
Bocafragua, Ramón Tejeda.
Cabo de Luces, Andrés Riglos.
Farmacéutico, José Flórez.

ARTILLEROS DE PREFERENCIA CONTRATADOS

James Anderson, Jorge Mathison, Robert Rundle, Francisco M. Maze, Alfredo Strund, Atanacio Bayosopolos, Manuel Georgiades, Williams Burns, John Grand, Manuel Panay, Eduardo Price, George Harris, Albert Avenell, Eduardo Perry, Michel Murphi, Henri Otto, John Baker, Daniel Mc Carthy, John Devine, George Smith, James Dobins, Federico Meiggs, Charles Bex, John Dunnet, Alberto Huerta, Samuel Varnisch.

ARTILLEROS DE PREFERENCIA

Atanacio Catojeras, Tomás Proaño, José Gómez, Francisco Spiel, José del C. Hernández, Julio Felippe, Julio Pablo, John Henry Hill, John Price, Enrique Verguesse, Alvaro Trelles, Gregorio Cabezudo, John Lumby, James Ward, Eleodor Dávila, Angel Quesquén, Henry Smith, Tomás Salazar, Faustino Colán, Juan Chunga.

MARINEROS

Aniceto Rivas, Pedro Unánue, Máximo Rentería, Nicolás Bonilla, José Suárez, Santos Beltrán, Pedro Rodríguez, José Velásquez, Aparicio Robles, Juan Manuel Cruz, Mercedes Carrasco, José Félix Torres, Andrés Araujo, Jacinto Medina, Manuel Maldonado, Tomás Esteves, Mariano Portales, Lorenzo Villarosa, Feliciano Gonzales, Tomás Godos, Anselmo Cambas, José Aniceto, Manuel Piminchumo, Francisco Cáceres, Ventura Díaz, Nicolás Pérez, Alcides Gutiérrez, José Valdivia, Juan García, Manuel Ucañan, Juan Aguirre, José Calvo, Williams Mc Carthy.

GRUMETES

Francisco Aguilar, Dámaso León, Arturo Masías, Alberto Medina, Miguel Valcárcel, Basilio Rocavado, José Mantilla, Manuel Fianco, Williams Norris, Saturnino Megía, José S. Contreras, Juan Sifuentes, Lizardo Eizaguirre, Francisco Arciniega.

CABOS DE FOGONEROS

James Mc Carthy, John Johnson, Adolfo Mayer, Charles Stevenson, John Richardson.

FOGONEROS

Alexandre Monroe, Eduardo Graham, Gregorio Alzamora, Ramón Galicia, Carmen Vásquez, Tomás Furton, Lino Urias, Andrés Mc Call, Isidro Alcíbar, Manuel Verdesoto, Joseph Chambers, John Donovan, Apolinario Salazar, Bruno Gómez, John Kaley, Manuel Balvino, José Guerra, George Williamson, John Boom.

CARBONEROS

Alexandre Flenton, José Morales, Toribio Astudillo, Juan Dávila, Nieves Espinoza, Cipriano Gómez, Williams Martín, José Vallesillas, Gabino Noé, Manuel Huamanchumo.

"COLUMNA CONSTITUCION"

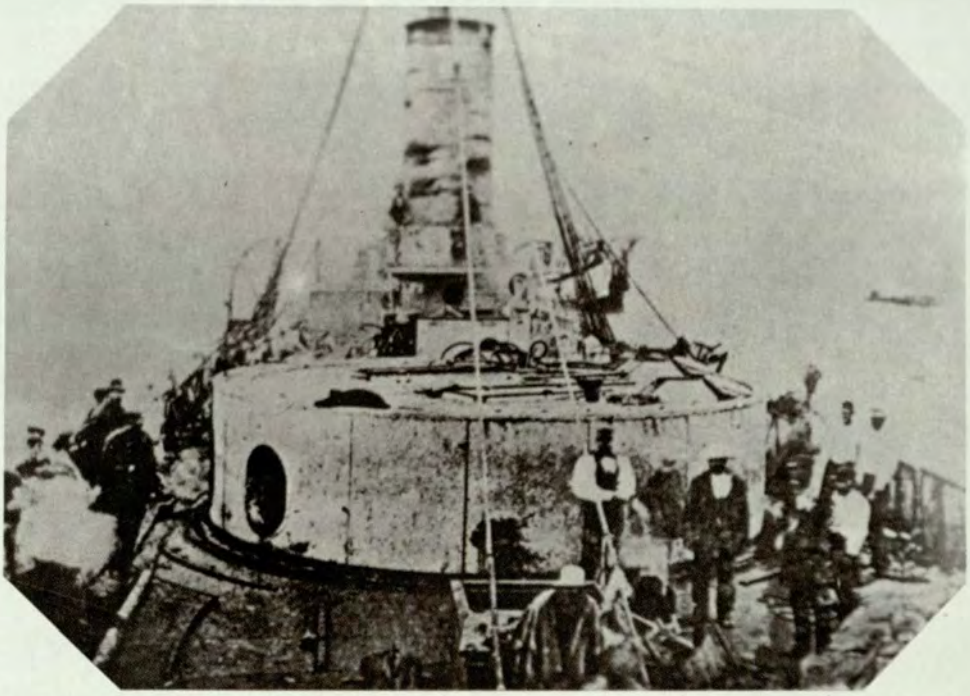
Soldados: Segundo Calderón, Basilio Chávez, José Menchola, Quiterio Gallardo, José Cortez, Juan Chunga, Modesto Ruidias, Clemente Luna, José Estrada, José Rivera, Juan Villareal, Vicente Jiménez, Isidro Orué, Manuel Aguila, Isidro Quiroz, Eusebio Gómez, Darío San Jinez.

GUARNICION DEL BATALLON AYACUCHO Nº 3

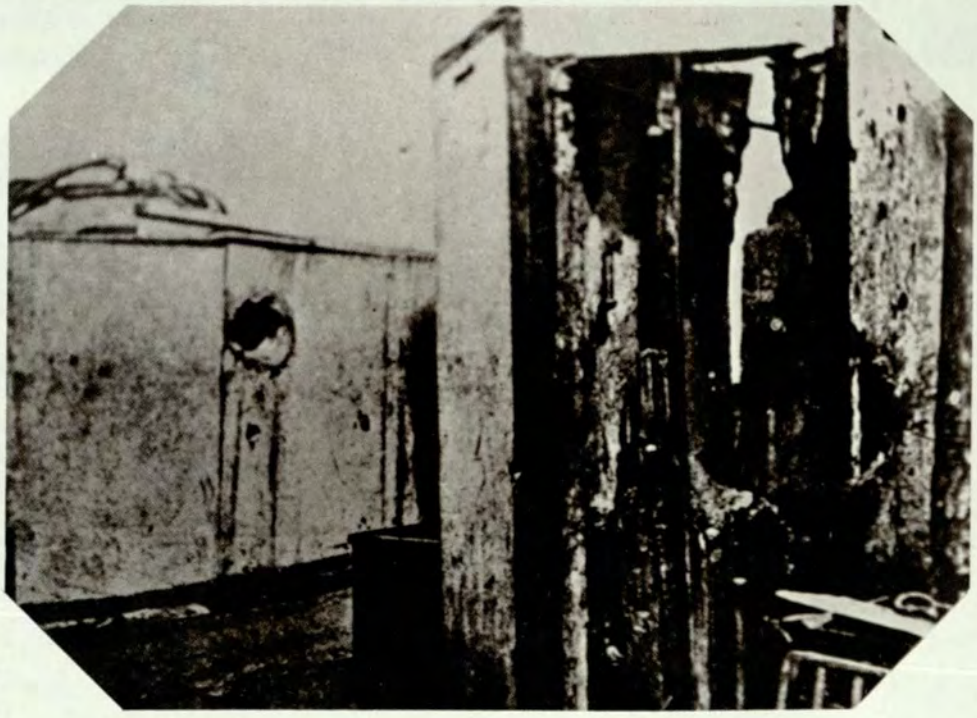
Sargento 1º, Francisco Retes; id. Segundo, Miguel Salazar; id. Apolinario Galiano; id. Silverio Chuquiconsa. Cabo Primero, Justo Payva; id. Manuel López; id. Segundo, José M. Esteban; id. Anacleto Alarcón; id. Fidel Calvo; Corneta, José Vargas; Tambor, Agustín Salas.

SOLDADOS

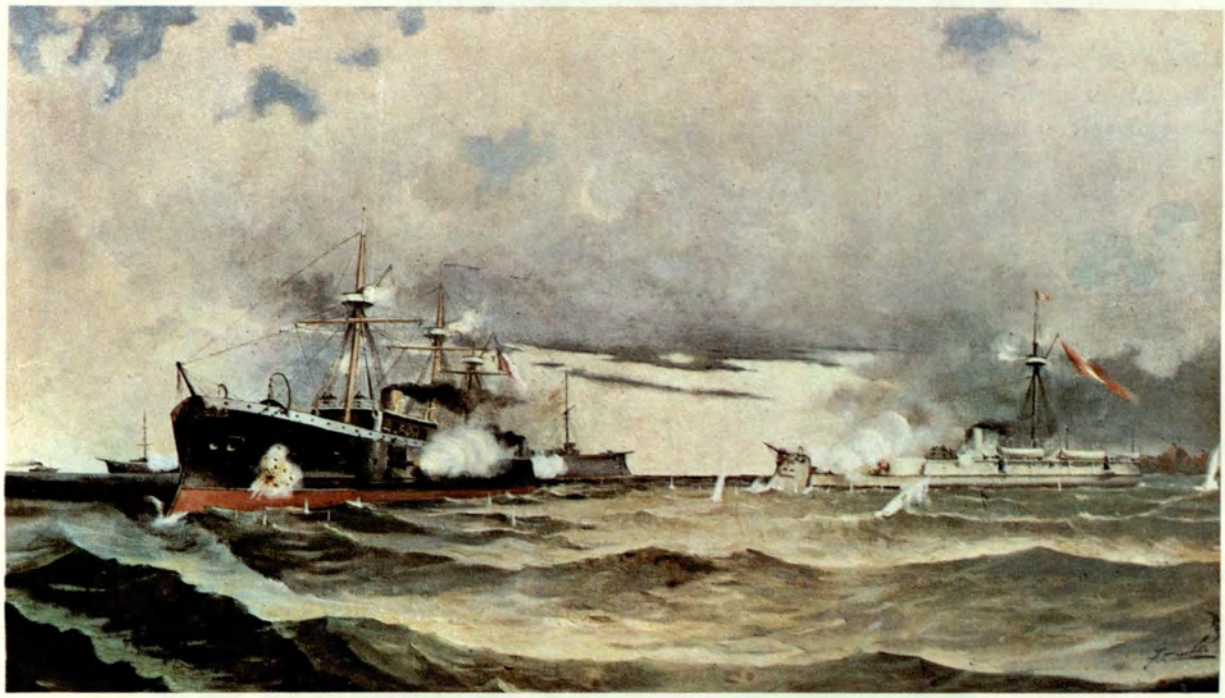
Mariano Unga, Fidel Talavera, Pedro Zevallos, Benito Fernández, Hipólito Beltrán, Guillermo Barrios, José Calderón, Celestino Valdivia, Tomás Flores, Mariano Zegarra, Pablo Soto, Mariano Vilcahuamán, Manuel Borja, Víctor Vargas, Ambrosio Fernández, Narciso Castillo, Francisco Gutiérrez, Faustino Falconí.



La cubierta del "Huáscar" tal como quedó luego de la batalla de Angamos, en foto de la época.



Los restos de la torre en la que pereció su su comandante, mostrando los impactos recibidos. Biblioteca Nacional.



"Angamos", óleo (1.49 x 0.89) del célebre pintor Teófilo Castillo. Museo Naval.

Epistolario

Monitor "Huáscar"
Iquique Mayo 29 de
1879.

Queridísima Esposa

Son las seis de la tarde, y acabo de regresar del Sur donde he permanecido seis a siete días recorriendo los puertos de Antofagasta, Mejillones, Cobija y Tocopilla; en el primero sostuve un cañoneo de hora y media con los fuertes y la "Covadonga", que se había refugiado allí muy cerca de las piedras. Al siguiente día les corté el cable a tiro de fusil y de tierra no se atrevieron a hacerme fuego, en lo que procedieron con prudencia, porque al verificarlo, estaba resuelto a bombardear la población. En los demás puertos se quemaron lanchas, etc.

Sé que Prado está en tierra, yo he mandado saludarlo porque no puedo ir personalmente; solo espero el bote para salir a la mar a pasar la noche fuera. Mañana que hable con él, veremos lo que se resuelva sobre la ida al Callao del "Huáscar" a reparar sus averías.

El vapor para el Norte, no pasa por aquí hasta mañana, pero por lo que pueda suceder te escribo anticipadamente con el objeto de saludarte cariñosamente y a la vez suplicarte hagas a los niños mil caricias a mi nombre. Aconséjalos constantemente y diles que no se olviden de cumplir lo que me han ofrecido, de estudiar con empeño y en esforzarse bien, tanto en el colegio como en la casa.

Si ya has cobrado el mes de Mayo, cómprales a los muchachos unos vestiditos y camisas, para que vayan siempre aseados a la escuela.

Saluda a mis hermanas y al Coronel Gómez y dile a éste que los artilleros del "Huáscar" han resultado pésimos, a pesar de tanto ejercicio.

A Misia Luisa, Mercedes, Cristina y María Luisa, mil recuerdos, lo mismo que a Cristina Bustamante, etc., etc.

No te olvides de mandarme los periódicos por el conducto que te he indicado.

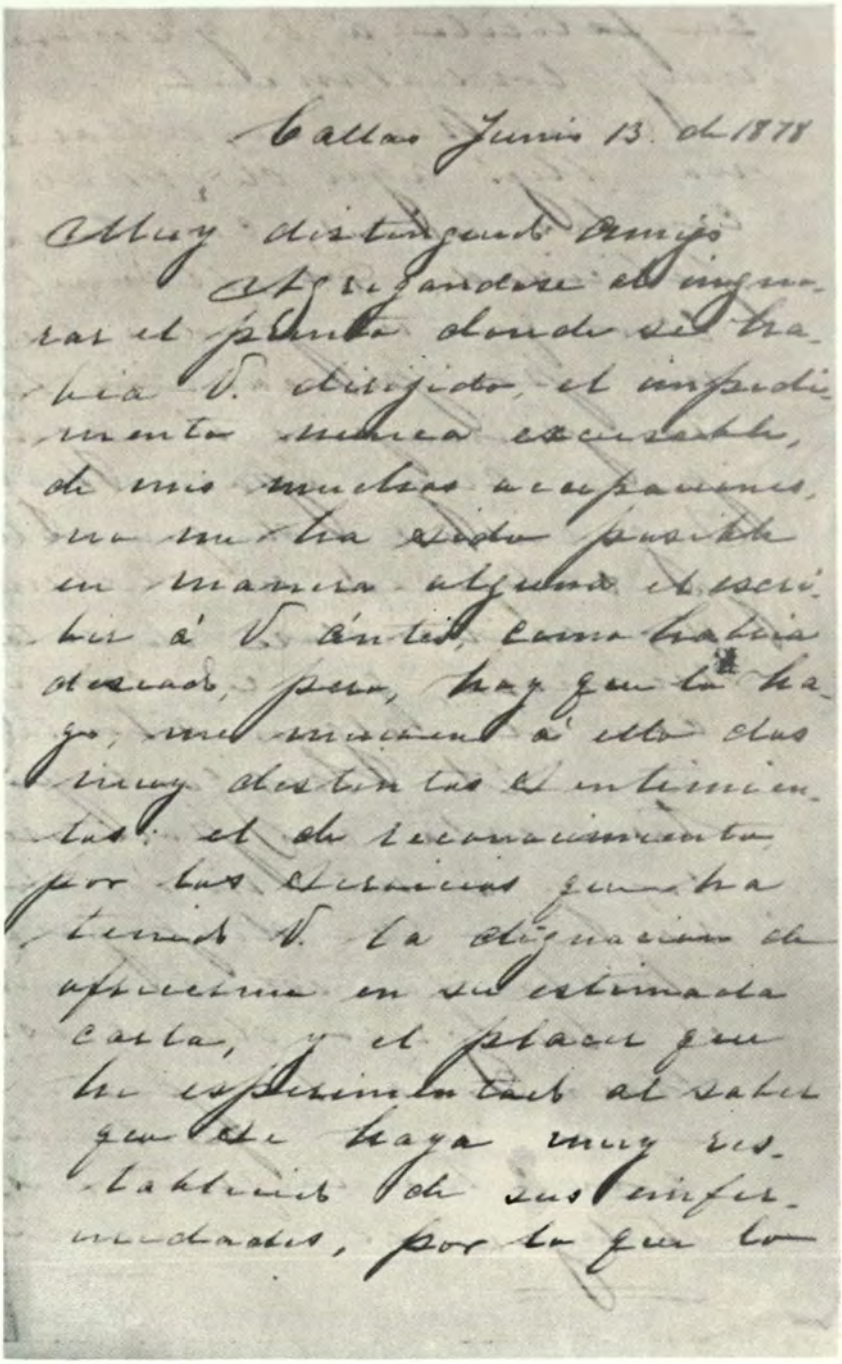
No dejes que los niños salgan solos a la calle, y pocas veces a la puerta de la calle.

Dile a la sirvienta que su hijo Colan está sin novedad.

Sería conveniente que dieras de cuando en cuando tus vueltas al colegio para que te informes de el adelanto y conducta de los muchachos.

Mayo 31 Ilo

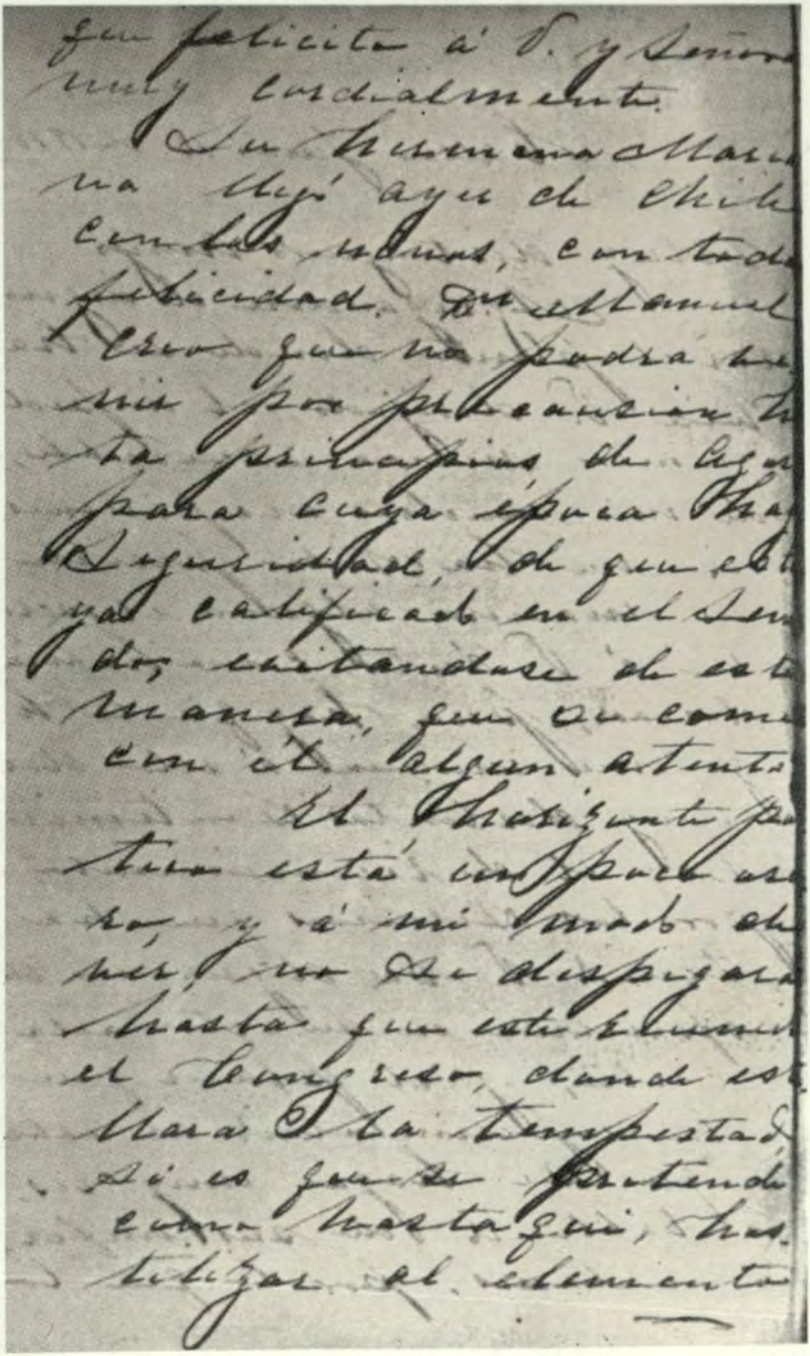
Ayer por la mañana que regresaba a Iquique, después de haber pasado la noche fuera del puerto, me encontré con la escuadra chilena que al



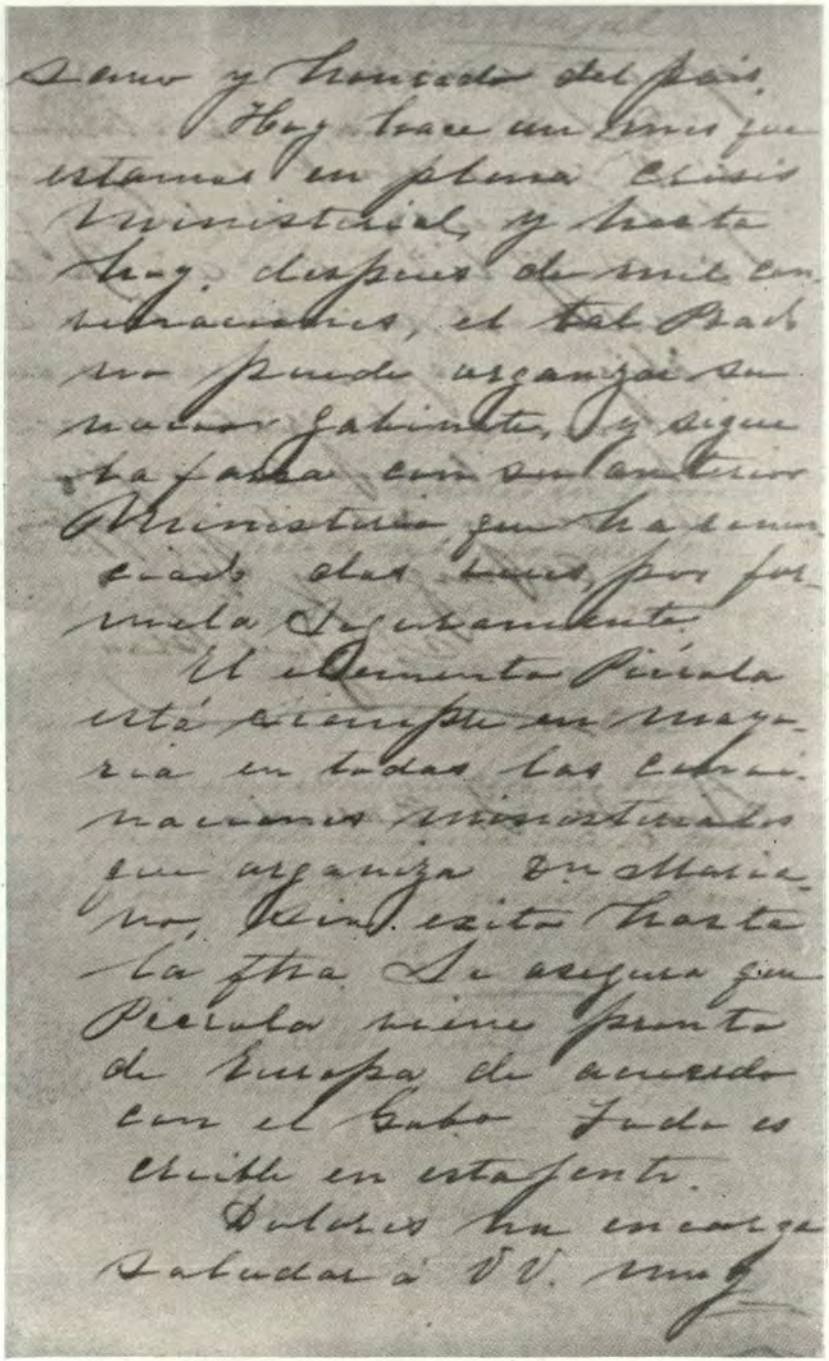
Callao Junio 13. de 1878

Mui estimado Amigo

Al regresar al ingenio del Pueblo donde se hallaba V. dirijido, el impedimento mui poderoso, de mis muchas ocupaciones, no me ha dado posible en manera alguna el escribir á V. antes, como habia deseado, pero, hoy que lo hago, me apresuro á ello con mis mas sinceras felicitaciones por las distinciones que ha tenido V. la dignacion de apreciarme en su estimada carta, y el placer que me ha espresado tanto al saber que V. se haya muy restablecido de sus enfermedades, por lo que me



Facsímil de la carta dirigida a don Felipe Barreda.

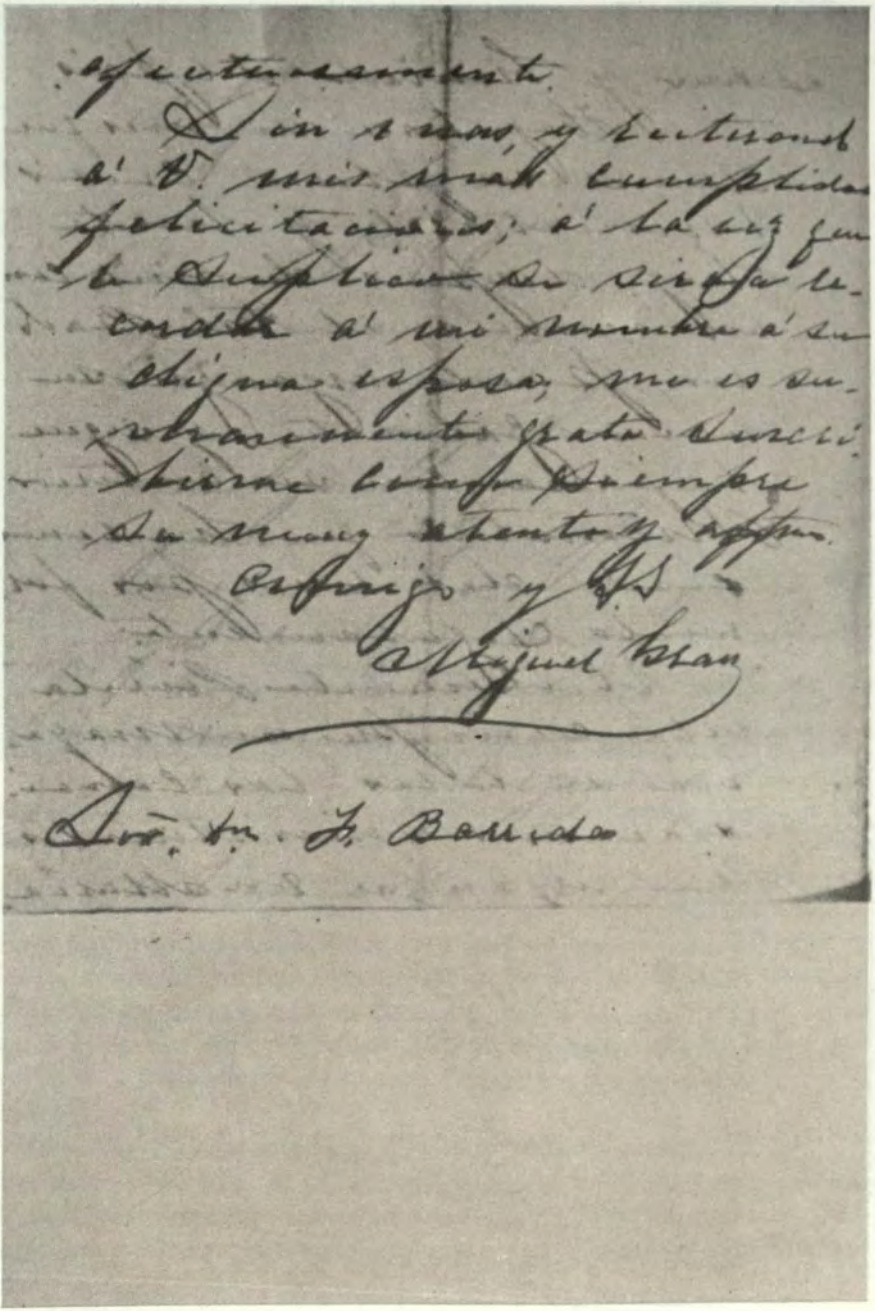


Amor y Libertad del País.

Hoy hace un mes que estamos en plena Crisis Ministerial, y hasta hoy después de mil combinaciones, el Sr. Balmaceda no puede organizar su nuevo Gabinete. Y siguiendo la fatal con el anterior Ministerio que ha durado diez días, por fórmula Inconstitucional.

El elemento Pinto está siempre en mayoría en todas las combinaciones ministeriales, pero sin éxito hasta la fecha. Se asegura que Pinto viene pronto de Europa de acuerdo con el Sr. Todo es posible en este país.

Dolores me encarga saludar á V. Amo



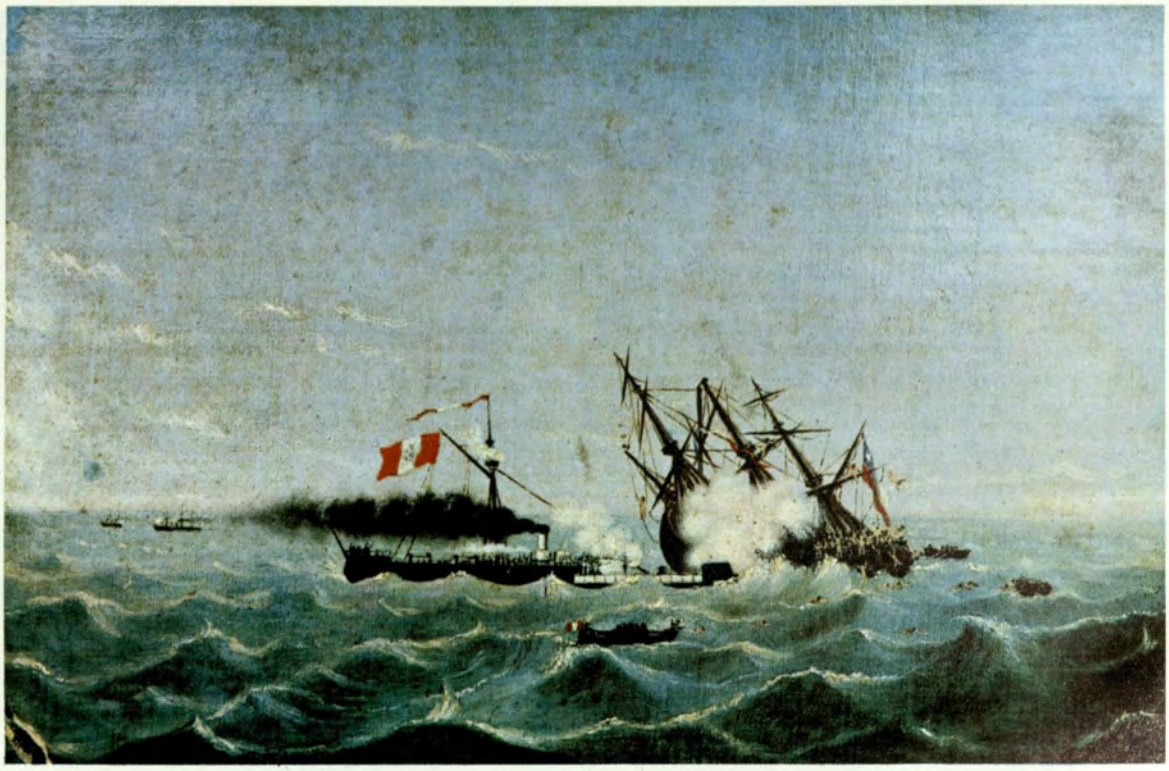
Afectuosamente.

Dios mano, y felicitando á V. mis mas cumplidas felicitaciones, á la Señora de Bonilla le ruego de mi parte dé cariñosa memoria á su apreciable esposa, me es de sobrada gusto decir á V. Siempre de V. muy atento y afmo.

Q. B. S. M.

Miguel Blanco

Señor Dn. J. Bonilla



Cuadro al óleo (20 x 30) pintado sobre madera que describe el hundimiento de la "Esmeralda" y el salvamento de sus náufragos por el monitor "Huáscar". Museo Naval.

parecer entraba también; me persiguieron durante 1/1-2 horas, pero no me alcanzaron.

Esta noche acabaré el tomar carbón aquí y emprenderé viaje a Arica.

Con un fuerte y tierno abrazo se despide tu esposo que no te olvida.

Mig. Grau

Saluda a todos los que te pregunten por mí. Garibaldi me acaba de traer vino y huevos.

Callao, Junio 13 de 1878

A don Felipe Barreda

Muy distinguido amigo:

Agregándose al ignorar el punto donde se había Ud. dirigido, el impedimento nunca excusable de mis muchas ocupaciones, no me ha sido posible en manera alguna el escribir a Ud. antes, como habría deseado, pero, hoy que lo hago, me mueven a ello dos muy distintos sentimientos: el de reconocimiento por los servicios que ha tenido Ud. la dignación de ofrecerme en su estimada carta y el placer que he experimentado al saber que se halla muy restablecido de sus enfermedades, por lo que lo felicito a Ud. muy cordialmente.

Su hermana Mariana llegó ayer de Chile con las niñas con toda felicidad. Don Manuel creo que no podrá venir por precaución hasta principios de Agosto para cuya época hay seguridad de que esté ya calificado en el Senado, evitándose de esta manera que se cometa con él algún atentado.

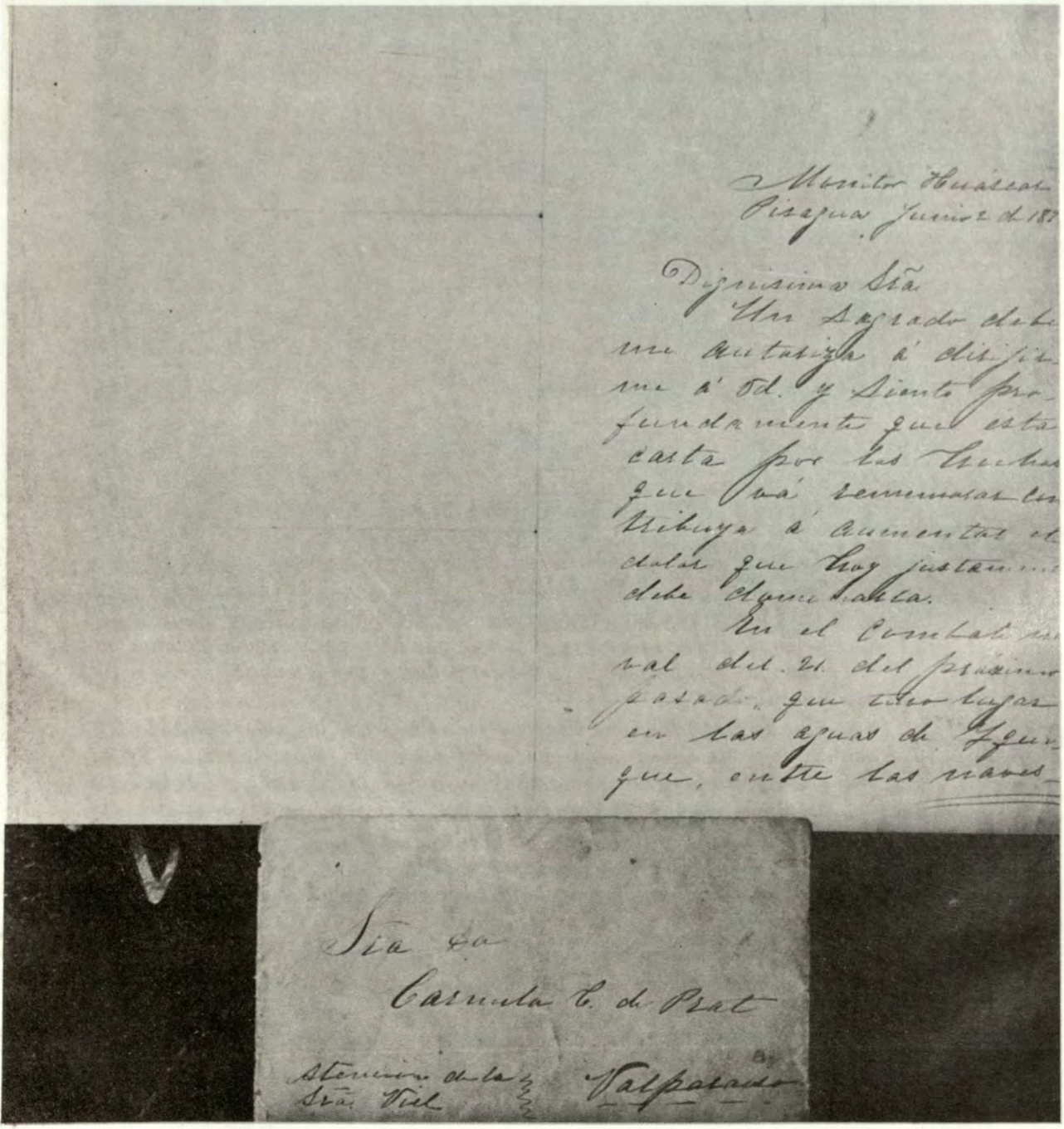
El horizonte político está un poco oscuro y a mi modo de ver, no se despejará hasta que esté reunido el Congreso donde estallará la tempestad si es que se pretende como hasta aquí hostilizar al elemento sano y honrado del país.

Dolores me encarga saludar a UU. muy afectuosamente.

Sin más y reiterando a Ud. mis más cumplidas felicitaciones; a la vez que le suplico se sirva recordar a mi nombre a su digna esposa; me es sumamente grato suscribirme como siempre su muy atento y afmo. amigo y S. S.

Miguel Grau

Facsimil de la carta de Miguel Grau a la viuda de Prat, y el sobre en que fue enviada.



Monitor Huáscar.
Pisagua Junio 2 de 187

Dignísima Sña

Un sagrado deber me autoriza á dirijirme á Vd. y siento profundamente que esta carta por las lágrimas que vá á derramar con ella vaya á aumentar el dolor que Vd. justamente debe experimentar.

En el combate naval del 21 del próximo pasado, que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves

Sña Da
Carmela C. de Prat

Atencion de la Sña Viuda

Valparaiso

Prisiones y Obligaciones
en Lima y valparaiso
espide el Capitan de
Ejercito D. Victor Prat
Comandte de la Esmeral.
la, en cuio Buque se
embarca ya victima de
su temerario arrojo en
defensa y gloria de
la bandera de su
Patria.

Deplorando sinceramente tan infausto acontecimiento, y acompañandola en su dolor, cumplo con el penoso y triste deber de enviarle los pocos Vales insignificantes prendas, que se encontraron en su poder, y que son las que figuran en la lista adjunta. Ellos le serán indudablemente de algun pequeño consuelo en medio de su gran desgracia, y por eso me he anticipado á remitirselas.

Reiterandole mis sentimientos de condolencia, hago esta oportunidad para ofrecerle mis buenos, cinceros deseos y respetos.

De Ud muy Sr mio y S.S.
Miguel Cotan

Sra. Da Carmela C. de Prat
Valparaiso

CARTA A LA VIUDA DE ARTURO PRAT

Monitor "Huáscar"

Pisagua, junio 2 de 1879

Señora Carmela Carvajal de Prat
Dignísima señora:

"Un sagrado deber me autoriza a dirigirme a Ud. y siento profundamente que esta carta, por las luchas que va a rememorar, contribuya a aumentar el dolor que hoy justamente debe dominarla. En el combate naval del 21 próximo pasado, que tuvo lugar en las aguas de Iquique, entre las naves peruanas y chilenas, su digno y valeroso esposo, el Capitán de Fragata don Arturo Prat, comandante de la "Esmeralda", fue como Ud. no lo ignorará ya, víctima de su temerario arrojo en defensa y gloria de la bandera de su patria.

Deplorando sinceramente tan infausto acontecimiento y acompañándola en su duelo, cumplo con el penoso deber de enviarle las para Ud., inestimables prendas que se encontraron en su poder y que son las que figuran en la lista adjunta. Ellas le servirán indudablemente de algún pequeño consuelo en medio de su desgracia y por eso me he anticipado a remitírselas".

"Reiterándole mis sentimientos de condolencia, logro, señora, la oportunidad para ofrecerle mis servicios, consideraciones y respeto con que me suscribo de Ud. señora, muy afectísimo seguro servidor".

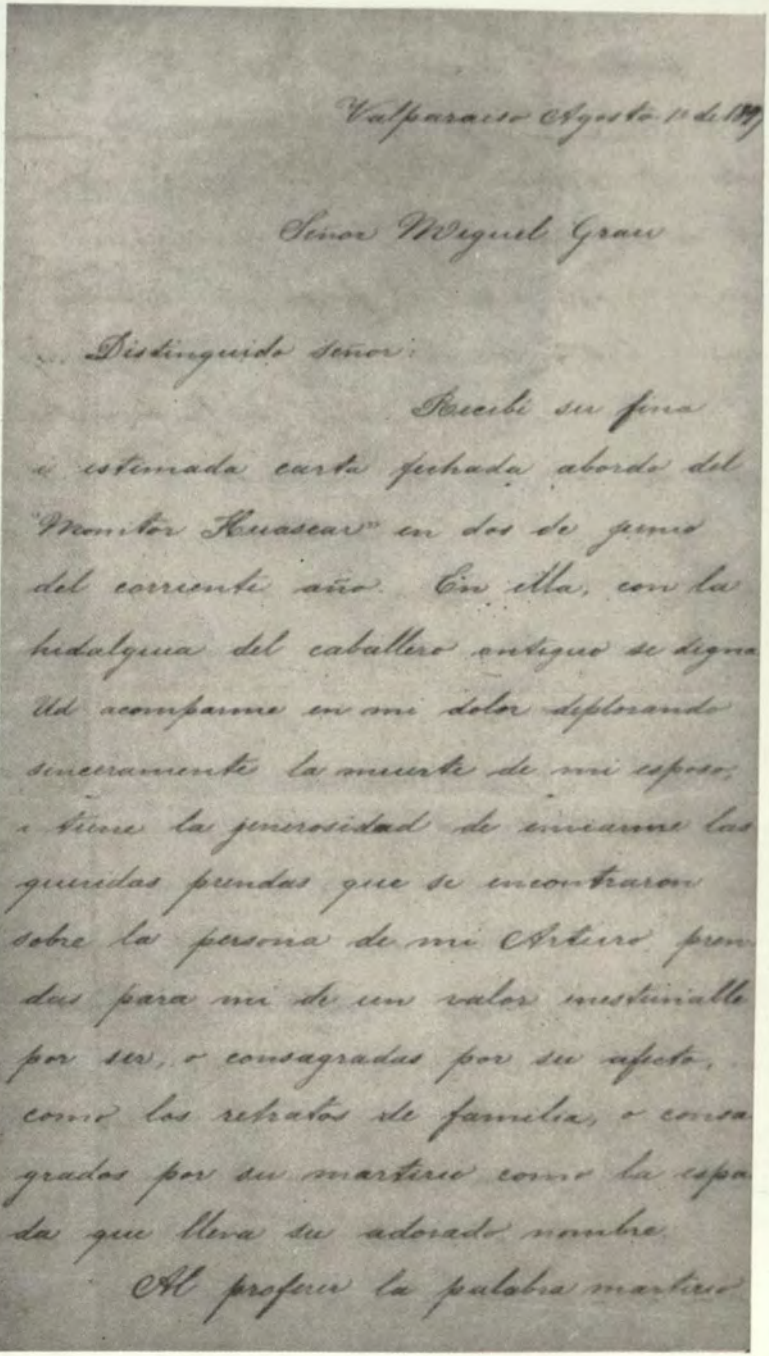
Miguel Grau.

CARTA DE RESPUESTA DE LA VIUDA DE PRAT

Valparaíso, agosto 1º de 1879

Señor don Miguel Grau
Distinguido señor:

"Recibí su fina y estimada carta fechada a bordo del "Huáscar" el 2 de junio del corriente año. En ella, con la hidalguía del caballero antiguo, se digna Ud. acompañarme en mi dolor, deplorando sinceramente la muerte de mi esposo y tiene la generosidad de enviarme las queridas prendas que se encontraron sobre la persona de mi Arturo, prendas para mí de un valor inestimable por ser, o consagradas por su afecto, como los retratos de familia, o consagradas por su martirio como la espada que lleva su adorado nombre".



Valparaiso Agosto 1º de 879

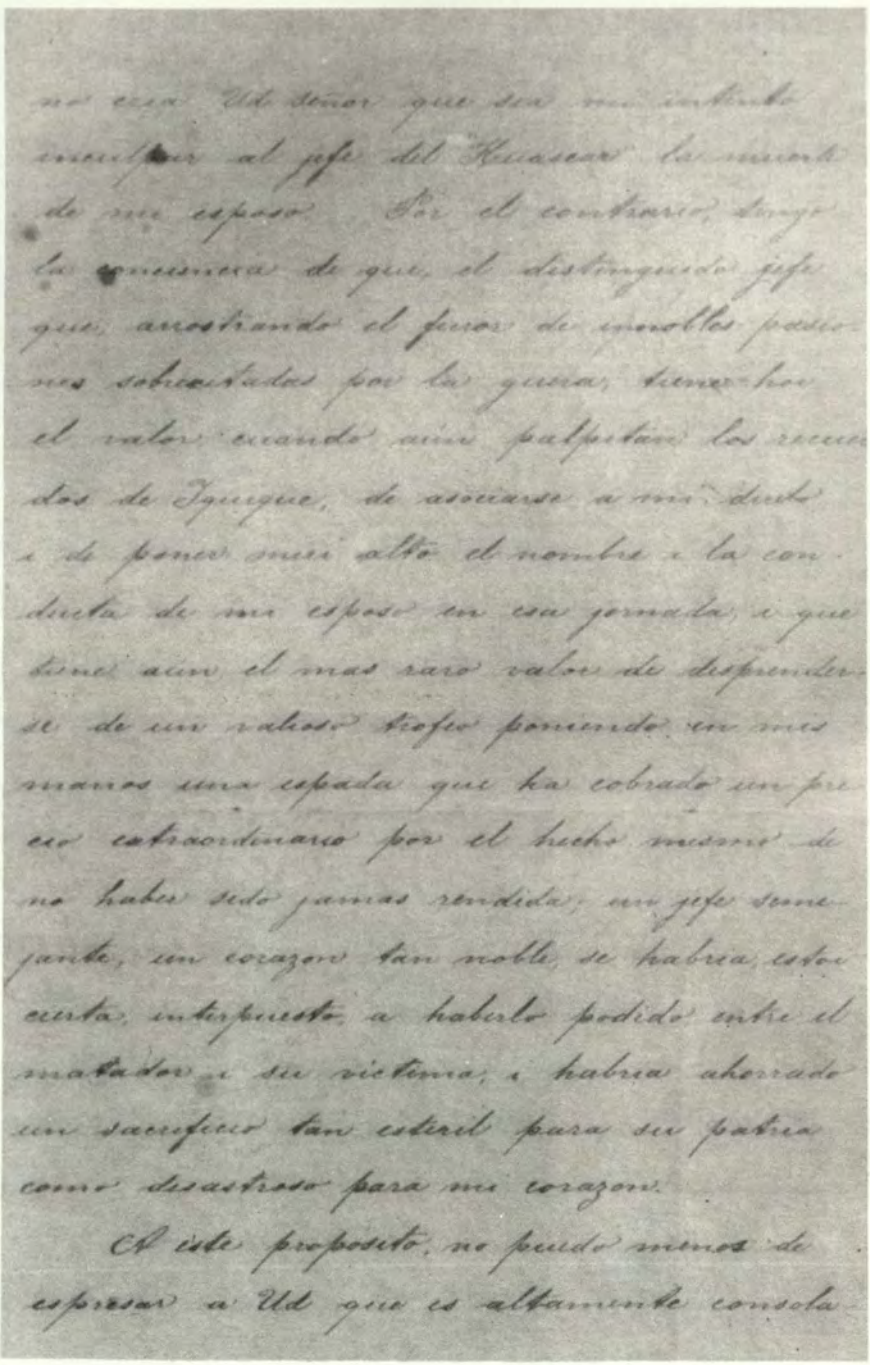
Señor Miguel Grau

Distinguido señor:

Recibí su fina
y estimada carta fechada abordo del
"Monitor Huascar" en dos de junio
del corriente año. En ella, con la
hidalguía del caballero antiguo se digna
Ud acompañarme en mi dolor deplorando
sinceramente la muerte de mi esposo;
y tiene la generosidad de enviarme las
gruesas prendas que se encontraron
sobre la persona de mi Arturo pren-
das para mi de un valor inestimable
por ser, o consagradas por su afecto,
como los retratos de familia, o consa-
grados por su martirio como la espa-
da que lleva su adorado nombre.

Al profesar la palabra martirio

Facsímil de la misiva de respuesta de la viuda de Prat a Miguel Grau. El original se encuentra en el Museo Naval.



no crea Ud señor que sea mi intento
mentar al jefe del Huascar la muerte
de mi esposo. Por el contrario, tengo
la conviccion de que el distinguido jefe
que, arrostrando el furor de inauditos peli-
gros sobrevividos por la guerra, tiene hoy
el valor cuando aun palpitan los recuer-
dos de Iquique, de asomarse a mi duelo
i de poner mui alto el nombre i la con-
ducta de mi esposo en esa jornada, i que
tuvo aun el mas raro valor de desprender-
se de un valioso trofeo poniendo en mis
manos una espada que ha cobrado un pre-
cio estraordinario por el hecho mismo de
no haber sido jamas rendida; un jefe seme-
jante, un corazon tan noble, se habria estre-
mecido, interpuesto a haberlo podido entre el
matador i su victima; i habria ahorrado
un sacrificio tan estéril para su patria
como desastroso para mi corazon.

A este propósito, no puedo menos de
espresar a Ud que es altamente consola-

dor, en medio de los desastres que origina la guerra, presenciar el grandioso despliegue de sentimientos magnanimos i lucha inmortales que hacen revivir en esta Colonia las escenas i los hombres de la epopeya antigua.

Profundamente reconocida por la caballerosidad de su procedimiento hacia mi persona i por las nobles palabras con que digna honrar la memoria de mi esposo, me opreso mui respetuosamente de Ud. atenta i afma S.S.

Carmela Carvajal de Prat

"Al proferir la palabra de martirio, no crea Ud., señor, que sea mi intento inculpar al jefe del "Huáscar" la muerte de mi esposo. Por el contrario, tengo la conciencia de que el distinguido jefe, que arrostrando el furor de innobles pasiones sobreexcitadas por la guerra, tiene hoy el valor, cuando aún palpitan los recuerdos de Iquique, de asociarse a mi duelo y de poner muy alto el nombre y la conducta de mi esposo en esa jornada, y que tiene aún el más raro valor de desprenderse de un valioso trofeo, poniendo en mis manos una espada que ha cobrado un precio extraordinario por el hecho mismo de no haber sido jamás rendida; un jefe semejante, un corazón tan noble, se habría, estoy segura, interpuesto, a haberlo podido, entre el matador y su víctima y habría ahorrado un sacrificio tan estéril para su patria como desastroso para mi corazón".

"A este propósito no puedo menos de expresar a Ud. que es altamente consolador en medio de las calamidades que origina la guerra, presenciar el grandioso despliegue de sentimientos magnánimos y luchas inmortales que hacen revivir en esta América las escenas y los hombres de la epopeya antigua".

"Profundamente reconocida por la caballerosidad de su procedimiento hacia mi persona y por las nobles palabras con que se digna honrar la memoria de mi esposo, me ofrezco muy respetuosamente de Ud. atta. y affma. S. S.".

Carmela Carvajal de Prat.

Monitor "Huáscar"
Callao Junio 18 de
1879.

A don Carlos Elías

Muy querido Compadre

He tenido el grato placer de recibir tu fina, cuanto lisonjera cartita del 13 en curso, en la misma que te dignas en unión de tu estimable familia, felicitarme por el resultado de mi excursión al Sur, no habiendo habido nada que merezca la pena durante ella, sino el cumplimiento estricto del deber. Veo querido amigo que das a esa expedición más importancia que la que en realidad ha tenido, pero esto no me extraña, cuando se trata de un amigo como tú, que de veras me estima, circunstancia que te hace ver las cosas bajo un prisma muy favorable hacia mí. En fin de cualquier manera que sea te doy un millón de gracias por tus congratulaciones; lo mismo que a tu señora, Misia Manuela, Rosita y Anita a los pies de las cuales te servirás ponerme, después de saludarlas muy afectuosamente.

Dolores recibió tu expresivo telegrama y me encarga agradecértelo; suplicándome a la vez saludarte, lo mismo que a la demás familia.

Por Pedro he sabido que piensas venir con la familia, ojalá sea así para verlas e irlas a recibir.

El anteojo ha salido magnífico, y el único defecto que le he encontrado, es, el de presentar los objetos muy cerca, como a la Blanco Encalada por ejemplo, que cada vez que la miraba, me parecía tenerla ya al costado, lo que no me hacía mucha gracia.

Sin más por ahora se despide con un fuerte abrazo tu agradecido amigo y compadre

Miguel Grau

Monitor "Huáscar" *Al ancla*
Arica Agosto 18 de 1879

Señor Dn. Pablo Seminario

Muy estimado amigo:

Por los periódicos de la Capital, en el registro de las sesiones de la Cámara de Senadores, me he impuesto de la proposición que U. y varios amigos de esa Cámara, se han dignado presentar para que el Congreso me eleve a la alta clase de Contra-Almirante y se conceda a los jefes, oficiales y tripulación de este buque una medalla de honor por los hechos de armas de 21, 29 de Mayo y 9 de Julio últimos.

Los términos en que está concebida la parte considerativa de esta proposición sobremanera honoríficos para mí, son por sí solos, prescindiendo del valor de la recompensa una prueba bien determinada de la estimación que U. me profesa, toda vez que no creo haber hecho todavía lo suficiente para merecerlos.

Seame pues permitido manifestar a U. mi más sincero agradecimiento por tan señalada muestra de distinción a la par que reiterarle las condiciones de estimación y aprecio, con que me es grato suscribirme de U.

Atto. amigo y S. S.

Miguel Grau

Monitor "Huáscar"
Arica Agosto 21 de 1879.

Señorita Victoria Gibson.

Muy distinguida amiga

Su cariñosa cartita en cuyas cortas líneas está trazada la sinceridad de la amistad con que Ud. me honra, y su fino recuerdo, es un nuevo motivo, que alienta el aprecio y la consideración que para Ud. siempre he tenido.

Ya he recibido el escapulario que a ella vino adjunto, como un elocuente testimonio del interés que tiene Ud. por mi conservación, y de su noble deseo de que me libre de todo mal. Excusado es pues asegurarle cuanta es mi gratitud, para la persona que tan irrecusable muestra me da de su estimación.

A mi vez deseo que ello sea así, a fin de que en toda ocasión pueda corresponder a tan sincero afecto. Concrétome por hoy a desear a Ud. la mejor salud y felicidad, del mismo modo que a su digna madre, y a su hermanita Teresita, a quienes se servirá agradecer y corresponder su saludo, a la par que aceptar las consideraciones de profundo respeto y estimación con que soy de Ud. muy atento amigo y SS. que B.S.M.

Miguel Grau

Monitor "Huáscar"
Arica, Stbre. 4 de 1879

Señor Dn. F. Sotomayor

Muy querido amigo:

He tenido la satisfacción de recibir tu estimada carta fechada 23 del pasado en la que tienes la amabilidad de felicitarme por el ascenso a Contra Almirante que me acaba de conceder la Representación Nacional; y me recomiendas que atienda a tu hijo en lo que necesite.

Los cariñosos términos de tu apreciable y el abrazo de felicitación que en ella me mandas tanto de tu parte como de la de tu señora madre, y de tus

estimables hijas, es para mi una manifestación sincera del cariño y de la buena y antigua amistad que Uds. me dispensan. Yo la agradezco muy cordialmente y deseo que llegue la ocasión de significarles a mi vez estos mismos sentimientos. La cartita que me incluiste para tu hijo, se la entregué inmediatamente. Le he exigido que me pida todo lo que necesita para proporcionárselo con el mayor placer; procedimiento que como una obligación de amistad no necesitabas haberlo indicado. Él sigue portándose admirablemente bien, y de tal modo que se ha captado el cariño de todos abordo.

Dígnate corresponder a tu familia su afectuoso saludo, expresando mis más finos recuerdos, y tu recibe el aprecio con que me suscribo como siempre tu affmo. amigo y SS.

Miguel Grau

Monitor "Huáscar"
Arica Stbre 4 de 1879.

Sr. Dn. E. Canaval.

Muy querido amigo:

Si grata ha sido para mí la distinción especial con que se me ha honrado por las Cámaras Legislativas al elevarme a la alta clase de Contra Almirante, mucho más grato me es todavía al ver a los amigos que como Ud., guiados tan solo por sus generosos sentimientos para conmigo, se hayan tomado tantas molestias, gastando toda su influencia hasta dominar la Cámara y conseguir se me conceda una gracia, a la que estoy muy lejos de merecer.

No tengo pues palabras como expresarle mi gratitud, y solo espero que el cielo protejiendo nuestra causa me dará la oportunidad de satisfacer los nobles y generosos deseos de mis amigos.

Salude muy afectuosamente a Enriqueta, lo mismo que a Misia Rosario. Un cariño a los niños, y Ud. creáme como siempre su affmo y agradecido amigo.

Miguel Grau

Monitor Huáscar.— *Al ancla*

Arica Setiembre 5, 1879

S. S. D. José A. Miró Quesada y D. Luis Carranza.

Muy estimados amigos:

En la edición de la tarde del periódico "Comercio", del cual son Uds. dignos editores, correspondiente al 18 del pasado, he leído con notable satisfacción el artículo editorial que se ocupa especialmente de mí para encomiar el éxito de las expediciones que ha llevado a cabo este buque durante la presente campaña y para prestar su aprobación al acuerdo de la Cámara de Diputados, respecto a que el Supremo Gobierno me proponga a la clase de Contralmirante a cuyo alto empleo tienen Uds. la amabilidad de creerme acreedor.

Yo no se con qué palabras expresar mejor mi reconocimiento a la distinción de que soy objeto y a los elogios que bondadosamente se me prodigan por personas distinguidas cuya opinión tanto respeto. El vehemente deseo de servir a mi patria, con que hasta ahora he desempeñado las comisiones que se me han confiado, estaría satisfecho si estimase que en ellas he hecho algo más que cumplir estrictamente con mi deber. Por este motivo cuando recibo tantos favores, no puedo ver en ellos mas que una prueba de estimación y de aprecio personales, que me honran altamente y por la cual me es placentero manifestar mi más sincera y cordial gratitud.

Dígnenme Uds. aceptar estos sentimientos y recibir las seguridades de mi más distinguida consideración y del aprecio con que soy de Uds. atto. amigo y S. S.

Miguel Grau

Monitor "Huáscar"
Arica Stbre 8 de 1879.

Muy queridísima Esposa

Después de saludarte y de mandarte muchísimos cariños, me contraigo a comunicarte que yo sigo disfrutando de completa salud, y sin más contrariedad que no es poca, de no tener el gusto de verte para decirte lo mucho que te quiero y extraño.

Siento mucho no tener cartas tuyas con más frecuencia porque es lo único que me pone contento, probablemente cuando en ellas me anuncias vida mía, que tanto tú como los niños se conservan buenos. Quiera el cielo otorgarles eternamente estos beneficios, para mi consuelo.

Como mi vida aquí es la de estar siempre a bordo, salvo los casos en que me llama Prado para algo a tierra, nada nuevo, ni que merezca la pena, tengo que contarte, a no ser que a mi regreso de la última expedición me recibieron en el muelle de Arica con flores y banda de música.

Mucho fastidio tengo de ver la irregularidad con que llegan los vapores del Norte, pues, a veces pasa una semana sin uno de ellos, lo que demora el tener noticias tuyas y de mis hijos; que es en verdad lo que más me interesa a mí en esta vida. Hasta el miércoles o jueves que debe fondear uno aquí, estoy privado de esa dicha.

Te mando la plata que le diste a la madre de Flores, y a María Acosta, dile que su hijo queda bueno.

Avísame si te falta dinero para el gasto de la casa, y si te ha mandado ya Alfaro el otro mes de sueldo.

La quiebra del Banco Nacional nos arrastra con la pérdida de cuatro mil soles que tenía yo en acciones. Paciencia.

Ten la bondad de ir donde Courret y mandarme a hacer un par de docenas de retratos de álbum, para corresponder y darlas a todos los jefes del Ejército Boliviano que me piden con mucha instancia. Sería conveniente que le dijeras que sacara chicas del grande, pues me parece que está mejor que las anteriores mías. En fin tu haz lo que te parezca más natural.

Saluda a tu mamá, lo mismo que a Mercedes, Cristina y María Luisa.

También te suplico saludes a todas las personas que te pregunten y tengan interés por saber de mí.

Dale a Palito las gracias en mi nombre por la linda bufandita que me mandó con Carlos Ferreyros, y la que ya estoy usando.

Averigua con Otoya cuando sale el "Rímac".

Sospecho que las cartas que yo le escribo a Manonga, de acá, no las recibe, a juzgar por lo que ella me dice en las suyas, de que no recibe las mías.

Es probable que en Chile las intercepten para informarse de ellas.

A Enrique después de saludarlo, dile que espero que se esté portando bien, y estudiando con provecho para complacerme y estimulándome a que lo premie. A Oscar y Ricardo diles lo mismo, y en general hazles a todos ellos mil cariños a nombre de su papá.

Si ves a las Quezada salúdalas con afecto.

Con infinitas caricias para tí, y deseándote salud y toda clase de prosperidades, se despide hasta el próximo vapor, con tierno y fuerte abrazo tu esposo que te idolatra.

Miguel

He tenido que contestar por este vapor un sinnúmero de cartas de felicitación de amigos.

Monitor "Huáscar"
Arica Stbre 27 de 1879.

Mi queridísima Esposa:

Ayer tuve el agrado de recibir tu ansiada esperada cartita del 12 en curso, cuya lectura me llenó de contento, porque me anunciabas que tú, vida mía, y los niños se conservaban a Dios gracias sin novedad. Te aseguro esposa querida, que tanto como tú, lamento la inseguridad que hay ahora en la venida y salida de los vapores; pues me parece que solo cada siglo recibo carta tuya, razón por la que más me aburro de estar separado de tí tanto tiempo. Sin embargo tú crees que no te extraño, y que cuando te escribo es solo el momento que me acuerdo de tí; lo que te prometo, no es exacto, porque te tengo siempre presente en mi memoria y en mi corazón.

Hoy tengo que salir acompañando al "Chalaco" que lleva tropa para Iquique; regresaremos mañana a este puerto donde espero el vapor que te debe llevar esta carta, anunciándote que yo sigo bien de salud.

Se está moviendo tanto el buque con el balance que apenas puedo escribir.

Tu mamá me ha mandado una gorra muy lujosa. Salúdala y dale las gracias a mi nombre. Parece que ella te había ocultado que me la enviaba, porque creías que el regalo era de Dolores.

Había resuelto no contestar nada respecto al asunto presidencia, porque francamente me parecía que era una broma, pero al ver que me lo repites nuevamente con cierta seriedad, debo decirte que no pienso en tal cosa, por lo menos por ahora, que aún conservo mi razón.

No recuerdo si en alguna de mis anteriores te he dicho que he resuelto definitivamente quedarme de simple comandante del "Huáscar", y al tomar esa medida he sido obligado por varias razones, y entre otras, la de tener que huír a la vista de un blindado como lo hago ahora, con mi insignia izada; cosa que no podría soportar sin morirme de vergüenza. Segundo: Que yo no veo un solo jefe para comandante del "Huáscar" que maneje este buque como yo lo manejo, por la larga experiencia que tengo de él. Esto puede ser vanidad o todo lo que se quiera, pero es la pura verdad.

Luego, el Gobierno al remitirme el despacho ha debido también mandarme el nombramiento de Comandante General de la Escuadra, y no dejarme de simple jefe de la división que tenía a mi cargo; en fin hay otras circunstancias más que sería largo enumerar. Hazme el favor de reservar esto; solo a mi hermana Dolores se lo puedes referir con la indicación conveniente.

Para proceder con decencia en este asunto, renuncié también el sueldo de Contra Almirante, pero el Director de la Guerra no ha aceptado esta parte.

No dejes de darle a la madre del barbero Flores, treinta y dos soles que me ha entregado por este mes.

El Colan ha gastado todo su sueldo, pues poco después de haberle pagado dijo que ya no tenía; dale sin embargo los nueve soles a María.

No te olvides de decirle a Gómez que vaya a la "Fraternal" a cobrar la inscripción ya vencida de María Luisa; con parte de ese dinero puedes comprarles a los muchachos un poco de ropa de paño y blanca.

Necesito un retrato grande para la Municipalidad de Sucre, mándalo a hacer donde Courret.

Te mando un barrilito de aceitunas para que me hagas el favor de enviárselo a Rosita Orbegoso a mi nombre, y sin que nadie lo sepa, para que no se resientan otras.

Ahora cuatro días que estuve en Ilo, me dijo Vicente Vico (alias Garibaldi) que te había mandado por conducto de su agente un barrilito de aceitunas, pero que ignora si lo has recibido o no porque nada le has contestado.

Creo vida mía, que me olvidé de darte las gracias por el riquísimo dulce que me mandaste con Ferreyros, recíbelas pues aunque tarde.

En mi cámara nada puedo tener porque como somos tantos de mesa, se consume todo lo que compro al instante.

Dile a mi hermana Dolores que después de cerrada su carta me acordé de pedirle que cuando hayan guayabas me haga un poco de dulce de esa fruta.

Stbre 28

Son las doce y media del día y acabo de fondear de regreso de Iquique. Aquí me he encontrado con un vapor alemán, que probablemente saldrá hoy mismo directamente para el Callao, así es que, felizmente vas a recibir esta carta con más anticipación que lo que yo había pensado, pues el vapor de la carrera tiene ya dos días de atraso, y no está ni aún a la vista.

También he encontrado otro vapor del Norte, que seguramente me ha traído carta tuya. Ya he mandado un bote a tierra por ella. Ojalá no sufra alguna decepción, pues es el único consuelo que tengo por acá, es ver tus cariñosas letras.

No dejes de mandarme a hacer un terno de ropa de uniforme, con sus respectivas insignias, menos presillas y gorras que ya me han regalado.



"Angamos", óleo (1.30 x 0.90) pintado por Guillermo Spiers. Museo Naval.

Mil cariños más a los muchachos, y tú, vida mía, recibe un abrazo junto con el corazón de tu esposo que te idolatra

Miguel

He leído tu cariñosa cartita del 23, en este momento, y por ella sé a Dios gracias, que tú, vida mía, y los niños quedaban sin novedad. No te digo más porque temo que se vaya a ir el vapor alemán.

Monitor "Huáscar"
Iquique Stbre. 30
de 1879.

Muy querida Esposa

Esta tarde llegué a este puerto convoyando al transporte "Rímac" que ha desembarcado la tropa aquí.

En este vapor creí recibir carta tuya, desgraciadamente no ha sucedido así, lo que me ha contrariado, pero comprendo que no lo has hecho, porque seguramente ignorarías la salida de esos buques del Callao.

El "Huacho" va a salir para el Callao, y he querido vida mía, aprovechar esta oportunidad para ponerte cuatro líneas saludándote y mandándote un millón de cariños, lo mismo que a los niños.

Reservado. Esta misma noche voy a salir con la "Unión" a una corta escursioncita por el Sur.

No hay peligro ninguno, por consiguiente no tienes por qué alarmarte, ni menos asustarte.

Saluda a mis hermanas y a Gómez. Lo mismo que a Misia Luisa y demás familia.

Con un fuerte y cariñoso abrazo se despide tu constante esposo que te idolatra y recuerda a cada instante.

Miguel.

A Justiniano no lo he visto.



Colección de estampillas conmemorativas de la batalla de Angamos y de Miguel Grau, perteneciente al Capitán de Navío Oscar Barco Sisley.



Medallas conmemorativas, de plata y cobre, en honor del Almirante don Miguel Grau. La primera de ellas, arriba, a la izquierda, grabada por Roberto Britten, fue mandada hacer por las señoras de Lima con motivo del triunfo sobre la Esmeralda. Colección perteneciente al señor Alberto Tamayo Barrios.





Regimiento de cadetes y aspirantes de la Escuela Naval del Perú, formado delante del Cenotafio dedicado al Héroe de Angamos.



El B.A.P. "Almirante Grau"
navegando frente a Punta Angamos,
cuya silueta se distingue
al fondo.

Indice

Agradecimiento 4
Presentación 5
Grau Marino Epónimo del Perú por Fernando Romero 11

HOMENAJES

De mi Casona por Enrique López Albújar 47
A Grau por Fernando Velarde 48
El Teniente Grau por Enrique González Dittoni 51
Un pensamiento de Grau por Mercedes Cabello de Carbonera 53
Defensa verbal del Comandante de la "Unión", don Miguel Grau por Luciano Benjamín Cisneros 57
El último cumpleaños de Grau por Abelardo Gamarra ("El Tunante") 78
Contralmirante Grau por Manuel Atanasio Fuentes 80
Miguel Grau por Martín García Merou 81
Huáscar por Martín García Merou 85
Apoteosis de Grau por Monseñor José Antonio Roca y Boloña 91
Grau por Carlos Augusto Salaverry 107
Inaugurando una placa en la Casa Grau por Germán Leguía y Martínez 109
Catafalco ideal por Pedro Paz Soldán y Unánue (Juan de Arona) 110
La Guerra del Guano y del Salitre por Jacinto López 112
Grau por Manuel González Prada 114
Miguel Grau por Ricardo Palma 121
En honor del Almirante peruano Miguel Grau por Aristóbulo del Valle 122
Oda pindárica a Miguel Grau por José Gálvez 134
El Almirante de la leyenda por Ezequiel Balarezo Pinillos 139
Impromtu por José Santos Chocano 141
Homenaje a Grau por José de la Riva Agüero 143
Brindis por Miguel Grau. El marino argentino Manuel A. Barraza brinda gallardamente por Miguel Grau en una fiesta de marinos argentinos y chilenos 151
Canto a Grau por Juan Ríos 154
Elogio de don Miguel Grau por Raúl Porras Barrenechea 159
En la inauguración del Monumento a Grau en Lima por José Luis Bustamante y Rivero 169
Efigie de Grau por Jorge Basadre 176
Don Miguel Grau, Contralmirante peruano por Francisco de Paula Pavía 180

Informes de la Prensa Extranjera (Herald-Times) 181
Informes de la Prensa Extranjera (Tribuna-Estrella de Panamá) 182

MEMORIA DE MARINA 185

TESTIMONIOS

Miguel Grau asume el comando del "Huáscar" 221
Dictámen de la comisión de premios 221
Parte del 21/5/79 224
Parte del 23/5/79 227
Parte del 31/5/79 230
Parte del 4/6/79 235
Parte del 10/7/79 237
Parte del 25/7/79 239
Parte del 10/8/79 242
Parte del 31/8/79 245
Parte del 10/10/79 (Gárezon) 249
Parte del 10/10/79 (MacMahon) 251
Parte del 16/10/79 (Melitón Carbajal) 253
Homenaje del gabinete chileno 257
Proclama M.I. Prado 257
Memorandum Gárezon 4/9/80 258
Foja de servicios del Contralmirante Miguel Grau 267
Dotación del "Huáscar" 263

EPISTOLARIO

A su esposa (29 de mayo) 275
A su esposa (31 de mayo) 275
A Felipe Barreda (13 de junio) 281
A la viuda de Prat 284
De la viuda de Prat a Grau 284
A Pablo Seminario (18 de agosto) 289
A Victoria Gibson (21 de agosto) 290
A F. Sotomayor (4 de setiembre) 290
A L. Canaval (4 de setiembre) 291
A José Miró Quesada y Luis Carranza (5 de setiembre) 292
A su esposa (8 de setiembre) 292
A su esposa (27 de setiembre) 294
A su esposa (30 de setiembre) 297



EJEMPLAR

No. 0316

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de
SANTIAGO VALVERDE S. A.
en octubre de 1978
Lima - Perú